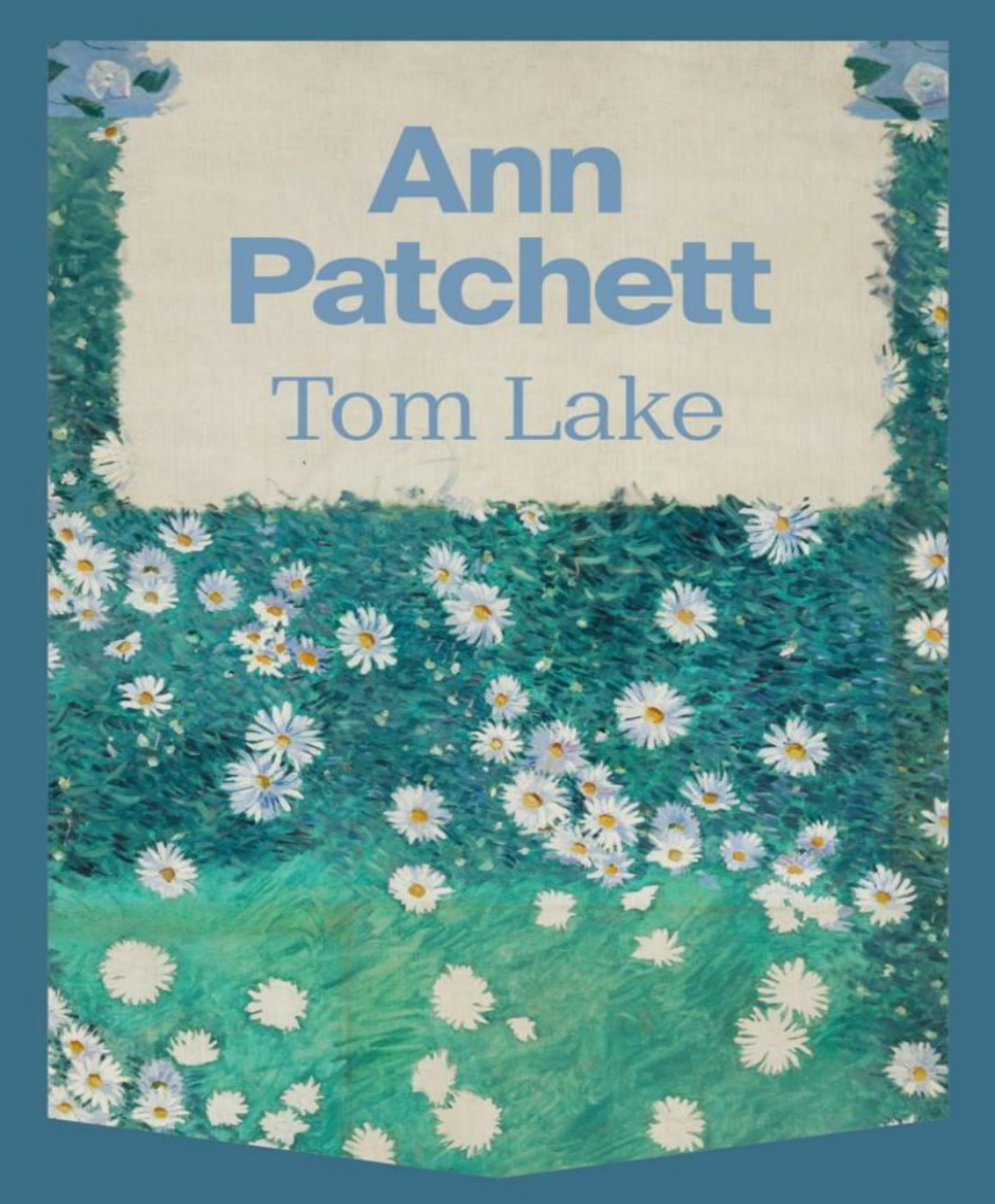

Ann
Patchett
Tom Lake
AdN

Ann Patchett

Tom Lake

Traducido del inglés por Carmen Francí

AdN

Para Kate DiCamillo,
que sostuvo el farol en alto

1

El hecho de que a Veronica y a mí nos dieran las llaves del colegio y nos pidieran que nos presentáramos temprano para abrirlo, en una gélida mañana de sábado del mes de abril, con el fin de que se celebraran las audiciones de *Nuestro pueblo*[1], era prueba de que éramos aburridamente dignas de confianza. El director de la obra, el señor Martin, era amigo de mi abuela y trabajaba como agente de seguros en una empresa llamada State Farm. Así es como empecé a actuar, gracias a mi abuela, y Veronica también se metió porque lo hacíamos casi todo juntas. Los ciudadanos de Nuevo Hampshire no se cansaban nunca de *Nuestro pueblo.* Profesábamos por la obra la misma devoción que otros estadounidenses por la Constitución o el himno nacional. Nos interpelaba, hacía que nos sintiéramos especiales, visibles. El señor Martin había previsto que acudiera mucha gente a las audiciones, por ese motivo necesitaba el gimnasio del colegio. El teatro municipal no tenía nada que ver con el instituto, pero como el señor Martin era el agente de seguros del director y, con toda probabilidad, también era amigo suyo, se lo cedía. Así era nuestro pueblo.

Las dos llegamos con sendas tazas de viaje llenas de café y gruesas novelas en edición de bolsillo. Veronica llevaba *Ojos de fuego* y yo, *El doctor Zhivago.* Me gustaba el instituto, pero odiaba el gimnasio y todo lo que representaba: los deportes de equipo, las concentraciones antes de los partidos, el *kickball* agresivo, las carreras en círculos cuando hacía demasiado frío para salir al exterior, los bailes formales, las graduaciones. Pero aquel sábado por la mañana el gimnasio estaba vacío y extrañamente hermoso. La luz del sol entraba por las estrechas ventanas situadas justo debajo de la cubierta. Me parece que nunca me había fijado en que el gimnasio tenía ventanas. El suelo, las paredes y las gradas estaban hechos con tablones idénticos de madera clara. El escenario se encontraba en un extremo, detrás de la canasta de baloncesto; tenía pesadas cortinas rojas que estaban descorridas y dejaban ver una zona vacía y oscura donde estaba previsto que tuviera lugar la acción. Nos habían indicado que colocáramos una mesa y cinco sillas plegables delante del escenario («Cerca, pero no demasiado», nos había dicho el señor Martin), y luego, a treinta metros de distancia, bajo la canasta de baloncesto contraria, debíamos

poner una segunda mesa, justo delante de las puertas del vestíbulo. Esta era para el registro, tarea que se nos había encomendado. Sacamos del trastero las dos mesas plegables, así como las sillas de tijera. Íbamos a pasar la mañana explicando cómo rellenar el formulario: *Nombre, Nombre artístico (si es diferente), Estatura, Color de pelo, Edad (dividida en tramos de siete años: por favor, marque una casilla), Número de teléfono.* Se había pedido a los aspirantes que llevaran una fotografía y un currículum con todos los papeles que habían interpretado. Teníamos un vaso lleno de bolígrafos. Quienes llegaran sin el currículum podían anotarlo por escrito en un folio; Veronica estaba preparada para hacer una Polaroid a quien no tuviera foto y luego pegarla al formulario. El señor Martin nos había dicho que no debíamos avergonzar a nadie por tener menos experiencia porque, en palabras textuales: «A veces, ahí es donde están los diamantes».

Pero Veronica y yo no éramos aficionadas al teatro. A las aspirantes a actrices no se les pedía que desempeñaran nuestra tarea porque tal vez querían presentarse para un papel. Nosotras éramos chicas normales y ni siquiera habríamos sabido hacer que los adultos se sintieran juzgados por su falta de experiencia teatral. En cuanto tuviéramos lista la documentación del candidato, debíamos entregarle las páginas que se le pediría que leyera, junto con un número impreso en un papelito cuadrado, y luego debíamos enviarlo de vuelta al vestíbulo para que esperara.

Cuando se abrieron las puertas a las ocho, entró tanta gente que Veronica y yo tuvimos que volver corriendo a nuestra mesa para adelantarnos a la multitud. Al instante nos encontramos inmersas en el trabajo.

—Sí —aseguré a una mujer y luego a otra—, si quiere presentarse para el papel de la señora Gibbs, puede ser candidata también para el de la señora Webb.

Lo que no les decía, aunque acabó siendo evidente, era que, si se presentaban para Emily, también se valoraría si podían hacer de la madre de Emily. En una obra de teatro escolar no era raro que un actor de quince años hiciera de padre de otro de diecisiete, pero el teatro municipal era otra cosa. Aquella mañana, los aspirantes eran de todas las edades, no solo hombres mayores que querían interpretar al director de escena, sino también estudiantes universitarios que querían ser Emily o George. (Las Emilys llevaban demasiado maquillaje y vestían como las chicas *amish* que vendían bollos de canela en el mercado. Los Georges se miraban de reojo entre sí.) Algunos niños pequeños se acercaban a nuestra mesa y nos decían que querían ser Wally o Rebecca. Sin duda, sus padres estaban buscando algún tipo de entretenimiento que hiciera las veces de canguro porque

¿qué niño de diez años anuncia un buen día a la hora del desayuno que quiere hacer el papel de Wally Webb?

—Si toda esta gente vuelve y compra entradas, será un exitazo —comentó Veronica—. La obra podrá ir de cabeza a Broadway y seremos ricos.

—¿Cómo podría hacernos ricos? —pregunté.

Veronica contestó que estaba extrapolando.

El señor Martin había pensado en todo, excepto en las carpetas para sujetar los papeles, lo que resultó ser un despiste bastante molesto. La gente escribía apoyándose en nuestra mesa y se creaba un atasco enorme. No sabía si era más deprimente ver a los conocidos o a los desconocidos. Cheryl, que trabajaba en la caja de Major Market y debía de tener la edad de mi madre, sostenía en las manos un currículum y una fotografía. Si Cheryl siempre había querido ser actriz, no me sentía capaz de volver a la tienda de comestibles. Y, además, había un montón de desconocidos, hombres y mujeres envueltos en abrigos y bufandas, que miraban el gimnasio con una expresión que dejaba claro que no lo habían visto en su vida. También me parecía triste imaginarlos conduciendo quién sabe cuánto rato aquella gélida mañana, ya que aquello suponía que estaban dispuestos a seguir yendo y viniendo en coche a los ensayos y actuaciones durante todo el verano.

—El mundo entero es un escenario —sentenció Veronica, que era capaz de leerme el pensamiento—, y todos los hombres y mujeres quieren actuar en él.

Recogí el currículum y la fotografía del padre de mi amiga Marcia, que él pronunciaba Mar-si-a. Me había sentado a la mesa de aquel hombre, había ido en el asiento trasero de su coche cuando llevaba a su familia a tomar helados, había dormido en la cama gemela del dormitorio de su hija, pintado de rosa. Hice como si no lo conociera porque me pareció lo más amable por mi parte.

—Laura —exclamó, mostrándome todos los dientes en una sonrisa —. ¡Buenos días! Cuánta gente hay por aquí.

Asentí, le di el número y el texto, y le pedí que volviera al vestíbulo para esperar.

—¿Dónde está el baño? —preguntó.

Era una lata. Incluso los hombres querían saber dónde estaba el baño. Querían arreglarse el pelo, aplastado por el gorro de lana. Querían leer el fragmento delante del espejo para ver qué aspecto tenían. Le dije que el del Centro de Artes y Lenguas estaría menos lleno.

—Parecéis muy ocupadas —comentó mi abuela, que apareció detrás de nosotras cuando el padre de Marcia se alejaba.

—¿Quiere usted un papel? —preguntó Veronica—. Tengo contactos

y puedo convertirla en una estrella. —Veronica quería a mi abuela. Todo el mundo la quería.

—Solo he venido a echar un vistazo.

Mi abuela miró hacia la mesa que estaba situada delante del escenario para indicar que se sentaría allí con el señor Martin y la gente del teatro. Mi abuela, que tenía una tienda de costura y arreglos llamada Stitch-It, se había ofrecido voluntaria para ocuparse del vestuario, lo que significaba que yo también trabajaría de modo voluntario para hacer los trajes mientras la ayudaba después de las clases. Me dio un beso en la cabeza antes de alejarse por la pista de baloncesto vacía en dirección a su mesa.

Las audiciones tenían que haber empezado puntualmente a las diez, pero, por culpa de la falta de carpetas donde sujetar los papeles, eran ya más de las diez y media. Después de que se apuntara todo el mundo, Veronica dijo que formaría grupitos en función del número adjudicado y de los papeles que querían representar, y los conduciría hasta el pasillo para que esperaran.

—Haré de perro pastor —anunció, levantándose de la mesa.

Yo tenía que quedarme y seguir atendiendo a los rezagados. El señor Martin y mi abuela se sentaron con otras tres personas tras la mesa situada frente al escenario. Y de repente, el gimnasio, que había estado en ebullición, se quedó en silencio. Cuando los llamaran por su nombre, Veronica acompañaría a los actores por el pasillo y las escaleras, entre bastidores y hasta el borde del escenario. Mientras esperaban, los actores no podían presenciar las audiciones de los demás, y los que habían intervenido ya tenían que marcharse, a menos que se les indicara lo contrario. Todos los que hacían el papel de director de escena pasaban en primer lugar (el director de escena es el papel principal de la obra), seguidos de todos los Georges y Emilys, y luego irían los demás miembros de la familia Webb (el señor, la señora y Wally) y los Gibbs (el doctor, su mujer y Rebecca). Los papeles menores se distribuirían después: nadie sale de casa con la esperanza de conseguir el papel del agente Warren, pero si te lo ofrecen, lo aceptas.

—Señor Saxon —dijo el señor Martin—, lea usted el principio del segundo acto.

Todos los candidatos al papel de director de escena leían el principio del segundo acto.

Me sorprendió oír el rumor de los pasos del señor Saxon al cruzar el escenario.

—¿Soy el primero? —Al señor Saxon no se le había ocurrido pensar que, si se presentaba en el gimnasio del instituto media hora antes de que abrieran las puertas, ese podría ser el resultado.

—Sí, es usted el primero —contestó el señor Martin—. Por favor,

empiece en cuanto esté listo.

El señor Saxon carraspeó y, tras hacer esperar un minuto más de lo que habría sido ligeramente incómodo, empezó:

—«Tres años han pasado —declamó—. Sí, el sol ha salido más de mil veces.»

Seguí mirando hacia el vestíbulo como llevaba haciendo toda la mañana, aunque ahora los dos batientes de la puerta estaban cerrados. El señor Martin, mi abuela y los demás estaban lejos, me daban la espalda, yo les daba la espalda, y el pobre señor Saxon, que agonizaba con una muerte terrible en escena, sin duda miraba al director, y no la espalda de una alumna. Sin embargo, como muestra de cortesía, no me di la vuelta. Siguió hasta el final de la página.

—«¡Ya está! Ya se oye el de las 5:45 para Boston» —dijo por fin; su voz se llenó de alivio.

La lectura duraba dos minutos y me pregunté cómo se les había ocurrido elegir un fragmento tan largo.

—Muchas gracias —dijo el señor Martin con voz inexpresiva.

Qué tristeza. Si Veronica hubiera estado allí conmigo, habríamos jugado en silencio al ahorcado y habríamos añadido una parte del cuerpo por cada palabra que el señor Saxon había dicho titubeando. No nos habríamos mirado por miedo a echarnos a reír. Pero Veronica estaba en el pasillo y, a pesar de nuestras previsiones, nadie había llegado tarde. En realidad, todos los candidatos habían tenido la misma idea: llegar temprano, registrarse y aguardar en fila tal como se les decía, demostrando así que se les daba bien seguir indicaciones. El señor Martin llamó al segundo candidato, el señor Parks.

—¿Tengo que empezar en la parte de arriba de la página, donde está marcado? —preguntó el señor Parks.

—Así es —contestó el señor Martin.

—«Tres años han pasado —dijo el señor Parks, y esperó otros tres años para resaltar bien la frase—. Sí. —Otra pausa—. El sol ha salido más de mil veces.»

El señor Parks estaba actuando para Maine, no para Nuevo Hampshire. Si me hubiera dado la vuelta, sin duda habría visto a un hombre con un impermeable amarillo y una langosta bajo el brazo. En silencio, busqué en la mochila y cogí el ejemplar de *El doctor Zhivago.* Ese era mi plan: ellos harían las audiciones y yo leería, y, cuando nos cansáramos, Veronica y yo intercambiaríamos los papeles para que ella pudiera leer. Al señor Parks le faltaba todavía un buen rato para llegar al final de la página. Lo bueno de *El doctor Zhivago* era que tenía una trama lo bastante compleja como para exigir toda mi atención. No me gustaba mucho la novela, pero quería saber qué le pasaba a Lara. De todos modos, la sexta vez que un aspirante al papel de director de escena dijo que el sol había salido, me di cuenta de que Pasternak no

estaba a la altura de mis circunstancias y le di la vuelta a la silla.

Uno tras otro, los directores de escena salieron al proscenio y empezaron a hablar. La torpeza con que aquellos hombres se presentaban y el modo en que les temblaba el papel en las manos eran cosas que ninguna colegiala habría querido ver. Algunos poseían buena voz, pero si estuvieran en un bote escorado, se hundirían como anclas: tenían cero flotabilidad. Otros no tenían mala presencia y daban vueltas con una mano metida en el bolsillo, pero no pronunciaban bien. La frontera estaba en el cuello: unos tenían una cosa y otros tenían otra, pero ninguno conseguía dominar ambas a la vez. En conjunto, los directores de escena eran como un accidente de coche, algo así como un choque múltiple, y yo no era capaz de apartar la vista.

A pesar de las apariencias, era casi primavera en Nuevo Hampshire. Me faltaban siete semanas para terminar el penúltimo año en el instituto, pero no podía dejar de pensar que aquel era el primer día de mi verdadera formación. Ninguno de los libros que había leído era tan importante como aquello, ninguno de los exámenes de matemáticas o de los trabajos de historia me había enseñado a actuar, y por «actuar» no me refiero al teatro, sino a la vida. Lo que estaba viendo era, ni más ni menos, cómo tenía que presentarme ante el mundo. Una cosa era contemplar a unos actores que habían memorizado un texto y habían estado ensayando meses y otra muy distinta era ver a aquellos adultos tropezar y fracasar. El truco estaba en identificar qué error cometía cada uno. El señor Anderson, empleado del Liberty Bank, había traído una pipa, un accesorio que podría haber estado bien si lo hubiera tenido en la mano, pero que se empeñaba en sujetar con los dientes. No hacía falta ser actor para saber que la capacidad para separar las mandíbulas era útil cuando se trataba de hablar y, sin embargo, yo lo sabía y él no. Luego, durante la intervención de dos minutos, dobló el papel que estaba leyendo, se lo metió en el bolsillo interior de la americana, sacó del bolsillo una caja de cerillas de madera y encendió la pipa. La aspiración para encender el tabaco, la llamita que salió de la cazoleta, todo formaba parte de la representación. Después guardó la caja de cerillas y el fósforo usado en el bolsillo, volvió a sacar la hoja con el guion, la desdobló y siguió actuando mientras el dulce aroma de la pipa ascendía hacia el techo y llegaba hasta mí.

Que el señor Martin no se levantara y dijera en aquel momento: «Olvídense de mí, no tengo el menor interés en dirigir *Nuestro pueblo*» era prueba de la fortaleza de su carácter. En lugar de ello, tosió un poco y dio las gracias al señor Anderson por su tiempo. Este, tras asentir con aire grave, se retiró.

Todos los actores que hacían el papel de director de escena me

dieron, sin proponérselo, una lección: claridad, intencionalidad, simplicidad. Todos me enseñaron algo. Como todos mis amigos, en aquellos tiempos me preguntaba qué iba a hacer con mi vida. Muchos días pensaba que quería ser profesora de inglés porque era la asignatura que se me daba mejor, y me atraía la idea de leer y hacer que los demás leyeran. Me dedicaba a anotar ideas para mi plan docente en un cuaderno de espiral y decidí que empezaríamos con *David Copperfield;* pero en cuanto hube optado por dedicarme a la enseñanza, escribí para presentarme voluntaria al Peace Corps. Por supuesto, me encantaban los libros, pero ¿cómo iba a pasarme la vida en un aula sabiendo que era necesario cavar pozos y distribuir mosquiteras? El Peace Corps sería el camino más directo para hacer algo decente con mi vida. «Decencia» era la palabra que empleaba yo entonces para designar todos los aspectos propios de una buena persona, y era algo importante cuando pensaba en el futuro. Ser veterinaria era decente —todos hemos querido ser veterinarios en algún momento—, pero eso implicaba estudiar química, y la química me ponía nerviosa.

Pero ¿por qué siempre buscaba novelas británicas de seiscientas páginas, tareas científicamente complejas y empleos que exigían que me vacunara contra la malaria? ¿Por qué no podía dedicarme a algo que ya se me diera bien? Mis amigas pensaban que debería seguir con la tienda de costura de mi abuela porque yo sabía coser y ellas no. Sus madres tampoco. Cuando cosía un dobladillo o metía una cintura, me miraban como si fuera Prometeo bajando del Olimpo con el fuego.

Si alguien se pregunta dónde estaba la decencia en los arreglos de costura, lo tengo claro: en mi abuela. Era a la vez costurera y fuente de decencia humana. Cuando Veronica hablaba de los vaqueros que saqué de la bolsa destinada a la beneficencia y cuyas piernas estreché, dijo: «Me salvaste la vida». A la gente le gustaba que la ropa le sentara bien, con lo cual adaptarla era una ayuda, era algo decente. Mi abuela, que siempre tenía una cinta métrica amarilla colgada del cuello y un acerico sujeto a la muñeca con una cinta elástica (la muñequera acerico, la llamaba yo), me lo había enseñado.

La visión de aquellos hombres recitando las mismas frases con tan poca gracia mientras se limpiaban las gafas con enormes pañuelos blancos me hizo pensar en mi vida.

***

—Espera, espera, ¿querías ser veterinaria? —Maisie niega con la cabeza—. Jamás en la vida quisiste ser veterinaria. No lo habías dicho nunca.

Maisie empezará tercero de Veterinaria en otoño, si es que en otoño

hay clases.

—Durante un tiempo. Ya sabes cómo son las niñas en el instituto.

—Entonces tú querías ser pediatra —señala Nell a su hermana, saliendo en mi defensa.

—¿Alguien puede explicarme qué tiene que ver todo esto con Peter Duke? —pregunta Emily—. ¿Qué tiene que ver la costura con Duke?

Mis hijas me han pedido que empiece la historia por el principio, pero la verdad es que el inicio no les interesa. Quieren oír determinados fragmentos y saltarse el resto para ahorrar tiempo.

—Si crees que lo vas a hacer mejor, cuéntala tú —digo levantándome, aunque sin ánimo de regañina. Estiro las manos por encima de la cabeza—. Os la podéis contar vosotras.

Dios sabe que hay mucho trabajo que hacer.

—Shhh —ordena Nell a sus hermanas. Da unas palmaditas en el sofá—. Ven aquí —me dice—, vuelve, te escuchamos.

Nell sabe manejar a la gente.

Emily, la mayor, se coloca la enorme mata de pelo sedoso y oscuro sobre un hombro.

—Es que pensaba que ibas a hablar de Duke, solo me refería a eso.

—Deja de tocarte el pelo —protesta Maisie, irritada.

Maisie le pidió a su padre que le cortara el pelo bien corto la primavera pasada y echa de menos su melena. Su perrita, Hazel, se levanta, describe tres círculos con torpeza en el sofá y se deja caer formando una bola. Me comunican que están listas.

Las tres chicas son ya veinteañeras y, teniendo en cuenta su evolución y su ostensible liberación, no les interesa ninguna historia que no verse sobre un hombre guapo y famoso. Sin embargo, soy su madre y entienden que tendrán que aguantarme hasta llegar a él. Vuelvo a ocupar mi sitio en el sofá y empiezo de nuevo, del todo consciente de que lo que quieren oír es justo lo que no voy a contarles.

—Duke —dice Emily—. Estamos listas.

—Os prometo que tardará en aparecer.

***

—¿Ya han hecho la prueba todos los candidatos al papel de director de escena? —preguntó finalmente el señor Martin con voz cansada.

La querida cabeza de Veronica asomó por el extremo del telón.

—Ya están todos —declaró, y sus grandes ojos se fijaron en los míos. Echó la cabeza hacia atrás unos segundos antes de soltar una carcajada.

El señor Martin cogió un termo del suelo y desenroscó el tapón mientras sus compañeros susurraban entre sí.

—¡Adelante! —dijo.

Mientras que el personaje de director de escena es solitario, George y Emily existen en función el uno del otro y en relación con sus familias, de modo que los Georges y las Emilys hacían la prueba por parejas. El señor Martin había elegido de nuevo un par de fragmentos del segundo acto, cosa que, en mi opinión (y la joven estudiante sentada al fondo del gimnasio estaba llena de opiniones), era una decisión práctica. En el primer fragmento destacaba más Emily, y en el segundo, George, a menos que lo que se valorara fuera la capacidad de escucha del personaje, en cuyo caso se invertían los términos.

Me preguntaba si las parejas se habían formado en la cola o si Veronica se había divertido un rato emparejando, porque el primer George tendría dieciséis años y la primera Emily, a la que no conocía de nada, no tenía ni un día menos de treinta y cinco años. Según se decía, algunas mujeres querían hacer el papel de Emily toda su vida. Iban de pueblo en pueblo por todo Nuevo Hampshire, año tras año, intentando obtener ese papel. Aquella llevaba coletas.

El señor Martin les preguntó si estaban listos y George empezó de inmediato.

—«Emily, ¿por qué estás enfadada conmigo?» —preguntó. Yo tenía delante de mí la página del texto.

Emily parpadeó. Desde luego, estaba enfadada con George, pero no sabía si decírselo o no. Se dio media vuelta y miró hacia el señor Martin. Se protegió los ojos con la mano, tal como hacen en las películas cuando quieren hablar con el director en una prueba, pero como no había focos que la deslumbraran, el gesto resultaba innecesario.

—No estaba lista —protestó.

—No se preocupe —dijo el señor Martin—. Vuelvan a empezar.

Me lo imaginé hablando a sus clientes de seguros de automóvil y de vida, explicándoles de qué manera State Farm los ayudaría si se les quemaba la casa hasta los cimientos. Estaba segura de que se lo pondría fácil.

—«Emily, ¿por qué estás enfadada conmigo?» —preguntó George de nuevo.

Emily miró a George como si quisiera matarlo y se volvió hacia el señor Martin.

—No puede empezar así —insistió Emily—. Tengo que estar lista.

No entendía qué le sucedía, hasta que me di cuenta: se había perdido. Como un caballo que tropieza nada más salir por la puerta. Aún no había empezado y estaba ya perdida.

—Podemos repetirlo —dijo el señor Martin—. No importa.

—¡Claro que importa!

¿Iba a echarse a llorar? Nos quedamos esperando, expectantes.

El chico era alto y tenía el cabello claro y alborotado; parecía que

se lo hubiera cortado él mismo y a oscuras. La expresión de su cara me hizo creer que había estado pensando en algo relacionado con el béisbol y ahora se daba cuenta de repente de que había algún problema.

—Lo siento muchísimo —dijo George, exactamente tal como George lo habría dicho: parecía lamentarlo, estar preocupado y sentirse un poco manipulado. En definitiva, el chico seguía metido en el papel, y Emily lo sabía.

—Quiero empezar otra vez —dijo Emily, tambaleándose—. Quiero leer con otra persona.

—De acuerdo —dijo el señor Martin, y antes de que Emily se diera la vuelta, dijo en voz alta—: Necesitamos otra Emily.

Teníamos muchas Emilys, muchas más que Georges. Lo sabía por las fichas de inscripción. La Emily saliente pasó junto a la Emily entrante, una chica quince años más joven, con el pelo rubio, suelto y brillante. Dio un pequeño giro con las caderas para que la falda se le desplegara. Daba miedo ver lo deprisa que pasa el tiempo. Me di cuenta de que la primera no volvería.

En cambio, aquel George me gustaba. Los candidatos al papel de director de escena habían puesto el listón muy bajo. Aquel George aguantó tres rondas y cada vez hizo algo distinto, algo concreto en respuesta a la Emily con la que estaba en aquel momento. Cuando Emily era estridente, él era sencillo. Cuando Emily era tímida, él era amable y protector. La tercera —a saber cómo lo consiguió tan deprisa — se echó a llorar. Al principio fueron solo unas pocas lágrimas muy impresionantes, pero de inmediato perdió el control y se puso a soltar grandes sollozos.

—«George, por favor, no pienses en ello. No sé por qué lo he dicho…»

George sacó un pañuelo. ¿Todos llevaban pañuelo? Le dio unos toquecitos en la cara, chistó para hacerla callar y, milagrosamente, ella se calló. En el fondo del gimnasio, me estremecí.

Muchos de los Georges que vinieron después leyeron el fragmento como si estuvieran haciendo la prueba para ser Peter Pan. Cuanto más viejos, más saltitos daban en una escena que no pedía que se saltara. Las Emilys eran temblorosas, emotivas, intentaban expresar el aliento de la experiencia humana en cada frase. Estaban «enfadadas», «lo sentían» o estaban «muy conmovidas». Empecé a preguntarme si aquel fragmento era más difícil de lo que había imaginado.

Escuchaos un poquito, me apetecía gritar desde el fondo del gimnasio. Escuchad lo que estáis diciendo.

En alguna ocasión, un George mediocre aguantaba tres o cuatro Emilys porque hacía falta, aunque, si era desastroso, solo lo hacía una vez. Los directores de escena habían hecho que me sintiera violenta y

los Georges, al menos después del primero, me aburrían, pero las Emilys me irritaban muchísimo. Representaban a la alumna más brillante de la clase del instituto como si fuera medio idiota. Emily Webb planteaba preguntas, decía la verdad y sabía lo que pensaba, en tanto que aquellas Emilys se recogían sus largas faldas tradicionales y maullaban como gatitos. ¿Ninguna se acordaba de lo que era ser una chica lista? No se había presentado ninguna estudiante para el papel, al menos, ninguna chica de mi instituto, tal vez porque la obra exigiría demasiados ensayos en noches que preferirían dedicar a hacer deberes, servir mesas a cambio de propinas o salir con los amigos. No había salido ninguna a representarnos.

Así que, cuando George y Emily salieron del escenario, justo antes de que aparecieran los siguientes Emily y George, le di media vuelta a mi silla. Durante un minuto, me dije que iba a volver a *El doctor Zhivago,* pero, en lugar de ello, busqué una hoja de inscripción. No es que quisiera ser actriz, sino que sabía que podía hacerlo mejor. «Nombre», decía el formulario. «Nombre artístico (si es otro)». Puse mi nombre: Laura Kenison. Más allá de mi dirección, número de teléfono y fecha de nacimiento, no tenía más datos que dar, no había manera de convertir mi trabajo de las tardes en Stitch-It en experiencia teatral. Escuché a quien estaba haciendo la prueba a mi espalda: «Bueno, hasta HACE un año me gustabas MUCHO», canturreaba Emily. Doblé el formulario y lo metí en el ejemplar de Pasternak, cogí otra hoja y empecé de nuevo. Esta vez escribí mi nombre sin la «u» que me habían dado mis padres al nacer y puse «Lara» porque me pareció que así quedaba más ruso y más mundano. Decidí que el señor Martin tenía razón: yo sería el diamante.

---

[1] *Our Town* (1938) es una obra del autor estadounidense Thornton Wilder (1897-1975) ganadora del Premio Pulitzer. En ella plasma la vida y la muerte de los habitantes de una pequeña población situada en Nuevo Hampshire presentada por el principal personaje, el director de escena. En castellano se ha traducido como *Nuestra ciudad* o *Nuestro pueblo*. Es una de las obras más conocidas y representadas en los Estados Unidos. *(N. de la T.)*

2

—¿Te llamabas Laura? —Emily me mira con aire escéptico.

—Durante dieciséis años.

—¿Vosotras sabíais que se llamaba Laura? —pregunta Emily a sus hermanas, y ellas niegan con la cabeza, perplejas ante el hecho de que se lo haya ocultado.

—Hay muchas cosas que no sabéis —digo.

Hazel, la perrita, me mira.

—No sabía que esto iba a ser divertido —observa Maisie.

—Yo tampoco tenía ni idea —comenta Nell.

—No es divertido —les digo—. Sabéis que no es una historia graciosa, excepto en algunos trozos.

—Así es la vida —dice Nell, apoyando la cabeza en mi hombro con un gesto que me conmueve—. Anda, sigue. Me parece que ese George tan guay sigue por ahí.

***

Esperé a que el George y la Emily que estaban en el escenario terminaran, antes de salir al pasillo con el formulario en la mano y la cámara Polaroid colgada del cuello. Se me había olvidado que habría todavía mucha gente esperando para los otros papeles: los miembros de las familias Gibbs y Webb. Hombres, mujeres y niños daban vueltas repitiendo en silencio las palabras de las páginas que sostenían en la mano. Ahora yo también era una de ellos. Estaba a punto de decirle a George que me había decepcionado porque solo pensaba en el béisbol y ya no era el chico que yo había considerado mi amigo.

En el pasillo que conducía al escenario había unos pocos Georges y Emilys sentados; todos tenían silla, excepto Veronica y el primer George, el bueno, que estaban sentados en las escaleras; él decía algo que la hacía reír, cosa que, os aseguro, no era lo más difícil del mundo. El pelo negro de Veronica se mecía sobre una mejilla sonrojada, y me di cuenta entonces de que deberíamos haber intercambiado nuestras tareas dos horas atrás. Se me había olvidado porque había estado estudiando en la escuela de las pruebas teatrales, y ella se había olvidado porque había estado charlando con George. Desde el pasillo no se oía el escenario, por eso se había quedado junto

a la puerta, que mantenía entreabierta la novela de Stephen King. Pasara lo que pasara, Veronica no dejaba de prestar atención al escenario.

Cuando levantó los ojos y me vio con la cámara, alzó una magnífica ceja. Las cejas de Veronica eran negras y gruesas y se movían sumisas a sus órdenes. Era capaz de expresar más con una ceja que otras personas con un micrófono. Se dio cuenta de inmediato de que iba a presentarme para hacer la prueba de Emily y que me darían el papel. Yo acostumbraba a decir que Veronica no podría jugar nunca al póker porque sus pensamientos parecían deslizarse por encima de su frente como un teletipo. Se dio cuenta de que podría haberse presentado para Emily y entonces habría sido ella quien acudiera a los ensayos con aquel chico. Podrían haber ensayado en el coche de él, juntar las manos y alzarlas al final de cada actuación, saludando una y otra vez antes de que bajara el telón. Pero Veronica no salía casi nunca de noche porque su madre era enfermera y tenía turno de noche, su padrastro hacía años que se había marchado y ella tenía que cuidar de sus hermanos. Las dos teníamos dos hermanos, un nexo más entre ambas, aunque los míos eran mucho mayores, y los suyos, en realidad hermanastros, eran pequeños. Si no hubiera sido por ellos, Veronica habría hecho una Emily estupenda.

—¿En serio? —preguntó Veronica.

Asentí, tendiéndole la cámara. Se levantó para quitarme el clip del pelo.

—Tienes que salir la última —dijo—. No te saltes nada. Si Jimmy todavía está aquí, puede salir contigo.

Jimmy me miró fijamente a los ojos y me tendió la mano. Las estrechamos.

—No tengo mejor sitio donde estar —dijo.

Volví al vestíbulo y me senté. No quería que nadie pensara que recibía un trato preferente, cosa que, por supuesto, sí iba a tener. No tenía que correr al baño con Veronica para saber lo que esta hacía. El señor Martin tenía que encontrar una Emily y no había rivales. En aquel momento, tendría sus esperanzas puestas en cualquiera de las chicas que quedaban por salir. Yo llevaba cuatro horas recibiendo un curso intensivo de interpretación, lo que no quería decir que supiera actuar, pero, desde luego, sabía lo que no había que hacer. Lo único que tenía que hacer era decir el texto sin estropearlo.

Cuando la última pareja salió y solo quedamos Veronica, Jimmy-George y yo en el vestíbulo, le pedí a Veronica que me hiciera una trenza.

Jimmy-George negó con la cabeza y Veronica estuvo de acuerdo.

—Te queda mejor suelto —dijo Veronica.

Yo llevaba vaqueros, botas para la nieve y una sudadera vieja de mi

hermano Hardy de la Universidad de Nuevo Hampshire en la que ponía «Go, Wildcats».

—Tenías que habérmelo dicho —dijo Veronica—, si ese era tu plan.

—Ya sabes que nunca hago planes.

¿Por qué tenía la sensación de que estaba dándole un plantón?

Inclinó la cabeza como uno hace cuando oye el sonido de una puerta que se abre en la casa. Después me rodeó con los brazos y apretó.

—A por ello —susurró.

El gimnasio había vuelto a ser el gimnasio, lugar de todo tipo de humillaciones. Carreras, *kickball,* baile, juego. Quería dar clases de inglés, formar parte del Peace Corps, salvarle la vida a un perro, coser un vestido. Actuar no estaba en la lista. Cuando le tendí el formulario a uno de los hombres, que se puso en pie para cogerlo, estuve a punto de gritar de miedo. ¿Así era como se habían sentido los directores de escena? ¿Por eso encendían la pipa y jugueteaban con el sombrero? Los Georges saltaban, las Emilys se retorcían el pelo con los dedos como si estuvieran utilizando un rizador. Todo ello porque sabían que iban a morirse en escena. Mi abuela estaba mirando y yo sabía que sufriría por mí. Cerré los ojos un segundo y me dije que todo pasaría muy rápido. Jimmy era George y yo era Emily, y nos sabíamos nuestros papeles de memoria.

—«Emily, ¿por qué estás enfadada conmigo?» —preguntó George.

—«No estoy enfadada contigo» —contesté.

Era una conversación normal entre dos amigos de la infancia que estaban a punto de enamorarse. Dije las frases tal como las había oído mentalmente toda la mañana y, cuando terminamos, el señor Martin, mi abuela y los tres hombres que estaban con ellos se levantaron y aplaudieron.

***

Miro el reloj. Es fácil olvidar lo tarde que es porque en verano el sol está siempre en lo alto.

—Cambiamos de tema y pasamos al montaje —anuncio a las niñas —. Ya no os contaré más cosas del instituto.

—¿Y qué pasó con la obra? —pregunta Emily, poniendo sus espectaculares piernas sobre el respaldo del sofá. Emily no ha sido nunca capaz de sentarse como una persona normal. Me rendí cuando era todavía pequeña. Quienquiera que instalara su brújula interior, puso el imán al revés.

—Ya sabéis todo lo de la obra y, además, queda mucho. Tenemos que ir a nuestro ritmo.

—¿Y qué pasó con Veronica y Jimmy-George? —pregunta Maisie—.

Nunca había oído hablar de ellos.

—Perdimos el contacto.

Maisie resopla.

—Esas cosas no pasan. —Coge el móvil del bolsillo de los pantalones cortos que lleva puestos y me lo enseña como si fuera un invento nuevo y maravilloso—. ¿Cómo se llaman de apellido?

La miro y sonrío.

—Al menos, podrías decirnos cuál de las dos terminó con él —dice Nell.

—Las dos terminamos con nosotras mismas.

Las chicas gruñen a coro, es algo que se les da muy bien.

Emily extiende el brazo y me tira de la camisa.

—Danos algo.

Volveremos al huerto dentro de pocas horas. Si no se acuestan pronto, mañana no serán capaces de nada, pero no se lo digo. Hago esfuerzos por no decirles cosas de ese tipo.

—La obra de teatro fue un gran éxito. Nos habían contratado para seis representaciones y ampliamos a diez. Vino un periodista de Concord e hizo una crítica para el *Monitor*.

Apareció mi foto en la portada del dominical. Mi abuela compró cinco ejemplares, los encontré en el fondo del baúl de las mantas cuando murió.

Nell me pregunta quién hizo el papel de director de escena. Nell es actriz. Tiene que verlo todo en la cabeza.

El director de escena: hubo tantos directores de escena que tengo que pensarlo. Los malos los recuerdo bien, pero ¿quién consiguió el papel? Era bueno, eso lo sé. Intento recordarlo en la escena del cementerio.

—¡El padre de Marcia! —exclamo, porque aunque no recuerdo cómo se llamaba, veo su cara con toda claridad. El cerebro es curiosísimo; sin que hagas el menor esfuerzo, de golpe recuerdas cosas completamente olvidadas—. Se había presentado para hacer de doctor Gibbs, pero era mejor que los otros hombres, así que el señor Martin le dio el papel de director de escena. Carecía de la arrogancia necesaria para creer que debería ser el protagonista, y eso mismo lo convertía en buen actor. A Marcia le fastidiaba la idea de que yo pasara tiempo con su padre. Me evitó en todos los ensayos y luego, durante la obra, no se sentaba conmigo en las comidas y no me miraba, pero cuando volvimos en otoño para cursar el último año, ya se le había pasado.

—¿Y Jimmy fue George? —pregunta Emily.

—Desde luego, Jimmy fue George —dice Maisie.

—Jimmy fue George —confirmo.

—¿Era tan bueno en el papel de George como Duke? —pregunta Emily.

La expresión que tiene cuando pronuncia el nombre de Duke hace que desee haber tenido los arrestos para mentir en relación con todo, siempre, desde el principio.

—Duke nunca hizo de George.

—¿De quién hizo, entonces? —pregunta Maisie, alzando la mano para objetar.

—Del señor Webb.

—No —dice Nell—. No. En Tom Lake, Duke era George.

—Yo estaba allí, ninguna de vosotras había nacido.

—Pero no es posible que las tres nos equivoquemos —dice Emily, como si sus matemáticas tuvieran que imponerse a mi vida.

—Lo recuerdas así porque en la historia encaja mejor que Duke fuera George y yo fuera Emily, pero eso no significa que sea verdad.

Lo meditan un minuto.

—Entonces, eso significa que hacía el papel de tu padre —señala Maisie.

Como si con sus palabras le hubiera marcado la entrada, su propio padre aparece por la puerta trasera con los pantalones cubiertos de briznas de paja erizadas. Hazel levanta la cabeza y ladra hasta que Maisie la hace callar. Hazel ladra ante la entrada de cualquier hombre.

—Las chicas que tienen que trabajar se van a la cama —nos dice Joe, dando una palmada.

—Papá, ya somos mayores —protesta Nell, la más joven—. No puedes mandarnos a la cama.

Emily, nuestra granjera, Emily, que planea hacerse cargo de todo esto cuando seamos viejos, mira el reloj.

—Mamá estaba a punto de hablar del montaje.

—¿De qué va la historia? —pregunta él, quitándose las botas junto a la puerta como le he pedido durante años.

Las chicas se miran entre ellas y luego a mí.

—Va del pasado —contesto.

—Ah —dice él, y se quita las gafas—. Me voy a la ducha. Pero mañana no quiero excusas.

—Prometido —decimos todas.

Y así me esfuerzo para pasar deprisa por las partes aburridas.

***

En el último año del instituto me apunté al club de teatro. Interpreté a la protagonista en *El milagro de Anne Sullivan* con una niña de séptimo muy pequeña llamada Sissy a la que había que recordarle que no debía hacerme daño cuando me mordía. Nos empujábamos la una a la otra por todo el escenario. El gran musical de primavera fue *Un beso para Birdie,* y yo interpreté a Rosie DeLeon. No soy lo que se dice

cantante, pero no pasé vergüenza. Entré en Dartmouth y Pensilvania sin ayuda financiera. Fui a la Universidad de Nuevo Hampshire, donde, gracias a una beca, el coste anual, incluida la matrícula, el alojamiento, la comida, los libros y las tasas, ascendía a poco más de 2500 dólares. En la universidad no tuve más claro que en el instituto lo que quería hacer con mi vida. La Universidad de Nuevo Hampshire no ofrecía Diseño de Moda y aún no me había matriculado en Química. Guardaba la solicitud para el Peace Corps en el escritorio. Para mi graduación, mi abuela me había regalado su querida máquina de coser Singer negra, una máquina veterana y sumamente fiable, y yo me sacaba un dinerillo acortando las faldas de pana de las chicas de la hermandad universitaria. Tenía los días llenos de Literatura Británica, Introducción a la Biología y montones de costura. Me dormía en la biblioteca, con la cabeza apoyada en un libro abierto. Nunca se me pasó por la cabeza actuar.

O no se me ocurrió hasta el tercer año, cuando en el centro de estudiantes vi un anuncio de audiciones para *Nuestro pueblo* clavado en un tablón de corcho. Había ido para colgar un anuncio: «Costura y arreglos rápidos». Lo primero que pensé fue que sería divertido ocuparme de las inscripciones, pero el segundo pensamiento fue que podría intentar hacer el papel de Emily. Me encantaría recitar de nuevo aquellas palabras y, además, entendía que el teatro ampliaba la esfera social. Incluso en el penúltimo curso, la mayoría de la gente que trataba en la universidad eran los compañeros del instituto.

En un año cualquiera, en la Universidad de Nuevo Hampshire había más chicas que habían interpretado a Emily que en cualquier otra del país, todas nosotras convencidas de que habíamos clavado el papel. Qué no habría dado yo por estar en la sala contemplando las audiciones, pero esta vez me faltaba una excusa plausible. Esperé en el pasillo con mi número, vestida con la sudadera de los Wildcats de mi hermano para que me diera suerte.

La suerte lo era todo.

La noche de la tercera representación, Bill Ripley estaba entre el público.

Era un hombre alto con las mejillas siempre sonrojadas y un prematuro ribete canoso en el cabello oscuro que le daba un aire de seriedad. Estaba sentado en la quinta fila, junto a su hermana, con un voluminoso abrigo de lana en el regazo porque no había querido esperar en la cola del guardarropa.

Lo bauticé con el sobrenombre del Talentoso Señor Ripley porque en una librería había visto ese título en un libro de bolsillo y me gustó. Era un cumplido. En cambio, en mi familia todos lo bautizaron Ripley Aunque Usted No Lo Crea por el programa de televisión sobre hechos insólitos. Ambos calificativos contenían un elemento de

verdad, con lo que no quiero insinuar que Ripley fuera un sociópata, sino que tenía la habilidad de introducirse e integrarse en la vida de los demás.

Aunque tengas un talento especial, nadie va a buscarte a Durham, Nuevo Hampshire. Y, además, Ripley no se dedicaba a cazar talentos. Su hermana vivía cerca, en Boston, y él había ido a hacerle una visita con motivo de su cumpleaños. Y el regalo que ella quería, lo que le había pedido concretamente por su aniversario, era que se acercara a Durham para ver a su sobrina Rae Ann en el papel de la señora Gibbs. La hermana de Ripley creía que su hija estaba dotada para el teatro, y le parecía que su hermano bien podía prestarle un poco de atención.

Yo no conocía a la sobrina de Ripley antes de la representación teatral; ni siquiera tras un montón de ensayos y tres representaciones podría haber dicho que la conociera. Rae Ann hacía el papel de mi suegra y, como todas las chicas de la obra, había querido el papel de Emily y albergaba en secreto cierto resentimiento hacia mí. Decía mucho en su favor que se hubiera hecho con el papel de la señora Gibbs, y no era culpa suya si su actuación resultaba por completo anodina. Para una chica de diecinueve años es difícil representar bien a una madre de mediana edad que da de comer a las gallinas. Ripley la trató con indulgencia, pero no la miró ni una sola vez. La abrazó después de que saliéramos a saludar a escena y le dijo que estaba estupenda; después le indicó que se fuera con su madre a la fiesta de los actores, que él tardaría un poquito. Se quedó en el pasillo con el abrigo, y cuando pasó por allí una chica, le preguntó dónde podía encontrar a Emily.

El año 1984 no se pareció en nada a lo que Orwell había contado en su libro y, sin embargo, para mí fue un año indescriptible. Un hombre raro y trajeado llamó a la puerta del camerino antes de que tuviera tiempo de ponerme la ropa de calle y, cuando asomé la cabeza, me dijo que quería hablar conmigo un minuto, si era posible ir a algún lugar tranquilo. Le dije que por supuesto, como hace una niña que obedece las órdenes de un adulto, tal como era el caso. Al final del pasillo había una pequeña sala de ensayos con un piano, un sofá y un par de sillas plegables. Sabía que no habría nadie allí a aquellas horas. Abrí la puerta y pasé la mano por encima de la fría pared de bloques de hormigón buscando el interruptor. ¿En qué estaba pensando? Eso ya no soy capaz de recordarlo.

Pero esta es una historia sobre la suerte, al menos en los primeros años, de manera que seguí teniendo suerte. Bill Ripley no había ido hasta allí para violarme o descuartizarme. Se sentó en una de las sillas plegables y me dejó el sofá. Me dijo que era director de teatro y cine. Estaban eligiendo actores para una película en la que había un papel para una chica, un papel fundamental, pero aún no habían encontrado

a la persona adecuada. Llevaban tiempo buscando, pero no habían dado con ella todavía.

Asentí, deseando que se me hubiera ocurrido dejar la puerta abierta.

—Podrías ser tú la chica. —Me miraba con atención y, como acababa de bajar del escenario y no me sentía nada tímida, lo miré directamente a los ojos—. Lo que quiero decir es que estoy seguro de que eres ella. Necesito que vengas a Los Ángeles y hagas una prueba de pantalla, ¿es posible?

—No he estado nunca en Los Ángeles —contesté.

En realidad, lo que quería decir era que una vez mi familia había ido a Florida en las vacaciones de primavera, cuando tenía diez años, y esa era la única vez que había subido a un avión.

Anotó un número en la parte posterior de una tarjeta de visita, me dijo que se alojaba con su hermana en Boston y que lo llamara por teléfono al día siguiente a las nueve.

—A las nueve tengo clase. —Rompí a sudar bajo el largo vestido blanco de Emily.

Miró el reloj.

—Van a empezar a preguntarse dónde estoy. —Se levantó, me tendió la mano y la estreché—. Por ahora, mantengamos esta conversación entre nosotros —añadió.

—Por supuesto —dije, preguntándome a quién podría contárselo.

—Rae Ann es mi sobrina. —Contestó a mi pregunta como si se la hubiera formulado.

—¡Oh! —Rae Ann. Por algún motivo, eso hizo que me sintiera mejor.

—Mañana —dijo.

—Mañana —repetí, como si fuera un loro.

Aquella noche, en el dormitorio de la universidad, la duda que me mantuvo insomne no fue si conseguiría el papel, sino cuánto me costaría telefonear a Boston en hora punta. ¿De dónde iba a sacar tantas monedas de un cuarto de dólar? Me preguntaba cuánto costaría un billete de avión a Los Ángeles medido en número de bajos de pantalón, además del coste del taxi desde el aeropuerto y el precio del hotel. Por supuesto, eso correría a cargo de ellos, pero no tan deprisa como se podría pensar. Sin embargo, al menos durante un tiempo, Bill Ripley lo solucionó todo. Llevaba mucho tiempo sin saber qué hacer con mi vida cuando llegó él y tomó la decisión por mí: iba a ser actriz.

***

—¿Y dónde está el lado decente de todo esto? —exclama Nell, y todas nos echamos a reír.

Nuestras tres hijas están en casa. Emily ha vuelto a la granja después de graduarse en la universidad, mientras que Maisie y Nell regresaron en marzo. La primavera ha sido para el mundo entero un período de nerviosismo, aunque desde la ventana de nuestra cocina parecía otra de las muchas que hemos vivido al norte de Michigan: lluviosa, húmeda y fría, seguida de alguna nevada tardía, un período cálido y después el espectáculo de los árboles en flor. Emily, Maisie y Nell hicieron caso omiso de los árboles y prefirieron minar su cordura siguiendo las noticias. Al final, prohibí que se viera la tele por la noche porque, después de ver las noticias, ninguno podía dormir.

—Mirad hacia un lado y solo veréis desesperación —dije—. Mirad hacia el lado contrario…

Señalé el estallido de pétalos blancos delante de la ventana.

—No puedes hacer como si no pasara nada —objetó Maisie.

No podía y no lo hago. Y no finjo que estar todos juntos no me llena de alegría. Entiendo que la alegría no es muy adecuada en estos tiempos y, sin embargo, no podemos evitar sentir lo que sentimos.

A medida que se acercaba el verano y las flores dieron paso a los frutos, nuestras circunstancias pasaron de «Aquí están nuestras hijas y estamos encantados de tenerlas en casa» a «Aquí están nuestras hijas, que pasaron la infancia cogiendo cerezas y saben hacerlo en un momento en que solo ha venido una pequeña parte de nuestros temporeros». Su padre consideró que las chicas tumbadas por los sofás con el móvil en la mano eran la mano de obra que necesitaba.

—Voy a la universidad para no tener que coger cerezas —dijo Nell.

—La universidad está cerrada —contestó Joe—. Ya no te sirve de excusa.

3

—Buenas noches, buenas noches, buenas noches —canturrean mientras suben las escaleras y juegan a darse empujones. Las tres parecen más pequeñas cuando están juntas. Entran en una fase de regresión.

—Mamá se va a California para ser una estrella del cine —dice Nell a sus hermanas—. Y nosotras seguimos encerradas en la granja.

—Por lo menos, alguien ha salido de aquí —responde Emily.

Prometo contarles el resto al día siguiente.

Maisie bosteza y se estira hasta tocar con las manos el marco de la puerta; Hazel la sigue de cerca. Hazel es una especie de terrier con una pata anquilosada y un pelaje rubio irregular que le crece en punta en algunas zonas. Maisie la sacó del refugio de control animal donde trabajó en el segundo trimestre de la Facultad de Veterinaria. El personal ponía etiquetas a las jaulas con nombres típicos para un perro —Opie, Sparky, Goober o Bear—, promesas subliminales que sugerían bondad por parte del animal. Hazel llevaba tiempo enjaulada entre perros enormes que mordían las barras de metal día y noche con intención de comérsela, y había adquirido costumbres tan malas que uno de los cuidadores había escrito «mal bicho» encima de su nombre con un rotulador indeleble negro. Las malas costumbres, sumadas a su cojera y a lo que parecía ser sarna, la habían hecho inadoptable y, tras varias semanas en el refugio, Maisie vio una etiqueta en la jaula de Hazel «mal bicho» que indicaba que se le había terminado el tiempo. Volvió una y otra vez para darle galletas entre los barrotes. Las últimas galletas.

—Cuidado con los dedos —dijo el supervisor cuando Maisie anunció que se la llevaría a casa a pasar el fin de semana. Pero en cuanto se acercó a la jaula, la perra se puso a aullar, incapaz de creer que la suerte hubiera llegado por fin a su desafortunada vida. A los alumnos se les advertía de los peligros del sentimentalismo, pero aquel día Maisie decidió hacer caso omiso de la lección y la perra sarnosa la golpeó, agradecida, con la cola.

Emily baja con el libro que está leyendo, un manual sobre injertos en ramas. Dice que la noquea, lo que implica que se duerme con él. Emily vive en la casita que está en el extremo norte del huerto. Coge una linterna del cesto que hay junto la puerta trasera, una cesta con

linternas, gorros, mitones e insecticida.

—Te acompaño un poco —digo.

Se echa a reír. Retrocede y me da un beso. ¡Emily me da un beso!

—Buenas noches —dice.

Miro por la ventana que hay encima del fregadero hasta que ya no veo el rayo de luz que ilumina el camino; apago las luces y subo al piso de arriba.

El padre de las chicas duerme profundamente. Como no puede esperarme, ha dejado encendida la lámpara de la mesilla y ha abierto mi lado de la cama. Tiene una mano sobre el corazón, como si antes de dormirse hubiera comprobado que seguía latiendo, y la otra le cuelga fuera de la cama, los dedos casi rozan el suelo. En verano, nada consigue despertarlo. Después de cenar, se va al granero tras anunciar que tiene que hacer algunas cosas y termina haciendo una segunda jornada laboral. Me imagino que la granja es como una pista de baile gigante que sostiene sobre la cabeza, los árboles crecen en los cuadrados del suelo. La fruta que hay que recoger, las ramas que hay que podar, el fertilizante y el insecticida (intentad cultivar cerezas sin eso), el granero lleno de máquinas rotas junto con el tractor nuevo, que está por encima de nuestras posibilidades, y las cabras, que parecieron una gran idea hace cinco años, cuando Benny sugirió que se comerían las hierbas y podríamos hacer queso; los trabajadores con hijos enfermos y los que necesitan dinero para volver a casa a ver a sus hijos; y la casita con goteras y los montones de contenedores de plástico de veinte libras con el nombre «El huerto de las tres hermanas» impreso en un lado, y Emily, Maisie, Nell y yo…, todo carga sobre él. Intentamos ser de ayuda, pero todo carga sobre su cabeza, y se lo lleva todo a la cama por la noche.

Me pongo el camisón y me meto a su lado. Le tapo la mano que le cubre el corazón. Vive para siempre, digo para mí.

***

Veronica no fue a la Universidad de Nuevo Hampshire. Tenía que quedarse en casa porque nadie podía ocuparse de los niños, así que tenía intención de estudiar dos años de *community college* y luego convalidar los créditos. Todo el mundo hace planes, pero cuando terminamos el instituto, Veronica ya no me contaba los suyos. Fue ella quien salió primero con Jimmy-George, y con eso no me refiero a que se sentaran en los escalones del extremo del pasillo para hablar. Era mayor que nosotras, tenía veintidós años, aunque nadie se lo creía. Veronica le pidió el permiso de conducir cuando se lo dijo y siguió pensando que mentía, igual que los vendedores cuando les pedía la cerveza que, al final, terminaban por venderle. Vivía a un par de

pueblos de distancia y estaba haciendo prácticas de enseñanza. Dijo que los chicos de la clase se rieron el primer día de colegio cuando escribió su nombre en la pizarra. Jimmy-George iba a ser un buen profesor de Matemáticas, y ya solo por eso nos parecía un hallazgo, ya que nos hacía los deberes. También hacía otras cosas. Más adelante, seis años de diferencia no habrían supuesto gran cosa, pero en aquel momento era algo inimaginable. No podíamos creernos la suerte que teníamos cuando se acercó a nosotras, un adulto que en escena hacía el papel de un niño.

Veronica me contaba lo que sentía por él y más tarde me contó lo que hacían. Dos noches por semana, Jimmy iba a su casa después de terminar los ensayos, cuando ella había acostado a los niños. Se acurrucaban juntos en su estrecha cama para dormir como un matrimonio, después se despertaban temprano, él se iba en coche a la habitación que tenía alquilada y se preparaba para ir a clase, todo ello antes de que la madre de Veronica terminara su turno en el hospital. Veronica me decía que, en todo el rato, no dejaba de mirarla a los ojos. Me contó que estaba segura de que nadie antes la había mirado en toda su vida, y tal vez era cierto, pero también era verdad que así era como Jimmy-George miraba a la gente. En escena, me miraba como si alguien nos hubiera puesto encima una campana de cristal y estuviéramos solos en el mundo. Fue él quien me enseñó a no apartar la mirada.

—Deberíamos pasar algún rato juntos para hacer de George y Emily —dijo una noche después del ensayo—. Podríamos tomar un refresco de fresa o algo por el estilo.

Pero en realidad éramos tres: George, Emily y Veronica.

—Me parece que no.

—Pensaba que te gustaba actuar —dijo—. Solo quiero que seamos más convincentes.

Le dije que me parecía que ya éramos bastante buenos cuando, en realidad, debería haberle dicho: «Alto». Se acercaba mucho más cuando no estábamos en escena, cuando no había nadie alrededor.

Me tocó con un dedo un lado del cuello.

—Química —dijo—. Eso es lo que tienen George y Emily.

No podía decir que estuviera equivocado. Le di vueltas al asunto un par de días antes de subir a su coche, diciéndome que nuestra relación solo tenía que ver con el teatro. Una noche, pasamos junto al señor Martin en el aparcamiento mientras él fumaba un cigarrillo, abrigado con una chaqueta de lana junto a una farola. Me di cuenta de que estaba calculando los daños potenciales.

—Por ir con una de quince caen veinte, señor Haywood —dijo en un tono de voz que no era de burla ni regañina, solo mera información objetiva. El apellido de Jimmy era Haywood.

Jimmy-George quitó la mano de mi cintura y se echó a reír, de modo que yo también me reí, aunque no tenía ni idea de a qué se refería el señor Martin. Años más tarde volví a oír la frase en un plató y la entendí perfectamente. El señor Martin estaba preocupado por Jimmy Haywood.

Durante un tiempo, nos limitamos a repetir nuestros papeles en la parte trasera de su coche, hasta que entre frase y frase empezaron los besos. Una noche me preguntó si sabía de algún sitio donde pudiéramos ponernos cómodos, cosa que yo no había hecho nunca, cosa que mi cuerpo deseaba ya, cosa que Veronica me había dicho que era alucinante. Tenía las llaves de Stitch-It, así que abrí la puerta y lo llevé escaleras arriba sin encender las luces, pasando entre máquinas de coser y expositores con hilos, miles de botones y Dios sabe cuántas cremalleras colgando de imperdibles enormes, en dirección a un sofá donde mi abuela algunas veces descabezaba un sueño. Nadie nos pilló y, como Veronica era la única persona en el mundo a la que se lo habría contado, no se lo conté a nadie. Pero lo cierto es que aquello lo estropeó todo: los ensayos, la obra, la tienda de mi abuela donde había sido tan feliz y la relación con mi mejor amiga. Mientras el profesor de Matemáticas me quitaba el jersey tirando de él por encima de mi cabeza, no caí en la cuenta de que Veronica era capaz de leerme el pensamiento.

Me habría gustado que se me ocurriera preguntarle por qué nos había elegido. Ya sé que él era poco más que un crío, pero si le gustaban las adolescentes, ¿por qué se iba a dos pueblos de distancia para ver qué había disponible? Tenía cuatro clases de Matemáticas con alumnas entre las que elegir. Pero entonces me di cuenta de que lo más probable era que también se acostara con sus alumnas. Era un chico guapo, se le daba muy bien mirar a los ojos y sabía actuar. La verdad es que era el mejor George que he visto en mi vida. Esta podría ser una historia sobre cómo me acosté con un tal Jimmy-George Haywood que más adelante se convertiría en un actor famosísimo, aunque estoy casi segura de que siguió siendo profesor de Matemáticas en algún lugar de Nuevo Hampshire.

Tuve yo la culpa de lo que sucedió. Fui asquerosamente desleal con una persona a la que quería para estar con otra a la que no quería en absoluto. Pero tenía dieciséis años y, por el mismo motivo que por ir con una chica de quince a un adulto le pueden caer veinte años, los dieciséis no saben resistirse a los veintidós.

Quizá debería haber contado a mis hijas esta parte de la historia, pero tendría que habérsela contado antes de que cumplieran dieciséis años para que les hubiera sido de alguna utilidad.

***

Al final, Joe nos deja seguir durmiendo o, simplemente, Maisie, Nell y yo dormimos más de la cuenta. En el otro extremo del huerto, Emily puso anoche el despertador para preparar el café y los sándwiches de huevo antes de ponerse a trabajar con su padre. Emily tiene veintiséis años y ya desde el último curso de secundaria empezó a decir que quería volver a casa después de la universidad para ayudarnos con la granja. Dijo que cuando nos jubiláramos llevaría ella las tierras.

—Puedes hacer cualquier cosa en este mundo —dije, hablando como si fuera mi abuela—. Y a lo mejor prefieres dedicarte a otra cosa.

—A lo mejor prefieres dedicarte a otra cosa —repitió mi marido como un eco, pero en realidad quería decir: sí, por favor, gracias.

La granja, según el día, es un verdadero jardín del Edén o bien una aplastante carga de decepción y desesperación. Me gustaría dejar a mis hijas el Edén y que se ahorraran lo otro.

—Esto no es una monarquía —protestó Maisie—. No puedes quedarte con las tierras porque seas la mayor. ¿Y si yo quiero la granja?

—Entonces, la llevamos juntas —contestó Emily—. Y así será mucho más fácil. ¿Quieres las manzanas o las cerezas?

Maisie no tenía la menor intención de dedicarse a cultivar fruta, pero eso no quería decir que estuviera de acuerdo con que su hermana se saliera con la suya. Aunque ahora no se lo creería nadie, Emily fue en su momento un motivo de inquietud para todos nosotros. Nell, desde luego, no quería la granja. Había estado mirando el precio de los billetes a Nueva York desde séptimo curso. De nuestras tres hijas, solo a Emily le fascinaba la diferencia de margen de beneficio entre las cerezas y las guindas. Se fijaba en los árboles de la misma manera en que Maisie prestaba atención a los animales y Nell a las personas. Incluso de pequeña, era ella quien advertía las primeras huellas de la podredumbre parda. A Emily le gustaba trabajar al aire libre mientras sus hermanas se dedicaban a matar mosquitos. Era hábil con las manos, mientras que sus hermanas se cortaban con las hojas. Le gustaba sentarse en el puesto de fruta y hablar con la gente que se paraba a comprar melocotones y mermelada. Maisie y Nell ni se acercaban.

Pero, en otros tiempos, Emily había sido una bestia, una adolescente tan llena de hormonas y de rabia que sus dos hermanas menores decidieron que preferían ser buenas chicas; Emily ya había creado suficiente infierno por las tres juntas. Nos inquietaba que su devoción por los campos fuera una forma latente de compensar su mala conducta. Como si intentara resarcirnos ahora, cuando hacía ya tiempo que no nos sentíamos heridos.

—Tómatelo con calma —dijimos cuando empezó a hablar de la

granja—. No tienes que decidirlo ya.

Pero lo había decidido. Se matriculó en Horticultura como especialización en la Universidad Estatal de Michigan y en Gestión Económica Agrícola como rama secundaria.

—Alguien ha estado fijándose en muchas cosas —dijo su padre, moviendo la cabeza, cuando nos lo anunció.

Cuando recorro el pasillo y veo a Maisie y a Nell dormidas en las camitas gemelas, las veo a la vez cómo son y cómo fueron: mujeres y niñas. Antes de que reformáramos la climatización, en el segundo piso apenas había calefacción y todas las mañanas de invierno me decían que querían pasar un día entero calentitas en la cama, y cada mañana las arrancaba de la cama y les decía que se pusieran la colcha por encima del camisón y se vistieran delante de la estufa. Algunas zonas de la casa son del siglo XIX y, cuando eran pequeñas, solo estaban calientes los bolsillos. Las niñas decían que los libros de *La casa de la pradera* eran la historia de su vida.

Pero ahora estamos en pleno verano: las ventanas abiertas, la habitación llena de luz, y a mis dos hijas, de veinticuatro y veintidós años, les cuesta levantarse.

—Se lo habéis prometido a vuestro padre —digo, porque sé que es un argumento al que prestan oídos.

—Llévate a Hazel, por favor —dice Maisie, hablando contra la almohada.

Cuando voy a coger la perrita, que está bajo el brazo de Maisie, me enseña los dientes, aunque no pretende amenazarme. Ella también quiere quedarse todo el día en la cama. Me la llevo en brazos porque la pata delantera no la deja bajar bien las escaleras. La pongo en la puerta de la cocina, se agacha junto a mi maceta de geranios y luego se aleja trotando.

Emily tenía catorce años cuando me comunicó que Peter Duke era su padre. Llevaba varias semanas dando portazos por toda la casa, la cabeza aplastada por el peso de su oscuridad interior. Cuando le preguntaba qué le pasaba, me contestaba que «nada» en el mismo tono de voz que podría haber dicho «vete a tomar por culo».

¿Dónde estaban todos? Era principios de marzo y la nieve caía de lado mientras yo, sentada junto a la chimenea, remendaba un montón de ropa. Algunas veces me preguntaba si las chicas arrancaban a bocados los botones de las camisas solo para darme un poco de trabajo. Apoyé las manos en el regazo.

—¿De dónde has sacado esa idea?

Abrió los ojos como si por fin se hubiera despertado del todo.

—Ni siquiera lo niegas.

—Claro que lo niego. Solo me gustaría saber qué es lo que puede haberte hecho pensar semejante cosa.

—Porque es cierto.
—Emily, no es cierto.
—¿Y cómo lo sabes?
No recuerdo que mirara nunca a mi madre de esa manera, como si fuera capaz de devorarla a bocados y secarme después la sangre con su cabellera. Emily me daba miedo de verdad y, al mismo tiempo, me daba risa semejante disparate. Miedo y risa: las dos peores reacciones ante la falta de lógica.
—Pues porque habría estado presente, ¿no?
—Pero mentirías. Siempre mientes.
Si hacía la menor pausa para pensar, Emily la interpretaría como señal de que admitía mi culpa, pero la acusación era tan extraña que me costaba mucho ser sutil.
—¿Qué mentiras he dicho?
—Que lo conocías. A él.
Dale que dale. Como un picahielos.
—Nunca he mentido en relación con esa historia.
—Bueno, pero no la contabas.
—Eso no es lo mismo que mentir.
—¿Por qué no has querido contármela?
—Porque no hay nada que contar.
—Eso es mentira.
—Emily, no te miento.
—Dame su número de teléfono.
—No tengo el teléfono de Duke.
—¡Claro que lo tienes! Lo que pasa es que no quieres que entre en contacto con él. Tiene derecho a saber que tiene una hija.
¿Cuántas hijas tendrá Duke por el mundo?, me pregunto.
—Tu padre tiene una hija —dije—. Tu padre tiene tres hijas. Conmigo. Que soy tu madre.
Y a continuación le dije que debería tener en cuenta los sentimientos de su padre, que la había concebido, amado y criado, antes de empezar a inventarse historias sobre su origen.
—No digas «concebido». —Se tapó las orejas con las manos para no oír lo que ya había dicho—. Es asqueroso.
—Piensa en ello por un minuto.
—No lo tengo. —Estaba llorando a pesar de sus esfuerzos por contener las lágrimas.
Me levanté para ir hacia ella, hacia una hija mía que estaba perdiendo la cabeza.
—¡Siéntate! —gritó.
—Cuéntame qué ha pasado.
—¡No encajo aquí! Maisie y Nell sí, tú y papá también, pero yo no pinto nada en esta mierda de Michigan. Tendría que estar con Duke.

Desprendía fuego, igual que el hogar que crepitaba a mi espalda. Nevaba y la nieve cubría los campos. Me habría gustado quitarme el jersey, abrigarla. Habría querido acunarla hasta que se apagara el fuego.

—Querida, conocí a Duke y lo traté durante un verano muchos años antes de que nacieras. No lo conocía muy bien y ahora no lo conozco en absoluto. No es tu padre.

—¿Y qué pasa con mi pelo? ¿Cómo puedes explicarlo? —gritó.

Tal vez aquel día Joe había llevado a Nell a clases de baile. Quizá Maisie se había ido con ellos: a las chicas les gustaba ir en coche cuando nevaba.

—¿Tu pelo?

—Dime que no tengo el pelo de Duke.

Sostenía un mechón para enseñármelo, liso y oscuro. Nunca lo había pensado, pero su magnífica cabellera no era del todo distinta de la de Duke.

—Tu pelo es precioso y es tuyo, no es de Duke. En nuestra vida no hay nada de Duke.

La escena duró muchísimo, pero la dejaré aquí, mejor olvidar los detalles. La idea de que debería vivir en Malibú con la estrella de cine que creía que era su padre asaltó a Emily como una enfermedad. Remitía con el paso de los días e incluso las semanas, pero rebrotaba de nuevo cuando era más vulnerable. Me decía entonces lo harta que estaba de nosotros, que odiaba ser adolescente, odiaba su cuerpo, no quería sentirse atrapada en un huerto de cerezos, quería conocer el mundo. Pero no tenía palabras para ello, ni siquiera para decírselas a sí misma. Solo era capaz de sentir el dolor de sus circunstancias, hacernos daño y después declarar que Duke era la única solución a su dolor. Llegó a hartarnos tanto a todos que incluso pensé en ponerme en contacto con el hermano de Duke, Sebastian, para que Duke le enviara una especie de documento de liberación, una foto firmada en la que dijera: «Para Emily: No soy tu padre. Con cariño, Peter Duke».

Joe lo llevaba mejor que yo, pero eso no suponía ninguna novedad. Joe lo llevaba todo mejor que yo. Emily parecía capaz de tratarlo como a un padre al mismo tiempo que no paraba de declarar que su padre era otro. Los quería a los dos. Tener dos padres y ninguna madre habría sido para ella la situación ideal. Hasta cierto punto, Joe se echaba la culpa de la situación. Y también, en cierto modo, yo le echaba la culpa, porque había sido Joe quien había hablado de Duke a nuestras hijas. Desde luego, yo no había tenido la menor intención de contarles que a los veinte años había salido durante un verano con una estrella de cine, antes incluso de que lo fuera.

No sé si Joe les habló a las niñas de Duke antes o después de que tiráramos la pared de la cocina para hacerla más grande. Tuvo que ser

después. Emily tendría doce años, lo que significaba que Maisie y Nell tendrían diez y ocho, respectivamente. Quizá fuera en Navidades. Sé que era invierno. Maisie había sacado *El rey de las palomitas* de lo que llamábamos el cesto de las películas. La habían visto no sé cuántas veces y ese era justo el motivo de que les gustara tanto, la repetición, el placer de adivinar lo que venía a continuación. Repetían una y otra vez las mejores frases, «¿NO HAY MANTEQUILLA?», y se partían de risa. Los inviernos eran muy largos y, para superarlos, dependíamos del cesto de las películas y de los libros de las estanterías situadas bajo la ventana. Sí, tuvo que ser después de la ampliación, porque recuerdo que estaba delante del gran fregadero blanco lavando los platos mientras las niñas unían el cabello de las tres en una única trenza bien gruesa. Su conversación consistía en que una de ellas decía a las otras dos que se quedaran quietas y las otras se quejaban de los tirones o de que alguna lo estropeaba todo. La banda sonora de la película era la banda sonora de su vida, los insistentes violines fuera de compás tras la suave voz de contratenor de Duke. Casi no se podía oír por culpa del agua del fregadero y de las risas de las niñas, aunque de vez en cuando lo oía cantar «¡Palomitas!» con cierta claridad. Duke había hecho muchas películas después de la serie de policías, tras la película de astronautas y antes de que se reinventara como «actor importante»; la película de las palomitas de maíz era ya vieja en aquel momento, y él era ya un «actor muy importante». Habíamos perdido la cartulina de la cinta VHS. Era la única de las películas familiares en la que le habían hecho cantar y bailar y, aunque no era un portento en ninguna de las dos cosas, su inmenso carisma compensaba.

Conocía la película tan bien como las niñas. Sabía que estábamos en la escena en la que Duke bailaba sobre un suelo lleno de granos de maíz, resbalaba, agitaba los brazos como un molino, todo el rato a punto de caerse, pero sin llegar a hacerlo. Su presencia física resultaba abrumadora. Cada vez que veía aquella escena me preguntaba cuántas veces le habrían hecho bailar sobre los granos de maíz, cuántos días le habrían pedido que lo repitiera hasta tener suficiente metraje para montar el número. Aquella noche yo estaba luchando para arrancar la lasaña adherida al fondo de una cazuela. ¿De qué iba aquel anuncio de algo para arrancar la comida pegada? Era algo que quitaba trabajo. No me di la vuelta para ver a Duke con bombín y traje gris perla, sino que miré por la ventana por encima del fregadero. No volví los ojos hacia su voz ni tampoco, de haber estado frente al televisor, habría apartado la vista. Duke había sido famoso durante tantos años como llevábamos sin vernos. Si verlo u oírlo me hubiera lanzado a un peregrinaje de nostalgia o dolor, haría ya años que me habría vuelto loca. Duke y yo coexistíamos en paz, o, mejor dicho, coexistía yo.

En plena escena de trenzado, fregoteo, película y baile apareció mi

marido, sacudiéndose la nieve de las botas. Se detuvo detrás del sofá donde nuestras tres hijas estaban firmemente unidas; una de ellas, Nell, estaba sentada frente al televisor, y Maisie y Emily se apoyaban en ella, de lado, las tres cabezas unidas. Tras atar el extremo de la trenza con una goma elástica, se sentían emocionadas por lo que habían conseguido. Joe se detuvo y miró la pantalla con ellas un minuto. Los granos de maíz a los pies de Duke empezaban a estallar y él los cogía y los echaba al aire como si fueran copos de nieve. Entonces Joe dijo:

—¿Sabéis que vuestra madre salió con él una temporada?

Aquello fue como trenzar la cola de tres ratones y luego tirarles encima un gato. No sé si Joe se había dado cuenta de que tenían las cabezas unidas por el pelo ni si pensó que empezarían a gritar y arañarse con violencia en un intento de separarse y venir conmigo. Creo que Joe no pensó en nada. Había visto a Duke bailando sobre el maíz tantas veces como los demás, pero por algún motivo aquella noche se le ocurrió soltar aquel comentario. Una de las chicas, creo que Maisie, fue capaz de tirar de la goma de pelo y en unos segundos pudieron separarse; el largo cabello brillante las cubrió como una capa protectora. Se pusieron a gritar con voz aguda e infantil, y Joe, como si quisiera arreglar la metedura de pata, cogió el mando y detuvo la película, con lo que no silenció a las niñas, sino tan solo el origen del debate. Duke quedó congelado, con el bombín a punto de caerse de su cabello negro, la boca abierta, los ojos entornados en un momento de parodia de éxtasis sexual que bien podría haberme ahorrado. Emily dijo que papá se lo estaba inventando. Nell quiso saber si Duke y yo habíamos ido juntos al colegio. Maisie preguntó si vendría a vernos a casa, y esa mera idea las entusiasmó: su estrella de cine favorita no tardaría en llegar una noche de invierno porque, si no, ¿por qué motivo había elegido su padre aquel momento para una revelación así? «¿Cuándo va a venir?», preguntaron a gritos.

¿Qué dice el rey Lear al final? Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca.

Parecía que les hubiéramos dado un gran trozo de pastel de chocolate empapado en café expreso y hubiéramos contemplado cómo se lo terminaban. Estaban desatadas. ¿Cómo había sucedido? Querían saber cómo había sucedido, por qué no me había casado con él.

En aquella noche remota, nuestras hijas estaban todavía muy lejos de tener novio. Intenté acordarme de lo que significaba salir con un chico cuando tenía su edad: helados, películas, volver paseando del colegio, el temor y el deseo que rodeaba el misterio de los besos. Durante un verano, Duke durmió en mi cama porque mi habitación era mucho mejor que la suya: un armario, una cómoda, una ventana que daba al lago, un baño diminuto con una ducha en la que casi no cabíamos juntos. Nos quedábamos acostados en la gran cama y

repasábamos el texto. O, simplemente, nos quedábamos acostados en la cama. Cuando nos apetecía, jugábamos al tenis o nadábamos en el lago. Nos emborrachábamos o nos colocábamos después de las funciones. Comíamos el pan de pita que guardaba en el estante para cuando teníamos hambre y éramos incapaces de levantarnos. Algunas veces él iba a buscar café y lo traía a la cama, o iba yo. Vivíamos en el escenario o en la cama; los cigarrillos olvidados ardían hasta el filtro en el cenicero. Éramos una pareja.

Mis tres hijas se me quedaron mirando, paralizadas por la expectación. Era invierno y habían visto las películas del cesto tres docenas de veces. Les horrorizaba pensar que había una historia en la casa que no conocían.

—Actuábamos juntos en una obra —dije. Lo que era cierto. Ya sabían que durante un breve período de tiempo de mi juventud había querido ser actriz. También me habían visto en vídeo.

—Entonces, no «salías» con él, solo lo conocías —corrigió Emily.

Me encogí de hombros. Las niñas creían que su padre y yo éramos muy viejos y daban por hecho que no recordábamos nuestra vida.

—Salimos juntos mientras duró la obra.

Me llevaba los libros. Me acompañaba a casa. Nos besábamos.

Cuando más tarde volvieron a ver el final de la película, Duke ya no era el rey de las palomitas de maíz, sino un hombre que había comido helados con su madre.

—¿No quieres verla con nosotras? —preguntó Maisie.

—Ya la he visto —dije.

—Eso no importa —dijo—. Es buena.

—Quizá le resulta un poco molesto —explicó Emily, como en un aparte teatral, aunque fue Emily quien insistió en volver a ponerla desde el principio cuando terminó porque quería pensar en Duke desde el principio como una persona a la que yo conocía.

Duke es el rey de las palomitas que, tras una etapa de destierro, regresa disfrazado para echar al intruso y reclamar el lugar que le corresponde. Esa siempre me pareció la parte más absurda de la historia: la idea de que vestido con una chaqueta ajada y una gorra de repartidor de periódicos nadie iba a reconocer a Duke.

Nell apartó la vista de la pantalla para ver cómo lo llevaba yo. Movió los labios para decir «te quiero» y que nadie lo oyera.

Joe también me lo dijo cuando, después de más y más de lo mismo, por fin conseguimos meter a nuestras hijas en la cama.

—Tendré que matarte para asegurarme de que no vuelve a suceder —dije, quitándome el jersey por la cabeza, ese terrible momento en que tienes que despojarte de la prenda que más calor te da.

—No creo que un error de semejante magnitud pueda cometerse dos veces.

—Mejor no intentemos averiguarlo. —Estaba temblando de frío y Joe me abrazó.

—No tenía ni idea de que fuera a importarles lo más mínimo —dijo—. O, por lo menos, no se me ocurrió que pudiera importarles tanto.

—O no lo pensaste en absoluto y te limitaste a decirlo.

Noté su barbilla en lo alto de la cabeza cuando asintió.

—Pues más bien eso.

Durante varias semanas, Duke invadió la casa como la pleamar y, si bien fue retrocediendo poco a poco, no se retiró nunca del todo. Las niñas empezaron a gastarse la asignación en la revista *People,* ya que Duke era objetivo habitual de los paparazi*:* en la inauguración de la temporada del Metropolitan, volviendo a casa del gimnasio con una bolsa de lona colgada del hombro, con un perro precioso en la playa, con una guapa aspirante a actriz en la playa. Las niñas empezaron a ver la reposición de una serie de policías llamada *Rampart* en la que era el protagonista. Se dedicaron a las películas de Duke que estaban en la cesta porque me negué a comprar más. Su favorita era una tonta versión de *La familia Robinson suiza* en la que Duke salía casi todo el rato sin camisa en una preciosa isla desierta con los pantalones ceñidos y arremangados por encima de la rodilla. Según su mujer, Duke, un arquitecto de fama internacional, casi no conoce a sus propios hijos, así que ella se queda en Zúrich mientras él se va solo a navegar con sus adorables retoños. Tras el breve contratiempo de un naufragio, construye un chalet familiar en los árboles con un tobogán por el que los pequeños bajan hasta el agua cuando necesitan un baño. Un loro rojo con el pecho amarillo se le pone en el hombro mientras abre cocos para desayunar, con el más pequeño atado a la espalda con un *sarong.* Pese a su total falta de experiencia, Duke se convierte en un padre milagroso que enseña a los niños a leer, a amar la tierra y a ser unos carpinteros consumados. La escena más decepcionante de la película es cuando la mujer aparece por fin para rescatarlos del paraíso. Los niños aprenden pronto que la madre encarna la decepción. Dos años después, Emily decidió que Duke era su padre, Maisie decidió que Emily estaba poseída por Satán y Nell decidió que quería ser actriz, marcharse y no volver nunca, aunque lo cierto es que esto último habría sucedido en cualquier otra circunstancia. Gracias a su presencia ubicua en el mundo, el hombre con el que conviví un verano se instaló en nuestra casa, y, sin embargo, yo pensaba muy poco en él.

4

La rubia cabeza de Hazel asoma por encima de las altas hierbas. Ha vuelto para esperar a Maisie, pero, cuando me ve, decide que yo también le sirvo. Vamos juntas por el camino de tierra que lleva al granero y que transcurre junto al muro de abetos y pinos canadienses. Los cerezos están tan cargados de fruta que no sé cómo conseguiremos recogerla toda antes de que se pudra. Este año, la mayoría de los remolques donde se alojan los trabajadores temporales están vacíos; tenemos tres familias en lugar de las diez o doce habituales. Joe ha dividido la superficie y les ha adjudicado una parcela para trabajar. Nos saludamos desde lejos. Dejo una bandeja de sándwiches en la mesa de clasificación por la mañana y la recojo vacía por la noche. El novio de Emily, un chico muy servicial llamado Benny Holzapfel, no es de ninguna ayuda porque trabaja dieciséis horas diarias en la granja de su familia. Holzapfel —que en alemán significa manzana silvestre, pero asimismo sirve para referirse a los seres gruñones que viven cerca de los manzanos silvestres— es también una marca registrada, pero el adjetivo no encaja con nuestros amigos, que son cálidos y generosos. Uno puede pasar años en Nueva York sin conocer a la gente que vive a medio metro, pero si vive en una granja de Michigan empleará el término «vecino» para referirse a cualquiera que viva a varios kilómetros de distancia. Confiará en ellos y conocerá a sus hijos, lo que cosechan, su maquinaria y sus perros. Los Whiting tienen una pastora alemana, una perra vieja llamada Duchess, pero también podría haberse llamado Princess o Queenie. A pesar de su aspecto lobuno, es muy cariñosa. Duchess viene de vez en cuando en verano hasta nuestra casa, le doy un tazón de agua y unas galletas y, tras una siesta sobre las cálidas losas, se marcha de nuevo.

Más allá del estanque, nuestra granja linda con la de los Holzapfel. Mi marido decía en broma que un día una de nuestras hijas se casaría con un Holzapfel, pero cuando Benny empezó a aparecer por nuestra cocina en el último curso del instituto, Joe dejó la broma por temor a ahuyentarlo. Desde aquel momento, mi marido me ha contado solo a mí sus sueños, en invierno, en nuestra cama, entrada la noche: Emily y Benny se casarían y unirían las granjas. Arreglaríamos la casita, le haríamos un porche en condiciones, una cocina nueva, un verdadero dormitorio principal, todo en una sola planta. Joe y yo nos iríamos a

la casita y dejaríamos la casa grande a Emily y a Benny para que criaran allí a sus hijos, que, más adelante, se casarían con los de los Ott y los Whiting vecinos, creando así una finca todavía más grande, porque aunque uno no alcance a cultivar toda la tierra que tiene, sigue queriendo más. Hace ya años que Emily quedó embrujada por Duke y también hace años que el encanto se rompió y nuestra hija regresó, y aunque la queremos y confiamos en ella, el miedo que nos inspira no ha desaparecido del todo. Dice que la granja es su vida y que se quedará aquí, por supuesto. Lo dice mientras está con Benny en la cocina, los dos descalzos, desgranando maíz para la cena.

Benny viene en bicicleta por el sendero que une las dos granjas desde que era pequeño, y ya cuando estaba en el instituto aparecía en nuestra cocina para hablar con Joe de sus proyectos en relación con una organización juvenil vinculada al Departamento de Agricultura. Llamábamos a Benny el Hombre de los Planes: recuperar variedades clásicas de manzanas, cultivar manzanas de gran densidad, manzanas de variedades selectas y producción controlada. Durante la cena, nos hacía una presentación de todos los panfletos que enviaba el Michigan Farm Bureau. La charla constante a propósito de las manzanas era, sobre todo, para disimular sus nervios, porque era evidente que había ido para ver a Emily. Incluso antes de que se fuera a la universidad, dejó claro que pensaba volver para trabajar con sus padres. Benny no había pasado por alto el hecho de que tenía otras formas de vida al alcance de la mano, pero prefería la que discurría bajo las ruedas de su bicicleta, la que podría incluir a Emily, si ella estaba interesada.

Sin embargo, Emily había estado siempre interesada en la granja y había estado siempre interesada en Benny y, con el tiempo, esos intereses fueron apartando despacito a Duke. O quizá no tenía nada que ver con la granja, simplemente se hizo mayor y lo olvidó. En los veranos volvía a casa desde East Lansing, donde está la universidad estatal, para trabajar en la cosecha. Emily dijo que teníamos que pensar en construir nuestro propio almacén refrigerado para no tener que subcontratar la conservación y que quizá podríamos construir uno grande y compartir el coste con los vecinos. La inversión se pagaría sola en cuanto pudiéramos vender más fruta.

¿Qué pintaba Duke en esos planes?

No pintaba nada.

Hazel sube la colina en dirección al cementerio donde, tras una baja verja de hierro, yacen enterradas varias generaciones de antepasados de mi marido, y, sin saber bien por qué, sigo a la perra. La vegetación abundante se trenza sobre todas las tumbas, y pienso en el gran cuidado que ponía la tía de Joe en mantenerlas limpias, pero este no es un verano para ponerse a arrancar hierbas. El cementerio está en el punto más alto de la finca y habría sido el lugar más lógico

para la casa, ya que las vistas dominan los árboles, el granero y todo el camino hasta el borde del lago, pero los primeros pobladores dedicaron el mejor terreno a sus muertos, la primera de los cuales fue una niña de dos años llamada Mary. Uno a uno, fueron siguiéndola colina arriba hasta que veintinueve familiares descansaron bajo las losas musgosas, y allí esperan que nos unamos a ellos algún día. Así era la vida en aquellos tiempos: enterrabas a tus hijos, a tu marido y a tus padres en la misma granja. Nunca habían ido a ningún lado. Nunca habían querido ir a ningún lado.

Miro desde la colina hacia abajo y veo a Emily con la gorra verde de la Universidad de Michigan, y un minuto más tarde veo a Maisie y a Nell camino del granero. Hazel huele a Maisie en la distancia y corre hacia ella para agradecerle, una vez más, la vida que ahora tiene.

Benny Holzapfel llevaba tiempo defendiendo su fe en las cerezas para el consumo como fruta fresca como parte integrante de un sistema sano de liquidez. Tenía solo quince años cuando le propuso a mi marido que arrancara los ciruelos de la zona este del huerto y plantara diecisiete hectáreas de cerezas negras. En el momento no fui partidaria de seguir los consejos de nuestro joven vecino y dije que necesitábamos tan pocos árboles como cabras, idea que también había sido de Benny. Las cerezas para consumir frescas no se pueden cosechar por medios mecánicos, hay que cogerlas a mano y tienen que estar perfectas, como si las contratara la oficina de turismo de Michigan. Las guindas se congelan y después se hierven para hacer zumo, mermelada o repostería. También se secan como pasas y a nadie le importa el aspecto que tuvieran cuando estaban frescas. El problema con las guindas es que los distribuidores pagan una cantidad a la entrega y no pagan el resto hasta que las venden y, como están congeladas o desecadas, nunca tienen prisa. Puedes trabajar muchísimo en julio y no ver los beneficios hasta diciembre o el julio siguiente. Las cerezas dulces, en cambio, no se congelan. A principio de verano aguardan dos semanas en las cámaras, y al final de la estación, cuando son más dulces, el plazo de entrega es todavía más rápido. Por supuesto, algunas se ponen en salmuera para conservarlas con marrasquino y otras terminan en los yogures, pero la mayoría las vendemos a través de una cooperativa agrícola a cambio de dinero en efectivo, y la cooperativa, a su vez, las vende a almacenes de alimentación y grupos de consumidores. Con el dinero que ganamos con esas bonitas cerezas enviamos a Emily a la Universidad de Michigan, y ahora financiamos la educación de Maisie como veterinaria.

Gracias a ti, Benny Holzapfel.

—Estábamos en que el señor Ripley te había pedido que hicieras una prueba para una película —suelta Emily cuando las cuatro

estamos en la misma hilera de árboles cogiendo cerezas con cubos colgados del cuello.

Emily es tan alta como su padre, lo bastante fuerte como para acarrear cajas llenas todo el día. Maisie es más menuda que su hermana mayor, aunque no tiene nada de pequeña, y sus rizos parecen añadirle estatura. Nell es como yo, o, mejor dicho, es como yo era. Es como si el material genético del que parten fuera disminuyendo, de manera que en la hija mayor es notable, en la mediana se ha reducido y en la pequeña es una chispita. Como si fueran los tres osos del cuento. Aparto una oruga verde diminuta.

—¿Por qué os estoy contando esto?

—Porque estás dando una idea general —dice Nell—. Nos estás contando lo que nos habías ocultado.

—Tienes que volver a casa y ponerte un sombrero —digo a Nell.

Se toca la cabeza, sorprendida. Estaba todavía medio dormida cuando ha salido de casa.

—Iré en el primer intermedio.

***

Lo que Ripley quiso dejar claro en aquella llamada telefónica, que me costó siete dólares con ochenta y siete centavos e hizo que llegara tarde a la asignatura de Historia de América, era que le preocupaba que su sobrina se enterara de que me estaba pidiendo una prueba.

—Mi hermana no sabe nada de esa película en concreto. No le gustaría enterarse de que el papel para una chica de la edad de Rae Ann se lo ha llevado otra que estaba a su lado en el escenario.

¿Me había dado ya el papel? No pregunté nada.

—Así que, cuando te vayas, será mejor que digas que tienes una emergencia familiar, un funeral o algo así. Diles que ha muerto tu abuela.

Me sentí como si me hubiera pinchado con una aguja.

—No voy a decir que ha muerto mi abuela.

—Pues piensa en otra cosa. —La voz de Ripley era incapaz de disimular el aburrimiento.

Ripley Aunque Usted No Lo Crea me pidió el teléfono de mis padres, que le di, y, mientras iba sumando mentalmente cuántas faldas tendría que coser para pagar el viaje, la productora me compró el billete. Tenía veinte años, pero la asistente de Ripley lo arregló todo con mis padres porque yo no tenía teléfono. Mis padres dieron por hecho que Ripley me lo había dicho, pero Ripley era un hombre que no se ocupaba de organizar itinerarios. Cuando llamé a mi abuela y le pedí dinero prestado, me encontré con que el problema estaba ya resuelto. Mi familia pensó que era una idea excelente que dejara las

clases en mitad del semestre para ir a California siguiendo las órdenes de un hombre al que no conocía. Yo estaba encantada; no porque soñara con ser actriz —esa parte de la ecuación todavía no la había despejado—, sino porque sentía que por fin tenía un camino que tomar, y esa ruta iba hacia el oeste. Además, todo Nuevo Hampshire cae en la más absoluta desesperación en marzo, así que no había mejor momento para marcharse. En cuanto mi abuela se enteró de la noticia, se puso a coser a toda velocidad para preparar lo que ella denominaba mi vestuario de jovencita ingenua: vestidos, faldas, una túnica para llevar encima del traje de baño que me encargó en L. L. Bean. Así evitó que llegara al aeropuerto de Los Ángeles con botas de nieve y un abrigo Loden verde oscuro con cierres metálicos.

***

Llevamos cubos colgados del cuello con cintas de lona y, cuando están llenos, los vaciamos en las cajas. Cuando ya hemos llenado suficientes cajas, Joe las sube al John Deere Gator y las lleva al granero.

—Así que a California —dice Nell, dándome un codazo. Esta es la parte de la historia que más le interesa.

Me preocupa que le dé demasiado el sol y le doy mi sombrero, que intenta rechazar.

—Es demasiado tarde para mí, mejor será que te protejas tú —digo, y lo dejo caer en su cabeza.

Nell lo acepta porque, a diferencia de sus hermanas, no le gusta discutir.

—Quiero que me cuentes lo de la prueba y después lo de la película.

Piensa que tengo algo que enseñarle, pero la verdad es que no. Nell no domina una sala ni se planta en una silla para cantar. Ella es de los que miran. Tiene la capacidad natural que Ripley me achacaba a mí: es tan transparente que resulta imposible apartar los ojos de ella. Y cultiva esa habilidad sin descanso. Incluso cogiendo cerezas, juro que puedo ver cómo piensa en cómo cogen las cerezas los demás. Y esa es la diferencia entre nosotras: a mí se me daba muy bien ser yo misma, mientras que a Nell se le da muy bien no ser nadie.

—No fue interesante —digo.

—Diviértenos —dice Emily—. Estamos trabajando.

Intento explicarlo.

—Me enseñó a actuar un agente de seguros de State Farm de Nuevo Hampshire cuando estaba en el instituto. Los demás tendían a sobreactuar, así que yo destacaba siendo sobria. El señor Martin necesitaba una Emily, y todas las demás Emilys eran horribles. Como yo no era horrible, parecía buena. Creo que a Bill Ripley le pasó algo

parecido. Todas las actrices a las que había hecho una prueba habían actuado fatal y él necesitaba una actuación simple para aquel papel. Y ser sencilla era mi especialidad.

—¿Por qué te minusvaloras? —pregunta Emily, tirándome una cereza. Maisie se inclina, aparta las hierbas con las manos y cuando encuentra la cereza se la mete en la boca. No tiramos las cerezas.

—Si una de nosotras hubiera dicho algo parecido, le habrías dado una colleja y la habrías puesto a hacer afirmaciones positivas delante del espejo.

—Te puse a hacer afirmaciones positivas una vez, solo una vez en la vida —protesto—, y te vino muy bien.

—Pues a lo mejor también te vendría bien a ti —replica Emily.

—Pero no me estoy minusvalorando. Lo que digo es que tenía verdadero talento para ser yo misma y, durante un tiempo, eso funcionó. De hecho, probablemente funcionaba mejor en el cine que en el escenario.

—Hablas como si no hubiéramos visto la película cientos de veces —dice Nell—. Eras muy buena.

Me encogí de hombros.

—Eso es como ser capaz de cantar bien una sola canción. Es estupendo, pero no te lleva muy lejos.

***

Vuelvo a Nuevo Hampshire, a Bill Ripley sentado en aquel oscuro teatro universitario junto a su hermana. Ripley no era nuevo en el oficio y, en cuanto me vio, comprendió lo que estaba viendo: una chica guapa que, más que interpretar un papel, era justo la persona adecuada para este. A diferencia de su sobrina, yo sabía no estropearlo.

Cuando bajé del avión en Los Ángeles, vi a un hombre muy bronceado, vestido con un traje negro, que sostenía un cartel con mi nombre. Me quitó la bolsa de lona de la mano y me acompañó a una auténtica limusina aparcada en doble fila delante de la terminal. Como decía mi abuela, el roce de una pluma habría sido suficiente para tirarme al suelo. Si se hubiera limitado a darme una vuelta por el aeropuerto para dejarme en el mismo sitio de regreso a Nuevo Hampshire sin haber visto nada más de California, habría valido la pena, ya que un día podría contar a mis hijas que había viajado en limusina. Bajé la ventanilla tintada para que cualquiera que se esforzara por vislumbrar quién iba en la parte trasera del coche viera que era yo, tomando el sol.

El hotel tenía piscina. En la habitación había una cestita de regalo con frutas tan exóticas que ni siquiera sabía cómo se comían. Una nota

de Ripley decía: «Bienvenida. Por favor, toma todas las comidas en el hotel», cosa que me pareció muy amable, si bien no era lo mismo que si hubiera dicho: «¡Bienvenida! Te recogemos a las 7 para ir a cenar». La hamburguesa que pedí al servicio de habitaciones me la trajeron bajo una gran cúpula plateada que el camarero retiró con un gesto ostentoso. Por lo que veía, en California todo parecía salido de una película. Me comí la hamburguesa de quince dólares en una cama blanca y blanda y ensayé las frases. A la mañana siguiente, otro conductor de otra limusina me llevó a un estudio de grabación de Warner Brothers. Durante dos horas me vistieron, me desvistieron y me volvieron a vestir.

Me senté en una elegante silla de barbero mientras un hombre negro, con una camiseta rosa que le sentaba tan bien que parecía hecha a medida, me quitaba el maquillaje que con tanto cuidado me había puesto esa mañana y pintaba una cara completamente nueva encima de la mía. Cuando quería que levantara la barbilla o moviera la cabeza hacia la izquierda, me ponía el dedo delante de la cara y decía: «Sigue mi dedo», y yo obedecía.

—¿Cejas? —preguntó al hombre sentado en una silla junto a la mía y que estaba leyendo un guion.

El hombre me miró en el espejo, luego miró al maquillador.

—Espera —dijo.

Una mujer con el pelo tan fino e incoloro como la seda del maíz y sin cejas me cepilló el pelo, luego lo recogió y lo pasó de una mano a otra varias veces.

—Mirad esto —dijo a sus colegas—. Es de anuncio de champú.

No dejaba de pensar en la escena en que Dorothy y sus amigas se acicalan antes de que las lleven a conocer al mago. «Pat, pat here, pat, pat there, and a couple of brand new straws. That’s how we keep you young and fair.»[2]

Feliz viejo país de Oz.

Cuando sus considerables esfuerzos terminaron, me habían transformado en alguien que se parecía a una prima mía muy guapa y me llevaron a un set donde me puse delante de un fondo blanco. El hombre que había estado sentado en la silla de barbero junto a la mía me hizo una foto. Sus elogios fueron tan obsequiosos que primero sentí apuro por mí y luego por él. Después se acercó otro hombre con una pequeña cámara en un trípode y me hizo decir mi nombre (Lara Kenison) y el nombre de la película *(Singularidad)* y el papel para el que iba a hacer la prueba (Lindsay). Cuando terminó todo, me llevaron a la zona del plató donde esperaba Ripley con todos los demás.

***

Nell suelta las ramas y deja las manos colgando en los costados. Las manos ociosas…, empiezo a decir —es una broma de familia—, pero me callo. Está a mi lado y lleva un vestido fruncido con estampado de margaritas y grandes bolsillos que fue mío, luego de Emily, luego de Maisie. Le brillan los ojos de espanto.

—¿Y no estabas aterrorizada? —susurra.

Maisie y Emily se detienen. Las tres chicas me miran mientras intento recordar. Fue hace mucho tiempo. Miro alrededor el amplio espacio blanco. Ripley está allí con la famosa actriz que hará el papel de mi madre y el actor, algo menos famoso, que hará el papel de su novio. Gente con micrófonos *boom,* focos gigantes y cámaras sobre un *dolly* andan por ahí, ajustando en silencio los ángulos de su equipo. Los dos actores y yo estamos sentados ante una mesa que se supone que es la de un comedor y nos reímos porque es lo que pide la escena. Nunca me han pedido que me ría en un escenario, pero no me cuesta. El día en que hice la prueba para hacer de Emily en el instituto pasé mucho miedo, pero ahora no tengo ninguno. Entiendo que lo que tengo que hacer es intentar no actuar, y eso es fácil porque no tengo ni idea de actuar. Por eso Ripley me ha llevado a California.

—No —digo a mis hijas—. No tenía miedo.

***

No sé de dónde había sacado la idea de que, si les gustaba, me quedaría en California y haría la película, pero en cuanto terminó la prueba me metieron en el coche y me devolvieron al aeropuerto con la bolsa de lona, aunque no la había preparado antes de salir del hotel. Cogí el vuelo de madrugada hasta Boston y luego una furgoneta lanzadera a Durham. Tenía tres horas para dormir antes de la clase de Sociología.

Puse el despertador y me metí en la cama, pensando en la limusina. Mi compañera de habitación estaba dormida como un tronco y no iba a despertarla para contárselo, pero lo de la limusina me costaba superarlo.

Dos semanas más tarde, mi madre me llamó al teléfono del edificio donde me alojaba y me dijo que me necesitaban en Los Ángeles.

—¿Me han dado el papel? —pregunté. Aunque para entonces ya me había llevado el disgusto por no conseguirlo y ya lo había superado.

—El señor Ripley dice que necesitan otra prueba.

—Eso es gastar mucho dinero cuando ya me han visto.

—Creo que lo tienen —dijo mi madre.

Así que volví, y esta vez me metí en el gran coche negro como quien está acostumbrada a esas cosas; la primera vez es un lujo, la segunda solo es un privilegio.

A la mañana siguiente, Ripley y el director de casting vinieron a verme a la piscina del hotel. Una de las tumbonas estaba ocupada por una rubia con bañador de socorrista rojo y blanco. Levantó los ojos de la revista que leía y me saludó con la mano, así que contesté. El agua deslumbraba bajo el sol. Agua de piscina de película. ¿Los empleados del estudio nadaban ahí a la hora de la comida o es que allí hacían las películas en las que la gente nadaba? Ripley y el director de casting iban con una mujer joven, pero algo mayor que yo. Era toda sonrisas y amabilidad: ¿Qué tal mi vuelo? ¿Había desayunado? ¿No me parecía que hacía un día maravilloso?

—Tenemos que verte nadar —dijo Ripley.

—¿De verdad?

De inmediato me pregunté lo fría que estaría el agua, ya que eso es lo que se pregunta una persona de Nuevo Hampshire cuando alguien habla de nadar.

—¿Sabes nadar?

Yo era joven e intentaba entender las cosas.

—Claro, pero ¿no habría sido más fácil preguntármelo por teléfono?

El director de casting se rio y Ripley asintió.

—Claro, pero tenemos que verte. Algunas personas no quedan bien cuando nadan y otras sí.

Me habría gustado decirles que había sido monitora en el campamento Huckins en los dos últimos veranos del instituto, que había terminado el curso de socorrista de la Cruz Roja y que para eso había tenido que nadar media milla en aguas abiertas en un lago que no estaba precisamente caliente. Y después había hecho un curso de seguridad en el agua. Tenía el certificado, pero sabía que les daba lo mismo.

—Tengo el bañador en el hotel.

La mujer que estaba con ellos, la que era solo un poco mayor que yo, sonrió de nuevo.

—Tenemos muchos bañadores —dijo—. Ven, te llevo al vestuario.

—No hace falta que os deis prisa —dijo Ripley—, esperamos aquí.

Por supuesto, si una chica te lleva a una habitación y empieza a decirte lo bien que te quedará un bikini, vas atando cabos y ves de qué va la cosa. Pensé en el recio bañador de una pieza que me había comprado mi abuela y que seguía en mi bolsa en el hotel, todavía con las etiquetas puestas, y me dio rabia haber sido tan ingenua. Cuando volví a la piscina no dije ni una palabra. Subí al trampolín, salté dos veces y entré en el agua con las manos por delante. Hice tres largos y di la vuelta en los extremos con un giro de competición. Aquellos imbéciles querían saber si sabía nadar, ¿no? Pues les enseñaría a nadar.

No me comunicaron que me habían dado el papel hasta que volví a Nuevo Hampshire; entonces me dijeron que tenía que estar en el plató cuatro semanas más tarde. El billete de avión para el tercer viaje fue de primera clase, cosa que, en cuestión de experiencias, superaba con mucho a la limusina. Me dieron un carnet del sindicato y un pequeño apartamento amueblado. Ripley me compró unas gafas de sol y me dijo que me las pusiera siempre o me saldrían patas de gallo. La chica que me habían asignado para llevarme al guardarropa se llamaba Ashby y su trabajo consistía en recogerme por la mañana y estar pendiente de mí en el plató. Su trabajo era hacer que las cosas nuevas me parecieran normales, y se le daba bien. Ashby quería ser actriz.

Fuera cual fuera mi talento para la transparencia o la insignificancia, este gustaba a la cámara; recurrí a los movimientos de las memorables cejas de Veronica y me alabaron por mi intuición sutil. Sabía sonreír un poco y luego apartar la vista mientras me metía el pelo detrás de las orejas. El director de fotografía no pudo pasar por alto que no tenía agujeros en los lóbulos. Me dijo que eso era mejor que ser virgen. No le dije que el único motivo de que no tuviera agujeros era que, mientras estaba esperando para que me hicieran uno, la chica de delante de mí se desmayó cuando le pinchaban la oreja con una pistolita y nadie pensó en recogerla. Una nunca sabe qué cosas le van a ser útiles en esta vida; mi especial encanto era ser de Nuevo Hampshire, no llevar el pelo teñido ni tener agujeros en las orejas. Acepté ponerme el bikini, pero no quise quitarme la parte superior y, si bien entendía que era una combinación difícil de encontrar, lo cierto era que todo aquello no era exactamente lo mismo que actuar.

Ripley me hizo contratar a un agente amigo suyo y este negoció para mí un contrato por 45 000 dólares, una fortuna para una chica que, en fechas recientes, había tenido que ir reuniendo monedas para llamar por teléfono. Poco después de mi llegada, el rodaje se retrasó porque la famosa actriz que hacía el papel de mi madre se torció el tobillo mientras andaba por Topanga Canyon. Dijo que había visto una serpiente. Ashby me contó que, si cualquier otro se hubiera torcido el tobillo a aquellas alturas del rodaje, lo habrían sustituido, pero la actriz famosa era el principal gancho de la película. Solo quedaban tres semanas del semestre académico, así que pregunté si podría volver a clase, pero todo el mundo me dijo que no. No querían tener que esperarme si el tobillo de la actriz mejoraba de repente. En Hollywood la gente creía, y tal vez tuviera razón, que Nuevo Hampshire caía más o menos por Mongolia. Para compensar, mi agente me consiguió un anuncio de Dr Pepper Diet y otro de Red Lobster. Eran el tipo de anuncios de distribución nacional por los que los actores de verdad habrían vendido a su madre. Me bebí un Dr

Pepper, enseñé los lóbulos de las orejas y abrí una cuenta bancaria. Ripley me prestó un coche —a los directores les sobran los coches—, un pequeño MG descapotable que era más viejo que yo. Si aquello era trabajar, había nacido para eso.

El hecho de que la fecha de lanzamiento fuera retrasándose no era un problema en lo que a mí respectaba. Decidieron que necesitaban una escena invernal, un *flashback,* pero la famosa actriz era ya tan famosa que nadie podía encontrar un momento en su agenda y, cuando dieron con un hueco y localizaron algo de nieve, tuvieron que buscar más dinero porque la escena invernal no estaba en su contrato. Todo eso retrasó la película un año más, tal vez dos. Hubo cierto problema de posproducción y después algún lío con la distribución, ninguno de los cuales me explicaron. No era parte de mi trabajo entender lo que pasaba con la película, y a mí me daba lo mismo porque me gustaba Los Ángeles. El sol me sentaba bien. Mi agente me consiguió dos temporadas en una *sitcom* llamada *The Finnegans* y algunos anuncios más. Tenía trabajo, un lugar donde vivir. Asistía a fiestas en la playa e iba de acá para allá con chicos que querían ser estrellas de cine. Salía a bailar. Había abandonado definitivamente Nuevo Hampshire.

***

Nell se sienta en la hierba.

—No puedo aguantar esto ni un minuto más.

Emily se inclina y pone una mano en la cabeza de su hermana.

—¿A qué te refieres?

—A todo —dice Nell—. A que alguien apareciera de repente y te diera un papel en una película buenísima, que la película no saliera y consiguieras más trabajo. Ganabas dinero aunque no hacías nada artístico. Vamos, quiero decir que entiendo que tuviste que nadar y eso no te gustó mucho, pero ¿de verdad querías aquella vida?

¿Qué había querido yo? ¿Volar en un avión? Irme de Nuevo Hampshire. Me siento en la hierba al lado de mi hija.

—Creo que sí. Cuando empezó a rodarse la película, quería hacerla, pero no de la misma manera que habrías querido tú, eso lo comprendo.

—Quiero ir a una prueba. Quiero actuar. Quiero salir de este huerto. Es como si el universo hubiera conspirado para convertirte a ti en actriz y hacer que yo recoja cerezas.

—Pero lo haces muy bien —le dice Maisie—. Tienes una técnica excelente.

Es sentimental e inútil decirle a alguien que le regalarías tu pasado; este es intransferible y, además, solo querrías darle los días buenos.

Visto con los ojos de Nell, es difícil no pensar que esos días buenos se desperdiciaron en mí y que ella los habría aprovechado mejor.

—Dejémoslo. Hay muchas otras cosas de las que hablar. O podemos no hablar de nada. O podemos volver a los pódcast un rato.

Podríamos escuchar pódcast hasta la hora de nuestra muerte y no abordar ni por un momento las historias que están a nuestro alcance.

—No puedes callarte ahora. No hemos llegado a la parte importante —protesta Emily.

—¿Qué parte importante? —pregunto, aunque ya sé lo que quiere decir.

—Duke. El motivo de que nos hables del pasado es que al final vas a hablar de Duke.

—No es el motivo para hablar del pasado —dice Maisie con una frase oscura.

Nell apoya la cabeza en las rodillas.

—Adelante. No quiero que dejéis de escuchar. Estoy de mal humor, que no es lo mismo. Quiero que sigas.

—Quieres que siga siempre que mamá reconozca que la vida es injusta y que deberías haber estado tú en la película, aunque todavía faltaba más de una década para que nacieras —dice Maisie.

Nell asiente, agarrada a las rodillas.

—Eso es justo lo que quiero.

—No tengo la menor intención de hacer que te sientas mal —declaro. Si tenía que poner fin a la historia, aquel era un buen punto.

—Son las circunstancias de mi vida las que hacen que me sienta mal, no la historia. No es lo mismo, aunque para mí sea lo mismo.

Nell se deja caer en la hierba y abre los brazos como una estrella de mar, como una chica que ha perdido la esperanza. Antes de que me dé cuenta, estamos todas en la hierba suave y verde mirando, a través de las ramas, las cerezas y las hojas, hacia el cielo de Michigan, mientras las nubecillas pasan por lo alto. ¿Cuántos años hace que no nos tumbamos juntas en la hierba, bajo los árboles, las cuatro, comentando qué nubes parecen conejitos y qué otras son como patitos?

—Deberías haber sido famosa —declara Nell al cabo de unos instantes—. Creo que eso es lo que me hace polvo.

Me incorporo sobre el codo para admirar los reflejos del sol en el cabello de mis hijas.

—¿Famosa? ¿Hablas en serio?

Las tres agitan un poco la hierba al asentir.

Levanto la mano para señalar los frondosos árboles.

—¡Mirad esto! ¡Miraos a vosotras! ¿Creéis que mi vida habría sido mejor haciendo anuncios de sándwiches de langosta?

En ese momento, Benny aparece entre los árboles montado en la

misma bicicleta que llevaba cuando iba al instituto. Hazel da la señal de alarma, pero nos incorporamos demasiado tarde. Nos ha visto descansando.

Benny frena en seco y derrapa.

—¿Estáis durmiendo? Si no son ni las diez de la mañana.

Sabemos que ha venido a ver al padre de su novia y no a ella. Quiere pedirle prestada una sierra o una bobina de hilo eléctrico, o ha venido porque Joe lo ha llamado para que lo ayude a arreglar algo que ninguna de nosotras sabría reparar. Benny está delgado porque no pierde el tiempo comiendo y su pelo es una maraña que ata con una goma porque no tiene tiempo de cortárselo.

Lo saludo con la mano.

—Estamos resolviendo los problemas del mundo.

Baja de la bicicleta el tiempo justo para dar un beso a Emily y apreciamos el gesto; lo valora Maisie, cuyo novio en la Facultad de Veterinaria está con su familia en Oregón; lo valora Nell, que no tiene novio; lo valoro yo, que me gusta el amor.

—Que vuestro padre no os vea así —dice Benny, refiriéndose a la siesta en plena mañana. No entiende que es el peso del pasado lo que nos ha inmovilizado y, antes de que se lo podamos explicar, se monta en la bicicleta y se va.

Tenemos que levantarnos. Tenemos que volver a los árboles, pero no lo hacemos. Nos quedamos sentadas y, todavía con la cabeza llena de películas, contemplamos cómo se marcha Benny.

---

[2] «Un toque aquí, un toque allá y un poquito más de paja: así te mantendrás joven y radiante.» Letra de *The Merry Old Land Of Oz,* de la película *El mago de Oz,* escrita por E. Y. Harburg y compuesta por Harold Arlen, 1939. *(N. de la T.)*

5

Este verano, que bien podría confundirse algunas veces con el fin del mundo, recogemos la fruta, la enviamos a la planta procesadora, atamos las ramas y sacamos las cabras para que se coman las malas hierbas. Trabajamos desde que nos levantamos hasta que cerramos los ojos por la noche. Algunas veces, una de nosotras sugiere que sería divertido ver una película, pero nunca lo conseguimos. Nos quedamos dormidas con un libro entre las manos. Me duermo sujetando una aguja enhebrada mientras coso mascarillas con retales de fundas de almohada. Y luego, por la mañana, todo empieza de nuevo, volvemos a las hileras de árboles y contamos historias para pasar el rato. Echamos mucho de menos a la gente que ha trabajado en la granja año tras año, generación tras generación, los niños que fueron a la escuela con las nuestras durante medio año, uno tras otro, cuando eran pequeños; luego se marchaban y volvían con hijos propios.

El futuro de Emily, aquel en el que su padre y yo envejecemos y ella se hace cargo de la granja, se ha decidido ya. Maisie sigue a distancia las clases de Veterinaria de la Universidad de Michigan, pero no le faltan aplicaciones prácticas para sus estudios en este rincón de los bosques. Se ocupa de todo: proporciona pasta antiparasitaria a una granja, castra los cabritos y corderos de primavera en otra y somete a Hazel a una multitud de exámenes físicos. Los vecinos que viven a más de un kilómetro la llaman en plena noche por si puede ayudar a dar la vuelta a un potrillo que se presenta mal. Maisie se ocupa y el potro nace sin problemas.

—No tienen a mano una alternativa mejor —dice, cuando vuelve a la mañana siguiente, llena de sangre y oliendo a criatura recién parida.

Pero a Nell no se le presentan estas oportunidades, no tiene nada equivalente al parto de una yegua. Pasa la primavera cogiendo cerezas y leyendo teatro en su dormitorio de niña. Ella y sus amigos colocan los portátiles en lo alto de un montón de libros y ensayan monólogos ante los demás. Puesto que quieren ser actores y aprender a actuar por todos los medios posibles, Nell me ruega que le cuente mis historias, aunque sean tan antiguas, aunque terminen por deprimirla.

—¿Cómo era? —pregunta de nuevo.

Era como ser una hoja en un río. Me caí y me arrastraron las aguas.

Nell empieza por mí para retomar el hilo.

—Así que dejaste Los Ángeles y te fuiste a Tom Lake.

Estamos otra vez en marcha, de vuelta al trabajo.

—Primero fui a Nueva York. Primero Nueva York y luego Tom Lake.

Emily niega con la cabeza.

—Los Ángeles, Tom Lake y luego Nueva York.

Qué seguras están estas chicas de las cosas que no saben.

—Nuevo Hampshire, California, Nueva York, Michigan, Nuevo Hampshire, Nueva York, Michigan. Os lo prometo.

***

Cuando pasaron tres años y la película todavía no se había terminado, me pregunté si no era ya hora de dejar de confiar en el encanto de las orejas sin agujeros y tomar algunas clases de actuación.

Ripley negó con la cabeza.

—Te echarán a perder —dijo.

Hacía tiempo que no nos veíamos y lo llamé por teléfono para pedirle consejo. Estábamos junto a la piscina, detrás de su casa, en unas tumbonas de teca situadas bajo una enorme sombrilla roja. Era un martes o un sábado de marzo o de octubre. Ese era el problema de Los Ángeles: nunca me acordaba de en qué estación estaba.

—¿Estás diciéndome que aquí nadie toma clases de interpretación?

—Eres natural, auténtica —dijo Ripley—. Ese es tu encanto. La gente toma clases para aprender a hacer lo que tú haces de modo natural.

—¿Así que estudiando estropearía mi naturalidad?

—Exacto. —Ripley bebía Perrier con hielo picado y lima.

Una mujer hispana salió de la casa para dejar un tazón de kumquats en la mesita que había entre nosotros y se marchó sin decir una palabra.

—Querría… —empecé a decir. Pero no tenía ni idea de lo que quería. Y lo que tenía claro era que hacía calor y la piscina parecía el paraíso.

—¿Qué? —preguntó Ripley—. ¿Ser una estrella de cine?

Sonreí.

—Piscinas, estrellas.

Supongo que Ripley se sentía un poco responsable por haberme llevado para actuar en una película que no acababa de salir. Sin embargo, habló con aire dubitativo.

—Conozco a un tipo que está empezando a montar una producción de *Nuestro pueblo*.

Las palabras me hicieron pensar en relojes que hacían tictac,

girasoles y vestidos recién planchados. Estaban siempre ahí, como animales que hibernaran. No dije nada.

—Podrías intentarlo —dijo, dejando claro que, llegado el caso, mi decepción no sería culpa suya.

—¿Dónde?

Me metí un kumquat entero en la boca, tal como hacen las chicas aburridas de Los Ángeles. Me pareció tan amargo como si me electrocutaran, pero ni pestañeé. Quizá era mejor actriz de lo que pensaba.

—En Nueva York. —Después, un kumquat más tarde, añadió—: Broadway. Han contratado a Spalding Gray para el papel de director de escena.

***

—¡No! —exclama Nell.

—No me dieron el papel.

—¡Hiciste la prueba para actuar en *Nuestro pueblo* en Broadway con Spalding Gray!

—Spalding Gray no estaba presente cuando hice la prueba y, además, no me dieron el papel.

Emily alza una rama y mira debajo, intentando decidir si es necesario atarla.

—Estoy empezando a entender algo —dice Emily, y todas creemos que habla del árbol—. Cada paso lleva al siguiente.

Maisie se detiene para mirar a su hermana.

—A eso se le llama narrativa. Supongo que no te lo enseñan en la Facultad de Horticultura.

—Entiendo lo que quiere decir narrativa, idiota, pero cuando se oye la historia con interrupciones, paso a paso, no sé por qué, resulta distinta. —Emily me mira—. Tu abuela te pide que ayudes a hacer las fichas para la gente que quiere actuar en una obra de teatro y acabas de protagonista, lo que te da el valor suficiente para hacerla también en la universidad, lo que hace que Ripley te dé un papel en su película, pero esta no acaba de estrenarse, de manera que terminas en Nueva York haciendo pruebas para representarla otra vez en el teatro…

—Pero no te dan el papel —concluye Maisie.

—Así que te vas a Michigan —prosigue Nell— y así llegas hasta nosotras.

—Es que pensaba que esta iba a ser una historia sobre Duke —dice Emily con la oscura trenza a la espalda y los ojos protegidos por la visera de una gorra de la Universidad de Michigan—. Y luego creí que nos estabas mareando con una historia que no llevaba a ningún lado,

que solo hablabas para entretenerte.

Siguen ahí, aunque hay que afinar el oído para oírlos: los siseos que producen los rescoldos de la rabia y el deseo de Emily.

—La historia trata de Duke —digo, aspirando profundamente el aire del norte de Michigan en verano, el aroma de los árboles, de las tres chicas. No pueden compararse con nada.

—Trata de Duke y no trata de Duke —explica Nell.

—Es justo eso —confirmo, asintiendo—: sí y no.

***

Fui a Nueva York con la esperanza de ganar. En la prueba, no había ningún actor que hiciera el papel de George. Sentado a la izquierda de la mesa del director, un lector leía el texto de George, el de la señora Webb y el del director de escena. Cuando me llamaron otro día, por segunda vez, unos cuantos actores daban vueltas, nerviosos, aunque ninguno de ellos era Spalding Gray. Leímos algunas escenas juntos para ver si había química. Nunca me había sentido tan cómoda, tan segura de que era actriz. La siguiente vez que viera a Ripley le daría las gracias por haber impedido que asistiera a clases de actuación. Llevaba clips en el pelo para que este no me cayera sobre la cara y así el director de casting viera mis bonitas orejas. Tenía puesta la sudadera de la Universidad de Nuevo Hampshire. Cuando me despedí el segundo día, los cinco hombres de la sala donde se hacían las audiciones se levantaron para estrecharme la mano. El último verificó que tenían el nombre del hotel donde me alojaba. Volví a la habitación esperando una llamada y esta llegó dos horas más tarde. Un hombre me preguntó si podía quedar con él en el hotel Algonquin la tarde del día siguiente para hablar de la obra.

Le dije que por supuesto, que a qué hora.

—Tienes que entender que todo es un apaño —explicó cuando estuvimos sentados ante una mesa situada en un rincón del oscurísimo bar.

Se llamaba Charlie. Traje gris, camisa blanca, sin corbata. Recordaba haber visto ese traje durante la prueba. Tenía un buen sastre. Apenas asomaba medio centímetro del puño de la camisa.

—Dicen que quieren a alguien nuevo, pero que tú eres demasiado nueva. Si se hubiera estrenado ya la película, te habrías llevado el papel sin la menor duda. Ripley dice que estás magnífica en ese papel, por cierto. Desde luego, nos pareciste estupenda en la prueba.

Había estado ensayando un pequeño discurso de aceptación en el que expresaba mi gratitud y mi entusiasmo, pero Charlie parecía decirme que no iba a ser necesario. ¿De veras era eso lo que me estaba diciendo? Me negué a creer que su mensaje fuera tan claro. Entonces

la camarera llegó a nuestra mesa y no supe qué elegir: una Coca-Cola me haría parecer joven, pero una Coca-Cola con Jack Daniel's haría que pareciera todavía más joven; un kir haría que pareciera una actriz, pero quizá diera la idea de que me esforzaba demasiado en tener un aire despreocupado. Presa de un pánico repentino, pedí Perrier con hielo picado y lima, lo que me hizo parecer californiana, que era lo último que deseaba.

—La película se estrenará al mismo tiempo que la obra —dije con un hililllo de voz.

Charlie se encogió de hombros como diciendo que qué iba a saber yo de las fechas de estreno. Tenía razón, por supuesto. Entonces fue cuando se me ocurrió que se suponía que tenía que acostarme con él. Me había llevado al oscuro bar de un hotel para hablar de conseguir un papel en una obra de Broadway, cosa que, sintiéndolo mucho, no era capaz de darme. O quizá sí. Imaginé que la llave estaba ya en su bolsillo. Repasé mis opciones a toda velocidad con una sensación no muy distinta a la que había tenido cuando pedí la bebida: podía indignarme u ofenderme, o solo seguirlo de camino al ascensor. ¿Todo el mundo tenía que acostarse con alguien en ese mundillo? ¿Me habría acostado con él si eso hubiera supuesto que conseguiría el papel de Emily en Broadway junto con Spalding Gray?

Sí. Lo habría hecho.

—Mira, eres muy buena —dijo, apoyando las manos en el mantel, justo delante de una velita que titilaba. Tenía las manos bonitas, sin anillo de casado; al menos, me ahorraría esa sensación de culpa adicional—. Pero hay demasiado dinero en juego. Tienes que vender entradas.

—Spalding Gray vende entradas.

—Bueno, tienes que ayudar al señor Gray.

Puse yo también las manos en la mesa. Las dejé en mi lado de la vela, pero me pareció que mi intención quedaba muy clara sin que pareciera que estaba haciendo una sesión de espiritismo. Más o menos, me doblaba la edad. Lo miré de la misma manera que me miraba Jimmy-George. La manera en que él miraba también a Veronica.

—Dime qué tengo que hacer.

Entonces Charlie se echó a reír; no era una risa nerviosa, sino una gran carcajada inesperada. En ese momento, la oportuna camarera regresó con una Coca-Cola Diet y mi Perrier. Él se secó los ojos con el pulgar y luego tomó un sorbo para calmarse.

—Conozco a tu tío desde que naciste —dijo Charlie—. ¿Lo sabías? Ripley y yo jugábamos al raquetbol en Hollywood Hills. Tremendo revés, por cierto. Una vez estuvo a punto de romperme la nariz.

—Siempre se le ha dado bien.

Era un detalle por parte de Ripley proteger mi honor *in absentia,* pero habría sido todavía más amable si se hubiera acordado de avisarme.

—Iré al grano. —Charlie dio un golpecito en la mesa y luego apartó las manos—. He estado trabajando con la gente de Tom Lake durante años. El director artístico es un viejo amigo.

—Tienes muchos amigos —comenté estúpidamente porque, santo cielo, yo entonces era muy tonta.

—¿Conoces Tom Lake?

Asentí con la cabeza, pero no tenía ni idea de qué era.

—Van a montar *Nuestro pueblo* este verano.

—Parece que todo el mundo lo va a hacer.

—Acaban de perder a su Emily. Hizo la primera lectura y luego recibió una llamada de su agente diciéndole que preparara las maletas. Se va a hacer una gran película y el estudio cubre la cláusula de cancelación. Mi amigo me pidió que estuviera atento, ya que sabía que íbamos a hacer pruebas. Van a necesitar a alguien que pueda entrar de inmediato.

—Esa soy yo.

¿Por qué me acordaba ahora de que el agua Perrier era salada?

—Creo que, sin duda, esa eres tú. Por eso te he pedido que te reunieras conmigo. Lo siento si te he dado una idea equivocada. —Se permitió una última risa, ¡aquel mundillo estaba muy loco!, y luego borró la sonrisa con un gesto de la mano—. Tendrás que ir ahora mismo. ¿Puedes? ¿Tienes algo más que hacer?

Negué con la cabeza. Después de hacerme la chica fácil, ya no podía hacerme la difícil.

—Vete a Tom Lake a pasar el verano. Envíame una postal y dame las gracias. ¿Has estado alguna vez en Michigan? No te puedes ni imaginar lo bonito que es. Haz la obra. Cuando veas toda la gente que ha pasado por ese lugar, te darás cuenta de que es un verdadero descanso. Todo el mundo, sea quien sea, necesita vivir, al menos una vez, una temporada teatral de verano. Haz la obra, y luego, ¿quién sabe? Empiezan ahora los ensayos y el conjunto durará un año como mínimo. Evidentemente, las Emilys desaparecen o reciben malas críticas y las sustituyen. Tú, mientras tanto, estarás impresionante. Y te verán. Siempre hay por ahí cazadores de talento. Mientras tanto, tu película se estrenará y nunca se sabe dónde puedes terminar después de todo eso.

Lo decía como si, al final, las cosas me hubieran salido bien. Interpretaría a Emily en Tom Lake, renombrado teatro de verano, y no había tenido que subir con él a la habitación para conseguir el papel. Otro día de suerte.

Pagó la cuenta y me preguntó si quería que me pidiera un taxi.

Negué con la cabeza.

—Vuelve al hotel —dijo—. No salgas, que te suba la cena el servicio de habitaciones, y espera junto al teléfono. Voy a hacer que te llamen.

—Gracias —contesté.

—Eres muy buena, Lara. De verdad, lo eres. Creo que Michigan va a suponer mucho para ti.

Caminamos hasta la calle Cuarenta y Cuatro mientras anochecía. El tráfico estaba atascado y me alegré de haber renunciado a la oferta de un taxi. Entonces, como Charlie era amigo del tío Ripley, me dio un beso en la cabeza y me deseó buenas noches antes de dar media vuelta y marcharse.

***

Estoy a punto de seguir con la historia cuando Joe llega en el Gator para recoger las cajas.

—Siento interrumpir la fiesta —dice—, pero os necesito a todas en el granero.

Las cerezas dulces no aguantan el sol una vez cogidas. Las seleccionamos de inmediato en la cinta transportadora, retiramos las que tienen manchas o grietas y después las llevamos a una planta envasadora en las cajas, con rabos y todo. Joe necesita a Emily, pero no lo dice por temor a que parezca que tiene una hija favorita. Joe juraría delante de un pelotón de fusilamiento que no prefiere a ninguna y, si bien tal vez no sea la preferida, lo cierto es que una de ellas le es mucho más útil que las otras dos. Emily es más rápida que todas nosotras juntas. Maisie mira el móvil y dice que, de todos modos, tiene que volver a casa. Tiene una reunión con uno de sus profesores y la cobertura del móvil es mejor allí.

—Acércame —dice, moviendo un par de cajas para hacerse sitio en la plataforma del Gator, cosa que nunca les permitimos cuando eran pequeñas. Incluso ahora me gustaría decirle que no.

—Ve despacio —digo a Emily cuando se pone al volante y su padre se desliza a su lado.

—No voy a poner en riesgo la integridad de las cerezas —contesta Emily.

Cuando pone el vehículo en marcha, Hazel salta a la plataforma y Maisie la sujeta ¿Quién iba a decirlo?

—¡No cuentes nada interesante mientras estamos fuera! —grita Maisie, quitándose el sombrero de la cabeza y lanzándomelo.

—¡No cuentes nada de nada! —grita Emily.

—¿Por dónde va la historia? —oigo que pregunta Joe.

—Por Michigan —contesta Emily.

—Ah —dice Joe—. La parte buena.

Los miro subir la colina hasta que llegan a la cresta; Maisie saluda como si fuera la reina de las cerezas, Hazel viaja segura bajo su otro brazo. Esa es otra cosa que hemos perdido este año, el Festival de las Cerezas. Cualquiera de nuestras chicas habría estado estupenda con una tiara.

—Dos tercios de mi público se ha ido de repente —comento a Nell mientras les decimos adiós.

—Tres cuartos, si cuentas a la perra —dice ella.

—Debería contar a Hazel.

Quedan muchas cajas vacías y, cuando estén llenas, las dejaremos en la hierba. Emily vendrá luego a recogerlas.

Durante un rato no decimos nada. Estoy cansada de hablar y, de las tres, a ninguna se le da tan bien estar callada como a Nell. Lo malo de recoger cerezas es que solo puedes mirar al árbol en el que estás y, si tienes sentido común, solo miras la rama en la que tienes las manos. La escalera está puesta, esperando a que vaciemos la copa. No hay que mirar hacia abajo las hileras de lo que parece un campo ininterrumpido de puntos rojos, el huerto soñado de un pintor puntillista. Si se nos ocurriera pensar en todas las cerezas que todavía hay que recoger, nos iríamos a casa y nos meteríamos en la cama.

—En realidad, no pensabas irte a la cama con él —dice Nell al cabo de un rato. No es una pregunta.

Pero estoy aquí de nuevo, de vuelta en la granja, y por un minuto no tengo ni idea de qué me habla.

—¿Con quién?

—Con ese individuo, Charlie —dice.

Es estupendo poder hacer el papel de una persona más joven. Yo podía, era capaz de representar a una niña de catorce a los veinticuatro. Parte del truco está en la forma de moverse, el tono de voz, pero otra parte se debe a la fisionomía. Nell tiene eso a raudales. A los veintidós es delgada y pequeña, y con ese vestido desvaído que fue de todas nosotras, una tras otra, podría pasar por una niña de trece.

Niego con la cabeza.

—No. Solo estaba actuando. O no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—¿Pero qué habrías hecho si hubiera aceptado?

Tiene la cara hacia arriba, el sol le ilumina los ojos y sus ojos son el sol.

—Habría huido, y él nunca me habría atrapado porque habría tenido que quedarse a pagar la cuenta.

Se vuelve hacia el árbol que tiene delante y lo examina con fiereza.

—En la facultad hablamos de estas situaciones todo el rato. No

importa quién seas, siempre habrá alguien con más poder que tú. Quieren que pensemos en todas esas situaciones antes de que se planteen para que estemos preparadas.

—A mí no me sucedió nada —digo. Me pasaron cosas, pero no ese día y no así—. Y para que conste, Charlie era un príncipe.

Nell asiente, pero sigue mirándose las manos.

—Es aterradora la idea de que, para poder hacer lo que quieres de verdad, te obliguen a hacer lo que no quieres —dice en voz baja, y ahora veo que tiene los ojos llenos de lágrimas.

Desearía poder decirle: «Querida hija, todo eso quedó atrás, esas son historias muy viejas sobre cosas que ya no suceden». Pero, en lugar de decirlo, la abrazo. Quiero decirle que nunca le harán daño, que todo será justo y que yo siempre siempre estaré ahí para protegerla. Nadie nos ve, excepto las golondrinas que vuelan por encima de nosotras. Me rodea la cintura con los brazos y nos quedamos ahí, sin más, proyectando una única sombra en la hierba.

6

Después de Nueva York, tenía previsto volver a Nuevo Hampshire para ver a mi abuela, pero no tuve tiempo. La Emily original —no habéis oído hablar de esa actriz: tuvo un éxito breve y desapareció— ya se había ido. Volé a Detroit y tomé un avión local hasta Traverse City. El director ejecutivo de Tom Lake condujo una hora y media hacia el norte para recogerme en el aeropuerto, lo que me pareció tan exagerado como que Ripley me enviara una limusina.

—Es muy amable por tu parte —dije, metiendo las maletas en el maletero.

—No suelo ir a recoger a los actores, pero he tenido que ir a hacerme un examen ocular. —Se bajó un instante las gafas oscuras para mostrarme las pupilas dilatadas—. Y así tengo la ocasión de ponerte al día.

Lo miré fijamente y luego moví un poco la cabeza de un lado a otro.

—¿Ves bien?

—Lo bastante.

Se llamaba Eric y, después de ese viaje en coche, no volví a cruzarme nunca con él. El hecho de que fuera una compañía de gran reputación no significaba que no estuviera siempre al borde de la ruina financiera. El trabajo de Eric era atraer donaciones, calmar a los miembros del patronato ofendidos por un espectáculo u otro y asegurarse de que la venta de entradas iba por buen camino. En una temporada normal los actores no eran asunto suyo, pero hasta aquel momento, aquella no estaba siendo una temporada normal. Emily los había abandonado y el actor que hacía el papel de director de escena, un actor secundario que había pasado diez años interpretando en televisión el papel del inolvidable tío Wallace, había pasado de ser un bebedor empedernido a ser un borracho preocupante. Especialmente preocupante porque el tío Wallace, cuyo nombre era Albert Long, era el actor que figuraba en los carteles y que movía a la gente a acercarse desde otros condados para verlo.

—No tener una Emily y tener un director de escena que anda a cuatro patas no es el mejor punto de partida —dijo Eric.

Dije algo para manifestar mi comprensión pero, en realidad, no estaba escuchando. ¿Quién quiere escuchar quejas sobre actores en

presencia de tantos cerezos, kilómetros y kilómetros de árboles en flor? «¡Mira esto!» Me habría echado a llorar mientras corríamos por las rectas carreteras rurales en el viejo Volvo familiar de Eric, pero seguro que él los había visto ya muchas veces.

Me dijo que tendría el mismo salario que la otra Emily y mejor alojamiento. Había sido capaz de arrebatar el programa a la imprenta en el ultimísimo minuto. Se mencionaría en él la película a punto de estrenarse y las dos insulsas temporadas de televisión.

—Si se te ocurre algo más, sería de gran utilidad —dijo.

Imaginé que mi anuncio de Red Lobster («¡A todo el mundo le ENCANTA darse un festín de gambas fritas!») no sería útil.

—Pensaré para ver si se me ocurre algo.

—Aquí nos dedicamos a embellecer —dijo, con los ojos fijos en la carretera, pero no a ambos lados, donde estaba lo verdaderamente importante.

Me dijo que esperaba que me quedara todo el verano. La otra Emily estaba contratada para interpretar a May en *Locos de amor* cuando terminara *Nuestro pueblo.*

—Podríamos buscar otra actriz, pero si pudieras hacerlo tú sería un dolor de cabeza menos.

Nunca había visto la obra, no la había leído, pero siempre había pensado que me gustaba el título.

—¿No quieres verme actuar primero?

Eric negó con la cabeza.

—Ese no es mi trabajo. Si has llegado hasta mi coche es porque otras personas piensan que actúas bien. Con eso me basta. Charlie dijo que eras excelente, por cierto. Dijo que querían contratarte para una producción con Spalding Gray pero que los patrocinadores no quisieron porque necesitaban un nombre conocido.

Era muy posible que Charlie hubiera estado exagerando con Eric o que Eric estuviera exagerando ahora conmigo, pero por si cupiera la posibilidad de que fuera cierto y hubiera podido interpretar a Emily en Broadway sin tener que acostarme con nadie en el Algonquin, deseé que detuviera el auto un minuto y me permitiera vomitar. En lugar de eso, me quedé mirando los árboles, esa interminable extensión de pétalos temblorosos. Le dije a Eric que me quedaría toda la temporada.

—¿Qué hay en las cajas? —pregunté.

—¿Qué cajas?

Las señalé, pensando que tenía que tener muy mal los ojos si no veía las grandes cajas de madera entre los árboles. Estaban por todas partes.

—Abejas —dijo.

—¿Vienen en cajas?

Asintió.

—Los granjeros alquilan abejas. Vienen en un camión de dieciocho ruedas, y cuando la polinización ha terminado, el camión vuelve y se lleva las cajas a otro lugar.

—También vienen a hacer la temporada de verano —dije, y, por primera vez desde que había subido al coche, Eric se rio.

Tom Lake resultó ser de una belleza espectacular. Tenía un enorme anfiteatro cubierto, hundido entre ondulaciones de césped, y allí hacían los musicales. También tenían un teatro de caja negra donde ponían en escena obras como *Nuestro pueblo* y *Locos de amor*. Había pistas de tenis y un local social donde servían té helado y sándwiches. A orillas de un lago enorme se alzaban unas cuantas casas preciosas, algunas de las cuales se habían convertido en oficinas administrativas, otras alojaban a los actores, diseñadores y técnicos, y en otras veraneaba gente normal. Los árboles frutales florecían, los caminos serpenteaban, las colinas se ondulaban con suavidad: parecía que alguien hubiera recortado fotos de un montón de revistas y hubiera pegado las más bonitas en una sola página. A unos tres kilómetros había un pueblecito que prácticamente vivía de los turistas estivales que iban a alojarse en uno de los dos hoteles, cenaban y pasaban la mañana siguiente deambulando por las tiendas locales antes de aparecer con sus entradas para el teatro. Los más dinámicos se desplazaban para ver un espectáculo y luego cogían un autobús de vuelta. Llevaban camisetas y sombreros de Tom Lake mientras remaban en canoas alquiladas, iban más allá de la plataforma de buceo y cruzaban el lago. El conjunto formaba un ecosistema frágil, como suele suceder a los pueblos pequeños y a las compañías de teatro, pero, por lo que pude ver, este iba prosperando.

Llevaba dos maletas; Eric subió la más pesada a la habitación que me habían asignado y dejó la más pequeña para mí. Todavía estaba en la puerta el nombre de la Emily anterior.

—Ya apreciarás lo bonita que es tu habitación cuando veas las otras —dijo—. Tenemos que construir más alojamientos. Este es uno de los sesenta y dos motivos por los que estoy intentando recaudar dinero.

La habitación era agradable de la misma manera que el mejor dormitorio estudiantil puede parecerlo: una cama grande, mi propio cuartito de baño y una ventana abierta sobre el lago.

—Haré que alguien te traiga el programa de trabajo —dijo Eric—. Me temo que vas a tener que ponerte manos a la obra de inmediato.

Deshice la maleta en cuanto se fue, colgué los vestidos y puse los zapatos en fila en el suelo del armario. Coloqué un despertador de viaje y una pequeña pila de libros en la mesilla de noche. Las chicas con las que había ido al instituto ya estaban casadas. Tenían casitas en Nuevo Hampshire con sofás y televisores, tenedores, cuchillos y

cucharas, tal vez un niño o dos. Durante los años que habían pasado poniendo papel pintado en el cuarto del niño, yo había vivido en un estudio amueblado en Los Ángeles que tenía de todo: sábanas, toallas, escurreplatos. Tenía dinero, pero no sabía cómo gastarlo, así que no lo gastaba. Me gustaba la ligereza de mi vida, la sensación de que podía irme al día siguiente a donde me necesitaran: Nueva York, Michigan. Sin contar mi ropa de invierno, que aún estaba en el armario de un cuarto de mi abuela, mis bienes terrenales ascendían más o menos al contenido de aquellas dos maletas. No había tenido un verdadero éxito, pero las adolescentes me conocían y, por muy equivocadas que estuvieran, deseaban ser yo. Si hubiera estado en su lugar, yo también lo habría deseado, porque aquella habitación ordinaria con unas vistas extraordinarias, situada en un rincón perdido del estado de Michigan, suponía un mundo de libertad y posibilidades. Empujé con el pie las maletas vacías para meterlas debajo de la cama y me quedé mirando por la ventana, pensando en lo agradable que sería volver a utilizar la palabra «exuberante» después de tanto tiempo en California. La luz era aquí mucho más suave y, sin embargo, más brillante que en Nuevo Hampshire. Al día siguiente enviaría postales a Charlie y a Ripley y les diría lo agradecida que les estaba y lo mucho que me gustaba aquel sitio. Eric había dejado la puerta abierta al salir, quizá para que disfrutara de la brisa, y, cuando me di la vuelta, encontré a un hombre alto y delgado apoyado en el quicio. Había estado mirándome mientras yo miraba el lago.

—Impresionante, ¿verdad? —dijo.

Mi cerebro hizo ese rápido cálculo mental que las mujeres deben hacer cuando encuentran la salida bloqueada por un desconocido. Si tenía que saltar por la ventana, ¿a qué altura estaba? Demasiada, me temía.

El hombre me miró, se dio cuenta y retrocedió un paso hacia el pasillo.

Levantó un trozo de papel.

—El programa de trabajo —dijo.

—Ah.

—Puedes salir tú, puedo entrar o puedo dejarlo aquí en el suelo entre los dos. —Se inclinó un poco para simular el gesto.

Tenía los ojos oscuros y muy grandes en un rostro delgado; llevaba el pelo negro largo y recogido detrás de las orejas. Se incorporó de repente y se quedó muy erguido, con el papel aún en la mano. Llevaba una camiseta de lino y unos pantalones que parecían de quirófano, muy largos.

—Si me invitas a pasar, te contaré una historia.

—Pasa entonces —dije. Llevaba unas alpargatas de esparto sucias y con el talón plegado—. Me arriesgaré.

Sonrió.

—Bien, bien. —Pero casi no entró en la habitación. Dejó la puerta abierta y se recostó en la pared, como si ese fuera el lugar que le correspondía.

—¿Quién te ha recogido en el aeropuerto?

—Eric.

Se quedó perplejo.

—¿Eric qué?

No le había preguntado su apellido, prueba de que había estado en California demasiado tiempo.

—Eric, el director ejecutivo.

Esto pareció impresionarle.

—No he visto nunca en persona al director ejecutivo. Supongo que no te ha dicho nada del lago.

—No.

—Seguro que no sabe la suerte que tiene de poder contárselo a un recién llegado. Para los actores, todo es cuestión de suerte. Para los directores ejecutivos, todo es cuestión de hojas de cálculo. Vendrán todos corriendo a contarte la historia, pero yo he llegado primero. O el primero después de Eric.

—¿Eres actor?

Bajó la vista para mirarse: pantalones holgados de algodón, alpargatas.

—¿No es obvio?

—Claro, pero los actores no suelen dedicarse a entregar programas de trabajo.

En aquel sitio parecía que nadie se ocupaba solo del trabajo que tenía asignado.

—Se dedican a eso cuando se trata de un favor personal a un asistente de dirección.

—¿Estás echando un vistazo a la sangre nueva?

—Yo lo llamo ser considerado. Además, quería ser yo quien te contara la historia.

—¿Se la contaste a la última Emily?

—Fue una pena, pero no. Alguien se me adelantó, lo que hace de esto una especie de redención.

—Bueno, en realidad no sería justo.

—¿Qué no sería justo?

—Que tuvieras que contárselo a todas las Emilys.

Asintió.

—No lo había pensado. ¿Así que has visto ya el lago?

—Lo he visto.

—¿Y sabes cómo se llama?

—A lo mejor se llama Tom Lake. Un suponer.

Volvió a sonreír y enseñó unos dientes grandes y torcidos. Me habían dicho que los dientes torcidos, como las orejas sin perforar, eran valiosas reliquias humanas de otros tiempos.

—¡Excelente suposición! —dijo, dando una palmada—. El lago tiene un nombre oficial, el que aparece en los mapas y los registros de las capas freáticas, pero a nosotros nos da lo mismo.

—Por supuesto.

—Lo que tienes que saber es que toda esta tierra fue una vez propiedad de una familia muy rica, tipo Vanderbilt, aunque no sé muy bien qué clase de riqueza era exactamente. Dinero que venía del ferrocarril, del petróleo, dinero, dinero… Ya sabes a qué tipo de personas me refiero.

Asentí, aunque no sabía en absoluto a qué tipo se refería.

—Pasaban aquí el verano o la parte del verano que no estaban en un barco o en Escocia. Tenían un castillo en Escocia, lo que no es tan impresionante como suena porque Escocia está repleta de castillos. Sus muchos hijos estaban a cargo de niñeras escocesas. Debería destacar que eran buenas, porque las niñeras escocesas tienen muy mala fama.

—Por supuesto. —Me senté en el alféizar de la ventana pensando que aquello iba para largo.

Se detuvo.

—¿Podrías no hacer eso, por favor?

—¿Qué?

—Sentarte en el alféizar cuando la ventana está abierta.

—¿En serio?

—Ya hemos perdido una Emily.

—No se cayó por la ventana. —Miré hacia el suelo como para comprobarlo.

Negó con la cabeza y señaló hacia un rincón de la habitación.

—¿No te parece bonita aquella silla?

Lamenté tener que renunciar a las vistas, pero fui y cogí la silla.

—Gracias —dijo.

—¿Y tú? —Solo había una silla, el alféizar estaba descartado y no me apetecía ofrecerle la cama.

—Me gusta estar de pie, me desenvuelvo mejor.

—Vale.

—¿Por dónde iba?

—Por las niñeras escocesas. —El chico tenía una sonrisa amplia y simpática. Una sonrisa de estrella de cine.

Se detuvo de nuevo.

—Eres una oyente estupenda.

—Gracias —dije—. Gajes del oficio.

—¡Ja! Si crees que a los actores se les da bien escuchar es que no llevas mucho tiempo actuando.

—Niñeras escocesas —repetí.

Asintió con la cabeza.

—Así que la familia tuvo un montón de niñas, luego a Tom y luego otro niño. Pero nuestra historia es sobre Tom. Tom Nosequé. Tom Aristócrata. Un día, Tom y su niñera escocesa favorita dan un paseo por la zona. Es un día precioso, más o menos como hoy, y Tom señala la colina y pregunta a la niñera de quién es la casa. Y la niñera dice con acento escocés: «Oh, tu padrre es el dueño de la casa».

Le dije que me parecía que la imitación del acento de la niñera escocesa era muy buena, pero la verdad es que no había visto en mi vida a una niñera escocesa.

—Gracias —contestó—. Así que el señorito Tom sigue y quiere saber a quién pertenecen los árboles del huerto, quién es el dueño de los caballos, quien es el dueño de la colina y quién es el dueño de las flores. La niñera, con paciencia, le da siempre la misma respuesta: «Tu padrrre, tu padrrre». Es un patriarcado, lamento decírtelo. La madre no era dueña de nada, ni siquiera de sí misma.

—Comprendo.

—Llegados a este punto, el señorito Tom ya no sabe qué preguntar, pero le gusta el juego, así que sigue mirando hasta que se le ocurre preguntar de quién es el lago: «¿Quién es el dueño del lago?». Y la niñera, a la que llamaremos Heather, aunque no consta en ningún sitio cómo se llamaba, pero parece correcto darle nombre, por algún motivo dice: «El dueño del lago es Tom». «¿Yo?», pregunta el chico.

El desconocido apoyado contra la pared de mi habitación deja que el asombro recorra su rostro durante una fracción de segundo, convirtiéndose así en el joven señorito Tom, y luego, con la misma rapidez, prosigue con la historia.

—El momento es muy conmovedor y tal vez Heather piense que ha cometido un error, pero, seamos sinceros, todo el puto sitio es del padre y no hay motivo para que el niño no sea dueño del lago. Así que el niño le pregunta cómo se llama el lago.

—Ya veo venir el resto —dije.

—Al principio se escribía con apóstrofo, Tom's Lake, pero el tiempo condensa la experiencia.

—Claro.

—El chico está radiante. Se pasa veinte minutos lanzando piedras y palos al agua y gritando su propio nombre. Después, Heather consigue llevarlo a casa y ponerlo a dormir la siesta; cuenta la historia a las chicas de la cocina, e incluso a la jefa le parece una anécdota muy tierna. Dice que Heather debería contársela a la señora y así lo hace, y a la señora le encanta la historia y se la cuenta a su marido y a su montón de hijas, y, aunque nunca se toma una decisión formal, a partir de aquel momento todos llamaron al lago Tom Lake.

Cuando se detuvo para asegurarse de que seguía escuchando, me di cuenta de que no me había dicho cómo se llamaba él, solo me había dado el nombre del lago.

—Pues ahora ya sé a qué debe su nombre —dije.

—Bueno, hay una pequeña coda, si tienes un minuto más.

—Tú eres quien sabe cuánto tiempo tengo. —El chico sostenía el programa de trabajo en la mano.

—Está bien, déjame terminar. Vale. De alguna manera, el niño nunca se da cuenta de que todo el asunto del lago es una bola. Todos tenemos un punto ciego, ¿verdad? Ese fragmento de información incorrecta que recibimos en la infancia y que, misteriosamente, nunca se actualiza; y uno llega a los treinta y cinco y cree todavía que los unicornios existieron pero que los cazaron hasta extinguirlos.

—Espera, no se cazó a los unicornios…

Me sonrió, inclinando la cabeza hacia un lado como si dijera que yo era adorable, como si fuera a adorarme.

—Así que Tom crece y se echa novia, la hermana de uno de sus amigos de Princeton, y piensa que sería bueno casarse aquí para mostrarle su lago. Suben todos al tren: las familias, los amigos, el servicio. Hacía años que Tom no estaba en la casa y el lugar le parece aún más hermoso de lo que recordaba. Está deseando enseñarle el lago.

—¿La novia tiene nombre?

Hizo una pausa de un minuto para pensarlo.

—No, pero en esta conversación la llamaremos Lara.

Supongo que debí de parecer un poco incómoda porque me enseñó el papel que tenía en la mano.

—Tu nombre está en el programa de trabajo.

—¿Y el tuyo?

—Peter Duke.

—Peter Duke —repetí. Sonaba bien.

—Los dos pasean, cogidos de la mano, y recorren la casa, los cerezos y, puesto que van a pasar aquí parte de los veranos, Tom señala el lago que, como habrás observado ya, es difícil pasar por alto, y anuncia: «Y eso es Tom Lake». Y lo que le dice es que todo esto es suyo, suyo y de su familia, pero que terminará siendo suyo porque él es el mayor de los varones, así que parte también es de su esposa, pero ella no lo entiende así. «Qué gracia. Pero ¿cómo se llama de verdad el lago?» Es evidente que no se trata del estanque de truchas de la familia, sino de un lago que ocupa una gran superficie, no puede pertenecer a una persona. Y justo cuando Tom está a punto de repetir la frase, se detiene. De repente recuerda aquel día con Heather, que ahora a lo mejor vivirá en Escocia. Heather, la primera mujer a la que quiso de veras porque su madre nunca estuvo disponible. Y en ese

momento, ahí plantado junto a su novia, se da cuenta de que el lago que siempre ha oído llamar con su nombre en realidad no se llama así y no es suyo. Peor todavía: no tiene ni idea de cómo se llama.

Volví a la ventana para mirar de nuevo el lago y el día, para imaginar la conversación entre los dos.

—Dime que no suspendieron la boda por esto.

No era una persona particularmente romántica, pero, con todo, habría sido una decepción.

Duke negó con la cabeza.

—En realidad, sucedió todo lo contrario. Ocurrió algo milagroso que selló su amor para siempre. Tom le contó a Lara la verdad.

Solté un gritito sin querer, como el de un perro cuando le pisas una pata.

—Dios mío, me lo he creído todo.

Nada en su cara lo delató. No enrojeció, las largas pestañas negras, tan exageradas en un hombre adulto, no se movieron.

—Tom le dijo que no sabía el nombre del lago y que acababa de darse cuenta, y que su niñera y toda su familia lo habían infantilizado, sin malicia alguna pero con la clara intención de tomarle el pelo, lo que era prueba de cuánto lo querían y cuánto lo habían mimado durante su vida entera. Le dijo que no sabía en absoluto el nombre del lago.

—¡Y me he creído toda la historia!

—Esta podría haber sido su revelación en plan Siddhartha Gautama, el momento en que el príncipe se deshace de su riqueza para ir a vivir entre el sufrimiento y los pobres con el fin de encontrar su camino espiritual, pero él la amaba demasiado.

—No sigas.

—Y le encantaba la casa. De verdad, estaba loco por la casa. Y el castillo de Escocia. Y el tríplex en Nueva York.

—Entonces, ¿por qué se llama Tom Lake?

—Ni idea.

—No interpretarás tú a George, ¿verdad?

No parecía lo bastante joven para ser George, pero me parecía que habría sido capaz de interpretar a los pollos invisibles si le hubieran dado ese papel.

Me saludó alzando dos dedos.

—Hago el papel del señor Webb, periodista.

—¿Eres mi padre?

—Confiaba en que tu madre te lo dijera algún día.

Nos miramos a los ojos hasta que la pequeña habitación se hizo más pequeña todavía. Fui yo quien apartó la mirada.

—Tienes una hora —dijo, agitando otra hoja—. Aquí hay un mapa. —Dio un gran paso hacia delante y depositó los papeles con cuidado

sobre la cama, de la misma manera que habría hecho conmigo si, después de cogerme, me hubiera dejado suavemente en el lecho.

***

Esta es una historia sobre Peter Duke, el actor que llegó a ser famoso.

Esta es una historia que va de enamorarse de Peter Duke cuando no era famoso en absoluto. La historia de un enamoramiento tan feroz —tal como nos enamoramos a los veinticuatro años— que fue como saltar de un tejado a medianoche. Era imposible prever el lío en el que desembocaría todo aquello y ni se me ocurrió que debiera preocuparme.

Hace tiempo que estoy en paz con Duke, el actor famoso, pero mis sentimientos hacia la persona que entró en mi habitación ese primer día en Tom Lake son más complicados. Me he propuesto no pensar nunca en él, si bien lo cierto es que ahora mismo estoy pensando en él.

Estoy convirtiendo parte de mi vida en un relato para mis hijas y, aunque son adultas y de pensamiento progresista, damos por hecho que voy a omitir cualquier mención a la cama, incluso aquella en la que reposan las dos hojas.

—Tengo la sensación de que estoy al borde de la anafilaxis —dice Maisie—. En serio, se me está cerrando la garganta y no puedo tragar.

Emily y Nell se limitan a mirarme, ambas con un nudo en la garganta. Las cuatro estamos otra vez entre los cerezos, donde la lluvia cae con tanta suavidad que ni siquiera nos damos cuenta.

—¿Cómo superas a alguien así? —pregunta Maisie.

Lo que quiere decir es que aún no lo he superado y que nunca he amado a su padre tanto como quise a Duke.

—¿Recuerdas cuando nos pedíais que os lleváramos a la feria del condado cada verano? —pregunto, intentando que lo comprendan—. No parabais de hablar de la feria. ¡La feria! Dios mío, os poníais inaguantables. Os quejabais y lloriqueabais hasta que terminábamos por ceder. Vuestro padre y yo tratábamos de que fuerais a ver las labores de costura y acariciarais los conejos de angora, pero vosotras queríais comer perritos de maíz con chile y algodón de azúcar y luego queríais subir a una de esas horribles atracciones que habían instalado tres adictos a la heroína con una llave fija, queríais disfrutar de las vueltas que hacían que sintierais que la cabeza os iba a salir volando por culpa de la fuerza centrífuga. Una de vosotras vomitaba sobre las otras dos subida a la atracción, otra más sobre mí en el aparcamiento mientras intentaba limpiaros y la tercera en la nuca de papá en el coche. Y al día siguiente estabais como rosas y rogabais que os volviéramos a llevar. ¿Os acordáis?

—Me encantaba la feria —dice Maisie mientras sus hermanas siguen mudas de asombro.

Me vuelvo hacia mi hija mediana.

—¿Te gustaría ir ahora?

—Tal vez —dice, pero tiene veinticuatro años, la edad que tenía yo en Tom Lake.

—¿Dirías que las atracciones de la feria eran mejores que ser veterinaria? ¿Que preferirías que te sacudiera una atracción llamada La Cremallera que ayudar a parir un potro en plena noche?

Puedo argumentar con Maisie porque es lógica y fuerte. En cambio, siempre tendré miedo de despertar la parte de Emily que lleva mucho tiempo dormida. Siempre tendré miedo de romper algo frágil y puro en Nell. Pero Maisie puede aguantarlo, nadie tendrá que preocuparse nunca por Maisie.

—No veo por qué tienes que renunciar a una cosa para tener la otra —dice.

—No es que tengas que renunciar —respondo a mi hija—, sino que quieres hacerlo. Te despiertas un día y ya no te gustan los caballitos. En realidad, te cuesta creer que te gustaran alguna vez.

Nell vuelve la cara hacia otro lado. Emily se sujeta la trenza con las dos manos. No se lo creen.

—No estamos hablando de una feria —dice Emily—. Estamos hablando de Duke. Yo creo en Duke.

Quiero decirle que ella también creía en el conejo de Pascua, pero no lo hago. Es algo que podría decirle a Maisie, pero no a mis otras dos hijas.

7

Por suerte, esta mañana he tenido la presencia de ánimo necesaria para meter un pollo en la Crock-Pot con algunas cebollas y zanahorias, y solo tenemos que ir a buscar las cosas al huerto y lavarlas para preparar una ensalada. Emily ha hecho pan y una empanada, y, después de un día de trabajo, pan y empanada es prácticamente lo único que queremos. Nos frotamos las manos hasta los codos y nos lavamos la cara para diluir la pasta formada por el sudor, la crema solar y el repelente de insectos. A veces nos sentimos demasiado asquerosas para sentarnos a la mesa, así que corremos a darnos una ducha rápida, olvidando lo mucho que nos cuesta permanecer despiertas y bajar a cenar después. Así que comemos primero, los cinco juntos, algo que habría jurado que había desaparecido con la infancia de las chicas, como si fuera un hermoso recuerdo olvidado para siempre, excepto en vacaciones y algún que otro cumpleaños, pero me habría equivocado porque aquí estamos sentados a la mesa, hablando de las actividades del día: los kilos recogidos, las hileras terminadas. Benny cena con nosotros los miércoles por la noche y Emily va a casa de los Holzapfel los domingos. Excepto en esas dos ocasiones, han decidido que cada uno cena a diario con su familia de origen, al menos durante la cosecha, y luego se reúnen en la cama que comparten.

Nell interrumpe nuestra interminable conversación sobre la fruta de hueso.

—Papá —dice mientras mueve el tenedor por encima de la lechuga —, ¿a ti qué te parecía Duke?

Sus hermanas parpadean. Miran a Nell y luego me miran a mí. No se habían dado cuenta de que podían llamar a su padre a declarar al estrado.

Joe acaba de tomar un bocado de pan con mantequilla y por esa razón tarda en contestar.

—Era un hombre con mucho talento.

—¿Te gustaba?

Veo a mi marido recordando. ¿No son así los matrimonios duraderos? Puedes apagar el sonido y adivinar la respuesta.

—A todo el mundo le gustaba Duke. A todos, incluyéndome a mí.

Vuelve a mirar el plato. Está hambriento y he hecho ensalada de

patata. La ensalada de patata es el amor de su vida.

—¿Te «gustaba»? —pregunta Emily—. ¿Solo eso?

La necesidad de información de las chicas es voraz, ilimitada, y Nell acaba de cruzar la que ellas imaginaban como una línea prohibida: ¿le gustaba a su padre el novio de su madre?

Joe sonríe.

—Vale, diré algo más sobre Duke. —Piensa un poco y aporta el detalle necesario—: Era capaz de andar con las manos.

Miro a mi marido, asombrada.

—Dios mío, ¿cómo se me ha podido olvidar eso?

—Era capaz de sostenerse en una silla plegable y hacer una vertical perfecta. Estabas hablando con él y, de repente, te lo encontrabas haciendo el pino. Incluso ponía los pies de punta. Nunca había visto a nadie hacer eso y nunca lo he visto después. Era un atleta, se ve en todas sus películas.

Duke decía que, para despertarse, que le bajara toda la sangre al cerebro era mejor que la cafeína.

—Si no hubiera sido por Sebastian, supongo que no se habría dedicado a actuar, sino a algún deporte —dice Joe.

—¿Sebastian? —pregunta Maisie.

—El hermano de Duke —aclara Emily.

—¿Cómo sabes que Sebastian era su hermano? —pregunta Nell.

Estamos agotados y, sin embargo, ahí seguimos, conversando y sorprendiéndonos.

Emily clava los ojos en su hermana y entonces nos acordamos de que, aunque ya se le haya pasado la obsesión, Emily sigue siendo el centro de información sobre Duke.

—Sebastian jugaba al tenis como profesional, incluso estuvo en el *ranking,* ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Como junior.

—Espera —me pregunta Nell—. ¿Sabías que existía Sebastian?

—Conocí a Sebastian en persona.

Las chicas se ponen a hablar a la vez, pero Joe no les hace caso y niega con la cabeza ante aquel recuerdo.

—Ver lo bueno que era Sebastian y saber que no consiguió dedicarse al tenis como profesional siempre me hizo pensar en lo buenos que tienen que ser los profesionales. El único que lo hacía sudar era Duke, y Duke nunca fue capaz de ganarle un solo partido. Jamás, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de cómo jugaban?

Asiento. Lo que no recordaba era que Joe los hubiera visto jugar. Aunque todos iban a verlos, y ese era uno de los muchos motivos por los que Duke odiaba perder.

—Duke jugaba muy bien, pero no lo bastante para ganar a su

hermano. Y Sebastian no era lo bastante bueno para ganar… a quien fuera que tuviera por encima. Todos tenemos nuestro sitio en la cadena trófica.

—¿Y a qué se dedicó Sebastian profesionalmente, si no fue al tenis? —pregunta Nell, aunque no queda claro si me dirige la pregunta a mí, a Joe o a Emily.

—Fue profesor, ¿no? —pregunta Joe.

—De Historia —digo. San Sebastian.

Joe asiente de nuevo y sonríe. Ha reconducido el tema de la conversación con tanta habilidad que las chicas ni se han dado cuenta. Arruga la servilleta y recoge los cubiertos y el plato.

—Un buen chico —dice—. Buenos chicos los dos. Ahora, si me perdonáis, tengo cosas que hacer en el granero mientras quede luz.

No le recordamos que dice eso mismo todas las noches. No le decimos que está ya demasiado cansado y que, sea lo que sea lo que tenga que hacer, bien puede esperar. Y no se lo decimos porque no nos escucha.

Emily empuja la silla para apartarse de la mesa.

—Voy contigo.

—No seas boba, ya sé cómo cuidar de las cabras. —Joe deja los platos en el fregadero—. Tienes que escuchar la historia.

***

Solo había un ensayo de lectura en el programa de trabajo y creo que lo habían preparado para mí. En Michigan llevaban mucho tiempo esperando a la nueva Emily, y ahora que había llegado estaban ya listos para ponerse a trabajar. Cuando entré en la sala de ensayo, Duke se levantó y me guio alrededor de la mesa como si fuera un cóctel.

—Emily —dijo—, esta es tu madre, la señora Webb, y este es tu hermano, Wally.

Se inclinó y le dio un beso a la mujer que haría el papel de su esposa, un beso fugaz en la sien. La señora Webb era una mujer pálida de aspecto dulce, lo bastante mayor para ser mi madre, si esta me hubiera tenido joven, cosa que habría hecho en caso de vivir en Grover’s Corners, el pueblo de la obra.

—Encantado —dijo Wally Webb, y me tendió la mano. Era un niño de unos diez u once años, con el pelo castaño liso y con pecas; la chica que interpretaba a Rebecca Gibbs tendría unos dieciséis años y le habían dado el papel porque era menuda. Me presentaron al doctor Gibbs, a la señora Gibbs y a George. Los Georges estaban destinados a decepcionarme, y este no fue una excepción. Era un chico bien parecido que había hecho una serie de anuncios de Pizza Hut y un programa de Disney para los domingos por la mañana que estaba a

punto de ser cancelado. En lugar de sostenerme la mirada, se levantó a medias de la silla y me estrechó la mano a medias.

El tío Wallace, sin embargo, era otra historia. Se levantó de un salto y me puso las manos en los hombros.

—¡Aquí tenemos a nuestra Emily! Gracias a Dios que estás aquí. Voy a tener que darte un abrazo.

¡El tío Wallace me daba un abrazo! Oh, cuánto lo había querido cuando era pequeña. El rudo y tierno cuidador de los huérfanos que había dejado su hermana. El soltero despreocupado, apuesto y de mediana edad que había sido capaz de ponerse a la altura de las circunstancias y había conseguido que todos los niños de los Estados Unidos se dijeran que su vida sería mucho mejor si sus padres estuvieran muertos.

El tío Wallace se teñía el pelo para conservarlo de color rojizo y tenía esa piel ligeramente tensa que había empezado a encontrar normal en California pero todavía me desconcertaba en los hombres. El abrazo duró unos segundos más de lo necesario.

—Esta es la undécima vez que el tío Wallace hace el papel de director de escena —dijo Duke—. Acaba de tener un gran éxito en un teatro con cena de Tempe.

—Puedo hacerlo hasta dormido —dijo el tío Wallace, guiñándome un ojo.

Me habría reído si Duke no me hubiera apretado el brazo y hubiera tirado de mí para presentarme al agente Warren, a Howie Newsome y a la señora Soames. Los papeles pequeños recaían en actores que vivían por la zona, una estrategia que se sustentaba en el voluntariado y suponía inesperadas oportunidades para recaudar fondos. Me gustó que Duke se tomara tanto tiempo en presentarme a todos los miembros del reparto. Al fin y al cabo, salvo el tío Wallace, ninguno de nosotros era famoso. Estábamos en ascenso o en declive. Nuestro público para la lectura de ensayo era una colección de suplentes que estaban sentados en el extremo de la habitación con el guion y un bolígrafo. El verdadero director de escena, no el actor que hacía el papel de director de escena en la obra, estaba sentado junto a su asistente. Los saludé con la mano y me devolvieron el saludo.

—Deberíamos empezar ya —dijo uno de los hombres de la mesa, con expresión paciente.

—Y este es nuestro estimado director, el señor Nelson —dijo Duke, extendiendo la mano—. Nuestro intrépido líder. Él no tiene nada que hacer aquí.

—Pero aquí estoy —dijo el señor Nelson.

—No puedo recordar cuándo fue la última vez que trabajé con un director de verdad —dijo el tío Wallace, dirigiéndose a toda la sala—. Siempre hay un director, por supuesto, o alguien que afirma serlo

aunque no tenga el menor interés en la actuación. Pero Nelson es un hombre con ideas, con intuición. Yo creía que lo sabía todo sobre el papel, pero él me ha descubierto cosas nuevas. —El tío Wallace se volvió hacia mí—. Hace que tenga la sensación de que es la primera vez.

George cogió su guion y dio golpecitos contra el borde de la mesa como si estuviera pensando en marcharse.

—Bebe —susurró Duke mientras ocupábamos nuestros sitios en la mesa.

—Me temo que ya di mi magnífico discurso de presentación la semana pasada —dijo Nelson—. Repasé los temas que estábamos destacando. No quiero hacer que el resto de la compañía tenga que oírlo dos veces.

—¡Nos encantó! —dijo el tío Wallace—. Y nos gustaría volverlo a oír.

Nelson negó con la cabeza.

—Vamos a seguir adelante y a leer el texto. Lara, estaré encantado de contártelo a ti más adelante, si quieres. Me han dicho que ya sabes lo que haces.

Miré al director y sonreí. Estaba lista.

Tenía dieciséis años cuando instalé *Nuestro pueblo* en mi cerebro, en una época en que tenía el cerebro esponjoso, nuevo y capaz de retener las cosas para siempre. Gracias a todas aquellas noches en el coche de Jimmy-George, podía recitar las frases de George con tanta facilidad como las de Emily, y, si no lo pensaba demasiado, probablemente podría hacer todos los demás papeles. Quizá no todo el de director de escena, pero sí la mayor parte. «Tres años han pasado. Sí, el sol ha salido más de mil veces.» No tenía todavía veinticinco años y aquella era ya mi tercera producción de la obra. Tenía el guion en la mesilla y lo leía cuando me despertaba por las noches. Había recitado el papel mientras conducía el MG de Ripley entre el tráfico de la autopista de Santa Mónica para pasar el día en la playa con mis amigos. Había repasado escenas enteras en el avión cuando volaba a Nueva York y en el avión de camino a Michigan. Recitaba las palabras como las chicas católicas pasaban las cuentas del rosario, repitiendo el avemaría hasta automatizarlo por completo. Así que no me costaba mucho estar en Tom Lake, ser Emily de nuevo, ser yo misma. Tenía sitio suficiente en el cerebro para pensar en el trabajo y maravillarme ante Duke al mismo tiempo.

Tras conocer a Duke una hora entera, había dado por hecho que sobreactuaría un poco, pero su representación del señor Webb era contenida, digna y moderada, incluso cuando tenía que emplear un acento vulgar en algunas palabras. Es fácil liarse con estas cosas, pero Duke era capaz de actuar de manera espontánea y natural, tal como a

Ripley le habría gustado. No solo actuaba bien, sino que resultaba omnipresente, a diferencia de George, que desaparecía en cuanto dejaba de mover los labios. Duke prestaba atención a los demás actores y me halagó imaginar que se fijaba más en mí que en los demás.

Si bien yo tenía la suerte de poder hacer papeles de personajes más jóvenes que yo, Duke parecía mayor de lo que era. Aquel verano tenía veintiocho años, pero cuando representaba el papel de mi padre, parecía tener cuarenta y tantos. En su carrera, al principio hizo personajes de más edad; después, durante unos años, tuvo papeles de su edad y más tarde representó a personas más jóvenes, y todo ello sin cambiar demasiado. Nunca supe cómo lo lograba.

Hasta que empezamos a leer la escena del funeral, no se me había ocurrido que en aquel momento yo tenía la edad de Emily en el tercer acto y que, por joven que pareciera, con el tiempo acabaría siendo demasiado mayor para el papel, ya que el paso del tiempo es inexorable. Pensé en todas las mujeres vestidas como adolescentes que se habían presentado a la audición en mi instituto. Nadie puede hacer el papel de Emily toda la vida. Eso era lo que pensaba durante la lectura: que un día perdería a Emily.

Recité mi papel sin abrir el guion. Me pareció que la señora Gibbs y la señora Webb eran lacrimosas, pero tenían buena voz. Incluso George, que no hablaba en el tercer acto, se volvió a mirarme. Si aquella iba a ser la última vez que hacía de Emily, iba a ir a por todas, como habría dicho Veronica. Además, tenía la esperanza remota de que, si lo hacía muy bien en Tom Lake, llegaría la noticia a Nueva York, despedirían con cortesía a la Emily que habían elegido para la producción con Spalding Gray y tendría la oportunidad de hacer de nuevo ese papel.

Cuando terminamos, el señor Nelson sonrió.

—Amigos míos, podemos soltar ya un enorme suspiro de alivio. Al final vamos a poder montar la obra.

Nos aplaudimos mutuamente y los sustitutos aplaudieron con nosotros. La gente que me había estrechado la mano tres horas antes volvió a estrechármela otra vez. Mi suegra, la señora Gibbs, que había desempeñado su papel especialmente bien, se quedó conmigo un minuto. Me contó que había sido Emily en otros tiempos.

—Supongo que no habías nacido todavía —dijo—. Pero no era como tú. Tú eres una de esas Emilys de las que la gente hablará durante años. Dirán: «Vi a Lara Kenison en Tom Lake cuando ella era jovencita», y nadie se lo creerá.

***

Suena el teléfono de Maisie. La norma de la casa es que no hay móviles en la mesa, pero hemos hecho una excepción en el caso de Maisie, que no para de recibir llamadas de los vecinos pidiendo ayuda; y en el de Emily, así Benny puede enviarle mensajes y decirle a qué hora estará de vuelta en la casita; y, por supuesto, hemos extendido la excepción a Nell, porque cómo íbamos a dejar que sus hermanas consultaran el teléfono en la mesa y obligarla a ella a que lo apagara. Joe y yo sí desconectamos los nuestros porque todas las personas con las que queremos hablar están presentes.

—Claro —dice Maisie, entrando en la cocina mientras escucha—. No, no, está bien. Ya hemos terminado, voy para allá. —Cuelga y nos mira—. Los Lewer tienen una ternera con una diarrea incontenible.

—¿Y no se te ocurre evitarnos este mal momento mientras comemos? —pregunta Nell.

—Os lo evitaré poniendo la ropa en la lavadora y duchándome antes de entrar en la habitación, pero no callándome las cosas. —Se vuelve hacia mí—. Para aquí la historia, por favor. No quiero perderme la parte de Sebastian.

Emily se levanta de la mesa.

—Si dejas aquí la historia, entonces me voy a casa. Acabas de recordarme que llevo dos semanas sin lavar la ropa.

—Entonces me voy a ayudar a papá. —Nell también se levanta.

—Buenas noches, señoras —canturreo—. Buenas noches, señoras, buenas noches.

—No dejes que Hazel me siga, por favor —me pide Maisie—. No quiero que venga.

—Claro; las tres estáis ocupadas, ya recojo yo.

Amontonan los platos en el fregadero y se dirigen juntas a la puerta. Maisie sujeta el extremo de la trenza de Emily, tal como un elefante utilizaría la trompa para coger la cola del que lo precede. Nell pasa un dedo a través de la trabilla del cinturón de Maisie. Joe y yo decíamos que, si le cayera un rayo a una de las chicas, arderían las tres.

—¿Cómo es que no nos dijiste nunca que Duke tenía un hermano? —pregunta Nell a Emily.

—Cuando me enteré de la existencia de Sebastian, no me hablaba contigo —le recuerda Emily.

Hazel sale corriendo hacia la puerta cuando esta se cierra y Maisie se da media vuelta y empuja a la perra suavemente para dentro.

—Quédate, quédate. Ahora mismo vuelvo.

Pero Hazel no se lo cree. Cuando se van, araña la puerta y llora hasta que me agacho y le acaricio las orejas.

—Hazel —digo con voz suave—. Hazel, ahora vuelve. Y yo me quedaré aquí hasta entonces. Hazel, escúchame. Voy a decirte algo

importante, tienes que ser valiente.

Y le explico a la perra que durante años me dije que mi carrera se desmoronó porque no era lo bastante buena, pero que ahora estoy empezando a pensar que mi carrera se fue al traste porque dejé de ser valiente.

—Si esto fuera una película, ahora estaría arrepintiéndome muchísimo —añado—. Pero de verdad te lo digo, Hazel, no lo lamento en absoluto. Es como si hubiera evitado que me arrollara un tren.

***

La temporada teatral de verano dura en total cuatro meses —de principio a fin—, así que ahora el tiempo tiene que avanzar más deprisa. Duke era la persona que más conocía en Tom Lake. Habíamos estado solos en mi habitación. Lo había visto actuar y me había conmovido y sorprendido ver de lo que era capaz. Él me había visto actuar y me esperó en la puerta mientras los demás daban las buenas noches. Nos conocíamos desde hacía unas pocas horas, pero eran horas de la temporada teatral de verano, y eso, en el mundo exterior, equivaldría a unos seis meses.

—He prometido que te enseñaría el lago —dijo Duke.

—¿Sí?

—Ya sé que, al empezar tan de golpe, tienes que lidiar con muchas cosas —dijo Nelson en la puerta—. Ya me dirás si puedo serte de ayuda, aunque no creo que la necesites.

Nelson tenía una densa mata de pelo que debía de haber sido rubio en la infancia y, tras las gafas, sus ojos eran azules y brillantes. Por lo general, los directores no daban indicaciones con tanta amabilidad como Nelson, y me intrigó saber si esa estrategia funcionaba.

—No necesita ayuda —le aseguró Duke: ahora se había convertido en mi agente—. A menos que la necesite para encontrar el lago.

—Me parece que recordaremos la catástrofe del cambio de Emilys como una interrupción afortunada. —Nelson me estrechó la mano de nuevo—. Tienes mi teléfono en el programa de trabajo.

Le di las gracias y le deseé buenas noches.

—Tienes mi teléfono… —repitió Duke cuando estuvimos fuera del edificio—. Qué frase tan manida. —Movió la cabeza con aire de decepción.

—No —dije yo—. La frase más manida de todas es «Prometí enseñarte el lago».

Si Duke quería dar a entender que el director estaba intentando ligar conmigo, lo cierto era que no me había dado cuenta. Duke sí estaba intentando ligar conmigo, y eso era lo que me importaba. El tío Wallace también lo había intentado diciendo que sabía mejor que

nadie dónde estaba el lago porque aquel era su verano decimocuarto.

—Deja que te enseñe el maldito lago —dijo.

El lago, que medía casi tres kilómetros de largo y casi uno de ancho, estaba justo delante de nosotros.

—¿Nelson es famoso? —pregunté a Duke mientras bajábamos por la ladera cubierta de hierba de camino al agua.

Duke estiró el cuello de manera alarmante y luego ladeó la cabeza.

—No es Francis Ford Coppola, si eso es lo que preguntas.

—No, no es eso lo que pregunto.

La luz del día empezaba a suavizarse de camino al crepúsculo. Aquella mañana me había levantado en la habitación de un hotel de Nueva York.

—Vale, de acuerdo, si no preguntas si es un famoso director de Hollywood, si estás dispuesta a bajar un poco el listón, entonces te diré que sí, que supongo que Nelson es famoso. Para lo que tenemos por aquí, es famoso.

—¿Y eso qué significa?

Duke me cogió la mano y empezó a mecerla para que no pareciera un gesto tierno. Sentí el flujo de su vida en los dedos, me subió por el brazo y me llegó al corazón.

—Nelson ha dirigido varias obras en una compañía de teatro bien establecida de Chicago que no merece la pena mencionar, el verano pasado dirigió otra en Sag Harbor y ha dirigido otra Off Broadway. Habrás oído hablar de esa.

Volvió la cara hacia el otro lado y susurró el nombre de la obra en dirección al lago para que la brisa se lo llevara.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

Si bien todavía tenía que establecer los parámetros del talento allí reunido, lo cierto era que ya sabía lo suficiente para darme cuenta de que una obra Off Broadway quedaba por encima.

—Es un misterio. Solo dirige esta obra y, en cuanto se estrene, se irá. Todo el mundo se esfuerza en causarle buena impresión con la esperanza de que se lo lleve cuando se marche. —Se detuvo—. No me refiero a nosotros, sino a los demás. Yo no intento causar buena impresión. El tío Wallace intenta causar buena impresión. Según se dice, se muere de ganas de salir del circuito de las salas de teatro con cena incluida.

—¿Y cómo se puede impresionar a Nelson? —Me preguntaba si podría conseguirlo.

—Supongo que actuando. Actuando bien. Pero no se lo digas al tío Wallace, lo harías polvo.

Quizá el tío Wallace fuera un poco bobo, pero no cabía duda de que actuaba bien. A partir de la lectura que habíamos hecho, me parecía que podía hacer muy bien el papel de director de escena, aunque Duke

no tuviera ganas de oírmelo decir. Duke, deduje con sagacidad, prefería oír hablar de Duke.

—Pues tú causas una buena impresión, lo quieras o no. Has estado estupendo.

Fue un momento curioso, como si estuviera diciéndole algo que no había oído nunca. Se detuvo, apoyó un codo en mi hombro y se apartó el pelo para colocárselo detrás de la oreja.

—Dices eso porque te han impresionado el lago y los cerezos en flor.

—No —declaré—. Has estado muy bien.

Y entonces me besó. Un primer beso vacilante, tierno, igual que George habría besado a Emily si estuviera escrito en el guion que se besaran. Sin embargo, no era el beso entre un padre y su hija.

—Gracias —dijo Duke.

—Gracias —dije, o tal vez lo pensé, cuando volvió a cogerme la mano.

Caminamos un rato por el sendero junto al lago y luego dimos la vuelta. No teníamos el tiempo ni las ganas de dar la vuelta entera.

—¿Sabes nadar? —preguntó.

—Como un pez.

—Pues algún día iremos a nadar.

Me detuve. Duke adivinó lo que quería antes de que yo misma lo supiera, porque en cuanto lo propuso, deseé salir a nadar más que cualquier otra cosa.

—Vamos ahora mismo —dije—. Ha sido un día tremendo. Vamos a nadar.

Estábamos al norte de Michigan y era verano, quedaban horas de luz.

Me miró.

—Estamos ocupados.

—¿Sí?

Asintió y me apartó un mechón de pelo de la frente con el pulgar.

—Tenemos planes.

Sonaba como una obra de teatro. Íbamos a volver a mi habitación y, si hubiéramos fingido otra cosa, habríamos estado actuando.

Sacó un paquete de Marlboro y me ofreció uno.

Negué con la cabeza.

—No fumo.

—¿Quieres probarlo?

—¿Fumar?

Asintió.

—Es algo que podemos hacer juntos. Piensa en lo agradable que sería salir en las pausas y sentarnos en la hierba. Podremos mirar el lago y fumar.

Encendió dos cigarrillos con una sola cerilla, exhaló el humo y me dio uno. Jimmy-George no se podía comparar con aquel chico. Nadie podía compararse con él. Aspiré y tosí. Mi primer cigarrillo.

—Solo un par de caladas o te marearás —dijo—. Tienes que acostumbrar a los pulmones.

Estábamos andando otra vez. Tenía un cigarrillo en una mano y con la otra sostenía la suya. No podía imaginarme a Emily fumando y me preguntaba si el director tendría algún reparo, aunque no fumaría cuando tuviera que actuar. Las brasas brillaban como luciérnagas cuando aspirábamos. Cuando Duke se paró de nuevo estábamos ante el edificio donde me iba a alojar. Me quitó el cigarrillo y dejó los dos en una maceta de geranios que había en el porche. Quizá estaba un poco mareada. No me había fijado en las flores cuando llegué ni cuando salí. Y me pareció lo más natural del mundo que entráramos cogidos de la mano. Por lo que yo sabía, también había subido con la otra Emily, la que había durado solo un día. A lo mejor me llevaba a una cama en la que él ya había estado, y a mí me importaba muy poco porque ahora era la mía.

***

—Es raro —dice Joe cuando aparece por la puerta trasera.

Los platos están limpios y, mientras Hazel duerme, coso en el sofá para hacer una labor con parches cuadrados de trocitos de vestidos desechados, retales de nuestras sábanas favoritas y fragmentos de alguna servilleta. Dentro de treinta años, tendré suficientes cuadritos para hacer una colcha para cada una de nuestras hijas.

—¿Qué es lo raro?

—Solo hay dos personas en la casa.

—¿Dónde está Nell?

—Se ha ido a casa de Emily. Y supongo que Maisie sigue ocupándose de la ternera.

Quizá eso no suene como una proposición, pero pincho la aguja en el acerico en forma de tomate. La gente que tiene hijos capta enseguida la posibilidad sexual inherente a una casa vacía. Durante años, hemos intentado programar actividades simultáneas para las tres niñas: la clase semanal de baile, la reunión del club de las 4 H, las clases particulares de álgebra. No esperábamos más que una escasa hora de coincidencia, pero incluso cuando todas las estrellas parecían alinearse, con frecuencia una de las niñas no quería irse. Siempre parecía que había una que no quería otra cosa que sentarse encima de mí una hora mientras las otras dos estaban fuera. Así que la abrazaba. Eso no se olvida, ni siquiera cuando las hijas han crecido, llevan años fuera y luego vuelven.

—Pensaba que volverían corriendo para oír la historia.
—Ya seguiremos mañana.
—¿Hasta dónde has llegado?
¿Qué pasó después de la primera noche?
—Bueno, estoy en Tom Lake, hemos terminado la primera lectura, así que supongo que toca presentar a Pallas.
Joe mueve la cabeza.
—Oh, Pallas. ¿No te preguntas qué habrá sido de ella? —Corta un trozo del pastel de fresa que he dejado en la encimera. Me gustaría que se lo comiera todo. Con lo delgado que se queda en verano, podría comerse un pastel diario—. Pallas y luego Sebastian.
—No debería haber empezado.
Me mira con una de sus pequeñas sonrisas.
—¿Cómo? Son implacables. Se habrían sentado encima de tu pecho hasta que les hubieras contado todo.
—Y tampoco se lo cuento todo, de todos modos. Lo bueno no lo cuento.
Joe echa las migas al fregadero, aclara el cuchillo.
—Con lo cual te refieres al sexo.
Miro fijamente a mi marido desde el otro extremo de la habitación, un hombre tranquilo que no suele dedicarse a mirar el pasado con ojos críticos, lo que tampoco quiere decir que necesite oír hablar de él.
—Utilizo expresiones propias de tres chicas veinteañeras.
—¿Sexo del bueno? —Sigue sonriendo cuando se acerca y me quita el acerico de las manos.
Me encojo de hombros.
—¿Y quién es capaz de acordarse?
—Tú, probablemente. Seguro que te acuerdas. —Mi marido huele un poco a heno y a cabra.
—Con suerte, me acuerdo de lo que pasó ayer. —No consigo que se lo crea, pero quiero ser amable.
—¿Estás muy cansada? —me pregunta.
—Menos que tú.
Hace años que beso a este hombre. Durante años, no he besado a nadie más y eso me parece reconfortante. Joe no es Duke. Joe nunca fue Duke y nunca he querido que lo fuera. Desde el sofá, Hazel suelta un gruñido.
—¿Y qué pasa con la perra? —pregunta Joe.
—No puede subir escaleras.
Joe la mira.
—¿De verdad? Pensaba que a Maisie le gustaba llevarla en brazos.
—Eso también.
—¿Puedes mantenerte despierta mientras me ducho?
—Puedo.

Lo sigo escaleras arriba. Dejamos las luces encendidas porque sabemos que, antes de que nos demos cuenta, una de las chicas volverá a casa.

8

Cuando las chicas están en casa, mi sueño es diferente. Incluso ahora, después de tantos años, mientras duermo estoy atenta para oír cómo se abre y se cierra la puerta trasera. Nell es la primera en volver; luego llega Maisie. Cuando eran más jóvenes, distinguía el rumor de sus pasos; ahora, los ladridos de Hazel simplifican la tarea. Me parece raro que Maisie y Nell sigan compartiendo habitación cuando la de Emily está disponible, pero siempre les ha gustado estar juntas. Incluso cuando eran niñas, ninguna de las dos parecía desear una habitación propia. A los trece años, Emily clavó en la puerta de su cuarto un cartel de PROHIBIDO EL PASO (comprado en la ferretería; lo fijó con clavos, no con cinta adhesiva o chinchetas), y ni siquiera eso consiguió despertar el interés de sus hermanas por entrar. Transcurridos varios años tras la furia hormonal de Emily, Maisie y Nell siguen prefiriendo la comodidad familiar de la habitación con camas gemelas.

A la mañana siguiente, cuando bajo encuentro en la encimera de la cocina una huevera de cartón llena; algunos huevos son de color café con leche, y otros, del tono azul del cielo nublado. Me alegra no tener gallinas porque ya me pesa la presencia de las cabras, por ese motivo los huevos son siempre bienvenidos. Maisie y Nell bajan arrastrando los pies mientras preparo tostadas francesas. Maisie estrecha la perra contra el pecho como si fuera un cojín. Le pregunto si le pagaron con huevos, asiente y bosteza.

—Intentaron darme dinero.

—El dinero está bien —dice Nell, frotándose los ojos. Ninguna de nuestras hijas tiene dinero.

Maisie niega con la cabeza.

—No puedo aceptar dinero hasta que tenga el título. Y, de todos modos, ¿qué se puede cobrar por cuidar de una ternera con diarrea en plena noche?

—¿Tres docenas de huevos? —aventuro.

—Más o menos.

Por aquí la gente tiene pocos animales. Como nuestras cabras, las vacas, caballos o gallinas ocasionales son fruto de una locura transitoria por parte de un granjero, producto de las ganas de complicar un trabajo que ya es duro de por sí. ¿No sería divertido vender huevos en el puesto de fruta? ¿Queso de cabra? ¿Mantequilla?

Pero no es divertido. Sabemos cuidar de los árboles, pero los animales para nosotros son un gran misterio; por ese motivo, el teléfono de Maisie no para de sonar. A nadie le importa que no haya terminado la carrera, sabe más que los demás y la necesitan de inmediato.

—¿Y está bien la ternera? —pregunta su hermana.

Maisie asiente de nuevo y me da las gracias cuando pongo el desayuno en la mesa.

—Le metí un tubo para hidratarla y tenían unas pastillas de Albon. Evolucionó bien.

Corta la esquina de una tostada y se la da a la perra.

Paso los dedos por el cabello rizado de mi hija mediana antes de sentarme. A Maisie no le preocupaba la química. Las terneras enfermas tampoco. Nunca tiene miedo.

Maisie mira a su hermana como si por fin estuviera lo bastante despierta para verla.

—¿Qué hiciste al final anoche?

Nell mete un trozo de tostada en un charco de sirope.

—Fui a la casita. Benny me dijo que podía coger su ejemplar de *Moby Dick*. Me dijo que cuando acabara el libro, la pandemia habría terminado.

—¿Te fuiste a la casita a leer *Moby Dick?* —Maisie lee artículos sobre vacunas de animales pequeños y Emily lee artículos de herbicidas y pesticidas; Nell lee novelas y teatro. Todas se asombran ante las lecturas de sus hermanas.

—No —dice Nell—. Terminamos jugando al Pictionary.

Se calla porque querría decir otra cosa, pero tiene alguna duda. Nell es una chica sin secretos. Mirar su cara es como ir al cine.

—Y… —digo yo.

—Quizá no debería contarlo. No me dijeron que me callara, así que a lo mejor lo sabéis ya y no me lo habéis contado.

Maisie y yo dejamos los tenedores en la mesa.

—Supongamos que no lo sabemos —digo.

—Supongamos que sí lo sabemos —dice Maisie.

Nell come otro bocado y sopesa las opciones.

—¿Sabéis que se van a casar? —pregunta.

Maisie da un golpe en la mesa con la palma de la mano, se salpica con el café y asusta a la perra.

—¿Se han comprometido?

Nell se muerde el labio inferior.

—Pues no lo sabíais.

—No lo sabíamos —digo, y lo que siento, aunque me avergüence reconocerlo, es una punzada de disgusto porque me han excluido. Emily no ha venido a contármelo. Emily, que tampoco me dijo nada cuando le llegó la primera regla ni cuando decidió estudiar en la

Universidad de Michigan, no ha venido a anunciarme que se casa con Benny. Aunque Emily, si hubiera estado sentada a la mesa, habría dicho que no me las contaba porque yo ya sabía esas cosas sin necesidad de que nadie me las notificara.

—No creo que sea un «compromiso» en sentido estricto. Vamos, que no me enseñó la mano con un anillo. Solo estaban hablando de si deberían intentar encajar algún tipo de boda entre la estación de las cerezas y la de las manzanas. El tema surgió porque una de las imágenes que yo tenía que dibujar era «votos matrimoniales».

—Delatados por el Pictionary —comenta Maisie.

Nell deja de mirar a su hermana y me mira a mí.

—No tenía que haber dicho nada.

—Claro que tenías que decirlo. ¿Cómo lo habríamos sabido, si no? —Advierto que mi voz refleja cierta irritación.

—Ya se sabía que se iban a casar —dice Maisie.

Nell asiente.

—Cuando era pequeña, pensaba que Benny odiaba a sus padres porque siempre estaba por aquí.

Las tostadas se han enfriado, pero nos obligamos a comérnoslas. Ya sabemos lo dura que resulta la mañana cuando llega el hambre.

—Venga —digo, recogiendo los platos—. Vamos a trabajar. Seguro que vuestro padre piensa que todavía estamos en la cama.

Nos acordamos de coger los sombreros. Salimos al día claro y luminoso y caminamos para ocupar el lugar que nos corresponde entre los árboles. Vemos a los seis miembros de la familia Ramírez a lo lejos, los saludamos a gritos y ellos nos devuelven el saludo agitando los brazos en alto. Su familia está unida, segura, en la plantación de cerezos a la que regresan año tras año. Nuestra familia también está unida y segura en este campo de cerezos. Nuestra hija mayor se va a casar con el hijo de los vecinos, el chico al que quiere, un chico al que queremos, y yo estoy enfadada con Duke porque, aunque no tuviera la culpa, o bien con la única culpa de ser quien es, hecho sobre el que no tiene el menor control, rompió el nexo que me unía con mi hija. Y aunque el roto se arregló con habilidad repetidas veces, el zurcido irregular sigue separándonos e impide que ella me comunique que se va a casar. La perra ha salido trotando delante de nosotras y Maisie corre detrás mientras Nell se retrasa y me coge la mano.

—Quiero ver si han salido las margaritas —dice.

Subimos la colina en dirección al cementerio, donde, ante mi sorpresa, la alta hierba está llena de flores: pétalos blancos con el corazón de un amarillo brillante. Nell llamó al almacén de semillas hace más de un mes y pidió que nos pusieran un par de sobres de semillas de margaritas junto con nuestro pedido.

—Me detuve justo aquí —digo asombrada por cómo ha cambiado

todo con la presencia de las margaritas.

En verano, a las chicas les gusta subir con las cabras al cementerio —dejan el entorno de las tumbas muy limpio—, pero este año nadie ha tenido tiempo y ahora ya no las traeremos; así está demasiado bonito. La sombreada y herbosa colina del cementerio fue siempre el lugar favorito de Emily. Incluso cuando era pequeñita, le gustaba pasar los dedos por las lápidas, las letras gastadas hasta casi desaparecer, las piedras manchadas por los líquenes. Yo me tendía en la hierba entre las tumbas, tan embarazada de Maisie que me preguntaba si sería capaz de volver a levantarme, y Emily correteaba entre las losas de granito, escondiéndose y asomándose para hacerme reír. Como cualquier otra madre de la historia de la humanidad, me preguntaba si podría querer a otro niño tanto como la quería a ella.

—Oye, no está enfadada contigo —dice Nell—. Estaban pensando en voz alta, solo eso. Y resultó que yo estaba sentada a la misma mesa cuando se pusieron a pensar en voz alta.

Me echo a reír.

—Tenía que haberte llamado Veronica.

—¿Como tu amiga Veronica del instituto?

—Era capaz de leerme el pensamiento.

Nell sonríe.

—Quizá debería dedicarme a la telepatía, aunque me parece que solo soy capaz de leer tu pensamiento. Bueno, el tuyo, el de Emily y el de Maisie. No soy capaz de leerle los pensamientos a papá.

—Me pregunto por qué no puedes —digo.

Veronica. Para mí siempre tendrá dieciocho años. La veo con toda claridad.

—Es demasiado bueno como actor. —Se inclina para pasar la mano por las margaritas—. Me haría rica si supiera cuándo podremos salir de aquí.

—Pero te gusta, ¿no? —Sin duda, proyecto mis pensamientos. Lo sé.

—¿Que si me gusta estar atrapada con mi familia en una granja mientras el mundo arde? No mucho. Bueno, la verdad es que sé que tenemos suerte. Sé que casi todo el mundo lo tiene mucho peor, pero es difícil. Tú, papá y Emily vivís aquí, y Maisie tiene a sus terneras cagonas para dar sentido a su vida, pero para mí esto se reduce a pasarme el día cogiendo cerezas.

No puedo hacer nada en relación con el mundo que arde en llamas, aparte de dejar mascarillas en el puesto de fruta y regalarlas, pero para mí estamos encerrados en la alegría.

—Lo siento.

Se encoge de hombros.

—Por lo menos, tenemos el pasado.

Acordamos volver al final del día y coger un ramo para ponerlo en la mesa, pero ahora tenemos que ir a trabajar. Cuando llegamos, Maisie tiene ya el cubo colgado del cuello, el cubo de Emily está casi lleno y hay quince centímetros de cerezas en la caja.

—Ya sabías que Benny y yo nos íbamos a casar —suelta Emily incluso antes de que yo coja el cubo. Mejor así, ya que no sabía cómo sacar el tema. Echa la cabeza hacia atrás para verme por debajo de la visera de la gorra, de manera que advierto en ella una expresión desafiante.

Echo un vistazo a Maisie, pero me da la espalda mientras coge cerezas con habilidad. Entiendo ahora que el desvío para ver las margaritas del cementerio era la manera de dejar que Maisie y Emily tuvieran un minuto para hablar.

—Mira, estoy encantada. Ya sabes que nos gusta Benny.

«Ya sabes que te queremos.»

—No estamos haciendo planes a vuestras espaldas —dice Emily—. Solo era una conversación, si no os viene bien…

—No digas eso.

Cierra los ojos con fuerza.

—No quiero pensar que lo estoy haciendo mal antes incluso de hacer nada.

—Emily. —La rodeo con los brazos desde un costado, pero los cubos dictan de qué forma nos abrazamos. Intenta zafarse, pero la retengo. La abrazo y se echa a llorar.

—Oh, Emmy. —Nell le toca el hombro—. Cuánto lo siento.

Emily niega con la cabeza y se tapa la cara con las manos.

—Alguien no ha dormido lo suficiente —dice Maisie.

Eso es lo que yo les decía a las chicas cuando lloraban porque querían algo que no tenían: más algodón de azúcar, otra vuelta en las atracciones. Les parecía que no tenía razón y se enfadaban, pero cuando se hicieron mayores y empezaron a repetirse la frase mutuamente resultaba cómico. Como era de esperar, los sollozos de Emily se interrumpen con hipidos de risa. Coge la camiseta para secarse la cara y se suena.

—Qué guarra eres, deberías ser veterinaria —dice Maisie.

Emily niega con la cabeza.

—No sé cómo gestionar todo esto.

—¿Casarte?

—No sé cómo hacer nada de esto. —Mueve la cabeza y grita al cielo—. ¿Vamos a coger las cerezas a tiempo? ¿Alguien estará trabajando en la planta procesadora? ¿Se va a pudrir todo en el almacén? Entonces Benny va y dice que deberíamos tirar para adelante y casarnos; por lo menos, así tachamos una cosa de la lista de tareas pendientes, y yo pienso que por qué no. Si nos casamos ahora,

no tendremos que invitar a nadie: ni familiares ni vecinos ni amigos del colegio. Tenemos la excusa perfecta. Podemos estar nosotros y los Holzapfel. Podemos llevar unas mantas y sentarnos en la hierba junto al estanque. Puedo ponerme algo que ya tengo, no costará nada y no tendremos que enviar notas de agradecimiento.

La brisa sopla imperceptiblemente entre las hojas, y Emily se echa a llorar otra vez. Maisie levanta la cinta de la que cuelga el cubo con fruta del cuello de su hermana y Emily se frota los ojos con la base de la mano.

—Siempre que pienso en casarme, tengo la sensación de que pierdo la cabeza, y quizá sea porque de verdad estoy perdiendo la cabeza, y luego pienso en el pobre Benny atado a una mujer loca y en la carga que voy a ser para él. Pero dos minutos más tarde ya no pienso lo mismo. Casarse es una mierda, si queréis saber mi opinión. Es una institución pensada para enloquecer a las mujeres. No tenemos tiempo ni dinero para combatir una fantasía de princesas que, para empezar, nunca he sentido propia. Así que ¿por qué no nos casamos un martes después de comer y luego seguimos trabajando? Ya está hecho. Ya sabéis que quiero a Benny y quiero casarme con él. Pero no quiero hacer el papel de novia.

Maisie y Nell fijan en ella la mirada y, si bien siempre he dicho que mis hijas son capaces de tener una perfecta comunión de pensamiento, esta vez yo también formo parte del grupo. Emily acaba de resolver un problema muy antiguo.

—Te has liberado del yugo —exclama Nell.

—Eres absolutamente genial —declara Maisie con tono grave y maravillado.

Emily parece radiante ante nuestra admiración.

—Papá no lo sabe, ¿verdad?

Negamos con la cabeza.

—Esperad un poco, ¿vale? Dejad que se lo diga yo. Benny querrá hablar con él. Y yo quiero hablar con él. Se sentiría dolido si pensara que habíamos organizado todo esto sin él; estamos todo el día juntos.

¡Emily! Me gustaría decirle: esa pena por quedar excluido que no quieres que tenga tu padre es la que he sentido yo durante toda la mañana. Pero tengo edad suficiente para comprender que es distinta la relación entre hijas y madres y la que se da entre hijas y padres. Le prometemos que esperaremos. Algunas veces, los secretos son una herramienta necesaria para la paz.

—Tómate el tiempo que necesites.

—Se lo diré —dice, y luego abre los brazos y nos abraza a las tres.

Cuando todo termina, tenemos la sensación de que hemos vivido un día entero. Ya hemos hecho suficiente. Deberíamos poder irnos a casa, sentarnos en el porche o en la bañera, volver a la cama con un libro,

la perra y la costura, pero la verdad es que el sol va ascendiendo y apenas hemos empezado a trabajar. Hay que coger las cerezas hoy, mañana y todos los días hasta que no quede ni una. Empezaremos a sacudir los cerezos de las guindas antes de que terminemos de cosechar las cerezas dulces; se solapan unos días. Cuando todas las cerezas estén recogidas, tendremos tiempo suficiente para podar los árboles, terminar el mantenimiento de la granja y ocuparnos de reparar el equipo antes de empezar con las manzanas. Y las peras. Son solo unas pocas hectáreas, pero tenemos peras y hay que recogerlas. Como toda la fruta.

—¿En algún momento pensaste que ibas a casarte con Duke? —pregunta Emily, haciéndome volver a esa historia.

Dado que el matrimonio es el tema del momento, intento acordarme. ¿Alguna vez miré a Duke dormido en mi cama, los cigarrillos en la mesilla de noche, su brazo por encima de mi pecho y pensé: sí, tú, todas las mañanas de mi vida, para siempre?

—No —contesto.

—Pero estabas enamorada de él —dice Emily.

—Tenía veinticuatro años.

—Eso es un sí —observa Maisie.

¿Me pregunté alguna vez si mis padres habían estado enamorados de otras personas? ¿Imaginé que habían vivido algún tipo de vida antes de que yo apareciera en este mundo? Quizá es que mis hijas son modernas o que Duke es famoso, o que estamos sumergidas en el trabajo y nos entretiene hablar del pasado. No tengo ni idea.

—Así que hiciste la primera lectura y después fuisteis a dar un paseo por el lago —dice Nell.

—¡Y fumabas! —dice Maisie—. No hemos hablado de que fumabas. No me lo puedo creer. Nos habrías matado si hubiéramos fumado.

Asiento y cojo cerezas, cerezas, cerezas. Eso es todo lo que les he contado y ahora corren hacia mí como si de nuevo gatearan, apartaran un libro, pisaran la labor de costura y gritaran: mamá, mamá, mamá.

Lo más sorprendente de todo fue lo bien que dormí aquella noche —en un estado nuevo, con un trabajo nuevo y con un hombre desnudo que casi no conocía en la cama—; ni siquiera soñé nada. La ventana no tenía cortinas, de manera que cuando abrí los ojos al luminoso cielo de Michigan me sentí nueva y completamente adulta. Sin duda, no había sido adulta en Nuevo Hampshire, y en Los Ángeles había gente cuyo trabajo era llevarme de un lado a otro: Ripley, Ashby, mi agente, un productor. Pero había ido a Michigan sola, a la obra de teatro y a la cama.

—¡Eh! —dije, golpeando un huequecito que tenía Duke en mitad del pecho.

Me atrajo hacia sí con los ojos cerrados.

—Oh, perfecto. Esto es perfecto —resopló en mi cuello—. Tenía la esperanza de que siguieras aquí.

—¿Y dónde iba a estar? Esta es mi habitación.

—Y has tenido la amabilidad de compartirla conmigo. ¿Qué hora es?

Me incorporé lo suficiente para ver mi reloj de viaje, que estaba en su lado de la cama. Su lado, mi lado.

—Las ocho y diecisiete.

Bostezó como un león, enseñándome las muelas y los empastes.

—Empezamos a las nueve. —Me cogió la cara y me miró muy serio —. No deberías llegar tarde la primera mañana, eres la estrella. Tienes que ser disciplinada. Desayuno o sexo, las dos cosas no. Tienes que elegir.

En aquella época tomaba buenas decisiones, lo que supuso que, cuando nos separamos, no tuvimos tiempo ni para tomar un café y Duke no pudo volver a su dormitorio a cambiarse.

—Préstame algo —dijo.

Me estaba poniendo por la cabeza mi vestido favorito, de punto de abeja con margaritas estampadas y grandes bolsillos, que me había hecho mi abuela para ir a Los Ángeles.

—No puedes ponerte mi ropa.

Mujer pequeña, hombre grande; recuerdo muchos motivos por los que no era apropiado.

—No voy a ir al ensayo vestido con la misma ropa que ayer.

Lo miré.

—Nadie se acuerda de qué te pusiste ayer.

Apartó las sábanas y se levantó de un salto. Duke, desnudo y a los veintiocho años, abrió mi cómoda: ropa interior, calcetines y dos camisones en el primer cajón. Camisetas, pantalones cortos y dos bañadores en el segundo.

—Tu organización es impecable.

—Vístete, tenemos que irnos —dije.

Eligió mi camiseta de Disneylandia con letras en diagonal en color rosa sobre un fondo blanco radiante. Cuando fui a Los Ángeles por primera vez quise ir a Disneylandia y Ashby me llevó. Las dos dimos vueltas en una atracción de tacitas y nos tomaron una foto con ratones gigantes.

—Esta —dijo Duke, metiendo la cabeza como si fuera una mariposa intentando volver a entrar en el capullo.

—No creo… —empecé a decir, pero ya estaba hecho. Ya llevaba puesto el pantalón, las alpargatas, la camiseta que se tensaba en los hombros anchos y huesudos sobre los que yo acababa de dormir. Cogió mi cepillo de pelo y mi cepillo de dientes del lavabo.

—¿Vas a usar mi cepillo de dientes?

Dejó de cepillarse.

—Esto no es un acto de intimidad —dijo, sujetando el cepillo de dientes mientras la pasta le resbalaba por la mano. Y tenía razón, por supuesto. Tenía también razón con lo de la camiseta de Disney, que a mí me quedaba bien pero con la que él estaba espectacular.

Bajamos al salón detrás de una chica negra que llevaba pantalones cortos y una camiseta de *boy scout.* Recordaba su cara de la mesa de lectura, pero no su nombre. O ni siquiera su cara, sino sus piernas. Las piernas más exageradas que había visto en mi vida. Era de una estatura media —con lo que quiero decir que era más alta que yo y más baja que Duke—, pero era toda piernas.

***

Nell levanta la mano.

—¿Qué?

—La estás cosificando.

—¿A Pallas? ¿Ahora qué estoy haciendo mal?

Maisie está de acuerdo.

—Es una persona, no unas piernas estupendas.

—Si me dais otro minuto, lo explico.

—Pero no puedes hablar solo de una parte del cuerpo.

—¿Habéis conocido a alguna bailarina? ¿Las habéis oído hablar de sus piernas o de las de otras personas?

Nell piensa en eso un minuto.

—A lo mejor tiene un poco de razón.

—Vuelve a la historia —dice Emily.

***

Pallas bajaba los escalones de tres en tres y, cuando llegó abajo, se dio la vuelta.

—¿Llegamos tarde? —le preguntó a Duke.

—Puntuales —contestó él.

Entonces me vio. Me encontraba un escalón por detrás de Duke.

—¡Emily! —exclamó.

—Pallas —dijo Duke, extendiendo la mano hacia ella a modo de presentación.

Pallas nos miró.

—¿De verdad? —preguntó, mirando a Duke—. ¿Qué lleva aquí, veinte minutos? ¿Fuiste al aeropuerto a controlar el avión?

—No me gusta mi habitación —contestó Duke con una voz extrañamente remilgada.

—Eso explica por qué no ha intentado acostarse conmigo —dijo

Pallas—. Las bailarinas dormimos en la buhardilla; tenemos buenas vistas, pero hace mucho calor.

—Andando, por favor —dijo Duke mientras encendía el primer cigarrillo de la mañana.

Me esforcé por entender de qué iba todo aquello. ¿Mi habitación?

—¿Eres bailarina?

Por supuesto.

Pallas extendió la pierna izquierda en un ángulo de noventa grados y se puso de puntillas sobre el pie derecho; la pequeña zapatilla de tenis roja se tensó en la punta.

—*Showboat* —dijo Duke.

—No es de *Showboat,* tonto: es de *Cabaret.* Pero también estudio teatro. Ahora mismo te estoy estudiando a ti.

—Pallas es tu suplente —aclaró Duke.

No se me había ocurrido pensar en eso. Sin duda, había ya una suplente prevista.

—¿Y por qué no has hecho tú el papel de Emily?

—Porque entonces actuaría en *Cabaret* cuatro veces por semana y en *Nuestro pueblo* otras tres, y al final del verano estaría muerta. En cualquier caso, la idea imperante en Tom Lake sobre la integración racial en los elencos no va más allá de la suplencia y no llega al papel protagonista. Supondría un gran paso.

—Será mejor que no te pongas enferma —me dijo Duke.

—La última Emily… —empezó a decir Pallas.

—Una tía muy desagradable —apuntó Duke.

Pallas asintió.

—Esa tía desagradable se fue lo bastante pronto como para que la compañía tuviera tiempo de encontrar a una Emily nueva y blanquita —dijo, tendiéndome la mano.

—Nueva y mejorada —dijo Duke, pasándome un brazo por encima del hombro.

—Muy mejorada —dijo Pallas, sonriéndome—. ¿Y te imaginas? Un escenario lleno de individuos caucásicos y yo ahí en medio, solita.

Duke bajó las cejas y la voz.

—¿Y, además, de quién podía ser este pueblo?

—No sería el nuestro —contestó Pallas con ingenio.

—Creo que no… —empecé a decir. ¿Qué iba a decir?

—Si quieres que las cosas se compliquen un poco más, soy también tu sustituta en *Locos de amor*. ¡Ah! Y también soy la sustituta de tu madre, cosa que es una tontería. Debería suplir a tu madre otra actriz.

—¿Mi madre? ¿Mi madre de verdad, la que está en Nuevo Hampshire?

Duke cogió a Pallas por el brazo.

—¡Eso no lo sabía! Eso significa que, si la señora Webb se pone

enferma, serás mi mujer. —Y a continuación le dio un beso mucho más intenso que el que habría dado a la actriz que ahora hacía el papel de mi madre—. Algún día tendremos que decirle a Emily que es adoptada.

—¿Y qué pasa si la señora Webb y yo nos ponemos enfermas la misma noche? —La señora Webb era mi madre. No recordaba el nombre de la actriz.

—Entonces, la que esté menos enferma de las dos tendrá que hacer de tripas corazón y actuar —explicó Pallas—. Las bailarinas siempre aguantamos el tipo. Y si alguna no sale a escena, puedes apostar lo que quieras a que es porque tiene una sobredosis de los calmantes que le han dado para poder seguir bailando.

—El espectáculo tiene que continuar —dijo Duke.

Me detuve en mitad del camino. Casi habíamos llegado al teatro; los actores y los suplentes acudían de todas direcciones, todos con un café en la mano. Habría dado cualquier cosa por un café.

—¿Os conocéis?

Duke y Pallas se miraron.

—¿Nos conocemos? —preguntó Pallas.

—No más de lo que conocemos a cualquier otro.

—Pero no menos —añadió Pallas.

—Por la manera que tenéis de hablar —dije, mirando primero a uno y luego al otro; los dos eran guapos, poco comunes, alegres, algo frecuente entre los actores y bailarines, pero había algo más—, se diría que habéis formado parte del mismo grupo de improvisación.

Pallas se rio. Tenía los dientes tan perfectos como irregulares eran los de Duke.

—¿Eso crees? Quizá es porque venimos del mismo grupo de improvisación.

—El gran estado de Michigan —dijo Duke.

Solo hacía una semana que Duke y Pallas se conocían, pero los dos eran de Michigan.

En el pueblecito de Nuevo Hampshire donde yo había crecido la población era tan blanca como en Grover's Corners. En mi clase solo teníamos a Aly, que llegó en noveno. La tratamos igual que habríamos hecho si fuera una alpaca; es decir, con fascinación y amabilidad, pero no con amistad, de manera que, aunque podía describir con todo lujo de detalles su pelo, sus ropas y su manera de hablar, no tenía ni idea de por qué su familia se había mudado, de dónde venía ni por qué se había ido en mitad del curso, aunque probablemente no fuera un misterio. En cuestión racial, la Universidad de Nuevo Hampshire era solo un poco mejor que nuestro instituto, y Hollywood era solo un poco peor. La maquilladora negra de mi primera prueba de cine resultó ser una anomalía. Hollywood no era mejor que Nuevo

Hampshire en lo que a la mezcla de razas respectaba.

Así que seguí hacia el edificio a la bailarina vestida con una alegre camiseta de *boy scout,* adelantándome para abrir la puerta porque ella y Duke estaban tan concentrados hablando que se habrían dado con ella de bruces. Iba a tener un amigo lleno de energía y una amiga negra. Aquello era todavía más propio de una vida de adulto de lo que había imaginado.

Resultó que el elenco de aquel lugar, situado en un rincón perdido del mundo, Michigan, superaba a la Universidad de Nuevo Hampshire y a Hollywood en lo que a diversidad racial respectaba. No era gran cosa, pero Tom Lake ganaba. Mientras corríamos hacia nuestros ensayos, parecíamos habitantes de una ciudad estadounidense. La mayoría de los actores venían de Chicago y Detroit, otros de sitios tan lejanos como Washington o Pittsburgh. Las audiciones públicas para la temporada de verano, esas que me había saltado yo, se nutrían de los conservatorios y de las compañías de teatro regionales. La gente de teatro estaba siempre buscando trabajo y, si bien no era probable que quisieran vivir en Tom Lake, les gustaba salir de su ciudad en verano. Gene, el asistente de dirección de *Nuestro pueblo,* era negro. Gene comprobó que tuviéramos el guion. ¿Alguien necesitaba uno? Auden, otro de los suplentes, también era negro. También era bailarín, y él y Pallas, en un extremo del escenario, se pusieron a bailar un *swing* complicado y pasado de moda sin la ayuda de ninguna música. Se miraban el uno al otro y no parecía importarles que estuviéramos contemplándolos. No sabía si estaban ensayando algo que no era de *Cabaret* (de eso estaba casi segura) o matando el rato porque el tío Wallace todavía no había llegado.

No tenía ni idea de que iba a ser tan complicado sumergirme en *Nuestro pueblo* el primer día de ensayo sin el actor que hacía de director de escena. Tras esperar veinte minutos (durante los cuales terminamos por sentarnos en el suelo y contemplamos bailar a Pallas y a su amigo, hipnotizados por el chirrido regular de sus zapatillas de tenis), Nelson envió a Gene, su asistente, a averiguar qué demonios pasaba.

—Quizá ha leído mal el programa de trabajo —sugirió Duke, aunque en la parte superior decía LOS ENSAYOS EMPIEZAN PUNTUALMENTE A LAS 9 en una letra lo bastante grande para parecer una advertencia de regañina.

En aquel teatro todos queríamos que la obra fuera un éxito. Emily se había ido. Habían sustituido a Emily. Un día nuevo, tocaba trabajar. El asistente de dirección volvió, tal vez demasiado rápido, y el director habló con él en el pasillo unos instantes. El director, Nelson, parecía ya cansado.

—Muy bien, chicos —dijo, dando dos palmadas, aunque ya le

prestábamos atención. Pallas y su pareja se soltaron de la mano.

—Vamos a empezar. Albert llegará enseguida. Empecemos con el sustituto. Quiero aprovechar el día entero. ¿Lee, estás aquí?

Un hombre con un polo de golf de manga corta de color azul claro levantó la mano con aire indeciso.

—¿Necesitas el guion? —preguntó Gene.

Todos nos quedamos mirándolo.

—Yo… —dijo. Lee se calló y enseñó su guion.

—Estupendo —dijo Nelson.

—Todavía no me lo sé —dijo Lee.

—Es pronto, no pasa nada. Solo vas a leer unos minutos. No hay nada que haga que un actor se levante más deprisa de la cama que el hecho de que su suplente esté ocupando su puesto.

Todos rieron cortésmente, excepto el hombre con polo de golf. Cuando no estábamos en escena, teníamos que sentarnos en una hilera de sillas a ambos lados del escenario. Así que nos sentamos y dejamos a Lee solo. Cuando nos tocaba el turno de hablar —en la escena de la mesa de la cocina, en la de la cafetería o en la última, la del cementerio—, teníamos que llevar nuestra silla por el escenario vacío y ponerla en el sitio indicado por una cinta adhesiva pegada al suelo, pero ahora estábamos todos a ambos lados, esperando. Cuando ocupamos nuestros sitios, Nelson le dijo al sustituto que empezara.

Lee tenía unos sesenta años, el pelo gris y llevaba gafas gruesas. Tenía el aspecto bronceado de quien no lleva polos de golf por casualidad. Cuando empieza la obra, el actor que hace el papel de director de escena está solo. «Esta es una obra titulada *Nuestro pueblo,* escrita por Thornton Wilder», dice. Y a continuación menciona al director, al productor, a los actores principales, pero Lee leyó el guion tal como estaba escrito:

—«Dirigida por A.; en ella verán a la señorita C…»

Había visto a muchos actores leer el papel de director de escena, pero nunca había presenciado nada semejante. Me habría gustado volver a Nuevo Hampshire y decirles a aquellos hombres con pañuelos y pipas que lo habían hecho muy bien. Seguro que, en aquel momento, Spalding Gray estaba diciendo esas mismas palabras en algún ensayo. Hice un esfuerzo de imaginación por oír su voz, aunque no la había oído nunca. Ahí, en Michigan, a Lee le costaba un claro esfuerzo hablar, y aquello minaba la confianza de todos los presentes. Quizá yo no fuera la persona adulta que había conseguido el papel principal en una importante temporada de verano en Michigan; quizá fuera solo una niña sin talento a la que habían echado de la habitación porque su presencia era molesta. «¡Enviadla a Michigan!», habían anotado en sus libretas durante mi audición. «Ni se dará cuenta de que no es lo mismo.»

Duke, sentado a mi lado y sin dejar de mirar al frente, deslizó un dedo por mi muslo y pasó por el dobladillo de mi vestido de margaritas como una araña con una misión.

Las cosas mejorarían en Los Ángeles, eso era lo que Ripley había intentado decirme. Se suponía que tenía que seguir, ser paciente. Había fracasado.

Eso era lo que una mala lectura del actor que interpretaba al director de escena podía llegar a provocar en la sala.

De modo que cuando el tío Wallace apareció milagrosamente al final del primer acto, lo adoré de nuevo de la misma manera que lo había querido de niña: «En el momento de la tragedia, nuestro tío ha venido a salvarnos». Qué más me daba que pareciera una cama sin hacer o que caminara por la línea que separa la resaca de la borrachera pura y dura. Ahí estaba para llevarnos al segundo acto y ya no tendría que escuchar a Lee, vestido con su polo de golf, diciéndome que el sol había salido más de mil veces.

—No me funciona bien el despertador —anunció el tío Wallace, aplaudiendo con generosidad al hombre que le había hecho parecer un actor de la talla de los Barrymore—. Pero aquí estoy, podemos empezar.

***

—¿No eres muy dura con Lee? —pregunta Emily—. Era el primer día, no tenía intención de seguir.

—No me habría gustado estar en su lugar y, de todos modos, si fuera tan malo, no lo habrían contratado. Sabemos que Nelson es demasiado listo para hacer algo así —dice Nell, mostrándose de acuerdo.

Hace ya calor. Ya me he hartado de las cerezas.

—Es curioso que digas eso porque los suplentes, por lo general, eran buenos. La compañía era exigente con ellos, excepto en el caso de Lee. Era horrible.

—¿Y por qué iban a contratar a alguien horrible para el papel principal? —pregunta Nell.

—Porque Lee era dueño de una empresa de transportes. Su familia tenía una gran casa junto al lago. Albergaban a las personas que financiaban aquello, gente rica de verdad. A Lee le gustaba el teatro, pobrecillo. No quería ser actor, solo quería estar con nosotros. Quizá suene raro. De vez en cuando, nos traía helado y *prosecco* a los ensayos. Entonces todo el mundo lo quería.

—Así que había pagado para ser sustituto —deduce Maisie.

—Sería una manera un poco tosca de decirlo, pero más o menos era eso. Pagaba por hacerlo.

—¿A Nelson?

—No, no —digo—. Nelson no intervenía en el asunto, de eso estoy segura.

—Pero ¿por qué tenía que hacer el papel de director de escena? —pregunta Nell, que se toma las injusticias muy a pecho—. El director de escena es demasiado importante.

Joe y yo hemos enseñado a nuestras hijas a clasificar las ciruelas por tallas, a extraer una piedra de la pezuña de una cabra y a elaborar una masa para una tarta, pero me temo que no les hemos enseñado nada del mundo real.

—Porque nadie asiste a un cóctel para recaudar fondos y va por ahí contando que es el sustituto de un personaje secundario como el agente Warren.

—¿Y no era lo bastante listo para temer que el tío Wallace se pusiera enfermo?

—Lee no tenía talento como actor, pero no era tonto. El actor al que llamábamos tío Wallace llevaba catorce veranos consecutivos en Tom Lake y no se había saltado ni una sola representación. Era como un bailarín, seguía adelante.

—¿Y también siguió borracho? —pregunta Emily.

El viejo y ruidoso Albert Long, rubicundo y pelirrojo. Sentí una inesperada punzada de afecto al recordarlo.

—Más o menos. Pero conseguía apañárselas.

—¿Y qué pasaba con el actor que hacía de George? —pregunta Nell.

—¿George? ¿Qué le pasaba?

—¿Era malo?

—Olvidable —digo.

—¿Tan malo como Lee? —pregunta Maisie.

—No, qué va. Seguro que lo hacía bien. Lo que quiero decir es que se me ha olvidado.

—¿Y eso qué significa? ¿No recuerdas cómo actuaba? —A Nell le preocupa que eso sea señal de mi decadencia. Para mis hijas, soy increíblemente vieja.

—Quiero decir que el chico que hacía el papel de George ha desaparecido —digo, pero no saben de qué hablo.

Duke está tan cerca como las cerezas de los árboles, igual que el tío Wallace, por motivos sin duda relacionados con el curso de los acontecimientos. A Lee lo recuerdo más como anécdota que como persona, y a George no lo recuerdo en absoluto. Es algo que sucede en la vida y no tiene explicación: se olvida gran parte. Incluso los fragmentos dolorosos que creías que no olvidarías nunca y luego no acabas de estar segura de cuándo sucedieron, mientras que las partes emocionantes, las alegrías tremendas, se han dispersado y se han

transformado en cosas diferentes. Otras alegrías y mayores penas sustituyen a esos recuerdos y, por increíble que resulte, esas cosas también quedarán relegadas hasta que una mañana, mientras coges cerezas con tus hijas, convertidas ya en adultas, y tu marido va por ahí con el Gator, te das cuenta de que lo que tienes es lo que siempre has querido tener en este mundo.

9

Sí, era cierto que el tío Wallace era un borracho y que su suplente se escondía en el rincón más remoto del teatro, donde ni siquiera la luz podía encontrarlo, pero también eran ciertas muchas otras cosas, tales como que Albert Long encarnaba al director de escena de modo tan perfecto como antes había personificado al tío solterón. Duke podría burlarse de él —el teatro con cena, los monólogos grandilocuentes, los apartes lascivos—, pero cuando estaba en el escenario no había motivo de queja. El tío Wallace nunca tenía que pararse a pensar una línea porque las llevaba escritas en su interior, de la misma manera que yo llevaba a Emily dentro de mí, aunque la diferencia era que él había encontrado un personaje para el que no acabaría resultando demasiado viejo. Cuando, en el tercer acto, el tío Wallace me llevaba a la cocina de mi madre, me miraba con tanta compasión que se me llenaban los ojos de lágrimas. ¿Qué más daba que oliera a ginebra? ¿Qué importaba que saliera a fumar y desapareciera? El asistente de dirección siempre conseguía encontrarlo y devolverlo al redil como si fuera un cordero extraviado. En escena, era capaz de centrarse, y, si bien la gente que lo conocía decía que aquel año estaba distinto, que estaba peor, confiábamos en el hecho de que jamás había faltado a una función. ¿Y por qué no iba a seguir siendo así en el futuro?

Un día, después del ensayo, Duke y yo nos tumbamos en la hierba junto al lago, compartiendo un cigarrillo y una cerveza.

—Ese hombre saca toda su alegría del alcohol —dijo Duke, empinando el codo—. Solo con eso ya me podría parecer odioso.

—Alguien me ha dicho que hará de rey Lear en otro teatro de verano cuando terminemos, que está siempre intentando que lo monten aquí, pero no consigue que en Tom Lake nadie se interese por Shakespeare.

Duke alzó una ceja.

—Te lo ha contado él.

—A lo mejor. —Di otra calada. Llevaba una semana de fumadora y ya se me daba mucho mejor—. Me parece que haría un rey Lear tremendo, gritando y moviéndose de un lado a otro con grandes zancadas. Al final, sería desgarrador.

Duke se sentó y me puso en su regazo.

—Y tú serías su pequeña Cordelia, ¿en eso estás pensando?

—No me importaría.

—Deja el cigarrillo.

—¿Por qué?

—Porque estás muerta. Eres Cordelia, estás muerta y voy a enseñarte cómo hace de rey Lear el tío Wallace.

Aplasté el cigarrillo en la hierba y me morí en sus brazos. Duke estrechó contra su pecho mi cuerpo sin vida y lo meció despacito mientras deslizaba la mano por debajo de mi camiseta.

—«Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca» —susurró en mi pelo, apretándome suavemente el pecho izquierdo a cada palabra.

Volvimos a la habitación.

En toda la obra de *Nuestro pueblo* hay un solo beso, y no es entre Emily y George, sino entre Emily y su padre, el director del periódico. Al final del primer acto, Emily le da un besito en la mejilla. Y hay solo un momento erótico en la obra, en el segundo acto, justo antes de que George y Emily se casen. Emily le ruega a su padre que huya con ella para que vivan juntos, ellos dos solos. «¿No te acuerdas de lo que decías, de lo que tú decías todo el rato? Que yo era tu chica. Podemos irnos a muchos sitios.»

No sabría decir cuántas veces había dado ese beso y había dicho esas palabras sin prestarles demasiada atención.

Nelson interrumpió esa escena. Nelson, que iba a trabajar vestido con una camisa arremangada y bonitos pantalones de algodón, mientras que los demás dábamos vueltas por el escenario con tejanos cortados y camisetas de Phish.

—Peter, Lara —dijo con voz tranquila—. Sería de agradecer una interpretación un poco más sana.

Todo el mundo se echó a reír. El tío Wallace, que esperaba para oficiar la unión —me refiero a la unión entre George y Emily, en oposición a la unión entre el periodista y su hija—, carraspeó. Nadie fingía que no había nada entre Duke y yo, solo pedían que nos moderáramos un poco.

Cada día en Tom Lake equivalía a una semana, y cada semana, a un mes. Pasábamos horas en un teatro oscuro, diciendo las mismas cosas a la misma gente una y otra vez, encontrando formas para crear un mundo nuevo. En el instituto y en la universidad ensayaba varias veces por semana, pero en Tom Lake los ensayos eran nuestra vida. Dónde y cómo nos colocábamos, dónde poníamos las sillas y mirábamos las luces, cómo nos hablábamos y escuchábamos: todo importaba. El tío Wallace tenía razón sobre Nelson: cada día nos acercaba más a una actuación mejor.

El programa de trabajo incluía poco tiempo libre y este era tan escaso como valioso, pero lo empleábamos muy bien. Llevábamos el bañador debajo de la ropa y corríamos al lago en lugar de ir a comer.

Con un poco de planificación, conseguíamos pasar del escenario a un estado de semidesnudez, sumergidos por completo en el agua, en cuatro minutos justos. Tenía dos bañadores: el que mi abuela había encargado en L. L. Bean y el bikini que no había devuelto al guardarropa el día que me pidieron que nadara en el set de rodaje de exteriores. Nunca me planteaba cuál de los dos tenía que ponerme. Pallas venía al lago con su compañero de baile, Auden, y el novio coreano-estadounidense de este, Charles, al que llamábamos la Sombra porque iban juntos a todos lados; también era bailarín y hacía de suplente. Las actrices que encarnaban a la señora Gibbs y a la señora Webb también nadaban en el lago, pero la señora Webb no metía nunca la cabeza en el agua, como tampoco lo hacía Pallas. Nadaban como las mujeres en las películas clásicas de Hollywood, sonriendo y con brillo labial. Algunos días, Pallas incluso llevaba sombrero. El agua estaba fría, a ninguno nos importaba y todos gritábamos. Duke era siempre el primero en meterse. Quizá eso es lo único que hace falta decir de Duke: era siempre el primero en tirarse y se alejaba a largas brazadas de la plataforma mientras los demás nos sumergíamos hasta la rodilla y nos parábamos a contemplar cómo los pececitos intentaban averiguar qué eran aquellos pies enormes. Duke desaparecía y luego volvía a aparecer a lo lejos, apartándose el pelo negro y húmedo de la cara.

—«¿Dónde está mi chica? —gritaba—. ¿Dónde está la chica que cumple años?»

Era su frase favorita de la obra y la decía dos veces en el tercer acto. Duke me la decía por las noches cuando apartaba la sábana y se metía en mi cama.

Aquel día nadé hacia Duke, le eché los brazos al cuello, lo rodeé con las piernas en el agua profunda y él me sostuvo.

—Vosotros dos vais a romper algo —dijo Pallas al pasar nadando a nuestro lado—. La gente de las diez primeras filas tendrá que quitarse las gafas para desempañarlas.

—Celosa —dijo Duke.

Pallas se rio y se alejó despacio. Cuando Duke empezó a actuar como si lo atacara un tiburón, me desprendí de él y nadé detrás de Pallas. Estaba enamorada de la obra y enamorada de Tom Lake; tal vez estaba enamorada de Duke y, sin duda, estaba enamorada de Pallas, cuyo bikini rojo era tan diminuto como el mío.

—Tiene que ser muy aburrido pasar toda la mañana sentada en un rincón —dije cuando llegué a su altura.

Solo asomábamos la cabeza del agua. El cielo azul era el único decorado y la luz del sol la única iluminación; este se reflejaba en los aros de oro que ella llevaba en las orejas.

—No tiene nada de aburrido —dijo—, os miro.

Pensé en las pruebas que había presenciado en el instituto y cómo me había hecho una idea de cómo tenía que ser Emily contemplando a la gente representarla mal. ¿Sería muy diferente si la actuación era buena? De hecho, Pallas pensaba que yo lo hacía bien.

—Ahora me pondré nerviosa —dije.

—Eres muchas cosas, Emily Webb, pero no puede decirse que nerviosa sea una de ellas.

—Tú también pareces muy tranquila —dije, moviendo los brazos hacia delante y hacia atrás sobre la superficie del lago.

Negó con la cabeza.

—Bailar y cantar consisten, en esencia, en partirte el culo para que la gente piense que es algo por completo natural. Actuar también, pero por lo general es menos físico.

Ese día, Duke y yo nos habíamos saltado la comida de nuevo. Estábamos perfeccionando esa habilidad.

—En cualquier caso, ser tu suplente me enseña cosas —dijo Pallas —. La mitad del día, hago el papel de jovencita de pueblo en una población llena de blancos mientras actúo mentalmente, y la otra mitad del día hago de prostituta en un cabaret alemán, y todo eso lo hago con mi cuerpo. Por eso me gusta nadar entre las dos cosas, me ayuda a la transición.

El agua estaba tan clara que la veía mover con gracia las piernas para mantenerse a flote.

—*Locos de amor* será mucho más trabajo —dije, aunque como Pallas también hacía de suplente, ya lo sabía.

—O mucho más divertido. Tú y Duke en *Locos de amor*. —Se rio, dando una suave brazada a mi alrededor—. El mejor reparto que he visto en mi vida. Tendrán que regar el teatro. Suerte que no tendrás que tratar con el bobo de George otra vez. No es el hombre que una querría que se le metiera en la cama por la noche.

Hizo de visera con la mano y miró a la madre Gibbs salir del lago.

—¿Ya es la hora? —gritó Pallas.

La madre Gibbs negó con la cabeza.

—Quince minutos —gritó—. Quiero secarme y ponerme ropa interior.

Lee estaba sentado en una toalla de playa del tamaño de una manta de pícnic, mirándonos nadar.

—¿Y qué pasará si al final tienes que hacer el papel de Emily? —le pregunté.

Pallas me miró de soslayo.

—¿Insinúas algo?

—No, qué va. Solo me preguntaba qué tal resultaría.

—Martes por la noche, *Nuestro pueblo;* miércoles por la noche, *Cabaret;* jueves por la noche, *Nuestro pueblo;* viernes por la noche,

Cabaret; sábado, *Nuestro pueblo* en función de tarde y *Cabaret* por la noche; domingo, *Cabaret* por la noche pero sin *Nuestro pueblo* por la tarde, así que hay un descanso. Lunes, dormir.

—Eso no es posible.

Pallas se mostró en desacuerdo.

—Es posible, aunque no óptimo. Me gustaría hacer de Emily una o dos veces, si tuvieras una infección urinaria o algo así, pero, exceptuando algo leve, rezo para que tengas buena salud. —Pallas miraba hacia la orilla—. ¿Sabes quién es?

La señora Gibbs se había ido y, en su lugar, había un hombre de pie junto al agua, agitando los brazos sobre la cabeza.

—¡PD! —gritó—. ¡PD!

Miré hacia atrás intentando ver a quién se refería Pallas. Duke, subido a la plataforma para nadadores, estaba mojado y brillaba como un dios. Solo le faltaba un tridente dorado en la mano, una corona de algas y una estrella de mar en el pelo. Agitó las manos frenéticamente como respuesta y se tiró al lago. Parecía una escena salida de una película, tanto por la elegancia al tirarse como por su forma de nadar, limpia y rápida, nada que ver con el chapoteo que había estado haciendo antes.

—Será su camello —dijo Pallas—. ¿Nos vamos?

Pallas se fue, pero yo me quedé un momento contemplando a los actores y bailarines que nadaban en la orilla. Lee dobló la toalla y se alejó. Me pregunté si alguna vez alguien había rezado para que yo conservara la salud. Probablemente, mi abuela. Seguro que había rezado por mí.

***

—Era san Sebastian, ¿no? —pregunta Emily.

Vuelve a ser la de siempre, del todo recuperada, y coge cerezas mucho más deprisa que nosotras.

Asiento.

—Venía en coche cuando tenía algún día libre.

Maisie mira a Emily.

—¿Cómo has podido saberlo?

—Me gusta leer entrevistas. Sebastian estaba siempre allí. ¿No te acuerdas de cuando Duke ganó el Óscar? Lo primero que dijo fue «Sebastian».

Ninguna de nosotras lo recordaba, pero llevo más de una década convenciéndome de que el interés que tiene Emily por todos los detalles de la vida de Duke no es alarmante.

—Pero aunque supieras que tenía una relación estrecha con su hermano, ¿cómo has podido saber que fue a Tom Lake? —pregunta

Maisie, insistiendo—. Se ha acabado el descanso, hay que volver al trabajo. ¿Por qué no se te ha ocurrido pensar que era Gene, el asistente de dirección, quien lo llamaba?

Emily suspira y me inquieta que Maisie la haga enfadar.

—Sebastian era la única persona que lo llamaba PD, las iniciales de Peter Duke. Y Duke era el único que lo llamaba san Sebastian.

—Lo primero es cierto —digo yo—, pero casi todos sus amigos lo llamaban san Sebastian.

—¿A la cara? —pregunta Emily.

Asiento, evocando el rostro de Sebastian, un chico tan tranquilo como Duke era inquieto.

—Desde que papá nos contó que jugaba al tenis, estaba esperando que saliera san Sebastian en esta historia —dice Nell, como si Sebastian fuera un personaje que acabara de hacer su aparición en la obra—. ¿Dónde vivía? —le pregunta a Emily, no a mí.

—En 1988 todavía viviría en East Detroit.

—Espera —dice Maisie. A Maisie le importa bien poco el estado de ánimo de su hermana—. En primer lugar, ¿qué demonios es East Detroit? Y, en segundo lugar, ¿circula por ahí una biografía de san Sebastian y yo no tengo mi ejemplar?

Maisie no conoce los detalles de la vida de Sebastian y seguro que no ha oído hablar nunca de East Detroit, ya que la ciudad cambió de nombre en 1992, pero Emily lo sabe todo y expone los hechos como un historiador: East Detroit cambió de nombre cuando la ciudad de Detroit entró en un rápido proceso de deterioro; el ayuntamiento de la ciudad intentó frenar la caída del precio de las propiedades inmobiliarias cambiando el nombre a Eastpointe, con una elegante «e» muda final que indicaba que ahí vivían blancos y que los negros vivían en otro lado, más allá de Eight Mile. La obsesión de Emily por un actor de cine le había aportado esos conocimientos concretos. En su papel de biógrafa de Duke, se ha convertido también en biógrafa de la desaparecida ciudad de East Detroit.

—¿Llevas todos estos años con todas estas historias en la cabeza y nunca se las has contado a nadie? —pregunta Maisie.

—Te sorprenderá saber que es la primera vez que sale el tema. —Aunque Emily se mantiene impasible, me parece que le alegra que por fin hayamos llamado a la puerta de su gran almacén de datos.

—¿Y san Sebastian todavía era jugador de tenis en aquel momento?

Emily me mira.

—Sigue tú —digo.

—Lo había dejado ya —dice Emily a sus hermanas, sin dejar de coger cerezas. Sus manos se mueven como si tuvieran un piloto automático—. Ganó el torneo nacional para menores de dieciséis años en Kalamazoo. Participó en el circuito Future Challenger, pero no

consiguió meterse entre los profesionales. El tenis es un deporte muy caro y su familia no tenía dinero, pero seguía entrenando. Duke decía que Sebastian no era buen entrenador, ya que no había conseguido convertir a su propio hermano en un jugador medio decente, pero Duke era bastante bueno, ¿verdad?

—Duke era muy bueno —contesto—. Aunque no tanto como su hermano. Y Sebastian era un gran entrenador; me enseñó a jugar a mí.

—¿Sabes jugar al tenis? —Emily me mira, sorprendida. Todas están sorprendidas.

—Jugué durante ese verano. Pallas y yo jugábamos. Algunas veces hacíamos dobles con los chicos, pero solo para entretenernos. No jugábamos nunca solas porque no le habríamos visto el sentido.

—Eran solo dos, ¿no? —pregunta Nell—. ¿Solo dos chicos?

Emily niega con la cabeza.

—Tuvieron una hermana más pequeña.

—No tenían ninguna hermana —digo yo.

Solo Duke y Sebastian, criados sin ningún control. Pero mientras hablo, intento recordar aquellos momentos: las noches que permanecimos despiertos, las pausas en los ensayos, los baños en el lago cogidos de la mano. ¿Qué me contaba Duke? Que tenía hambre, que quería quitarme el bikini en el lago, que quería tomar una copa. Porque aunque el recuerdo del tacto del pelo de Peter Duke entre los dedos me pertenece a mí, los datos de su vida son cosa de mi hija.

—La menor era Sarah —me corrige Emily—. Murió de sarcoma de Ewing a los cuatro años.

¿Cómo era posible? Duke siempre me decía que me llevaría a su casa, a East Detroit, para enseñarme de dónde venía. Seguro que la foto de la niña estaría en la repisa de la chimenea en casa de sus padres. Le habría preguntado quién era.

—Sarah Duke —dice Emily.

—No lo sabía.

—Nunca hablaba de ella.

—Pero tú lo sabías —dice Maisie, porque empezamos a tener la sensación de que Emily consiguió el número telefónico de Duke y habló con él por teléfono desde su dormitorio a los catorce años.

—Un periodista lo investigó todo sobre su familia. Creo que lo leí en *Vanity Fair*. En cualquier caso, el periodista encontró el certificado de defunción y se lo enseñó en una entrevista para ver cómo reaccionaba. Al parecer, Duke se marchó. No quiso terminar la entrevista ni quedarse a la sesión de fotos.

Bien hecho, me gustaría decirle. Pero yo no sé nada y no tengo nada que decir. Recuerdo bien cuando Emily tenía ocho años, Maisie tenía seis y Nell tenía cuatro; las mayores estaban todo el día en el colegio y Nell pasaba la tarde en casa después de ir al aula de

preescolar. Nunca hemos olvidado aquellas horas tan tiernas cuando estábamos las dos solas en casa. ¿Cómo habría sido la vida sin Nell? ¿En quién habrían confiado Emily y Maisie de mayores? «Tuvimos una hermana pequeña.»

Nell me pone una mano en el hombro; Nell, la que es capaz de leerme el pensamiento.

—Vuelve al lago y háblanos de Sebastian —me dice.

***

No sabía que Duke tenía un hermano y, si bien más tarde pude verles cierto parecido, este no resultó evidente de inmediato. Cuando me acerqué lo bastante para verlo, no se me ocurrió pensar: tiene que ser el hermano de mi chico, sino que pensé: este tío no es un camello. Estaba hablando con Pallas, haciéndola reír, y Duke lucía la más amplia de sus sonrisas. Mi bikini era de sirsaca, azul y blanco, con un botoncito diminuto en forma de corazón cosido entre ambas copas con un hilo rojo, un detalle bonito e innecesario que daba idea del precio de aquella tontería. Cuando salí del agua temblaba un poco, aunque el día era caluroso. Pallas tenía que ir al ensayo de *Cabaret* y llegaba tarde, pero me estaba esperando. Cogió la toalla que tenía atada a la cintura y me la puso sobre los hombros, como si supiera que me había olvidado la mía. Quizá lo sabía. Estábamos casi desnudas las dos.

Duke me pasó un brazo por encima de los hombros.

—¡Es esta! —dijo—. ¡Esta es Emily! Emily, mi hermano Sebastian.

—Me llamo Lara —dije, tendiéndole la mano.

Sebastian sonrió.

—Se le olvida.

La cuestión era que Sebastian era un hombre. Sebastian, que apenas tenía un año más que Duke, era un hombre hecho y derecho, mientras que Duke era un chico y Pallas y yo éramos chicas.

Todos los demás ya se habían ido. Pallas se puso el sombrero en la cabeza y yo me vestí con unos pantalones cortos, envidiando de repente la ropa interior seca de la señora Gibbs. Me froté deprisa el cuerpo y el pelo para devolverle a Pallas la toalla.

—Es muy mal momento, ¿no? —preguntó Sebastian.

—¿Estás de broma? ¡Es un momento perfecto! —exclamó Duke con voz llena de animación—. Después de la comida trabajamos en el tercer acto. Es todo de Emily, no te creerás lo buena que es.

—¿Y tú sales en el tercer acto? —preguntó Sebastian a Pallas.

—En otro tercer acto, y voy a llegar asquerosamente tarde si no me voy ahora mismo.

Le devolví la toalla de rayas.

—Vete.

Pallas nos miró y quedó claro que le gustaría quedarse. Sonrió a Sebastian.

—Se me ha hecho tardísimo —dijo, dio media vuelta y salió corriendo.

Llevaba chanclas y una bolsa colgando del hombro. Corrió hacia el estudio de ensayos mientras los tres nos quedábamos mirándola.

—Dios mío —dijo Sebastian—. ¿Se dedica al atletismo?

Duke meditó un poco la respuesta. ¿Podría decirse que Pallas era atleta profesional?

—Yo diría que es de todo.

Subimos la ladera hacia el teatro; Duke resplandecía de felicidad. En una mano llevaba la camisa y las alpargatas y tenía la otra sobre el hombro de su hermano. ¿Qué tal el viaje? ¿Había comido? Sebastian podía dormir en su dormitorio porque él se quedaba conmigo. Duke no se había secado los pies y ahora los tenía cubiertos de tierra. No llevaba nunca toalla al lago porque usaba la mía, pero aquel día me la había olvidado.

—¿Tú sales en el tercer acto? —preguntó Sebastian a Duke mientras sostenía abierta la puerta del teatro.

—«¿Dónde está mi chica? —exclamó Duke cuando entramos en la oscuridad—. ¿Dónde está la chica que cumple años?»

Ninguno de nosotros sabía que estábamos al principio de una historia, pero así fue como se formó el cuarteto. Después del ensayo, Duke se llevó a su hermano a su habitación para que se instalara y, por primera vez, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba su dormitorio. El mío —no paraba de decírmelo— era mucho mejor. Salí del teatro sola y pensé en qué podría hacer con el tiempo que me sobraba. Nunca tenía tiempo libre. Podría escribir unas cartas o, por lo menos, postales, y contar a todo el mundo lo bien que me iban las cosas. Tenía la intención de irme directamente a mi dormitorio, pero oí música que salía por una ventana abierta. «What good is sitting alone in your room?», preguntaba la cantante. El piano acompañante sonaba muy tenue, perfecto. Las palabras no eran tanto una pregunta como una orden: «Come to the Cabaret, old chum…[3]». Entré y me quedé junto a la pared del fondo de la sala de ensayos.

Momentos antes había salido de Grover's Corners, donde nos sentábamos en una hilera de sillas en el cementerio, mirando hacia delante, y acababa de llegar al Kit Kat Klub, donde las bailarinas se sentaban a horcajadas en las sillas con aire provocador, se subían a unas sillas inclinadas hacia delante, con los culos expuestos a la luz. Pallas se tumbó sobre el asiento de una de ellas y tocó el suelo con la cabeza mientras movía las piernas en tijera al ritmo de la música. Llevaba todavía el bañador rojo, todas las bailarinas llevaban algún tipo de bañador y todo parecía vagamente obsceno tan lejos del lago.

Cabeza abajo, de lado, cantaban y bailaban mientras un hombre tocaba un piano vertical, pasaba las páginas de la partitura a toda velocidad y seguía tocando.

Sería fácil describir a Pallas como la persona más bella y con más talento que jamás había visto, pero Tom Lake estaba lleno de chicas como ella. Algunos tipos atractivos se habían colado también aquí y allá; el chico que interpretaba a George era uno de ellos, pero por lo general los artistas poseían un magnetismo que no requiere práctica: se tiene o no se tiene. Duke tenía todo un cargamento. Lo tenía cuando decía las líneas más aburridas del periodista Webb, pedía café o me llevaba a la cama. Si Jimmy-George, el amigo del instituto, sabía cómo mirar a una persona, Duke sabía cómo hacer que lo miraran a él. Las chicas Kit Kat tampoco se quedaban atrás en ese aspecto. Yo había ido a ver a mi amiga, pero al verla entre otras bailarinas, casi no sabía adónde mirar. Todas parecían hambrientas. Pasé de Pallas a algunas otras que había conocido en alguna cena o en el lago, a algunas que no conocía, y al final me detuve en la que interpretaba a Sally Bowles, que estaba plantada en medio del escenario como un diamante engarzado en un anillo. Sally Bowles, con la pierna colgada descaradamente sobre el respaldo de una silla, lanzaba una invitación al cabaret que nadie podía rechazar.

Justo cuando empezaba a pensar que podía ser capaz de actuar, me encontraba deseando saber cantar y bailar. Quería subirme a una de las sillas del club Kit Kat, ser una mujer y no una niña.

Cuando terminaron, Pallas empleó la misma toalla a rayas para secarse de nuevo, riendo con las otras bailarinas mientras se ponía el vestido. La saludé con la mano y, cuando me vio, sonrió como si yo fuera la persona que más deseaba ver en este mundo.

—¡Estás aquí! —exclamó.

—Quiero ser tu suplente —dije.

Se dejó caer sin aliento en la silla plegable que había a mi lado y se agachó para desabrocharse los zapatos de tacón.

—¿Qué sabes del hermano?

—Hasta hace unas horas ni siquiera sabía que tenía un hermano. Eso es todo lo que sé.

—¿Ha dicho algo?

—Se queda un par de días.

—¿Ha dicho algo de mí? —preguntó Pallas; el sudor le brillaba en la raíz del pelo.

Me quedé pensando un momento. ¿Qué había dicho Sebastian?

—Le ha impresionado tu forma de correr.

Sonrió.

—No está mal.

—¿Te gusta el hermano de Duke?

—No es bailarín, no es actor, no trabaja en un teatro y tiene unos hombros muy bonitos.

Resultó que eso era lo que Pallas buscaba.

***

—Entiendo lo que decía Pallas —dice Nell; parece hablar por experiencia, pero no da más datos—. Nadie debería salir con un actor.

—Excepto mamá —dice Maisie.

Ella y yo cogemos la escalera y la desplazamos a lo largo de la hilera de árboles hasta el siguiente para que una de nosotras pueda trepar y limpiar la copa, y por una de nosotras me refiero a Maisie. A Maisie le encanta trepar. Cuando era pequeña teníamos que hacerla bajar de las cortinas.

—¿Por qué mamá tendría que salir con un actor? —dice Nell—. No le fue tan bien.

—Ni tan mal —digo yo. ¿Fue mal? Sí y no.

Emily hace caso omiso.

—Si mamá no hubiera salido con Duke, ¿de qué estaríamos hablando ahora? ¿De fungicidas?

—Volveríamos a escuchar las noticias todo el día —digo.

Maisie niega con la cabeza.

—Se acabaron las noticias.

Nell está de acuerdo.

—Preferimos hablar de tu boda que de una pandemia mundial —le dice a Emily.

La boda de Emily. No le he dicho ni una palabra de la boda a Joe.

—Bueno, esa es razón suficiente para haber salido con un actor: así seguro que no se habla de mi boda —dice Emily.

Es como si cada acción de mi vida se hubiera planeado para aquella tarde.

Nell toma el cubo que lleva colgando del cuello y vierte las cerezas en la caja. Se da un minuto para mover los hombros antes de ponérselo de nuevo, luego vuelve la cara hacia el sol, cerrando los ojos. A veces me pregunto si este trabajo no será demasiado para ella, aunque antes moriría recogiendo cerezas que ser la hermana débil.

—Yo habría salido con san Sebastian —dice Nell.

—¿Me estás diciendo que habrías rechazado a Duke, con toda probabilidad el mejor actor de su generación y, sin duda, el más famoso, para salir con su hermano, que no triunfó como tenista? —pregunta Emily.

Maisie no está de acuerdo.

—Oh, vamos, eso no es justo. Es imposible triunfar como tenista, por no mencionar el hecho de que san Sebastian era, no lo olvides,

todo un santo. Esa es una cualidad muy atractiva en un hombre. Y aunque Duke fuera famoso, no tuvo una vida feliz.

—Eso no lo sabes —replica Emily sin dejar de coger cerezas.

A lo mejor yo no sé mucho de Duke, pero sé que su vida no fue feliz. Paso el brazo por el hombro de Nell.

—Por muy loca que sea esta conversación, creo que tienes razón. Y, de todos modos, aunque Sebastian no llegara a profesional, seguía siendo un excelente jugador de tenis. Jugó contra McEnroe.

Las tres bajan las manos y sé que por fin he dicho algo que les parece de veras interesante. Imagino a Joe diciéndome que no altere demasiado a las niñas, que tienen que seguir trabajando.

—¿Y ganó? —pregunta Maisie bajando la voz, cosa que no hace nunca.

—No —digo—, pero estaba muy orgulloso de haber compartido con él una pista de tenis. Los dos tenían diecisiete años. Y McEnroe ya era entonces todo un fenómeno.

—¿Y cómo quedaron? —Aquello sí que era un notición para Emily.

—Seis a dos y seis a cero.

Nell se cubre la cara con las manos y gime.

—¡Oh, san Sebastian! No puedo soportarlo.

—¡Pero qué dices! Estaba feliz —digo—. Sebastian nunca esperó ganar.

—Seguro que sí —dice Nell—. Aunque no lo admitiera, seguro que pensó que podría ganar. Quería ganar.

Quizá tenga razón. San Sebastian tenía veintinueve años cuando nos conocimos, y fue Duke quien me contó la historia de McEnroe. A los diecisiete años, Sebastian tal vez pensó que podría ganarle. La cantidad de cosas que no entendí entonces era tan infinita como las estrellas del cielo nocturno.

---

[3] «¿De qué sirve estar a solas en tu habitación? […] Ven al Cabaret, camarada.» Letra de *Cabaret,* del musical homónimo, escrita por John Kander y compuesta por Fred Ebb, 1966. *(N. de la T.)*

10

A lo largo del año, durante tres estaciones, san Sebastian trabajaba como entrenador de tenis de la escuela de la Universidad Liggett de Gross Pointe Woods, donde además impartía las asignaturas de Historia de los Estados Unidos y Civilización Mundial. En verano daba clases de tenis en el club náutico de Gross Pointe, en Grosse Pointe Shores, donde el hecho de que una vez se hubiera enfrentado a Johnny Mac lo había convertido en leyenda. En el club náutico se hablaba de aquel partido en términos de victoria y, con el paso del tiempo, el resultado iba creciendo a favor de Sebastian. Cuando Sebastian los corregía, y siempre lo hacía, lo tomaban como una prueba más de su humildad y lo querían aún más. Cenaba en el bar de la parrilla del club, donde no le estaba permitido pedir filete ni pasteles de cangrejo, y cualquiera que quisiera charlar sobre el famoso encuentro podía sentarse con él. Cenar en la parrilla era parte del trabajo de Sebastian. Después se iba a casa en coche, a East Detroit, porque todavía existía East Detroit, y siempre que podía trabajar lo suficiente para tener luego unos días libres seguidos, hacía el viaje de tres horas hasta Tom Lake para ver a su hermano.

Me encantaba que Sebastian estuviera con nosotros. Tom Lake tenía una buena pista lejos del anfiteatro y la mantenían iluminada por la noche. Pallas y yo sacábamos sillas plegables de lona y nos sentábamos a verlos jugar. A veces hacíamos de recogepelotas: Pallas recogía las de Sebastian y yo las de Duke. Pallas y Sebastian no tardaron en enrollarse, aunque si mi relación con Duke era el punto de referencia del cortejo, podría decirse que procedieron con decoro victoriano.

Qué guapos eran los hermanos bajo la luz de los focos, los dos corriendo por la arcilla verde. Duke ponía el doble de energía que Sebastian, quizá tres veces más: sacaba con todas sus fuerzas, se lanzaba a buscar pelotas que en ningún caso podría devolver, soltaba gruñidos animales —que no me eran desconocidos— cada vez que le daba a la bola con la raqueta. Cuando Sebastian estaba allí, Duke solo quería jugar al tenis, aunque imagino que para su hermano aquello no era lo que habría llamado unas vacaciones.

—¿No se cansa? —pregunté a Pallas mientras movíamos la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, siguiendo los botes

de la pelota amarilla.

En cuanto Duke perdía el set, Pallas se levantaba. No había jugado mucho al tenis, pero tenía la fuerza y la habilidad necesarias. Yo, en cambio, era una inútil, aunque Sebastian me tiraba unas cuantas bolas fáciles y me felicitaba cada vez que las devolvía. Duke no tardaba en impacientarse y empezaba a decir que quería volver a casa a tomar algo.

—Sebastian quiere jugar —decía Pallas, sin dejar de mirarlo, cuando lo que quería decir era «Sebastian me quiere a mí».

Oh, Pallas, pensé, así es la vida en verano.

Pero eso no era lo que yo pensaba de Duke. Duke se entregaba en cuerpo y alma a todo lo que hacía, a cada revés, al modesto papel del periodista Webb, a mí, a nosotros. Duke estaba tan seguro de lo nuestro que habíamos decidido que nos iríamos juntos a Los Ángeles al terminar el verano. Podríamos alquilar un apartamento amueblado en el edificio donde yo había vivido o en uno de los cientos de edificios como aquel. Yo había hablado con mi agente y me había dicho que no tendría problemas para encontrarme trabajo. Le pedí que buscara algo para Duke. Ya había escrito dos veces a Ripley hablándole de él, preguntándole si tenía algún papel. En Hollywood nadie se parecía a Duke, y si había por ahí alguien con su particular carisma, yo no lo había visto.

Pero cuando se trataba de jugar al tenis —una obra en tres actos—, el actor era Sebastian, así que hacía de entrenador de tenis cuando jugaba con su competitivo hermano, de otro entrenador distinto con su atlética enamorada y de un tercer entrenador diferente con la inepta novia de su hermano. No regalaba los puntos, pero hacía que todo pareciera más difícil de lo que era y corría a por las bolas cuando no hacía ninguna falta. Le daba fuerte cuando jugaba con Duke, enviaba la pelota justo al centro de la raqueta de Pallas y a mí me la ponía en bandeja. Supongo que hacía lo mismo con las señoras del club náutico, con sus maridos y con los niños a los que enseñaba en la escuela: daba más o menos fuerte según fuera necesario. Al final del partido, tenía la camiseta seca, mientras que Duke se quitaba la suya empapada y la tiraba a un rincón de la valla metálica. Bajo las luces brillantes veía las suaves hendiduras de sus costillas y cómo estas proyectaban sombras diminutas en su pálido torso.

Aquellos eran los momentos de trabajo más intenso. *Cabaret* ya había estrenado la temporada en Tom Lake y a *Nuestro pueblo* le faltaba una semana. Los ensayos incluían ya la parte técnica y trabajábamos diez horas al día. Le ponían cera en el pelo a Duke y se lo sujetaban en la nuca para que no pareciera el protagonista de *Jesucristo Superstar,* sino un respetable periodista de 1901. Al mismo tiempo, habíamos empezado las lecturas de *Locos de amor* y por la

noche repasábamos el papel en la cama. Duke había interpretado a Eddie una vez en el Detroit Repertory Theatre y lo habían contratado en Tom Lake gracias a aquella actuación. Incluso mientras yacía de lado, con la mano en mi cadera, me daba cuenta de lo brutal que estaría en aquel papel. Cómo me emocionaba pensar que pasaríamos sin transición de *Nuestro pueblo* a esa habitación de motel en ruinas; pasaríamos de ser un padre y una hija a los que habíamos impregnado de demasiada química a ser un par de hermanastros que tenían química para incendiar un granero. Demostraríamos a Tom Lake una o dos cosas sobre lo que significaba ser oscuro, complicado y adulto.

Comíamos, bebíamos y dormíamos pensando en nuestro arte, golpeábamos con nuestro arte el colchón. Actores y bailarines, diseñadores y técnicos de diferentes razas, de distintos estados y orígenes radicalmente distintos, paseaban por una utopía de cerezos cuando no estaban trabajando hasta la extenuación. Los hombres se cogían de la mano. Nadie pensaba en Sebastian y Pallas. ¡Michigan! ¿Quién lo iba a saber?

—A ver si me llevas a tu casa, a East Detroit, en otoño —dijo Pallas con la cabeza en el regazo de Sebastian.

Acabábamos de salir del lago y los cuatro estábamos tumbados en una vieja manta de algodón que Sebastian había traído de su casa. La hermosa cabeza de Duke estaba en mi regazo y apoyaba la cara contra mi barriga desnuda.

—A ver si me llevas a tu casa, a Lansing —dijo Sebastian.

Pallas negó con la cabeza.

—No voy a volver a Lansing. Ya les he dicho a mis padres que, si quieren verme, pueden venir a Chicago.

Pallas se había quedado en Chicago después de terminar los estudios en el conservatorio, aunque esperaba que Tom Lake fuera su pasaporte a Nueva York.

Duke extendió un dedo y lo pasó por unos centímetros del muslo de Pallas; Sebastian se inclinó y apartó la mano de su hermano.

—Ven para acá —dijo a Pallas, tocándole la cadera, y ella se rio. Se quedó donde estaba, entre los dos.

Duke era feliz cuando Sebastian estaba allí, todos éramos muy felices, pero, con todo, las visitas de Sebastian alteraban las cosas, casi como si su tranquilidad permitiera a Duke volverse más loco de lo normal, como un niño que se tira de una escalera cuando sabe que hay alguien allí para atraparlo. Duke presumía delante de su hermano porque estaba en su naturaleza, pero Sebastian lo miraba casi como si estuviera esperando que algo terrible sucediera, y eso hacía que yo también lo esperara. Sebastian intentaba anticiparse a la locura de Duke con la esperanza de poder evitarla, y por locura no me refiero a talento o excentricidad, sino que parecía estar como una cabra.

Cuando Sebastian estaba allí y lo veía, se me hacía mucho más difícil aguantar a Duke haciendo de Duke.

***

Maisie levanta la mano.

—Lo siento, tengo que interrumpir. No puedes decir «loco».

—Y no puedes decir «como una cabra», a menos que te refieras a un animal.

—Pero estaba loco. Como una cabra.

—Duke tuvo que superar alguna cosa en su vida, pero no estaba loco —declara Emily con firmeza.

Niego con la cabeza.

—Voy a desautorizarte en esto.

—No es que no puedas decir que Duke estaba loco —explica Maisie —. Quiero decir que ya no puedes usar esa palabra, es peyorativa.

—Sé que loco es peyorativo. Y quiero que lo sea, ya que no pienso que la locura sea un atributo positivo.

—Tienes que encontrar una palabra mejor —dice Nell.

—¿Demente?

Las tres niegan con la cabeza.

—¿Cómo puedo llamarlo, entonces?

Maisie exhala un largo suspiro, lo que significa que soy vieja y no se siente capaz de explicarme nada. Nell lo intenta.

—Podrías referirte a lo que le pasaba con el término del diagnóstico: tenía esquizofrenia, por ejemplo. Tenía un trastorno bipolar.

—Pero en realidad no deberías hablar del diagnóstico de otra persona sin su permiso —añade Maisie.

—¡No era esquizofrénico ni bipolar! —Emily se prepara para la batalla, lo veo venir.

—Pero tampoco se puede decir que una persona es esquizofrénica —informa Maisie a su hermana—. La persona no es la enfermedad, no dirías «era cáncer».

—Pues yo podría decirlo —declaro.

—Para.

Emily está siempre en el bando de Duke.

—¿Así que quieres que te hable de Duke sin mencionar que estaba loco? Ya estoy omitiendo todo lo relacionado con el sexo. No estoy segura de cuánto va a quedar de la historia real.

Esto nos lleva a un callejón sin salida. Quieren saber cosas sobre las relaciones sexuales de Duke, pero no quieren saber nada sobre las de su madre, lo cual está bien porque no pienso contarles nada.

—Creo que es correcto decir enfermedad mental —concluye Nell.

—Tal vez —dice Maisie—. Si solo estamos nosotras cuatro.

—Estamos en un huerto de cerezos —Emily levanta la voz—. ¿Quién nos va a cancelar? ¿La perra?

—Quizá deberías contarnos lo que sucedió —propone Nell—. Solo los hechos, sin añadirles ningún juicio de valor.

Así que les cuento lo siguiente sin juzgarlo.

—Me despertaba en plena noche con la cama vacía, bajaba las escaleras y lo encontraba en un sillón escribiendo frenético en un cuaderno, página tras página tras página, tomando notas sobre el periodista Webb: su infancia; la chica que le gustaba en la secundaria; su ascenso en el periódico; su educación secundaria; los años en la universidad estudiando inglés; lo que pensaban sus padres de que fuera a la universidad a especializarse en inglés, pues sus padres querían que se quedara a trabajar en la granja; su primer trabajo en un periódico en Concord; los libros que leía; cuando conoció a Myrtle, que sería su esposa; el nacimiento de su hija, Emily; el nacimiento de su hijo, Wally. Iba por el tercer cuaderno. Un día encontré los dos primeros en la mesilla de noche, escribía con mayúsculas microscópicas. Intenté leerlos y me dio dolor de cabeza. Luego encontré los cuadernos sobre el personaje de Eddie en *Locos de amor*.

»En una ocasión, se obligó a permanecer despierto durante todo un fin de semana porque había oído decir que colocaba más que drogarse. Luego quiso pegar a Sebastian cuando este no le dio las llaves del coche para ir a tomar un café a la ciudad. Pero Duke no consiguió atizarle porque a Sebastian le bastó con apartarse y atraparlo en el aire cuando se lanzó hacia delante, como si fuera una representación cómica sin gracia ensayada durante años.

»Una noche, después de jugar al tenis, volvimos los cuatro a nuestros dormitorios y nos encontramos con que la puerta principal del edificio, que nunca estaba cerrada, lo estaba. Mientras tres de nosotros discutíamos qué hacer, Duke rompía de un puñetazo uno de los pequeños cristales que había junto a la puerta. No se seccionó una arteria ni se cortó un tendón, pero Sebastian tardó media hora en quitarle los fragmentos de vidrio de la mano y vendársela.

—San Sebastian, san Sebastian, san Sebastian —repetía Duke mientras miraba a su hermano. No quiso ir al hospital—. Así es como lo hacen en las películas —dijo, satisfecho de su propia decisión.

—En las películas los cristales son de azúcar, puto imbécil —dijo Pallas, esperándonos, aunque habíamos vuelto porque estaba cansada y quería irse a la cama. Teníamos que actuar por la mañana. Ella tenía que bailar.

—Y el tipo que da un puñetazo a la ventana siempre se envuelve primero la mano con una toalla —dijo Sebastian.

—Y, además, la puerta no estaba cerrada con llave —dije, porque

no lo estaba. Acababa de intentarlo y había visto que solo estaba atrancada.

A Duke esto último le pareció divertidísimo.

—Una noche se apagó un cigarrillo en el brazo sin dejar de mirarme mientras lo hacía. Me levanté de un salto y se lo quité de la mano.

—¿Qué demonios te pasa? —grité, y luego bajé corriendo a por hielo.

Cuando volví a la habitación, olía a carne quemada.

—Dime qué te pasa —insistí, acercando el paño de cocina a la quemadura. Pero no quiso decirme nada.

***

Benny está aquí, aunque no es miércoles por la noche. Rodea con el brazo la cintura de Emily. Él y Joe deben de haber tenido la conversación típica sobre «le pido la mano de su hija» porque, tras ellos, llega Joe sonriendo de oreja a oreja.

Emily mira a su novio, horrorizada.

—¿Me has pedido en matrimonio a mi padre?

—Le he rogado que me diera tu mano —contesta Benny.

—Todavía no se han puesto de acuerdo en los detalles concretos de tu dote —dice Maisie.

—Papá insiste en que Benny se lleve las cabras —añade Nell, asintiendo.

—No voy a llevarme las cabras —replica Benny.

—Eso lo veremos tu padre y yo —dice Joe.

Cojo otro mantel individual y otro plato. Benny ha estado en esta casa desde que tengo memoria, probándose disfraces de Halloween, viendo películas de la cesta, vendiéndonos boletos para un sorteo del club de las 4 H. Desapareció de nuestra vida casi por completo en los primeros años de su adolescencia, pero luego vinieron otros, cuando Maisie se refería a él como el Accesorio. Él y Emily empezaron a vivir en la casita cuando volvieron de la universidad, aunque juraban que era un acuerdo platónico entre dos jóvenes granjeros desesperados por escapar de sus padres. Fingimos creerles, aunque sabíamos que Emily y Benny se veían en la casita desde hacía mucho tiempo.

Nell va al aparador y saca la mantelería azul pálido de lino que usamos en las comidas de Acción de Gracias, Navidad y Pascua.

Joe busca en el estante alto las copas buenas y las llena de vino para que podamos brindar por el matrimonio.

—Benny y Emily, unidos para siempre —decimos mientras alzamos las copas para celebrar el amor.

No saben cuándo se casarán, pero saben que están decididos, y

ahora nosotros también lo sabemos. Cualquiera que mirara por la ventana pensaría que la boda es esta noche, aquí, en esta misma cocina.

—Dama de honor —Emily señala a Maisie—. De hecho, serás la única.

—¿Y yo qué? —pregunta Nell.

—La oficiante —dice Emily.

Nell se lleva un paño de cocina al corazón.

—¿En serio? ¿Puedo casarte? —Se echa sobre Emily y la abraza.

—Tendrás que conseguir el permiso por internet —dice Benny.

Maisie sonríe, contenta de ver a Nell en un papel hablado.

—¿Y nosotros dos? —Joe viene a ponerse a mi lado.

Emily niega con la cabeza.

—Vosotros ya habéis hecho vuestro trabajo. Ahora creo que deberíais sentaros en una manta y disfrutar.

Joe y yo disfrutaremos. Por una cuestión de amor, estabilidad y propiedad, deseábamos que llegara este día. Creemos que el matrimonio será bueno para ambos, para todos nosotros. Benny se está riendo, besa a Emily en la mejilla. ¿Cuándo fue la última vez que miré a Benny Holzapfel? ¿Cuando tenía doce años? ¿A los dieciséis? ¿Cuando se graduó en la universidad? Esta noche lo miro: Benny, tan brillante y lleno de ideas; Benny, atento con todo el mundo; Benny, que sonríe a Emily incluso cuando ella le da la espalda. Ahora me doy cuenta de que Benny se ha hecho mayor y se parece a un novio que tuve.

Tal vez no he visto el parecido hasta ahora porque es remoto, o tal vez porque sería difícil encontrar a un hombre menos semejante a Duke. Benny abrió una cuenta de jubilación a los veintitrés años. Ha elaborado planes para el huerto de su familia y para este huerto a más de veinte años vista. Pero hay algo en su cuello. No es el tipo de parecido que haría que una chica en un centro comercial corriera a pedirle un autógrafo, o que una anciana en la caja del supermercado le preguntara si la gente le dice que se parece a Peter Duke. No se me habría ocurrido si no hubiéramos dedicado estos días a sumergirnos en esta historia, pero ahora que he visto la semejanza no puedo dejar de verla. Incluso el pelo, que lleva atado en un moño, me resulta familiar. Y me pregunto si fue gracias a esa semejanza que Emily abandonó por fin su obsesión con Duke cuando estaba en la secundaria: aprendió a ver un poco de su amado Duke en el hijo de los vecinos.

—Ojalá pudiéramos celebrar una fiesta de verdad —dice Joe a Benny—. Al menos, que vengan tus padres.

—Bueno, no podemos —dice Emily—. Por mucho que me gustaría celebrar una fiesta con los Holzapfel, todos tenemos demasiado

trabajo.

Se trata menos del trabajo que del asma de Gretel Holzapfel. Kurt y Gretel solo ven a la gente en el exterior y guardando las distancias. Mañana por la mañana me levantaré temprano, le haré a Gretel una tarta de manzana y se la dejaré en el porche trasero. Eso la hará reír. Emily, la mayor de mis tres hijas, se casa con Benny, el menor de sus cuatro hijos. Los Holzapfel ya tenían tres hijos cuando nos mudamos a la granja. Recuerdo a Gretel llegando a casa el día después de que nos instaláramos con un pastel de manzana en las manos y tres jóvenes Holzapfel caminando detrás de ella. Dos años más tarde, cuando se enteró de que estaba embarazada de Benny, se sentó a la mesa de mi cocina y lloró grandes lágrimas.

—¡Ya lo habíamos dado todo por terminado! —dijo.

Habían regalado la ropa de bebé años antes. Habían regalado la cuna. Todos sus hijos iban por fin al colegio y Gretel tenía parte del día para ella. Ahora volvería a los cubos de pañales y a los chupetes, a los pechos con fugas de leche y al penetrante olor a leche agria. Cuando, cuatro meses después, me enteré de que estaba embarazada de Emily, Gretel declaró que era para hacerle compañía. Así de lejos se remonta la unión de nuestros hijos.

Los tres Holzapfel mayores están dispersos: una hija enseña inglés en Milwaukee, otra es enfermera en Petoskey y el otro está en la base del Cuerpo de Marines en Camp Pendleton. Ninguno de los mayores se interesa por la granja. Solo los salvará el error cometido a la mediana edad. Tal vez Benny piensa que se lo debe a sus padres.

—Esto debe de ser lo que Inglaterra sintió cuando Enrique II se casó con Leonor de Aquitania —dice Maisie.

Nell mira a Emily, horrorizada.

—¿Le vas a regalar Francia?

—Si me dais también Francia, me quedo con las cabras —dice Benny.

—¿Ninguno de vosotros tiene miedo de que me dé por salir corriendo y gritando por la puerta? —Emily busca en la nevera los ingredientes para hacer pizza que he encargado para la ocasión.

—Siempre sabemos dónde encontrarte —dice Maisie con aire ominoso.

—Para cuando Ricardo Corazón de León nazca, vosotros dos gobernaréis todo el norte de Michigan.

La historia de la monarquía británica es el pasatiempo de invierno de Joe y le emociona ver que sus niñas han estado escuchando, del mismo modo que imagino que me emocionaría yo si fueran capaces de coser.

Emily y Benny vuelven la cabeza el uno hacia el otro, pero no levantan los ojos. Maisie y Nell están ocupadas con la ensalada, pero

Joe lo ve y me mira: los dos pensamos lo mismo.

—¿Estás embarazada? —Tan pronto como las palabras salen de mi boca, desearía haber esperado hasta después de la cena; podía haber hecho un aparte en la despensa y haberle susurrado la pregunta al oído, pero se lo he preguntado ya y todos nos detenemos y contenemos la respiración. Las copas de vino están todavía a nuestro alcance.

El rubor le sube directamente desde el corazón, y, aunque habría jurado que Benny estaba al otro lado de la mesa, ahora está a su lado, con el brazo alrededor del hombro de Emily.

—No —contesta Benny, presionando ligeramente su cadera contra la de ella.

Emily mira a Benny. No dice nada, pero le está preguntando algo y él, sin responder, asiente.

—Nos vamos a casar y no vamos a tener un bebé —dice Benny. Coge la copa de vino de Emily—. La prueba.

—No vamos a tener un bebé —dice Emily, y ahora entiendo que nos está diciendo que no piensa tener hijos.

—Hay tiempo de sobra para eso —comenta Joe.

La felicidad que veo en los ojos de Joe hace que mis ojos se llenen de lágrimas, aunque espero por su bien que podamos dejar el tema y hablar en cualquier otro momento menos festivo de lo que eso puede implicar, pero nuestra familia no es muy hábil en el arte de evitar conversaciones.

—O no —dice Emily.

—¿O no qué? —pregunta Joe, burlándose de ella—. ¿No hay tiempo suficiente? ¿Va a ser un compromiso muy largo?

Todo el mundo está a la espera. Hazel espera. Emily abre la boca, pero no sale nada.

—No vamos a tener hijos —declara Benny.

Joe niega con la cabeza.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé —dice Emily.

Esta noche no deberíamos hablar del futuro ni del pasado, deberíamos limitarnos a celebrar que se casan, pero ya la hemos liado.

—¿No quieres tener hijos? —pregunto.

Emily vuelve a inclinar la copa. Se la bebe.

—No sé si los quiero, pero estoy segura de que no voy a tenerlos.

Estoy haciendo colchas para nuestras tres hijas con los vestidos de mi abuela, los de su abuela, mis vestidos y los que ellas llevaban de pequeñas. Empecé a coleccionar telas cuando era niña, porque ya entonces sabía que algún día tendría hijas y les haría colchas de retales. Mis hijas regalarán esas colchas a las suyas y se taparán con ellas para dormir. Un día envolverán a sus hijos en esas colchas y todo

esto sucederá en esta misma granja.

—Sé que esta no es la forma en que planeasteis las cosas —dice Emily—. Sé que no es lo que queréis.

—No se trata de lo que queremos nosotros —digo, pero es mentira. Queremos a esos niños de los que nunca hemos hablado. Los queremos mucho, deseamos que vengan.

—Antes, cada cincuenta años había una mala cosecha —dice Benny en voz baja porque todos estamos en silencio—. Desde que yo nací, hemos tenido ya dos malas cosechas. Los inviernos son más suaves, el lago está más caliente, los árboles no permanecen en estado de latencia el tiempo suficiente. Florecen demasiado pronto y las heladas matan los brotes.

Joe levanta la mano.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que no lo sabemos?

Pero Benny no se detiene. Su voz llega sin dramatismo y sigue hablando.

—Tarde o temprano vamos a tener que dejar de cultivar cerezos.

—No —dice Joe.

—No puedo soportar esta conversación —dice Maisie.

—Ya no va a hacer suficiente frío para los cerezos. Vamos a tener que empezar a pensar en plantar viñas y hacer vino, plantar fresas o espárragos.

—Pues planta viñas —dice Joe—. Eso no te impide tener hijos.

—Más o menos sí —dice Nell—. Si te paras a pensarlo.

—¿Tú también? —pregunta Joe—. ¿Habéis firmado las tres un pacto?

—No tengo ni idea de lo que voy a hacer —dice Nell—. Pero lo estoy pensando.

—¿Quién no piensa en ello? —dice Maisie, apretando los brazos sobre el pecho.

Emily se sienta en una silla de la cocina; Benny se sitúa detrás de ella y le pone las manos en los hombros. Todos estamos muy cansados.

Emily coge un tenedor y lo mantiene en equilibrio sobre un dedo. Solo mira el tenedor.

—Puedo comer verdura, montar en bici y dejar de usar bolsas de plástico, pero sé que solo lo hago para no volverme loca. El planeta está jodido. No puedo hacer nada. Pero os aseguro que dedicaré mi vida a intentar salvar esta granja. Si alguien se pregunta para qué estoy aquí, esa es la respuesta.

Nell cruza la mesa y coge la mano de su hermana, y Joe, Joe que nunca se aleja de nosotras, sale por la puerta de la cocina. Se detiene en el borde del jardín, dándonos la espalda. Está mirando los árboles.

11

Anoche, cuando nos fuimos a dormir, Joe no quiso hablar del asunto, y esta mañana, cuando me he despertado, había salido ya. Se pregunta si Maisie y Nell querrán tener hijos y si esos niños, que no crecerán aquí, querrán algún día hacerse cargo de la granja. Piensa en lo que sucederá con estas tierras si no hay otra generación de la familia que las proteja cuando nosotros ya no estemos, cuando Emily y Benny ya no estén. Piensa en cuando Emily y Benny hayan muerto, piensa en los promotores que husmean sin descanso el perímetro de nuestras tierras, los desconocidos que llaman a nuestra puerta en febrero para preguntarnos si no preferiríamos pasar el invierno en Florida. Son los enemigos de la fruta. Dejarían suficientes cerezos plantados para justificar que el sitio se llamara Colina o Paseo de los Cerezos, pero arrancarían el resto y construirían bonitas casas blancas con ventanas panorámicas y porches envolventes, mansiones que no podríamos permitirnos comprar. Y esa sería la hipótesis buena; en la mala, los árboles acaban muriendo. Pero Joe no piensa en esto último, y lo sé porque yo tampoco pienso en ello.

Cuando Maisie y Nell bajan a desayunar, me doy cuenta de que han pasado parte de la noche con los ojos abiertos y mirando el techo de su habitación, repasando perspectivas de futuro poco halagüeñas. Tal vez deberíamos montar un espectáculo familiar y ganarnos la vida leyéndonos el pensamiento. El teléfono de Maisie suena cuando estamos sentadas a la mesa, se lo saca del bolsillo y lo mira sin pestañear durante tanto tiempo que Nell y yo nos callamos y esperamos a que nos cuente qué pasa.

—¿Qué? —pregunta Nell al cabo de unos instantes.

—Uno que ha atrapado una camada de gatitos asilvestrados en el granero y quiere saber si puedo pasar esta tarde a matarlos.

Maisie apoya la cabeza en la mesa.

—¿Quién es? —pregunto. Intento cogerle el teléfono, pero me lo impide.

—Es mejor que no lo sepas, ya que tendrás que seguir viéndolo —dice.

—Pues que maten ellos a sus gatitos —dice Nell, cansada.

Lo cierto es que, si no haces nada con los gatitos, un buen día te encuentras con más gatos que ratones. Sin embargo, cada uno tiene

que ocuparse de sus gatos, no se lo pide a la vecina.

Maisie suspira.

—Ahora no puedo pensar en estas cosas.

La puerta trasera se abre y aparece Joe con un aire tan agotado que me pregunto si habrá dormido algo. Joe casi nunca vuelve a casa durante la mañana. Hazel levanta la cabeza y suelta un ladrido de reconocimiento.

—Nos tomamos el día libre —anuncia Joe haciendo sonar las llaves en el bolsillo—. Nos vamos a la playa.

Lo miramos como si no lo conociéramos.

—No podemos ir a la playa —replica Maisie—. Hay demasiado trabajo.

—Siempre hay demasiado trabajo y he decidido que no vamos a hacerlo hoy. Ya he mandado a Emily a casa a por el traje de baño.

Seguimos sentadas. Nell vierte leche en el café para enfriarlo.

—Vamos —insiste Joe.

Se queda plantado como un profesor que acaba de anunciar: «Se acabó la clase». Ahora se supone que debemos salir todas corriendo por la puerta.

—Podemos trabajar un rato, terminar pronto e irnos luego a la playa —propongo, buscando una solución intermedia.

Joe niega con la cabeza.

—No sé si te has dado cuenta de que nunca terminamos pronto, por eso tenemos que irnos por la mañana a primera hora. Vamos.

—Es martes —digo—. ¿Desde cuándo nos tomamos libres los martes?

—Es jueves —dice.

¿Jueves? Me pregunto si puede ser cierto.

—¿Tú también vas a la playa? —pregunta Nell a su padre. Prueba el café. Todavía está demasiado caliente.

—Voy a comprobar un par de cosas y luego bajo.

—Entonces trabajaremos hasta que termines y luego iremos todos juntos.

Mi intención era ser útil, Joe no puede hacerlo todo solo, pero mi sugerencia no es bien recibida.

—¿Podría alguien de esta familia hacerme un poco de caso, para variar? Acabo de tener esta misma conversación con Emily. Está llorando y no es capaz de hacer nada. Estáis todas cansadas y no podéis trabajar, quiero que os divirtáis un poco de una puta vez.

—¿De una puta vez? —repite Maisie—. Bueno, si lo dices así… Iré a matar los gatitos y luego nos vemos en la playa.

—¿Gatitos? —pregunta Joe.

—Vamos luego —digo.

Joe se da la vuelta para mirar por la ventana que hay encima del

fregadero.

—Id ahora, no quiero que Emily esté sola.

Eso nos pone en marcha porque ninguna de nosotras quiere que Emily esté sola en la playa. La tristeza nos une. En la alegría podemos vagar en direcciones opuestas, pero en la tristeza preferimos tomarnos de la mano. Subo a buscar mi traje de baño, la toalla y el sombrero. Cuando vuelvo a bajar, Joe se ha ido y las chicas me dicen que me vaya.

—Recogemos y preparamos unos sándwiches —dice Nell cuando estoy en la puerta—. Ahora vamos.

Tomo el camino marcado con dos roderas que sale del huerto y va hacia los bosques, y lo sigo hasta que encuentro una pequeña brecha entre los árboles, un sendero que localizo porque he pasado por él miles de veces. Es como entrar en un libro. Un giro y todo cambia: frío en lugar de calor, oscuridad en lugar de luz. En lugar de cerezos, coníferas de veinticinco metros de altura, robles rojos y pinos blancos, y, entre los árboles, rocas gigantes vestidas con jerséis de musgo. Cuando eran pequeñas, a las niñas nada les gustaba más que tumbarse en esas rocas, poner la cara sobre el frescor y jugar a que eran sirenas que el mar había lanzado con una gran ola. Apretaban las piernas y las agitaban como si fueran una cola. Un siglo atrás, es muy probable que esas mismas rocas estuvieran en el huerto, y los antepasados que yacen sepultados en la colina bajo las margaritas debieron de desenterrarlas y arrastrarlas hasta aquí. Habían talado ya todos los robles y pinos, los habían convertido en tablones y los habían enviado al mundo para unirlos y formar casas y barcos. Por cansados que estuvieran, los antepasados se tomaron el tiempo de arrancar los tocones y quemarlos. Después plantaron cerezos en los campos. Quizá dejaron la franja de casi un kilómetro de anchura que hay entre los campos y la playa porque ya no tenían fuerzas para seguir talando. Quizá los hombres vivieron hasta los cincuenta años, cuando una roca, un árbol o un caballo volcó y los aplastó. Tal vez las mujeres murieron a los cuarenta y cinco dando a luz a su octavo, noveno o décimo hijo. Quizá nunca fueron a la playa en verano, ni siquiera una vez. Quizá recoger cerezas sea lo de menos. Al borde de nuestro bosque está la orilla de la bahía de Grand Traverse, nuestro rincón del enorme lago Michigan, de aguas revueltas y plomizas: una franja oscura de bosque y tres metros de cantos rodados, una playa arenosa y luego el agua que se extiende hasta el infinito; los árboles y nuestra hija mayor sola en la playa, abrazándose las rodillas. Me siento a su lado y se apoya en mí, me pone la cabeza en el hombro durante un rato que parece muy largo mientras observamos a los cormoranes rozar el agua.

—Todo debería seguir igual que ahora —dice.

Contesto que ojalá fuera así, aunque sé que ella se refiere a la

temperatura del lago y yo me refiero a este verano, a que estamos todos juntos en casa. Por muy triste que esté por el sufrimiento del mundo, me gustaría conservar este momento, con Emily en la playa en mis brazos.

—No queríamos decíroslo anoche. Ni siquiera pensábamos decíroslo nunca. Mucha gente no tiene hijos. Podría haber esperado hasta la menopausia y luego decir que se me había olvidado.

—Nunca se sabe —intento decir con voz neutra—. A lo mejor cambiáis de opinión más adelante.

Siento en el cuello que niega con la cabeza.

—Ya es malo pensar en lo que va a pasar con la granja. No quiero ni imaginarme sufriendo por lo que les fuera a suceder a nuestros hijos.

—Todas las generaciones creen que el mundo se va a terminar.

Emily levanta la cabeza.

—¿Es verdad? ¿Papá y tú creíais que todo iba a estallar en una bola de fuego?

Está muy cerca y veo en su frente los restos tenues de las pecas.

—No, lo he dicho para que te sientas mejor.

Joe y yo pensábamos en comprar entradas para el teatro, el precio del alquiler, si saldríamos a cenar, cuándo podríamos permitirnos tener un hijo. No pensábamos que nada fuera a terminar nunca.

Emily vuelve a acomodar la cabeza.

—Sé que parece que estoy preocupada porque Benny y yo no vamos a tener hijos, pero ni siquiera sé lo que eso significa, en realidad. Quiero casarme con Benny, pero, si tengo un reloj biológico, no se ha puesto en marcha. A lo mejor las mujeres ya no tenemos reloj biológico.

—La humanidad no ha dejado de tener hijos, ya lo sabes. Siguen naciendo niños.

—Eso es porque la humanidad no vive con Benny Holzapfel, y si yo no viviera con él, tampoco sería menos cierto, solo que no pensaría en ello.

—No podemos ponernos a hacer una lista de todas las cosas deprimentes en las que no pensamos, en todas las cosas que pasan en el mundo, en lo que está sucediendo ahora aquí en Michigan o lo que va a suceder en el futuro: sería insoportable.

—Emily murió al dar a luz —dice mi hija.

—¿Qué?

—Recuerdo que me quedé pensando en ello cuando leímos *Nuestro pueblo* en el instituto, como si fuera un mal presagio.

Pusimos a nuestra hija el nombre de la chica valiente que sale en el primer acto de la obra, la chica más inteligente de su clase. No se nos ocurrió pensar en el tercer acto.

Emily niega con la cabeza.

—Hablo por hablar, no creo que vaya a morir de parto. Lo que no significa que pueda quitarme de la cabeza la idea de que Emily se muere.

—Entonces, ¿es por los cerezos?

Emily asiente. Sigue sin mirarme.

—Voy a contarte algo que probablemente no debería decirte.

—Pues hoy es un buen día para contármelo.

Emily inspira hondo y me da tiempo suficiente para imaginar qué cosas horribles pueden haberle sucedido sin que yo lo sepa.

—Nunca os perdonaré a papá y a ti que quemarais aquellos árboles.

—¿Qué árboles?

Hemos quemado muchos árboles a lo largo de los años.

—Creo que tenía nueve años. No lo sé, a lo mejor era más pequeña. Si fue antes, no me acuerdo. Creo que quemabais los árboles cuando estábamos en el colegio o nos enviabais a casa de los vecinos o algo así. Papá decía que eran viejos, que ya no daban suficiente fruta, así que los hacía arrancar. —Se vuelve hacia mí, las mejillas llenas de lágrimas—. Mírame —dice, echándose a reír y frotándose la nariz—. He estudiado agricultura en la universidad y todavía me cuesta hablar de eso. Le suplicamos que no lo hiciera. Le dije que los regaría con cubos de agua. Joder. —Se pellizca la punta de la nariz y espera—. He quemado muchos árboles desde entonces, pero el primero no lo pude soportar. Los quemasteis como si fuera una fiesta: «Ya no eres útil, te toca morir». Los vecinos estaban por ahí y bebían sidra. Y yo quería salvarlos y no pude. Si no tengo hijos, seguro que los echo de menos. Estoy segura de que dentro de veinte años me dolerá muchísimo, pero ahora solo puedo pensar en que los árboles no sobrevivirán y tendremos que arrancarlos y quemarlos.

Los obreros llegaron por la tarde con una pala excavadora de tracción total: hundieron los dientes de la pala en el suelo y arrancaron los árboles tirando de ellos para sacudirles la tierra y luego hacer una pila para quemarlos. Cuando terminaron la tarea, era casi de noche y entonces les prendimos fuego. Lo recuerdo ahora, las niñas gritaban como si tuviéramos intención de arrojarlas también a ellas a las llamas. ¿No se acordaban o es que nunca habían presenciado un fuego como aquel? Esos fuegos son enormes y me preocupaba tenerlas ahí; las tres niñas eran muy aficionadas a corretear y tenía que evitar que se quemaran. Quizá las habíamos enviado lejos en ocasiones anteriores y en esa decidimos que ya tenían edad de quedarse. Hay que arrancar los árboles viejos, pero no es necesario convertirlo en una fiesta. Les habíamos dicho a las niñas que los árboles eran nuestra vida, que eran muy buenos para nosotros y que ellos cuidaban de nosotros porque nosotros cuidábamos de ellos. Aquella noche de otoño

el aire nocturno era frío, pero una a una nos fuimos quitando las chaquetas. Las llamas ascendían unos seis metros por encima del montón de ramas y lanzaban chispas hasta las estrellas. Joe no podía irse, él y los vecinos tenían que asegurarse de que el fuego no se descontrolara, así que terminé por subir a las niñas al coche familiar y di vueltas hasta que se calmaron, hasta que, después de llorar y de dar patadas y golpes al respaldo del asiento durante mucho tiempo, se agotaron y se quedaron dormidas, a su pesar. Cuando llegamos a casa, Joe cogió a Maisie del coche y yo a Nell, pero Emily estaba despierta. Esa noche dijo que nos odiaba, que siempre nos había odiado y que siempre nos odiaría.

Hazel sale corriendo del bosque y comienza a cavar frenéticamente un agujero en la arena al lado de Emily. No para de excavar, luego mete la cabeza en el agujero para ver si cabe, la saca y cava un poco más.

—Aquí estamos. —Nell se deja caer a nuestro lado—. Tomándonos un día libre.

—Deja que intente echártelo a perder. —Emily se seca la cara con una toalla.

—¿Qué está buscando tu perra? —pregunto a Maisie.

Cuando Hazel deja de cavar y levanta la cabeza, la perra de color arena está cubierta de arena.

—Un tesoro —dice Maisie.

—Si vamos a sentirnos fatal y a echarnos a llorar, será mejor que no nos metamos en el lago. —Nell se levanta para quitarse la camiseta y los pantalones cortos.

Las chicas se han puesto el bañador debajo de la ropa. Yo saco el mío de la bolsa y miro a un lado y a otro de la playa.

—Podemos sujetar las toallas para hacerte una carpa —se ofrece Maisie.

Pero rechazo el ofrecimiento, me quito la ropa ahí mismo y me esfuerzo por meterme en el bañador. Ya me han visto desnuda y yo también las he visto, aunque quizá se les haya olvidado. Me siguen al agua y gritan al sentirla fría.

—¡Dijiste que el lago se estaba calentando! —grita Maisie—. Si se ha perdido toda esperanza, al menos deberíamos poder nadar con el agua a una temperatura agradable.

Empezamos a nadar con energía las cuatro en línea recta. En el lago no hay plataforma de baño ni tampoco tenemos ningún destino: con un poco de orientación, podríamos nadar hasta Wisconsin. Me sumerjo bajo la superficie y abro los ojos. Es como si alguien hubiera comprado todos los diamantes de Tiffany, los hubiera convertido en polvo y lo hubiera esparcido por el agua para que flotara en los haces de luz que se hunden en el lago. Nadamos a través de la eternidad, las

brillantes piernas de sirena de mis hijas patalean hacia aguas más profundas. Yo me quedo bajo la superficie y disfruto de esa maravilla mientras los pulmones me lo permiten.

—Nadar es como darle al botón de reiniciar —decía Pallas—. Es como volver a empezar el día.

Nadamos y nadamos y nadamos, y, cuando nos agotamos, damos media vuelta y volvemos a la orilla. Duchess, la perra pastora alemana, se ha acostado en una incómoda cama que se ha hecho con una de nuestras toallas mientras Hazel vigila los sándwiches de queso y mostaza que ha preparado Maisie. Sacudimos las toallas que quedan libres y nos sentamos juntas.

—Cuéntanos el día más feliz de tu vida —dice Nell.

—Tú, tú y tú —digo, mirando a cada una de ellas, sus bañadores empapados y el pelo mojado y enmarañado.

—No, en serio —insiste Emily—. Y en el contexto de la historia. ¿Cuál fue el día más feliz de tu vida en Tom Lake?

—El día más feliz de ese verano no fue en Tom Lake.

Les parece una variante aceptable, siempre y cuando sea el día más feliz dentro de ese período limitado de tiempo. Se tumban en las toallas al sol para secarse y escucharme.

—Antes de hablar de ese día hay que remontarse un poco más atrás —digo.

—Algunas escenas necesitan algo de preparación. —Nell se cubre la cara con el sombrero.

Duchess suelta un suspiro de tremendo aburrimiento y se levanta para marcharse.

—¿De verdad? —pregunta Maisie a la perra.

Duchess se aleja y se detiene junto al agua para beber antes de cruzar la estrecha playa. La llamamos para que vuelva, pero no nos hace caso. Sigue el sendero hacia los bosques y desaparece.

***

Después de la noche del estreno, el trabajo del director había terminado, aunque no era así en el teatro de mi pueblo ni en el de la facultad. Pero el teatro de Tom Lake era profesional, lo que significaba que, tras la primera representación, Nelson haría una reverencia y a la mañana siguiente se marcharía a su siguiente trabajo. Todos nos preguntábamos cuál iba a ser, pero, que yo supiera, ninguno le había planteado la pregunta. Por eso me quedé un día a la hora de comer, poco antes del estreno, cuando todo el mundo se fue corriendo al lago a nadar. Tenía curiosidad por saber adónde iría Nelson. Era más joven que muchos de los actores de la obra, pero nunca había formado parte del grupo. Nunca había venido al lago. Él era el adulto y nosotros

éramos los niños que se apresuraban a irse a nadar.

—Traverse City —contestó—. ¿Has estado allí alguna vez?

—Estuve en el aeropuerto —dije.

—Los aeropuertos no cuentan. Traverse City es muy bonito, pero eso no es decir mucho, ya que todo esto es muy bonito.

Nelson estaba sentado en la primera fila del teatro con un cuaderno y una bolsa con el almuerzo. Me ofreció la mitad de su sándwich de atún, detalle increíblemente generoso, ya que no podía recordar la última vez que había tomado algo a la hora de comer.

Los árboles habían perdido ya las flores, las cerezas todavía no habían madurado y se habían llevado ya las colmenas a su siguiente destino y, aun así, todo era muy hermoso.

—¿Qué obra vas a dirigir en Traverse City?

—Ninguna. —Abrió una botella grande de refresco y luego miró a su alrededor como si buscara un vaso—. No hay ningún vaso —constató.

—Me da igual.

—¿Te molesta compartirla? —preguntó. Cuando negué con la cabeza, bebió un trago de la botella y me la dio—. Unos tíos míos viven allí y les prometí ir a echarles una mano. Hace ya un par de años que se lo digo, pero siempre se me complican las cosas.

—¿Por otras obras?

—Se me presentan oportunidades demasiado buenas para dejarlas pasar y en extremos alejados del país. Así que cuando Tom Lake me pidió que dirigiera esta obra, pensé que así mataba dos pájaros de un tiro: por fin voy a estar en el sitio correcto. Esa es una respuesta larga a una pregunta corta: en cuanto se estrene la obra, pasaré el resto del verano en Traverse City.

—¿Qué tipo de ayuda necesitan tus tíos?

—Necesitan todo tipo de ayuda, pero mi prioridad es gestionar sus finanzas.

—¿Se te da bien?

Ojalá se me hubiera dado bien algo tan útil como la contabilidad. Estuve a punto de decirle que sabía coser.

Se encogió de hombros.

—No diría que se me da bien, pero sí mejor que a ellos.

Mientras me comía su sándwich y me bebía su refresco, le pregunté a qué se dedicaban sus tíos.

—Tienen campos de cerezos. ¿Has estado alguna vez en un campo de cerezos de Michigan?

Negué con la cabeza.

Una lucecita se encendió en la cara de Nelson, la misma luz serena que los actores veíamos cuando hacíamos algo bien.

—Deberías venir a verlos.

—¿Los campos de cerezos?

Me acordé del viaje desde el aeropuerto y en cómo había querido pararme en plena carretera y mirar despacio a mi alrededor. Tenía la sensación de que había sucedido hacía muchos años.

—¿Tienes coche? —preguntó Nelson.

—Pallas tiene coche. —Sebastian había venido a pasar un par de días y, si Pallas quería ir a algún lado, él podría llevarla. Pallas podría prestarme su coche. Nelson abrió el cuaderno y se puso a dibujar un mapa: las carreteras, los kilómetros, los nombres de las granjas por las que pasaría y el nombre de la carretera donde debería girar.

—Ven mañana —me dijo—. Ven a comer y te los enseñaré. Podrás bañarte en el lago si quieres.

Al día siguiente era lunes, nuestro día libre. La noche del estreno sería el jueves. Iba a ver la finca con cerezos de la familia del director.

El tío Wallace volvió del descanso farfullando mientras todos los demás se reían. Nadie era capaz de concentrarse en otro ensayo y ni siquiera la calma inalterable de Nelson conseguía centrarnos. El tío Wallace se movía por el escenario siguiendo el rumbo errático de una ardilla. George olvidó parte de su texto y me miró como si me correspondiera a mí echarle una mano. Todo era un desastre, lo que significaba buena suerte. Tras el estreno de *Cabaret,* Sebastian venía más a menudo. Afirmaba que corría peligro de perder su trabajo, aunque creo que lo decía para impresionar a Pallas. No había nadie capaz de despedir a Sebastian. En cuanto terminaban los ensayos, Duke y yo nos quitábamos los trajes de caracterización para ir a buscarlo.

—No estabas en el lago —dijo Duke, quitándose los clips del pelo mientras caminábamos. Se los metió en el bolsillo—. Hasta te he buscado en el fondo del lago; has desaparecido.

—Me he quedado hablando con Nelson. Le he preguntado adónde iba a ir.

Supongo que tenía aire de estar contenta porque Duke se detuvo en seco y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Te ha ofrecido un papel?

Duke, el de los ojos grandes y oscuros, el de las densas pestañas negras. Duke, que había tomado demasiado sol a pesar de que nos habían dicho que no lo hiciéramos porque daba más trabajo a los maquilladores. Negué con la cabeza.

—Nada tan glamuroso.

—Entonces, ¿a qué viene esa sonrisa?

—Su familia tiene una finca con cerezos en Traverse City. Me ha invitado a verla mañana.

—Por supuesto.

Me eché a reír.

—¡Estoy emocionada! ¿Nunca has querido ver una granja con cerezos?

—Soy de Michigan.

Por alguna razón, no había pensado que también había cerezos en East Detroit.

—Pues yo soy de Nuevo Hampshire y voy a ir.

—¿Cómo vas a llegar hasta allí?

Sabía lo que estaba pensando: Duke no quería que fuera en coche con Nelson. No es difícil adivinar lo que piensa un hombre.

—Pallas me prestará su coche. —No estaba segura de que quisiera dejármelo, pero cuantas más veces lo repetía, más cierto me parecía.

Me miró un poco más y, finalmente, sonrió. Quizá se alegraba de mi felicidad. Tal vez todavía esperaba que Nelson le diera un papel en otra obra más adelante. Tal vez solo quería vigilarme.

—Si va a ser tan divertido, deberíamos ir los cuatro juntos. ¿Os parece bien a Nelson y a ti? ¿O es una cita?

Puse los ojos en blanco ante aquella tontería.

—No, no es una cita. —Y no lo era. Pero eso no significaba que pudiera presentarme allí con tres personas más.

—¡Bien! —exclamó Duke—. Entonces está decidido. Iremos todos mañana por la mañana a ver el huerto de cerezos del director.

***

—¡El huerto de cerezos! —grita Emily, y Maisie y Nell levantan los puños.

Ya conocen partes de esta historia, y esta es una de ellas. Las historias que nos resultan familiares siempre son nuestras favoritas.

12

Había llovido por la mañana, pero, cuando terminamos de desayunar, había salido ya el sol. Sebastian dijo que conduciría él hasta Traverse City; su Plymouth tenía un gran asiento trasero, así que los chicos se sentaron delante y las chicas nos pusimos detrás. Bajamos las ventanillas para decir adiós a todos los que nos cruzábamos. ¡Adiós, Tom Lake! Desde nuestra llegada, ninguno de nosotros había ido más allá de la cafetería del pueblo, excepto Sebastian, que llevaba una vida por la que no sentíamos la menor curiosidad. A lo largo de la carretera había hileras de puestos de fruta y quise que nos detuviéramos para poder comprar algún regalo para los tíos de Nelson, una tarta o unas flores, y llevarles algo más que tres invitados inesperados.

—Esa gente tiene campos de cerezos —exclamó Duke. El viento entraba en el coche y arrastraba su voz—. Lo que venden en los puestos de fruta es justo lo que ellos intentan quitarse de encima.

—*What good is sitting alone in your room* —cantaba Pallas con aire ausente.

En el espejo retrovisor vi cómo los ojos de Sebastian iban hacia ella: el sonido de su voz era para él como un imán.

—Deberías haber hecho el papel de Sally Bowles —dije, porque aunque la chica de aspecto alemán que interpretaba a Sally era extraordinaria, no me cabía duda de que Pallas lo habría hecho todavía mejor.

La mitad de la cara de Pallas estaba oculta tras unas gafas de sol negras y enormes a lo Jackie Onassis. A saber lo que estaría mirando.

—«Pude haber sido algo en la vida» —dijo Duke, imitando a Marlon Brando en *La ley del silencio.*

Era divertido viajar en coche, estar juntos e ir a algún sitio que no fuera el ensayo. Un poco más adelante vi una tienda de antigüedades y me incliné hacia delante para tocar el hombro de Sebastian.

—Para, por favor.

—¡No! —gritó Duke—. Las tiendas de antigüedades son peores que los puestos de fruta. Están llenas de cosas que los hijos tienen que quitarse de encima para poder vender la granja cuando mueren los padres.

—Eres un aguafiestas —declaró Pallas.

Sebastian detuvo el coche.

Duke se volvió hacia Pallas, inclinándose sobre el asiento.

—No la dejes salir.

Pero yo había bajado ya del coche. El director de la obra me había invitado a comer y ni loca habría llegado sin un regalo. Nada más entrar, en una cesta en lo alto de una vitrina de cristal, me esperaba una docena de servilletas de lino con un bordado calado. Eran de un azul casi blanco y estaban bien planchadas. De joven sabía muy pocas cosas, pero conocía bien el papel de Emily y entendía de telas. Aquellas servilletas eran buenas. Las conté despacio, busqué manchas y no encontré ninguna. Además, eran caras, y eso me gustó sobremanera.

—Parece que hayas venido solo para buscarlas —dijo la mujer de la caja cuando se las tendí.

Dos minutos después estaba de vuelta en el coche.

—¡Déjame ver! —Pallas extendió las manos. Sebastian se dio media vuelta en el asiento para mirar.

—¡Servilletas! —gritó Duke—. Deben de haberte visto llegar. Las servilletas son para los turistas. Primero intentan descargarte un tractor encima, luego sacan las servilletas. —Se agarró la cabeza mientras Pallas sostenía una servilleta bajo la luz.

—No puedo imaginar nada más bonito —dijo Pallas.

Sebastian esperó a que las servilletas volvieran a la bolsa para que no salieran volando por la ventanilla y luego arrancó el coche.

Pallas se puso a cantar trozos de musicales y nosotros los fuimos adivinando. («Because it’s JUUUNE! June, june, june.») Duke recitaba fragmentos de diálogos y nosotros adivinábamos las obras. («Di siempre la verdad, George; es lo más fácil de recordar.»)

Duke era un fenómeno aprendiendo cosas de memoria. Era partidario de memorizar cualquier papel que le gustara, tanto por disciplina como para estar seguro de que podría estar preparado en cualquier momento.

—Nunca se sabe cuándo se va a presentar la oportunidad.

—¿Cuál es tu talento secreto? —le grité a Sebastian.

—Conducir —contestó, sacando el codo por la ventanilla abierta.

Cuando llegamos a Traverse City, el cielo estaba despejado. La lluvia se había ido a Canadá. Duke leyó las indicaciones de Nelson en voz alta: una complicada serie de cruces mal señalizados por carreteras sinuosas. Por fin vimos un pequeño cartel en el que ponía «NELSON» clavado en un poste junto al camino.

—¿Le ha puesto su nombre a la finca?

—Es la granja de sus tíos —dije—. Y su apellido también es Nelson.

Duke sacó la cabeza por la ventana como si fuera un perro.

—¿Así que puedo llamar a mis campos de cerezos «La finca de Duke»?

—Dukelandia —propuso Sebastian.

El camino de tierra estaba encharcado con el agua de la lluvia. Las hojas y los brotes de hierba brillaban. En cuanto lo tomamos, nos calmamos todos. El imponente bosque que se alzaba a nuestra izquierda, la casa de tablones blancos con postigos azules que se divisaba al fondo, las suaves colinas de árboles frutales que se extendían tras ella y a pérdida de vista: parecía una muestra de bordado de una chica del siglo XVIII.

—Hasta tienen un granero —susurró Pallas.

No es que me hubiera criado en Los Ángeles: en mi infancia, había visto muchas granjas, pero nunca había visto un sitio que me relajara de aquella manera. El orden de las hileras de árboles y el verde oscuro de la exuberante hierba que crecía por debajo me aliviaban como si una mano me acariciara la frente.

Sebastian aparcó el coche junto a un Chevrolet gris que reconocimos como el de Nelson. Entonces se abrió la puerta mosquitera de la casa, Nelson salió al porche y saludó con la mano.

—Ve a decirle que nos has invitado —dijo Duke en voz baja, mirando al frente.

Negué con la cabeza.

—Ni lo sueñes.

—¿Nelson no nos ha invitado? —Pallas se levantó las gafas de sol.

—Nos ha invitado Emily —dijo Duke.

Habría estrangulado a Duke con la correa de mi bolso, pero en ese mismo momento Nelson se acercó al coche, sonriendo.

—¡Nos habéis encontrado! —exclamó—. Estas carreteras son bastante liosas.

—Me has dibujado un buen mapa. —Levanté el paquete. Las servilletas no pesaban nada. De repente, pensé que habría estado bien llevar también un regalo para Nelson y agradecerle así todo lo que había hecho por nosotros, pero tampoco habría sabido qué regalarle.

Sebastian extendió la mano y se presentó.

—Tú eres el tenista —dijo Nelson, sonriendo—. El otro Duke. Te he visto en los ensayos.

—Me parece que hemos venido a la fiesta sin invitación —dijo Sebastian.

Nelson se echó a reír.

—No hay fiesta o siempre hay fiesta, según se mire. A la gente que vive en estas granjas le encanta la compañía. Cuantos más invitados, mejor.

Pallas se acercó a Nelson y le besó la mejilla como si fueran los mejores amigos. Besó a nuestro director, que, vestido con una camiseta azul y pantalones vaqueros, no se parecía en nada a la persona que llevaba un mes diciéndonos dónde ponernos y cómo

hablar. No estaba segura de haber visto nunca a Nelson al aire libre.

Duke estaba dando una vuelta sobre sí mismo para contemplarlo todo, tal como yo había querido hacer a mi llegada a Traverse City, y, cuando se detuvo, miró a Nelson.

—Soy de Michigan —dijo a modo de explicación.

—Yo también —dijo Nelson.

—Pero no soy de este Michigan.

Nelson asintió.

—Esta es la granja de mi tío. En mi juventud trabajaba aquí los veranos. Venía en autobús al terminar el instituto y mis padres venían desde Grand Rapids al final de la temporada de cerezas para recogerme y llevarme a casa. Para mí, el quince de agosto era el día más triste del año.

—Seguro que sí —Duke contempló los cerezos.

—Pero se parece a Tom Lake —dijo Sebastian, con lo que quería decir que tampoco era como si viniéramos de una ciudad como Flint: cambiábamos una belleza por otra.

—No tengo más que elogios para Tom Lake —dijo Nelson—, pero no es como esto.

Eso era lo que Duke había querido decir. A pesar del esplendor de Tom Lake, aquello era de una magnitud superior. Nelson dio media vuelta y subió las escaleras de la casa.

***

—Alto —dice Emily, incorporándose sobre los codos—. ¿Estás diciendo que Duke vino a nuestra casa? ¿Qué tú lo trajiste?

—Entonces no era nuestra casa, pero sí, estuvo aquí.

—¿El día más feliz de tu vida fue aquel en que Duke vino a nuestra casa?

—¿Y si te callas y escuchas la historia? —sugiere Maisie.

—¿Por qué no me lo habías contado? —pregunta Emily.

—A lo mejor no te lo contó —dice Nell, eligiendo las palabras con prudencia— porque estabas enamorada de una estrella de cine y a mamá no le apetecía avivar el fuego.

—No estaba enamorada de Duke —corrige Emily—. Pensaba que era mi padre.

—Ah. Claro. Tu padre. Mil perdones. Cierto. Tu padre. Perdóname. —Maisie se tapa la cara con la toalla—: Sigue, por favor.

—¿Ninguna de vosotras cree que debería habérnoslo contado antes? —pregunta Emily, mirándonos a las tres con expresión de incredulidad.

—Empiezo a pensar que no debería habértelo contado ni siquiera ahora. —Me pregunto si el rojo de las mejillas de Emily se debe a que

se ha quemado con el sol o a la rabia.

—No puedo creer…

—¡Por favor! —grita Nell—. ¡Por favor! Mamá está a punto de entrar en nuestra casa por primera vez y es el día más feliz de su vida. ¿Podrías dejar que, durante dos minutos, la historia no vaya sobre ti?

—He dicho que fue el día más feliz del verano de 1988 —les recuerdo—. No es el día más feliz de mi vida ni por asomo.

—Lo único que digo es que creo que me habría ayudado saberlo —dice Emily.

Tapada por la toalla, Maisie niega con la cabeza.

—No te habría servido de nada.

***

La larga mesa de roble de la cocina estaba preparada para cuatro comensales, pero Maisie, la tía de Nelson, estaba sacando ya más mantelillos del cajón. Era una mujer alta, con el pelo corto y rizado, de grandes risas y pies igualmente grandes calzados con unas Keds azules.

—Es la primera vez que viene a comer una estrella de cine —declaró Maisie—. Tendréis que perdonarme si digo alguna tontería.

Y estaba mirándome precisamente a mí.

—¿Se refiere usted a mí?

—Serás una gran estrella —dijo Nelson— cuando se estrene tu película.

—Joe no para de decir lo buena que eres —dijo la tía Maisie—. Joe dice que eres la mejor actriz con la que ha trabajado, y ya sabes que ha trabajado con muchas actrices buenas. El jueves iremos a verte, ¡es la noche del estreno! ¡Y al tío Wallace! No puedo creer que vayamos a ver al tío Wallace.

—El tío Wallace es excepcional —dijo Duke.

Le tendí mi paquete y puso cara de sorpresa.

—No hacía falta que me trajeras nada —dijo Maisie.

Lo dejó en la mesa y desplegó las servilletas. Puso cara de verdadero placer. Se diría que hacía mucho tiempo que nadie le llevaba algo tan poco práctico y tan bonito. Deslizó los dedos por el calado.

—Oh, Lara, qué preciosidad —dijo, bajando la voz.

***

Maisie, mira, los botes blancos todavía están junto al fregadero, toda la fila, incluidos los de café y arroz. Rompí el de azúcar el año en que nos mudamos a la casa. Tenía las manos mojadas cuando lo cogí y se me

resbaló y cayó al suelo. Me quedé allí llorando y llorando hasta que Joe me dijo que solo era un bote y que no importaba. Pero eran tuyos. Se me ha olvidado ya lo pequeña que era la cocina antes de que tiráramos la pared de atrás; te habría encantado cómo está ahora. Puedo estar delante del fregadero, mirar a Joe, hacer la cena y hablar con las chicas. Hay mucho espacio. Cuando fui a la casa por primera vez, la cocina era muy pequeña y estábamos todos apretados. Qué guapos éramos todos, Maisie. ¿Te lo puedes creer? Mira qué jóvenes.

***

—Maisie, este es Peter Duke —dijo Joe haciendo las presentaciones—. Tiene el papel del periodista Webb en la obra. Y Pallas Clarke es la suplente de Lara. Pallas también está haciendo *Cabaret,* así que está muy ocupada. Y este es Sebastian Duke, el hermano de Peter.

—¿Qué papel interpretas? —preguntó Maisie a Sebastian, cogiéndole la mano.

—Hago de hermano —dijo Sebastian.

—Es increíble lo bien que lo hace —dijo Duke.

Maisie se echó a reír.

—Tienes que contármelo todo —dijo a Sebastian—. Nos sentaremos y podrás contarme lo que es ser el hermano de un hombre famoso.

Y Duke, que sabía que estaba destinado a ser un hombre famoso, sonrió.

Maisie envió a Joe al huerto a buscar a su tío, pero en cuanto se dio la vuelta para salir, su tío entró por la puerta de la cocina. El marido de Maisie se llamaba Ken: eran Ken y Maisie Nelson. Su sobrino era Joe. En la mesa había un ramo de dalias rosas y amarillas en un jarrón verde. Me preguntaba si habría suficiente comida para todos, pero Maisie sacó muchas cosas. A lo mejor devoramos también lo que tenían para cenar: pollo frito, galletas, judías con mantequilla, maíz de sus mazorcas y manzanas asadas. Comimos como niños, ávidos y despreocupados, y Maisie se comportaba como si nada en el mundo hubiera podido hacerla tan feliz.

—De pequeño, cuando me acostaba en la cama, imaginaba cómo podían ser las familias de los demás —dijo Duke una vez servida la tarta de cerezas, que, según declaró, era su favorita—. Me imaginaba las casas, los muebles, lo que comían y cómo se hablaban. Y siempre imaginaba algo como esto de aquí. —Se volvió hacia Joe—. Resulta que pasé toda la infancia imaginando a tu familia.

Joe sonrió.

—Estabas imaginando esta rama en concreto de mi familia.

—Yo también —dijo Pallas, dejando el tenedor—. Desde que he entrado por la puerta, he estado tratando de averiguar a qué me

recordaba todo esto, y es eso mismo. Aquí es donde quería vivir cuando era pequeña.

—Nos habría encantado tenerte —dijo Ken.

—Pero en mi fantasía, la familia era negra —añadió Pallas—. Si olvidamos ese detalle, el ambiente era similar.

Pallas y yo tratamos de ayudar con los platos después de la comida, pero Maisie nos echó.

—Dejad que Joe os enseñe todo esto, volved luego y ayudadnos a coger cerezas. Entonces os pondremos a trabajar.

La cocina era pequeña, así que nos fuimos; ese trabajo no era para nosotras. Maisie tenía un jardín detrás de la casa con zinnias, dalias, dedaleras y equináceas. Las abejas zumbaban con tanto alboroto que al principio pensamos que aquel ruido tenía que causarlo cualquier otra cosa.

—En mi imagen de una infancia perfecta no había abejas —dijo Pallas, y Sebastian la desplazó hacia el otro costado para interponerse entre ella y los insectos amenazadores.

Joe andaba delante de nosotros, señalando los árboles.

—Estos producen cerezas Montmorency.

—¿Son ácidas o dulces? —preguntó Pallas.

—Ácidas —contestó Joe—. Son cerezas para hacer pasteles y casi siempre se venden congeladas. La tarta de hoy era de cerezas congeladas del año pasado. Podéis llevaros, si queréis.

Pero no teníamos congelador para llevárnoslas congeladas ni horno para cocer pasteles.

—¿Y esos? —Pallas señaló un grupo de árboles muy distintos que había al otro lado del camino.

—Esos son ciruelos —contestó Joe, negando con la cabeza—. Los ciruelos son un desastre. Vamos a tener que quitarlos.

—¿Cómo pueden ser un desastre los ciruelos? —pregunté.

—La empresa Gerber dijo a los agricultores que quería más ciruelas para elaborar comida infantil, pero después de que se plantaran los árboles, crecieran y se recogieran las ciruelas, Gerber dijo que ya no quería ciruelas.

—¿Es que la gente no puede comérselas tal cual? —preguntó Pallas.

—Yo me las como, pero seguro que tú no. Nadie compra una bolsa de ciruelas Stanley en un puesto de fruta.

No tenía ni idea de que una Stanley era una ciruela ni de que algunas se utilizaban para preparar comida para bebés y otras se comían tal cual. Tampoco sabía que una Napoleón era una cereza. Lo que sabía es que los cuatro estábamos paseando por un campo con nuestro director y que, después del jueves, él vendría aquí para pasar el resto del verano poniendo orden en las finanzas de su familia. El espectáculo continuaría. Y él seguiría su camino.

—¿Desde cuándo tu familia es propietaria de esta finca? —preguntó Sebastian.

—Hace cinco generaciones que hay por aquí algún Nelson. O bien odian este sitio, como mi padre, o son como Ken y no pueden imaginarse haciendo ninguna otra cosa. Lo único que Ken quería en esta la vida era a Maisie y la granja.

—Entonces, ¿quién es el heredero? ¿Tienen hijos?

Joe se acercó, arrancó una hierba que crecía sola al pie de un árbol y la dejó caer en el camino.

—Esa es la cuestión. Su hija Alice vive en Phoenix. Alice está lejos, tiene marido e hijos. Están instalados allí, les gusta el calor. No creo que ni siquiera coman cerezas. Mi primo Kenny es guardabosques en la península superior de Michigan. Todos esperan que Kenny continúe con el legado familiar, pero nadie sabe seguro si lo va a hacer, ni siquiera él. Quizá no quede nada que heredar.

Pallas caminaba delante de nosotros con sus pantaloncitos amarillos. Se dio media vuelta y se puso a caminar hacia atrás.

—¿Están arruinados?

—Más o menos —contestó Joe—. Este negocio tiene márgenes de beneficio muy pequeños. Una mala cosecha anual y te arruinas. O la cosecha es muy buena, lo que significa que la de todos es muy buena, los precios caen y te arruinas también. Gerber te dice que plantes varias hectáreas de ciruelos y tú vas e inviertes todo tu capital en ciruelos…

—Y luego Gerber no quiere las ciruelas —completó Sebastian.

—Y te arruinas.

—Eso es deprimente —dije.

Sonó como si fuera una colegiala irascible, pero el día era demasiado hermoso para pensar que algo pudiera cambiar. Cinco generaciones de Nelson habían vivido en aquella granja. Seguro que la sexta generación también viviría aquí.

—La agricultura es deprimente —sentenció Joe—. Pero una vez que te entra el gusanillo, no es posible dejarla.

—La agricultura es el equivalente moderno del teatro —dijo Duke.

—¿No podrían vender parte de la tierra para pagar las deudas? —pregunté, como si fuera una idea muy original.

Joe se rio.

—Me alegro de que no se te ocurriera decirlo durante la comida. Maisie te habría devuelto las servilletas.

—Así que nadie vende tierras.

—La tierra se vende cuando la gente muere y los hijos se niegan a volver para hacerse cargo. Si no, te quedas con la tierra.

Duke me pasó el brazo por el hombro.

—«Como bien sabe usted —dijo con un tono alegre y, al mismo

tiempo, conspirador—, van a vender el huerto de los cerezos por culpa de sus deudas. La subasta está fijada para el veintidós de agosto, pero no se preocupe, querida, duerma en paz, hay una solución. Este es mi plan. Por favor, escúcheme.»[4]

Entonces, Joe Nelson, que caminaba a mi otro lado, deslizó un brazo alrededor de mi cintura. ¡El brazo del director alrededor de mi cintura! Entre él y Duke solo estaba yo.

—«Su finca está a veinte verstas de la ciudad —prosiguió Duke—. Por ella pasa el ferrocarril. Ahora bien, si el huerto de los cerezos y la tierra a lo largo del río se dividieran en parcelas edificables y se alquilaran las casitas en verano, ingresaría como mínimo veinticinco mil rublos al año.»

Pallas se partía de risa.

—Me estáis tomando el pelo ¿Dónde os habéis criado?

—Sé muy bien por qué conozco *El huerto de los cerezos* —dijo Joe a Duke—. Pero ¿cómo es que tú te sabes de memoria la obra?

Que conste que ninguno de los dos me había quitado el brazo de encima.

—Me gusta Chéjov —contestó Duke—. A todos los chicos de East Detroit les gusta Chéjov.

—Es verdad —dijo Sebastian.

—Y yo siempre quise interpretar a Lopajin.

Lopajin era el hijo rico de un campesino que quería instalarse en la finca de cerezos de Liubov Andréievna y entrar en su familia para legitimar el dinero nuevo uniéndose a la rancia aristocracia. Joe negó con la cabeza y me soltó para dar un paso atrás y mirar a Duke.

—Eres demasiado guapo para hacer de Lopajin.

Duke no estuvo de acuerdo.

—Todo está en la interpretación —replicó.

De repente, me pregunté si la tarde había sido como una larga audición. Me pregunté si Joe se llevaría a Duke con él en otoño para hacer una obra más importante.

Delante de nosotros, revoloteaban pequeñas mariposas naranja y una de ellas se me posó en la muñeca.

—Eso significa que se avecinan grandes cambios —dijo Pallas. Levanté el brazo y la mariposa no se movió. Entonces había muchas más mariposas, muchas abejas.

—¿Qué hay ahí arriba? —preguntó Sebastian, mirando con atención la colina que teníamos delante.

Desde donde estábamos apenas podíamos distinguir la bonita valla de hierro. Joe no contestó, sino que se limitó a caminar en esa dirección y nosotros seguimos sus pasos, tal como habíamos hecho todo el verano.

Era la primera vez que veía la granja, que veía la casa de los

Nelson, que llamaba a Joe por su nombre. Fue la primera vez que vi el cementerio y su sombra benévola. La colina, la brisa y la sombra siempre hacían que pareciera diez grados más fresco que el resto.

—Los Whiting viven al norte —dijo Joe, señalando una granja situada a más de un kilómetro de distancia—. Y al otro lado están los Holzapfel. Y aquí están todos los Nelson. —Abrió las manos para abarcar a las anteriores generaciones de su familia.

—Ni siquiera tienes que irte cuando te mueres —dijo Duke. Tal vez era parte de la vida que había imaginado de niño: la eterna permanencia.

Contemplamos el estanque y las hileras e hileras de árboles. Miramos la casa y el jardín, que, desde donde estábamos, parecía una mancha de color.

—¿Qué es esa otra casita? —preguntó Pallas.

—Es otra vivienda. Los trabajadores se quedan allí algunas veces. Yo vivo allí.

—Una casa adicional —dijo Pallas con asombro, porque ninguno de nosotros era capaz de imaginar siquiera lo que sería tener una sola casa.

—Es muy pequeña —dijo Joe, como si tuviera que disculparse por algo.

Duke se echó sobre una de las tumbas y cerró los ojos.

—¿Molesto? —preguntó.

No sabía si hablaba a Joe o a los residentes.

—Haz lo que quieras.

—Me gustaría volver aquí. ¿Podría? ¿Tienen alguna vacante?

—Creo que tendrías que casarte con una Nelson —dijo Joe—. Pero Alice es demasiado mayor para ti.

—Tu prima está casada —dijo Duke—. Y no quiere irse de Phoenix. No quisiera romper su matrimonio y terminar viviendo en Phoenix.

Agitó el paquete de cigarrillos para sacar uno y se lo puso entre los labios.

—¡Eh! —Sebastian le dio un golpe a su hermano con el pie. Sebastian llevaba siempre zapatillas de lona, lo propio de un tenista—. Levántate.

Duke negó con la cabeza y sacó un encendedor del bolsillo.

—Me gusta estar aquí.

—PD —dijo Sebastian. No hablaba con severidad, pero entendimos que lo decía en serio. Duke se levantó y se puso el cigarrillo en la oreja. Pallas le quitó con la mano algunas agujas de pino de la espalda.

—Tengo que enseñaros otra cosa —dijo Joe—. Luego podéis quedaros toda la tarde, si queréis, pero yo tendré que irme a trabajar.

Lo seguimos colina abajo, Duke salió el último y cerró la portezuela

de la verja.

—Increíble, ¿verdad? —susurró, inclinándose hacia mí.

—Precioso —dije, como tantas otras veces aquel día.

Regresamos por un camino diferente, rodeando un campo de manzanos y otro más pequeño de perales; Joe nos iba diciendo el nombre de cada variedad, cuáles eran para comer, cuáles tenían usos industriales y qué árboles ya no eran productivos y había que arrancarlos. Esa era otra cosa que tenía intención de hacer si tenía tiempo. Regresamos al camino principal que bordeaba el bosque y, cuando llegó a una brecha entre los árboles que solo él había visto, entró.

Nos adentramos en el oscuro bosque.

—¡Mirad esto! —gritó Pallas, con la cabeza inclinada hacia atrás para ver el punto donde las hojas cortaban los rayos del sol y estos se dividían en finos haces de luces.

—Sigue adelante —dijo Joe.

Dejó atrás los abetos, los pinos blancos y los robles rojos que nunca habían talado ni quemado, las rocas gigantes vestidas con jerséis de musgo. Olía a cerezo, a musgo y a agua; entonces el bosque se abrió inesperadamente y llegamos a una playa de la Grand Traverse Bay del lago Michigan. Nos había llevado al fin del mundo.

***

—¿Cuánto me he perdido? —pregunta Joe, sentándose a mi lado en la toalla.

Lleva vaqueros, la camisa de trabajo de algodón a cuadros y unas botas con puntera de acero. Tiene el mismo pelo y la misma sonrisa. La espalda recta, los ojos azules siguen brillando tras las gafas. De todas las cosas que han cambiado en esta vida, Joe es lo que menos ha cambiado.

Nell se levanta para sentarse junto a su padre y lo rodea con sus delgados brazos.

—Acabas de ser liberado de tu capa de invisibilidad y resulta que eres el protagonista.

Joe niega con la cabeza.

—Créeme, llevo la capa de invisibilidad durante mucho tiempo en esta historia.

Reconozco que he ido despacio.

—¿Os ha contado que a nuestra primera cita trajo a su novio, al hermano de su novio y a la chica del hermano de su novio?

—En ningún momento planteaste la invitación como una cita.

—Eso era porque salías con Duke. Me limitaba a tantear el terreno para saber si tenía una oportunidad.

—Demasiado sutil —digo.

—Estaba jugando a largo plazo —contesta.

Nell, acurrucada bajo el brazo de su padre, lo mira.

—Estabas enamorado de ella, ¿verdad?

Nunca le he planteado esa pregunta.

Joe no miente, ni siquiera cuando la mentira podría considerarse inofensiva y educada. Veo cómo escarba en su memoria. ¿Me quería ya? Ha pasado mucho tiempo.

—Me gusta la idea, pero me parece que no. No creo que pudiera haber estado enamorado de una persona que estaba tan claramente enamorada de otro. Eso sería autodestructivo, y no era ese mi estilo.

—Yo no estaba enamorada de Duke —digo.

Joe hace un sonido ridículo, un estallido de risa e incredulidad.

Nell mantiene la atención en su padre mientras hace un esfuerzo por suavizar el golpe.

—Así que no estabas exactamente enamorado de ella, pero te gustaba mucho y pensabas que era una actriz maravillosa.

—Tu madre era la mejor actriz que había dirigido —contesta Joe—. Si hubiera decidido que eso era lo que quería hacer con su vida, habría sido brillante.

—Si hubiera, si quisiera, si pudiera —digo, recostándome en la arena, aunque es cierto que su opinión me emociona.

—Nadie era mejor que ella —insiste Joe.

—Bueno, en realidad, había alguien mejor —digo yo.

—Esa era tu opinión —contesta Joe.

Abro un ojo y lo miro sin pestañear. Uso mis increíbles poderes telepáticos para decirle que se calle, cosa que hace.

Nell apoya la barbilla en las rodillas.

—Lo que no entiendo… —empieza a decir.

—Aquí viene —dice Joe.

—Lo que no entiendo —repite Nell, mirando a su padre— es cómo una persona puede crecer en Michigan, amar el teatro, convertirse en un director famoso y luego abandonarlo todo para volver a casa y cultivar cerezas.

—Yo también me lo he preguntado —dice Maisie. Rasca la barriga de la perra con ambas manos y Hazel estira las cuatro patas todo lo que puede.

—Es un alivio que hablen de ti, para variar —digo.

—En primer lugar, tú creciste en una granja de cerezas en Michigan y quieres ser actriz —dice Joe a Nell.

—¿Qué otra opción tenía? Nos leías a Chéjov a la hora de dormir —contesta—. A las niñas Nelson no les leían *Los hipopótamos hacen una fiesta.*

—En segundo lugar —prosigue Joe, haciendo caso omiso—, los

cerezos tienen correas invisibles. Justo cuando crees que eres libre, empiezan a tirar de ti.

—Emily heredó la correa de los cerezos, pero yo no —reflexiona Nell.

Emily asiente.

—Gracias.

—¿Hay más sándwiches?

Maisie rebusca en la bolsa y le tiende uno. Todos nosotros tenemos debilidad por el queso y la mostaza.

—He tenido dos vidas —dice Joe, desenvolviendo la comida—. Quizá más de dos. Conseguí hacer todo lo que quise. ¿Quién puede decir lo mismo?

Levanto la mano.

—¿Y qué pasó con Duke? —pregunta Emily.

La miramos. Siempre volvemos los cuatro la cabeza a la vez para mirarla.

—Ya sabes lo que le pasó a Duke —contesto.

—No me refiero a lo que le pasó en la vida, sino a lo que le pasó ese día, ese verano.

—A Duke le gustó la finca más que a nadie —dice Joe, contento de volver al tema, contento de pensar en alguien que no sea él mismo, contento de tener un sándwich—. Quiero decir que le gustó este sitio más que a cualquier persona que lo haya visitado jamás. Duke habría dejado de actuar para recoger cerezas, al menos ese día lo habría hecho. Si Ken le hubiera ofrecido un trabajo, lo habría aceptado. Lo recuerdo corriendo por la playa como un niño. Iba como loco. Fue la primera vez que lo vi hacer el pino.

—¿De verdad? —pregunto. Hacía el pino con frecuencia sobre la silla de nuestra habitación.

—¿Pero cuándo cambiaron las cosas? ¿El día en que lo trajiste al huerto de cerezos? —me pregunta Emily—. ¿El día más feliz de tu vida?

—Vamos a olvidar eso del día más feliz de mi vida —insisto—. Os empeñáis en no entender lo que digo.

Veo que Emily está irritada y que hace un esfuerzo por controlarse. Hemos tenido un buen día hasta ahora, un poco de calma, y queremos que siga así.

—Llegaste a la granja con Duke, Sebastian y Pallas y te fuiste con papá. Algo tuvo que pasar.

Joe me mira como si se le hubiera escapado algún dato crucial.

—Llegué con Duke y me fui con Duke. No me fui con tu padre.

—Vale, puede que aquel día no, pero al final sí. Estuviste con Duke y luego estuviste con papá.

Niego con la cabeza. La capacidad de una niña para malinterpretar

las cosas no tiene límites, incluso cuando ha dejado de ser ya una niña.

—No dejé a Duke por tu padre. Tu padre y yo no estuvimos nunca juntos en Tom Lake.

Ahora Maisie también nos mira con recelo.

—Pero os conocisteis en Tom Lake.

—Nos conocimos en Tom Lake y no nos enamoramos, y luego nos volvimos a encontrar, mucho tiempo después, y sí nos enamoramos — les dice Joe. Y luego me mira—: Creo que necesito un abogado.

Porque ahora sentimos que ya no estamos Lara, Joe, Maisie y Nell a un lado y Emily al otro, sino que están Lara y Joe en un bando y en el otro, Emily, Maisie y Nell. El jurado no nos cree.

—Os enamorasteis en Tom Lake —declara Nell con total seguridad —. Eso siempre ha sido así.

—¡Eso nunca fue así! —contesto—. Quizá fue la historia que os contasteis vosotras, pero no fue la historia que os contamos nosotros.

Les había dicho que había salido con Duke en Tom Lake. Y les había contado que su padre y yo nos conocimos en Tom Lake. De lo que me doy cuenta en este momento, y Joe se da cuenta también, es de que tal vez nunca les explicamos nada más. O quizá los niños tienden a imaginar que la vida de sus padres empieza cuando ellos nacen y pintan el resto con lápices de colores y del modo que les da la gana.

—Vosotras cuatro podéis resolver el asunto como queráis, yo me voy a nadar.

Joe se quita las botas, la camisa y los vaqueros. Él también ha pasado por casa y se ha puesto el bañador antes de venir a la playa, demostrando, de una vez por todas, que estas chicas son sus hijas.

---

[4] Citas extraídas de *El huerto de los cerezos,* de Antón Chéjov, trad. Juan López-Morillas, Alianza Editorial, 2015.

13

Duke estaba en alguna parte. Le estarían recogiendo el pelo o habría salido a releer sus obsesivos cuadernos sobre el señor Webb, a fumar un último cigarrillo y hacer el pino. Decía que eso le despejaba la cabeza antes de actuar, y yo no lo dudaba. Todos los actores se habían caracterizado ya y agitaban los brazos o hacían ejercicios de voz. Solo el tío Wallace y yo aguardábamos inmóviles. Si bien no exactamente juntos, estábamos muy cerca el uno del otro, esperando para empezar.

—Todavía me da miedo —murmuró el tío Wallace.

Miraba al frente y hablaba en voz tan baja que apenas lo oí. De todos modos, creo que no se dirigía a mí. Los bastidores estaban a oscuras y las luces de la sala, encendidas. Desde donde estábamos, veíamos cómo la gente se arremolinaba, buscando sus asientos. Parecían gallinas. Era como si un camión hubiera dado marcha atrás hasta la puerta del teatro y hubiera vaciado cuatrocientas gallinas en la sala. Picoteaban y cloqueaban sin rumbo, encontraban un sitio para posarse y luego cambiaban de opinión y se iban en busca de otro. *Nuestro pueblo* empieza de modo informal: cuando el público entra en el teatro, el telón está levantado y el poco decorado que se utiliza en la obra está ya en su sitio; el tío Wallace no tardaría en salir a esperar que las gallinas se posaran, aunque el mero hecho de que estuviera allí, la muy querida estrella de televisión de otra época, frenaba el proceso de modo notable.

—Eres el director de escena —susurré—, igual que yo soy Emily.

Se inclinó, me cogió una mano con la suya, grande y cálida, y no dijimos nada más. Ese será siempre mi recuerdo de Albert Long: los dos cogidos de la mano en la oscuridad hasta que le llegó la hora de irse.

No me asustaba nada de lo que implicaba salir al escenario a hacer de Emily, pero interpretar a May en *Locos de amor* me daba escalofríos en el sentido más literal: cada vez que pronunciaba la primera frase, que no era más que una única palabra, «¡No!», toda la sangre se me iba al corazón en un reflejo de supervivencia. El corazón necesitaba sangre para sobrevivir, por lo que sentía un frío tremendo. También podía llamarse «miedo» a lo que experimentaba. Me habían contado que la última Emily —la que había desertado y me había dejado su sitio— había tenido que hacer una audición para cada uno de los dos

papeles. Su May, según contaban, era una mujer ardiente. Pallas también había hecho dos pruebas como sustituta para ambos papeles, y no me cabía duda de que también había sido ardiente. Pero a mí no me habían pedido que pasara una prueba, sino que tapara dos agujeros en el programa de verano. «¡Mira qué buena es!», dijeron los directivos cuando vinieron a los primeros ensayos de *Nuestro pueblo,* sin darse cuenta de que había una diferencia entre una Emily de primera y una actriz de primera.

Habíamos empezado los ensayos de *Locos de amor* la semana anterior al estreno de *Nuestro pueblo,* y ahora podía hacerme una idea de lo que Pallas me había contado. Durante el día interpretaba a una mujer adulta, herida, lúcida y temerosa, y tres noches por semana volvía a ser Emily. El resultado era brutal, y no solo porque los personajes fueran tan diferentes, sino porque mi capacidad también era distinta. No estoy segura de que Duke entendiera del todo lo mal que lo pasaba. Duke era Eddie de pies a cabeza, sabía echar el lazo y caminaba como si acabara de bajarse de un caballo. Irradiaba talento e intensidad por todas partes, pero eso no conseguía que yo actuara mejor. El director, un entusiasta de Sam Shepard llamado Cody, veía mis fallos con suficiente claridad, al igual que los otros dos actores de la obra, pero aún era muy pronto. Todo el mundo me consideraba una actriz con talento, así que tal vez solo me estaba costando un poco cambiar de registro. Sin embargo, yo no tenía otro registro. Ripley me había dicho que no tomara clases de interpretación, pero también me había dado un papel en una película en la que en esencia volvía a ser Emily, y un papel en una comedia de televisión en la que también era Emily. Incluso anunciando Dr Pepper Diet era Emily, porque era lo único que sabía hacer. Tenía el alcance de una tortuga: era excelente, siempre y cuando nadie pretendiera que me moviera. Con todo, una de las mejores cosas de interpretar a Emily era que, al menos durante la representación y quizá durante una hora o dos antes y después, solo pensaba en ella. Después del estreno, Joe volvió a Traverse City de modo definitivo, y Gene, su asistente de dirección, pasó a ocuparse de nosotros, pero todos sabíamos lo que teníamos que hacer. Éramos caballos bien entrenados: la puerta de salida estaba abierta y corríamos la carrera.

Día tras día, veía las dificultades del tío Wallace, aunque el público nunca lo habría advertido ni, probablemente, el resto del reparto. No olvidaba nunca una frase, aunque a menudo se colocaba mal en escena y el técnico de iluminación tenía que esforzarse en iluminarlo bien. La voz era buena, quizá le faltaba algo de la energía habitual, pero como todos estábamos llenos de energía, no importaba. La noche del desastre lo vi apretar y relajar los dientes, como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica. Incluso miré el suelo para ver si

estaba pisando algo. En el segundo acto, justo antes de que Emily se casara con George, cuando Duke y yo estábamos teniendo nuestro momento —Duke me abrazaba con demasiada fuerza y me ponía una mano en el culo ahí donde el público no la veía—, me volvió a parecer que el tío Wallace estaba a punto de echarse a gritar.

Intenté dar con él en el segundo intermedio, pero no lo encontré. Se había metido entre bastidores y había desaparecido. No podía preguntarle a Duke porque entre actos seguía metido en su personaje. Me habría contestado como si fuera el señor Webb y lo habría matado, así que no me tomé la molestia. Deseé que Joe estuviera allí porque tenía la sensación de que, si iba a hablar con Gene, estaría delatando al tío Wallace, como si lo acusara de hacer mal su trabajo, cosa que no era cierta. Si Joe hubiera estado allí podría haberle dicho que estaba preocupada, eso es todo, solo preocupada, y él habría buscado al tío Wallace y habría encontrado alguna forma de tranquilizarlo. Joe estaba con sus tíos. Seguro que ya habrían terminado de cenar, habrían lavado los platos y los habrían recogido.

Cuando nos llamaron a los actores, el tío Wallace reapareció tan misteriosamente como se había ido. Tenía mejor aspecto, más sonrosado. Me acerqué a él, pero levantó la mano y apartó la mirada, como diciéndome: «Aquí no», confirmándome que sabía que lo había visto. Asentí y di un paso atrás. Estaba aguantando el tipo y tenía que dejarlo tranquilo. El tío Wallace era todo un profesional.

El tercer acto de *Nuestro pueblo* tiene lugar tras la muerte de Emily. Ha muerto al dar a luz a su segundo hijo, aunque no se sabe si el bebé también ha muerto ni si su suegro, el doctor Gibbs, ha sido el médico que la ha atendido. Los muertos del pueblo de Grover's Corners se sientan en hileras rectas al otro lado del escenario, y, cuando Emily se unió a ellos, no pude dejar de evocar la imagen del cementerio de la finca de los Nelson: la sombra, la brisa y las lápidas con los nombres casi borrados. Duke había tenido razón: aquel sitio desprendía una paz que hacía que uno quisiera quedarse. Nunca antes había pensado en un cementerio de esa manera, y eso me ayudó para la escena. Me senté junto a la señora Gibbs y las dos miramos fijamente hacia delante, aunque en ese momento la estaba recordando saliendo del lago para ponerse la ropa interior.

Lo bueno de tener el guion entero tatuado en las células es que puedes interpretar tu papel al margen de las circunstancias. El tío Wallace y yo pasamos por el tercer acto igual que siempre. Pero cuando me llevó de vuelta a la cocina de mi madre para que contemplara la ceguera con la que se comportaban los vivos, no se apartó como estaba previsto. De hecho, se apoyó en mí como si fuera una muleta. Era un hombre grande, y yo soy pequeña, pero aguanté su peso mientras su sudor frío empapaba el hombro de mi vestido.

Ambos dijimos nuestras frases tan perfectamente como siempre, o tal vez mejor, porque cuando nos volvimos para regresar al cementerio, al otro lado del escenario, pensábamos en la muerte.

¿Por qué lo hicimos? ¿Por qué no pasamos por delante de la fila de sillas y seguimos andando? En una sala de cuatrocientas butacas con las entradas agotadas, seguro que había un pequeño porcentaje de médicos entre el público. Pero seguimos adelante y nos detuvimos frente a mi silla vacía. Miré a la mujer que interpretaba a la señora Soames y, moviendo los labios, le dije que se fuera. Se levantó y se sentó en una silla del fondo. Pasara lo que pasara a continuación, ahora todos los actores se habían dado cuenta de que algo raro sucedía. El público no, estaba demasiado lejos, aunque todos los actores del escenario estaban ya en el ajo. Ayudé al tío Wallace a sentarse y él me rodeó con el brazo. No era así como debía representarse la obra, pero la gente me dijo más tarde que fue muy emocionante ver al director de escena sentado entre nosotros, diciendo sus últimas frases. Y las dijo, hasta la última palabra, a pesar de que lo recorría la corriente eléctrica que yo había visto antes. No me moví, ninguno de nosotros se movió. Nos concentramos en escuchar lo que decía, como si la intensidad de nuestra atención lo sostuviera. El tío Wallace hablaba de las estrellas y de cómo la Tierra se esforzaba muchísimo en seguir adelante y por ello tenía que descansar periódicamente. En toda mi vida jamás había oído hablar a nadie con tanta belleza, y estaba segura de que nunca volvería a oír nada parecido. Apenas se bajó el telón, el tío Wallace cayó sobre mi regazo con una interminable hemorragia. La sangre le brotaba de la boca y se acumulaba en la tela de mi vestido de novia blanco, extendiéndose, empapándome. No tenía ni idea de cómo un hombre podía perder tanta sangre y seguir vivo. Hice lo que pude para sostenerle la cabeza mientras los demás corrían en busca de un médico. Llamaron a una ambulancia, pero el hospital estaba a quince minutos. El tío Wallace y yo permanecimos sentados en las dos sillas con dos médicos delante. Uno le tomaba el pulso y el otro le hacía preguntas, sobre todo para sentirse útiles. El tío Wallace era capaz de describir su nivel de dolor entre una arcada y otra. Se agarraba a mí con las dos manos ensangrentadas. Cuando llegó la ambulancia dije que quería ir con él. El director de escena —es decir, Pete, el verdadero director de escena de la obra— dijo que no, los médicos dijeron que no, el personal de la ambulancia dijo que no, así que el tío Wallace terminó por soltarme y se lo llevaron. Todo el reparto seguía en el escenario, además de los tramoyistas. Cat, la encargada del vestuario, temblaba cuando fue al camerino para ayudarme a desvestirme. Echó agua oxigenada en el vestido. Tenía varias botellas y al final consiguió quitar la mancha, aunque esta lo cubría casi por

completo y no parecía posible limpiarla.

Más tarde me alabaron por lo bien que había manejado la situación, pero yo solo conseguía recordarla con vergüenza. Lo vi hundirse y dejé que se hundiera. Dijo su papel, yo el mío y no hice nada para salvarlo.

—¿Cómo crees que podrías haberlo salvado? —me preguntó Duke aquella noche en la cama.

Me había pasado veinte minutos en la ducha, con el agua tan caliente como podía soportar. Incluso después de quitarme el traje, tenía sangre por todas partes. Lavé el sujetador y las bragas con jabón.

—Podría haberlo sacado del escenario y haberlo llevado al hospital.

—¿Y cuánto tiempo habría ganado con eso? ¿Veinte minutos?

Las luces estaban apagadas y la luna se reflejaba en el lago. La luz de la luna cubría las sábanas blancas y limpias de nuestra cama. La víspera había hecho, por fin, la colada.

—No ha vomitado sangre por estar veinte minutos más en el escenario cuando no se sentía bien: vomitaba sangre porque ha sido un borracho impenitente toda su vida adulta —añadió Duke.

Negué con la cabeza, reacia a renunciar a mi responsabilidad.

—Debería haber hecho que parara, no debería haber seguido.

—No debería haber seguido, en eso tienes razón, pero ha sido decisión suya. Ni con una grúa lo habrías podido sacar del escenario.

—No vayas por ahí —dije en voz baja.

—No diré nada en contra del tío Wallace —dijo, besándome la frente—. Nada en absoluto. Aunque te ha dado una lección que deberías aprender: no puedes salvar a quienes no quieren salvarse.

Y pensar en esa cruda realidad, por la razón que fuera, hizo que terminara por echarme a llorar.

Al día siguiente, en el ensayo, actué fatal, pero nadie dijo nada. Pensaron que estaba rígida y vacilante porque la noche anterior el tío Wallace me había vomitado sangre encima, no porque había estado todo el tiempo rígida y vacilante. *Locos de amor* solo tiene cuatro personajes y, en realidad, son solo dos: May y Eddie. Duke y yo. Pallas era otra vez mi suplente y un tipo llamado Nico era sustituto para los tres papeles masculinos. Yo quería ir a nadar a la hora de comer. Quería quedarme bajo el agua el mayor tiempo posible. Cody, el director, vino con nosotros y deseé haberme puesto el bañador de una pieza. Nadaba detrás de mí, hablándome de las otras Mays que había visto a lo largo de los años y de cómo habían interpretado el papel. Las imitó en algunas frases para que yo tuviera ejemplos claros de cómo quería que sonara. Quería aprender, deseaba con desesperación ser mejor, pero solo podía pensar en lo buen director que había sido Joe. Cuando terminamos de nadar y volvimos al teatro, Cody anunció que suspendía el ensayo de aquel día.

—Vete —dijo Cody—. Así no vamos a ningún lado.

Me quedé de piedra, fue vergonzoso y, con todo, me sentí agradecida.

Pallas me dio las llaves de su Honda y volví a mi habitación para cambiarme. Pallas no podía acompañarme porque aquella noche le tocaba actuar en *Cabaret,* y, aunque habría estado bien que Duke se hubiera ofrecido a acompañarme, ambos sabíamos que el tío Wallace no tenía especial interés en verlo.

***

—Lo que nos lleva al tema de Lee —dice Nell durante la cena.

—Espera, ¿quién es ese Lee? —pregunta Maisie.

Joe asiente con aire solemne.

—Eso mismo, ¿quién es Lee?

—¿El suplente? —Emily se sirve judías verdes en el plato—. ¿El ricachón?

—El suplente sin talento ni preparación —aclara Nell—. Es como uno de esos asesinos locos escondidos en el sótano: llevo todo este tiempo esperando a que vuelva a aparecer.

—¿Hablas en serio? —pregunta Maisie—. ¿El pobre tío Wallace está en el hospital después de desangrarse sobre nuestra madre y tú estás pensando en el suplente?

—Daba mucho que pensar —dice Joe.

—¡Basta! —protesta Emily—. Por lo que sabemos, el tío Wallace está muerto.

Joe y yo negamos con la cabeza a la vez.

—¿Qué le había pasado? —pregunta Maisie.

—Varices esofágicas —contesto—. Se le rompió la vena que recorre el fondo del esófago, algo muy desagradable.

—¿Cómo lo arreglan? —pregunta Maisie, y sé que antes de que se vaya a dormir esta noche estará buscando datos sobre las varices esofágicas para ver si los perros, los cerdos o los conejos pueden padecerlas.

—Te meten por la garganta una cosa llamada tubo de Blakemore que tiene un globo en el extremo. —Me callo—. Dejémoslo, mejor no dar más detalles.

Emily deja el tenedor.

—No quiero ser insensible —dice Nell—. Sabes lo contenta que estoy de que el tío Wallace saliera adelante.

—Solo aguantó hasta el otoño. —Solo decirlo me corta el aliento. ¡Fue hace tantos años! Querido, estúpido, intratable tío Wallace.

—También tenía cirrosis —dice Joe—. No dejó de beber.

—¿Le metieron un globo en el esófago y siguió bebiendo? —

pregunta Emily.

Joe y yo asentimos mientras las chicas mueven la cabeza con un gesto de tristeza.

—¿Esa fue su última actuación? —pregunta Nell—. ¿Esa noche contigo?

Es curioso que nunca sepamos esas cosas: el tío Wallace no subió al escenario pensando que sería su última noche. Cuando llegó mi última noche, yo tampoco sabía que sería la última vez que hacía de Emily, la última vez que me bañaba en el lago.

—Supongo que sí, dado como estaba. Al salir del hospital se fue a su casa, regresó a Chicago.

—Nell tiene razón —dice Emily—. Háblanos de Lee. Puedes seguir con el tío Wallace más tarde, pero necesito cambiar de tema para cenar.

Joe suspira y junta las yemas de los dedos de ambas manos.

—Hablar del tío Wallace desangrándose en el escenario te echará a perder la cena, pero hablar de Lee me la estropeará a mí.

Me mira y me encojo de hombros. Yo he hablado más que nadie; si Joe se ve obligado a recordar a Lee, que así sea.

—Vale —dice Joe—. En primer lugar, aquel no era mi problema. Yo había conseguido que la obra se estrenara y esa era mi obligación contractual. Lee era asunto de Gene.

—¿Qué fue de Gene? —pregunto.

—Se dedicó a la televisión infantil —dice Joe—. Lo último que supe es que había llegado a *Barrio Sésamo.* Gene era un tipo con talento, pero eso no significaba que fuera capaz de manejar un problema como el que suponía Lee. Gene fue a buscar a Lee en cuanto se alejó la ambulancia. Todavía estaban limpiando el escenario cuando Lee estaba ya en su casa. Debían de ser las once de la noche cuando Gene llegó a casa de Lee y llamó a la puerta.

—La única persona de la compañía que abandonó el teatro fue el suplente —dice Nell.

—Esa es una mala señal —comenta Maisie.

Su padre asiente.

—Gene no deja de llamar a la puerta. Eso es lo que me gustaba de Gene: parecía muy blando de carácter, aunque era tenaz. Llevaba allí unos quince minutos cuando por fin se encendió una luz en el piso superior.

—Dime que no envió a su mujer a abrir la puerta —digo. No he oído nunca esta parte de la historia.

—Envió a su mujer a abrir la puerta.

Las chicas gimen al unísono.

—Abre la puerta quince centímetros, le dice a Gene que es tarde y que Lee se ha ido a la cama. Está muy cansado después de la

actuación.

—¡Pero si no había actuado! —exclama Nell. Me temo que también se le va a enfriar la cena.

—Gene le dice que haga el favor de despertarlo, que es importante, que hay un hombre muy enfermo. Ella quiere saber si está muerto, y cuando Gene dice: «No, señora…». —Joe me mira de nuevo—. ¿Cómo se llamaba de apellido?

No me acuerdo. Lo he borrado de mi memoria. Joe asiente.

—La señora dice que, si el tío Wallace no está muerto, Gene vuelva a la mañana siguiente después de las diez. Gene le contesta que Lee puede abrir la puerta a las diez si quiere, pero que él no se marcha de allí.

—Supongo que la escena… —Emily hace una pausa, buscando la palabra correcta— tuvo una dinámica peculiar.

—Hombre negro, mujer blanca, casa enorme y plena noche —resume Joe—. Sí, una dinámica peculiar. De hecho, me atrevería a decir que fue esa dinámica lo que hizo que Gene se dedicara luego a dirigir muñecos. Pero, en ese momento, aparece el mismísimo Lee con las gafas puestas y completamente vestido y le pregunta a su mujer quién ha ido a verlos tan tarde. «Oh, Gene, Dios mío, no sabía que eras tú», así que hacen toda esa comedia.

Maisie aparta el plato.

—Lee manda a su mujer a la cama, sale al porche y cierra la puerta. Gene le dice que tendrá que hacer el papel de director de escena dos días más tarde. Entonces Lee le pregunta si el tío Wallace ha muerto. Cuando Gene dice que no, Lee se relaja por completo. Le da una palmada en el hombro a Gene. «Seguro que sale adelante. Puede que no lo parezca, pero créeme, conozco a este tío desde hace mucho tiempo. Siempre sale adelante. Si tiene que venir andando desde el hospital, lo hará. No se perderá ni una función.»

Doy una palmada en la mesa.

—¡Pues se las perdió! —Lo digo como la persona sobre la que sangró, la que fue a verlo al hospital.

Joe asiente de nuevo, un prodigio de contención.

—Discuten una y otra vez lo mismo: Gene explica y Lee se muestra reticente hasta que, por fin, Gene, que tiene la sensación de haber sido ya lo bastante claro, lo dice de modo explícito: la compañía no permitirá que Albert Long regrese y, en calidad de suplente, Lee interpretará su papel el jueves por la noche.

Entonces, de repente, me acuerdo. Joe me contó esta historia hace eones. Lo recuerdo todo.

—¡Y ahora viene lo mejor!

—Lee se lo queda mirando y al final dice: «Preferiría no hacerlo». Luego entra y cierra la puerta de su casa.

—¡Igual que Bartleby! —exclama Nell—. Hace lo mismo que Bartleby.

Sus hermanas, mujeres inteligentes ambas, la miran sin comprender nada.

—Es lo que decía el protagonista de *Bartleby, el escribiente* —explica Nell—. De Herman Melville, buscadlo.

—¿Cómo recuerdas estas cosas? —pregunta Emily a su hermana.

—Podéis estar seguras de que Lee lo dijo sin darse cuenta.

—¿Y qué pasó? —Nell apenas es capaz de quedarse quieta en la silla—. ¿Quién hizo el papel?

—Tu padre —contesto yo, radiante.

—¿Hiciste el papel de director de escena? —Emily se muestra incrédula. Todas lo están. Sin duda, Joe era la opción obvia, aunque si les hubiéramos hecho adivinar la respuesta no habrían dado con ella en toda la noche.

—Gene vino en coche a la mañana siguiente. Dijo que tenía que hacerlo yo, lo que significaba ir y volver a Tom Lake tres veces por semana durante el resto de las representaciones. Me habría gustado darle un puñetazo al pobre Gene, pero no era culpa suya.

—¿Por qué tú? —pregunta Maisie.

—Me sabía el papel.

—¿Te sabías todo el papel? —Nell está enamorada de su padre, su verdadero padre, el que ha salvado la obra.

Joe se rasca la nuca con fuerza, igual que Hazel se habría rascado la cabeza con la pata.

—Lo había hecho en la universidad y luego un verano en las afueras de Chicago.

—¿Querías ser actor? —pregunta Emily.

—Solo lo quise unos diez minutos —dice él.

—Espera —Nell me mira—. Saliste con George, luego con el periodista Webb y después te casaste con el director de escena.

—Nunca lo había visto así. —Miro a mi marido y sonrío—. Me casé con el director de escena.

***

El hospital era pequeño y alegre como ya no son ahora los hospitales: ladrillo rojo, geranios rojos. Pregunté cuál era el número de habitación de Albert Long y la mujer del mostrador de información me lo dijo encantada. Encontré al tío Wallace acostado y profundamente dormido, con un casco de fútbol americano azul y amarillo de la Universidad de Michigan en la cabeza: no era una camiseta, sino un casco. Un tubo rojo y gordo le salía de la boca y estaba atado al protector facial. ¿Había sido un tumor cerebral lo que le había hecho

sangrar? ¿Habían metido el contenido de su cráneo en un casco de fútbol para guardarlo? Me acerqué de puntillas al borde de la cama para ver si de veras era él.

—Es inquietante —dijo la mujer que estaba en la cama de al lado —, pero te sorprendería lo rápido que te acostumbras.

De hecho, era tan inquietante que no me había fijado en la segunda ocupante de la habitación, una rubia elegantemente vestida que sostenía un ejemplar abierto de *Architectural Digest.* La cama en la que estaba sentada tenía la zona de la espalda levantada como si fuera una tumbona.

—¡Hola! —dijo la mujer en un susurro teatral, y luego sonrió.

Llevaba los labios pintados. Me resultaba tan familiar que me pregunté si sería actriz. Tenemos la habilidad de reconocernos.

—¿Cómo está? —susurré, no muy segura de querer saberlo.

En la cama del hospital, el tío Wallace parecía un hombre menudo con un casco de los Wolverines. Parecía viejo.

—No lo sé —dijo ella—. Por aquí nadie es capaz de ir mucho más allá de que no está muerto. —El pitido constante del monitor cardíaco lo confirmaba.

—¿Por qué lleva ese casco?

Asintió con la cabeza como diciendo: «Ah, eso».

—Según tengo entendido, el tubo que le sale de la boca está conectado a un globo que tiene dentro y que impide que le sangre el esófago. Tienen que atar el tubo rojo a la máscara del casco para mantenerlo todo en su sitio.

Asentí y le puse la mano en la muñeca. No me gustaba pensar en tubos ni hasta dónde iban. A nadie le gusta.

—¿Estuviste anoche en la obra? —preguntó. Volví a asentir—. Resulta que uno de los médicos de este hospital estaba entre el público y me ha dicho que todo fue un desastre. Pobre Albert. Soy Elyse, por cierto. —Saludó brevemente con la mano—. La segunda esposa.

¿El tío Wallace tenía una esposa, dos esposas?

—No sabía que estaba casado —dije.

Me examinó entonces con un aire tan serio como inesperado.

—¿Vosotros dos…? ¿Cuántos años tienes? ¿Catorce?

Levanté las manos.

—¡No, no! Hago de Emily en la obra. Trabajamos juntos, eso es todo.

Cerró la revista y luego, por un momento, cerró los ojos.

—Perdona, no siempre toma las mejores decisiones. —Me miró de nuevo—. Lo que no quiere decir que tú no hubieras sido una elección encantadora. Es solo que…

—Entiendo —dije. No lo entendía, pero estaba cansada.

—Ahora está casado con una mujer joven, más joven que yo,

aunque ni de lejos tan joven como tú.

—¿Va a venir?

La segunda y tercera esposas reunidas en una habitación de hospital sería algo digno de verse. Y, por lo que yo sabía, la primera también iba a venir.

—Albert y su tercera mujer están en proceso de separación, imagino que por eso me puso como su contacto personal. O tal vez Tom Lake no actualiza los formularios de registro. En cualquier caso, me han llamado y aquí estoy.

—¿Cree que su otra mujer está al corriente?

Se encogió de hombros como queriendo decir que ese no era su problema, lo cual era cierto.

—Tengo intención de sacarlo de aquí lo antes posible, llevarlo a Chicago e ingresarlo en un hospital de verdad. No quiero faltar al respeto a este hospital de juguete, pero creo que necesita algo más avanzado que un casco de fútbol.

—Muy amable por su parte.

Lo único que sabía sobre el divorcio era lo que había visto en las películas o leído en las novelas. No recordaba ningún caso en el que la segunda exmujer interviniera para hacerse cargo de su exmarido al salir del hospital.

Elyse se dio media vuelta para observar la respiración trabajosa del tío Wallace.

—Tenemos hijos —explicó—. Ahora están en la veintena, pero siguen siendo como niños, ¿sabes? Lo adoran. Crecieron viéndolo representar al tío Wallace. Creen que es un padre fantástico porque hacía ese papel en la televisión.

¿Por qué creía que tenía que contármelo? ¿Por qué creía que tenía que contarme cosas de su exmarido? ¿Porque habíamos pasado seis semanas juntos, diciendo las mismas palabras día tras día? Sabía lo ingenua que me hacía parecer que todo me sorprendiera. El tío Wallace no tenía hijos. Tenía a los huérfanos de su hermana, y el director de escena…, bueno, el director de escena no tenía a nadie porque, en esencia, era Dios. Le pregunté si podía hacer algo para ayudar.

—Tal vez podrías recoger las cosas de su habitación, sería útil.

—Claro, por supuesto.

Estiró las piernas y bostezó. Debía de haber conducido toda la noche.

—Le diré que has venido cuando se despierte. Le diré que la dulce chica de la obra ha venido a verlo. ¿Cómo has dicho que te llamas?

Le dije que era Emily.

***

—¿Cuándo murió? —pregunta Emily con voz tierna. Si le hubiéramos contado esta historia antes, Emily habría sido capaz de creer que el tío Wallace era su padre.

Miro a Joe.

—¿En otoño? ¿O en invierno, quizá? No me acuerdo.

Maisie saca el móvil y teclea su nombre.

—El 28 de julio de 1988 —dice. Lee los nombres de las tres esposas, los dos hijos, sus principales papeles—. «El actor será recordado como el querido tío Wallace. La segunda esposa fue Elyse Adler. Interpretó a su novia en la serie en dos temporadas.»

Miré la pequeña foto del móvil.

—Dios mío.

Nell y Emily se inclinan para ver su bonita cara.

—Así que murió solo un par de semanas después de que fuera a visitarlo. —Aquel verano pasaron muchas cosas y, con tanto lío, me había olvidado de él—. ¿Qué edad tenía?

Maisie se toma un momento para desplazarse por el texto y se detiene a admirar a las otras dos esposas.

—Nacido el 20 de enero de 1931, fallecido el 28 de julio de 1988. Cincuenta y seis años.

—¿Qué?

Levanta la pantalla para mostrármelo. Ahí está. No aparece ninguna foto de sus hijos, solo de los jóvenes actores que hacían de huérfanos, a los que sostiene en brazos.

—Tenía la edad que tengo yo ahora —reflexiono.

Emily niega con la cabeza.

—Tienes cincuenta y siete años.

14

Tengo cincuenta y siete años. Tengo veinticuatro años. Después de cenar, las chicas salen con Hazel, algunas mantas y seis cervezas. Planean sentarse en el campo, lejos de sus amigos, y ver *El hombre prometido* hasta que la luz de las luciérnagas se extinga. La película es motivo de júbilo, no porque sea alegre —de hecho, la recuerdo como una película desgarradora—, sino porque las actividades no relacionadas con el trabajo ahora son escasas y esporádicas. Benny se sumará al grupo. En esta noche sin viento, los Ott han colgado una sábana grande entre dos árboles y la han tensado. Tienen un proyector de vídeo. Nos llaman para preguntarnos si Joe y yo queremos ir, pero rechazo la invitación: no tienen ni idea de que en casa ya estamos viviendo nuestra propia versión del festival dedicado a Peter Duke.

—¿Esa película? —pregunta Joe. Cuando las chicas se han ido, apila los platos en el fregadero.

—No me gusta ni pensar en ella.

Abro la puerta de atrás y sacudo los manteles individuales, limpio la mesa.

—Sin embargo, es buena. Sin duda, la mejor de Duke.

Mi marido lleva la camisa arremangada y el agua caliente le empaña las gafas. Es tan fácil olvidar lo que Joe es capaz de hacer, tan fácil recordarlo.

—¿Lo has lamentado alguna vez? —pregunto.

Se ríe.

—Ahora podríamos estar viviendo en Los Ángeles —contesta.

—Podrías ir ya por tu tercera mujer.

—Ven a secar —dice, y me tiende un trapo.

No es que no lo entienda: es justo lo que las chicas me han estado preguntando: «¿Te arrepientes? ¿Te gustaría?». Pero Joe era mejor que yo. A veces me pregunto hasta dónde habría llegado si hubiera seguido adelante.

—Eras muy bueno.

Niega con la cabeza.

—Eres muy bueno —dice, corrigiéndome—. Eso es lo que se supone que tienes que decir.

—Eras y eres, ambas cosas son ciertas.

—Estás viviendo demasiado tiempo en el pasado.

Me da una bandeja de pírex chorreante.

—Entonces dime cómo puedo salir de esto.

Niega con la cabeza.

—No tienes más alternativa que seguir para salir adelante.

—Hacías muy bien el papel de director de escena.

—Yo no era el tío Wallace.

—Eras diferente, nada más. Eras tu propio personaje.

Es cierto que para mí no habría otro director de escena —el tío Wallace se llevó el papel consigo—, pero Joe poseía un optimismo y una salud radiantes que ninguna sombra gris bajo los ojos podía atenuar. Nadie piensa que el director de escena pueda interpretarlo un hombre joven, pero ¿por qué no habría de hacerlo? Dios puede ser cualquier cosa.

—Estabas cachas.

—Y tú… —Se da la vuelta y me mira con un plato mojado en las manos.

Empiezo a guardar los vasos. Espero a que termine de pensar, pero no dice nada.

—¿Qué era yo?

—Eras Emily. Podría haberte observado toda la vida sin entender cómo lo hacías. Resultabas creíble cada minuto que estabas en el escenario. Todos te creían.

Me pongo de puntillas para besarlo y me devuelve el beso.

—Estuvimos juntos en esa obra. Si lo piensas, parece un milagro.

—Y esos viajes de ida y vuelta tres veces por semana… —Joe me quita el trapo y se seca las manos—. Habría querido matar al tío Wallace por beber y habría querido matar a Lee por ser como era.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunto—. Quiero decir, sé que Gene se apoyaba en ti y todo el mundo estaba en un aprieto, pero vivíamos en una población llena de actores. No puedes decirme que nadie en Tom Lake había hecho el papel de director de escena. Alguien podría haberlo interpretado. Podrías haber hecho el papel una vez y dejárselo a Gene después.

—Ese era el plan.

—¿Cuál era el plan?

—Le dije a Gene que lo haría una vez, dos como mucho. Le dije que le daría ese tiempo para encontrar a alguien para el papel y luego me iría.

Ken y Maisie necesitaban ayuda en todo: las cuentas, los árboles, los impuestos, la casa, todo reclamaba la atención de Joe. Ahora lo entiendo de una forma que nunca habría podido comprender el verano en que los conocí. Joe era una balsa salvavidas que iba a rescatarlos. No le sobraban cinco minutos, mucho menos tres actuaciones semanales.

—¿Y por qué cambiaste de opinión?

Mi marido aguantó. ¿Cuántas representaciones hubo entre el momento en que el tío Wallace abandonó la obra y el momento en que la dejé yo? ¿Cuánto tiempo estuvimos Joe y yo juntos en la obra? ¿Una semana? No llegó a dos semanas.

—¿Fue por mí?

—Me gustaba estar en el escenario contigo —dice Joe.

—¿Te gustaba estar en el escenario conmigo pero no estabas enamorado de mí?

Cierra los ojos, sonriendo.

—Era joven. No recuerdo si lo estaba.

—¡Estabas enamorado de mí!

Se encoge de hombros.

—A lo mejor sí —dice.

***

El alojamiento del tío Wallace resultó ser una casita situada detrás de las viviendas de los actores, un bungaló que parecía salido de un cuento de hadas y que estaba destinado a albergar a las estrellas de la televisión. No lo había visto antes, pero mi habitación daba al lago. Si Duke se acostaba conmigo para mejorar su alojamiento, habría sido mejor opción el tío Wallace. La casita tenía una chimenea en el salón, un cómodo sofá de cretona y un televisor. ¿Quién iba a decir que existían tales desigualdades en el mundo? Encima de la chimenea colgaba el cuadro de un galgo de perfil. Tenía una bañera, una cocinita y una pequeña terraza de piedra rodeada de amapolas rojas. Duke no había mostrado el menor interés en ir al hospital, si bien estaba impaciente por entrar en la casita.

La puerta no estaba cerrada con llave porque en Tom Lake nada se cerraba con llave. Aquello estaba tan ordenado que lo primero que pensé fue que la dirección ya debía de haber enviado a alguien a ocuparse de los objetos personales. Pero al cabo de unos minutos empecé a verlos: un ejemplar de *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva* en la mesilla de noche, un reloj de pulsera al lado. En la obra, el tío Wallace llevaba un reloj de bolsillo. El neceser de cuero negro estaba en el lavabo del baño. Duke hurgó en el contenido con un dedo y sacó dos frasquitos interesantes.

—Devuélvelos —dije—. Podría necesitarlos.

—Puede que los necesite yo.

Duke se dejó caer de espaldas en la cama, con los brazos extendidos y un frasco naranja de pastillas en cada mano.

—El tío Wallace está ahora en la tierra de las pastillas sin límite.

Abrí el cajón de la cómoda y ahí estaban la ropa interior y los

calcetines.

—Ven aquí.

Duke hizo sonar los frasquitos como si fueran pequeñas maracas.

Me acerqué a la cama y me arrodillé para mirar debajo, donde encontré dos maletas vacías.

—¿Desde cuándo no eres divertida? —preguntó Duke, levantando su hermosa cabeza.

Por alguna razón, me lo tomé como si hablara en serio. ¿No había sido nada divertida desde que el tío Wallace me había vomitado litros de sangre en el regazo? No, espera, era antes. ¿Desde que me di cuenta de que no tenía talento para interpretar a May, pero iba a interpretarla de todos modos? ¿Desde que me di cuenta de que pronto sería demasiado vieja para interpretar a Emily, el único papel que se me daba bien?

—Pero bueno, ¿estás llorando?

Duke dejó los frascos de pastillas y se sentó para cogerme la mano. Negué con la cabeza. Me atrajo para sentarme en su regazo y me besó.

—Mira, bichillo —dijo—, vamos a hacer lo siguiente: primero, vamos a fumar un cigarrillo. ¡Ah! No me mires así. No va a volver, así que no se va a enterar, por no mencionar el hecho de que el tío Wallace fumaba de vez en cuando. Escúchame bien. Vamos a fumar un cigarrillo y luego vamos a guardarlo todo en las maletas. Visto lo visto, no tardaremos más de cuatro minutos. Una vez que tengamos sus cosas en las maletas, vamos a dar un uso a esta cama como el que no ha tenido nunca. ¿De acuerdo?

Me abrazó y luego me besó. Me hizo saltar sobre sus rodillas.

—No. Es. Mucho.

Encendió dos cigarrillos y me dio uno, y, cuando los terminamos, se levantó para ejecutar el plan previsto. Abrió la primera maleta y metió el libro y el despertador de la mesilla, aunque a mí me pareció que pertenecía a Tom Lake. Envolvió el reloj de pulsera en varios clínex y lo metió en el bolsillo lateral del neceser con tanto cuidado que pensé que compensaba así el haberse quedado con las pastillas. Abrí el armario y saqué los dos trajes, las camisas de vestir, los pantalones informales. Encontré un montón de billetes de veinte en la mesilla de noche y los metí en el bolsillo del traje. Encontré su pijama. Juraría que era el mismo pijama que había llevado en la televisión, o, al menos, del mismo estilo, a rayas azules y blancas. Tenía puesto ese pijama cuando los huérfanos le llevaron el desayuno a la cama el Día del Padre y cuando la niña lo despertó en plena noche, llorando, tras haber soñado con su difunta madre. «Ven», le dijo, levantó las mantas y se apartó para hacerle un hueco en la cama.

Seguí con los cajones de la cómoda y Duke fue a la cocina. No se me habría ocurrido mirar ahí. Entonces lo oí soltar un silbido largo y

bajo.

—¿Qué?

El congelador estaba lleno de vodka, orgullosos soldados rusos, hombro con hombro, junto a la cubitera de hielo. Me acerqué a su lado para ver. El aire frío era agradable.

—Ahí está el problema —constaté.

Duke se asomó al interior.

—Siempre pensé que era un hombre de ginebra.

—Creo que lo es, y por eso el vodka sigue aquí.

Duke sacó una botella abierta y desenroscó el tapón para echar un trago. Cerró los ojos y se estremeció.

—Por el tío Wallace —dijo—. *Za lyubov.*

Levantó la botella helada en señal de saludo y me la entregó. El día era caluroso y me la puse en la frente antes de llevármela a los labios.

Este puede ser un momento tan bueno como cualquier otro para hablar del alcohol.

Aquel verano, Duke no se distinguía especialmente por su afición a la bebida. Todos bebíamos para pasar el rato cuando no estábamos en el escenario, y, aunque él sería el primero en reconocer que bebía más que la mayoría (aunque menos que el tío Wallace), no corría peligro inminente de que se le rompiera algo en el esófago.

Pero *Locos de amor* inclinó la balanza. *Locos de amor* podría haberse llamado también *Locos por el tequila,* ya que la botella es el elemento central de gran parte de la acción. Eddie tiene una botella que empieza la obra llena y termina vacía. Eddie bebe mucho; May es abstemia, aunque bebe un poquito, y los otros dos personajes, el Viejo y Martin, beben algo. Duke creía que, si las indicaciones escénicas decían que el personaje bebía tequila, entonces su misión, como actor, era beber tequila.

A mí la bebida me sentaba fatal.

—Eso es porque no practicas —decía Duke—. ¡Mira lo bien que fumas ahora!

Todo el mundo fumaba en los ensayos. Eran las diez y yo estaba a mitad del tercer cigarrillo.

—Eddie tiene un problema —comentó Duke a Cody en el ensayo—. May tiene un problema. El Viejo tiene un problema, pero también tiene una botella propia.

El Viejo bebía whisky, aunque tomaba un traguito de tequila de vez en cuando.

—¿Y yo qué? —preguntó el actor que hacía de Martin—. ¿Tengo un problema?

El tipo que hacía de Martin era un chippewa de Sault Sainte Marie llamado Homer. Se estaba partiendo de risa.

—Tienes que encontrar tu propia historia.

Duke le dio la botella que había comprado para el ensayo.

Cody se quedó perplejo. Tomaba las directrices escénicas de Sam Shepard como si fueran el Credo de Nicea y escuchaba las locuras de Duke sin entender que un grupo de actores pudiera funcionar con tanto alcohol.

—¿También quieres beber en los ensayos? —preguntó.

—Ensayar significa prepararse para interpretar un papel —afirmó Duke—. Nadie se bebe la primera botella de tequila la noche del estreno y espera sobrevivir. Eso es lo que le he dicho a May: hay que trabajar hasta conseguirlo.

Yo quería que la obra funcionara. Habría hecho cualquier cosa para interpretar bien el papel, para ser tan buena como Duke. Incluso quería complacer a Cody, a quien no soportaba. Pero no quería beber tequila a primera hora de la mañana.

Cody, mordisqueando la punta de un lápiz, estaba intrigado.

—Se trata de hacerlo verosímil.

—No es cuestión de verosimilitud. —Lo miré con la esperanza de que se comportara como el adulto del grupo, tal como habría hecho Joe—. La verosimilitud es la apariencia de que algo es real. Verosimilitud es poner agua del grifo en una botella de tequila vacía.

El problema de ser la única mujer en una obra en la que los otros tres personajes eran hombres, el dramaturgo era un hombre y el director también era un hombre, era que, dijera lo que dijera, sonaba quejica, femenina.

—En la obra sale una botella, no hay una para Eddie y otra para May —dije—. Si bebes hasta ponerte ciego, nos condenas a los demás a hacer lo mismo.

Homer se encogió de hombros, y el Viejo, interpretado con gran autoridad por un exyonqui llamado Sal, dijo que estaba de acuerdo. El maestro de utilería debería traerle una botella de whisky, de preferencia, Jim Beam.

—Supongo que no nos matará intentarlo —dijo Cody.

Aunque acabábamos de empezar los ensayos, Cody ya me odiaba.

Duke dio una palmada en la mesa.

—¡Así se habla!

Miré a Pallas, que estaba sentada en un rincón, tomando notas en el guion.

—Ayuda —rogué en voz muy baja cuando Pallas levantó los ojos.

Negó con la cabeza. «Es lo que hay», me dijo con el movimiento de los labios.

La aparición de Jose Cuervo en los ensayos matinales hizo que interpretara el papel todavía peor, si tal cosa era posible. En lugar de devolverlo y tirarlo, jugueteaba con el vaso y apretaba los labios. Por mucho que intentara relajarme, no dejaba de parecer que fingía,

porque en realidad estaba fingiendo. Pensaba en que por la noche tendría que actuar en *Nuestro pueblo* y nadie quería ver a una Emily borracha.

Los hombres, sin embargo, eran otra historia. El alcohol mejoró la actuación de los tres de manera radical. Florecieron. Se iluminaron. Se enfurecían cuando había que enfurecerse y luego se replegaban en silencios hoscos. Duke, que siempre había actuado bien, ahora estaba brutal. Parecía más alto, más suelto, más fuerte. Era peligrosamente real. Echaba el lazo a los postes de la cama, uno por uno. Me tiraba al suelo y me cubría con su cuerpo. Podía sentir su erección presionándome la pierna a través de los vaqueros. Yo estaba muy lejos de todo aquello.

—Intenta beber —me decía cuando yo soltaba un grito de frustración.

Y lo intenté. Bebí una fracción de lo que bebían los hombres, y vacilé y me olvidé de lo que tenía que decir. El tequila Cuervo no tenía esos tristes gusanitos enroscados en el fondo de la botella, pero pensaba en ellos cada vez que inclinaba la botella hacia atrás, con la bilis subiéndome por la garganta.

Gané una sola batalla en esa guerra y puede que fuera la que nos salvó a todos. Las instrucciones hablan de una botella de tequila, si bien no indican de qué tamaño es. Duke juraba que era de tres cuartos de litro y yo insistía en que tenía que ser una botella más pequeña.

Cody, por una vez, se puso de mi lado.

—Creo que tiene sentido buscar una botella pequeña.

Duke discutió un poco y luego lo dejó estar. La botella pequeña era de un tercio de litro y ya era difícil beberla entera, aunque Duke no quisiera reconocerlo. Yo no me bebía mi parte y a él le tocaba apechugar con el resto. Le gustara o no, la botella tenía que estar vacía al final de la representación.

—Beber es un músculo —le gustaba decir a Duke—. Y tienes que mantener ese músculo en forma.

Tenía infinidad de teorías sobre cómo evitar la resaca, aunque la mayoría se reducían a la ingesta de varios litros de agua y tres aspirinas preventivas que insistía en masticar para obtener mejores resultados. Después de sus ardientes ensayos, se daba un largo baño y se reponía para la representación nocturna de *Nuestro pueblo.* Siempre iba con él al lago para asegurarme de que no se ahogaba, aunque no tenía ni idea de lo que podría haber hecho, llegado el caso. El bañador nunca se me secaba del todo. Cuando me lo ponía, aún estaba húmedo del día anterior.

No tenía ni idea de cómo Duke se las arreglaba para beber tanto y ser tan buen actor. Estaba desesperada por actuar bien, pero solo conseguía parecer desesperada.

***

Cuando terminamos de fregar los platos, Joe dice que va a ver cómo están las cabras y a ocuparse de algunas cosas más en el establo. Dice que solo tardará un minuto y yo le contesto que de acuerdo. Da las buenas noches de mi parte a las cabras, le digo. Cuando ha pasado un buen rato, cojo una linterna de la cesta que hay junto a la puerta y me dirijo hacia la granja de los Ott.

La luz de la luna platea las hojas de los cerezos, que tienen las ramas dobladas bajo el peso de los frutos. Me sugieren la imagen de unas vacas que necesitan que las ordeñen. Tomo un atajo que cruza el huerto con la sensación de que no debería estar haciendo esto. ¿Pero qué es lo que no debería estar haciendo? ¿Ir a ver una película? A Joe no le importará. Joe habría venido conmigo si se lo hubiera pedido, y las chicas me harán con gusto un hueco en su manta. Aunque quiero tener un pensamiento, una actividad, un recuerdo que todavía no haya compartido con nadie. Quiero ver un poco de la película yo sola.

Al pie de la colina, paso junto a los perales, esos perales complejos y difíciles de querer. Los Ott tienen cinco hijos, y, cuando eran pequeñas, cada una de mis hijas tenía un Ott de edad similar con el que jugar: idas y venidas a dormir, hogueras y encuentros para hacer los deberes, pero, al final, los nudosos perales interferían en todo. Una a una, nuestras hijas fueron distanciándose de los Ott. Les encantaban en verano, pero a medida que los días se hacían más cortos y fríos, empezaban a cancelar los planes en el último momento, y en invierno no querían saber nada de los Ott fuera del colegio. Podría haber sospechado que algo andaba mal en casa de nuestros vecinos si no fuera porque el desencanto estacional funcionaba en ambas direcciones: las jóvenes Nelson no visitaban a los jóvenes Ott, y los jóvenes Ott no venían a ver a las jóvenes Nelson cuando empezaba a hacer frío. Un día recogí a dos de las chicas Ott del colegio y las llevé a casa con nosotras. No recuerdo bien cuál fue el motivo concreto, si bien no era una situación rara: todos recogíamos a los hijos de los demás y los demás recogían a los nuestros. A lo mejor Patsy Ott había llevado a su hijo mayor a que le ajustaran los correctores dentales, o puede que dos de nuestras hijas trabajaran juntas en un proyecto de ciencias, pero cuando llegó la hora de volver a su casa se echaron a llorar. No podían dejar de sollozar.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Os acompaño.

No querían que las acompañara ni que las consolara. Por fin, Maisie, que debía de tener nueve años, me hizo una señal para que la siguiera al baño. Cerró la puerta en silencio y se sentó en la tapa del retrete, levantando las rodillas para encogerse.

—Llévalas en coche —susurró.

—¿Aquí al lado?
Me miró con sus enormes ojos verdes, a punto de llorar.
—¿Por qué? ¿Qué hay ahí fuera?
Algún tipo de juramento habían hecho, nunca acabé de entender esa parte. Lo peligroso era infinitamente más peligroso si se decía en voz alta, pero Maisie estaba en un aprieto y quería salvar a sus amigas.
—Los perales —declaró.
—¿Qué pasa con los perales?
Cerró los ojos y negó con la cabeza con desesperación.
—No podemos cruzarlos y no hay otra forma de llegar.
Era cierto, no tenían permiso para caminar por la carretera.
En verano los perales estaban bien. En verano, todo lo horrible de un peral queda oculto por las hojas y las peras. Pero una vez se despojaban de esos disfraces, se convertían en varias hectáreas de psicópatas asesinos envalentonados por la oscuridad. Cruzar de noche el huerto de perales desnudos era como enfrentarse a la muerte. Las ramas sobresalían con oscuros cuchillos: ladrones de niños, infanticidas. Resulta que no solo las niñas Nelson y los Ott creían eso de los perales; casi todos los que crecieron en las fincas del condado de Grand Traverse les tuvieron miedo y luego se olvidaron o, peor aún, lo recordaban y les parecía gracioso. Reuní a las niñas, las suyas y las nuestras, y les anuncié que nos íbamos al Dairy Bar a tomar helados. Faltaba una semana para que el Dairy Bar cerrara por fin de temporada, así que teníamos que tomar todos los helados que pudiéramos, aunque eso nos quitara el apetito para la cena. Cuando todas estuvimos bien llenas y pringosas, llevé a las niñas Ott a su casa con la dignidad intacta.
—Son los perales —le susurré a su madre cuando me iba.
Vi que el recuerdo cruzaba el rostro de Patsy Ott: los perales.
Maisie anunció sus planes de dormir entre nosotros dos esa noche, segura de que los árboles subirían por la colina y estrellarían sus horribles ramas contra la ventana de su habitación con intención de llevársela. Pero en cuanto apagamos las luces, se levantó corriendo.
—¡Se llevarán a Nell! —gritó.
Joe, que había llegado tarde a la historia, la abrazó.
—Si te buscan a ti, no se llevarán a Nell.
—Papá, son árboles —contestó con un jadeo—. No pueden distinguirnos.
Así que Joe se levantó y trajo a su hermana, profundamente dormida. Hicimos un hueco en la cama para nuestras dos hijas pequeñas. No pensamos en Emily porque tenía una habitación propia y seguro que los perales sabían que no debían meterse con ella. Mientras camino entre los árboles, me viene a la memoria la imagen

de los cuatro en la cama y lo deprisa que nos quedamos dormidos.

Cuando llego a la cima de la colina, veo a Duke, una cara enorme que se eleva a lo lejos como una luna. Al otro lado del campo de los Ott, los granjeros, sus familias y los trabajadores temporeros están sentados, separados unos de otros, una familia sobre una manta, tal vez dos docenas de mantas dispersas en total, y la luz de Duke se vierte sobre ellos. Estoy demasiado lejos para oír lo que dice, pero distingo la triste cadencia de su voz, que se funde con la banda sonora y se mezcla con la sierra nocturna de los grillos. Es una estrella de cine, un actor. Es muchísimo más que la persona que conocí y, al mismo tiempo, es también esa persona.

No recuerdo bien en qué parte de la película estamos. Duke contempla un paisaje yermo. Le dice algo a la mujer que está a su lado sin mirarla; esta tiene el pelo largo y rizado y se le mete en los ojos. Vi *El hombre prometido* hace diez años, cuando se estrenó, y no quise volver a verla. No recuerdo el nombre del personaje, pero todo lo que el espectador necesita saber sobre el problema en el que se encuentra está ahí, en su rostro. Quiere a su mujer, a sus dos preciosas hijas, de eso estoy segura. Su familia no sabe que ha perdido el trabajo. Ignora que bebe. Ha cometido algunos errores y ha robado para encubrirlos. La acción de la película transcurre en el breve espacio de tiempo entre que la gente para la que trabaja descubre lo que ha hecho y su familia se entera. Duke intenta que su familia viva unos días perfectos antes de que todo se vaya a la mierda, o tal vez intenta mantenerse en estado de negación tanto tiempo como sea posible. No puedo soportar ver lo asustado que está, ni siquiera de lejos. Duke siempre había tenido esa magia: a pesar de su belleza y de su encanto, era capaz de dejar ver al público lo pequeño que era, lo aterrorizado, lo profundamente enamorado que estaba.

Cuando las niñas eran pequeñas, no teníamos nunca tiempo para ir al cine o bien no teníamos al alcance el tipo de películas que justifican una canguro. El concepto de noche para salir en pareja aún no había llegado al norte de Michigan, así que las pocas películas que veíamos en el cine eran de dibujos animados con perros cantantes. Cuando se estrenó la película de Duke, Emily estaba en el apogeo de sus ideas sobre la identidad de su progenitor, tan fervientes como erróneas, e insistió en verla. Como era una película para adultos, le dijimos que no. Todas las mañanas, Emily dejaba en la mesa de la cocina una crítica que había impreso y subrayado para que yo supiera que no solo era la mejor película de Duke, sino que era una película culturalmente importante. Para entonces, Duke ya había dejado atrás los papeles en series policíacas y familiares. Era un actor serio, y aquella era la película que cortaría para siempre los lazos con la carrera anterior que todos habíamos disfrutado tanto.

Le dije a Emily que no tenía permiso para ir a verla.

—¿Cómo puedes decirme que no la vea si ni siquiera sabes de qué va?

—Por eso mismo existe un sistema de clasificación, ya que los padres no tienen tiempo de ver todas las películas.

—No pido permiso para ver todas las películas, sino solo esta.

Insistió una y otra vez. Me preguntaba si eso era lo que sentían los padres que intentaban proteger a sus hijas de Elvis. Duke estaba en todas partes: su foto aparecía en el periódico; su voz, en la radio; sus reposiciones, en televisión; sus películas, en el cine. No sé por qué intenté oponerme: quizá debería haberla llevado al cine y haber comprado dos entradas. En realidad, no tenía claro si quería evitar que viera una película para adultos, si quería impedir que viera otra película de Duke o si solo quería negarle algo que deseaba porque Emily me torturaba cada minuto del día.

—Vayamos a verla y averigüemos si puede ir Emily —terminó por proponer Joe un día cuando estábamos en la cama—. No nos hará daño ir al cine.

—¿A ver precisamente esa película?

Joe me abrazó.

—Hemos visto *Los robinsones de los mares del sur* setecientas veces y no nos hemos muerto. Al menos, esta se supone que es buena.

Así que fuimos a Suttons Bay un martes a mediodía, cuando las niñas estaban en el colegio. Cuando tienes una granja puedes permitirte esos horarios y, en cualquier caso, estábamos en invierno. El mayor peligro era que cayera medio metro de nieve mientras estábamos en el cine y enterrara el coche. Nunca pensamos que la película pudiera afectarnos. Empezaron a caerme las lágrimas a mitad de la película y no dejé de llorar hasta el final. Joe me dio su pañuelo en la oscuridad, pero luego me lo quitó. Nos quedamos durante todos los créditos y la canción final intentando recomponernos antes de salir al sol cegador del invierno.

—No me lo esperaba —dijo Joe, sosteniendo el montón de delgadas servilletas de papel que había cogido del puesto de comida. Me dio la mitad y me limpié los ojos.

—¿Es tan triste porque conocemos a Duke, o a cualquiera le habría destrozado?

—Por las dos cosas —contestó Joe.

De pie frente al Bay Theater, con el viento azotando el lago, tuve la sensación de que había visto el final de Duke, su vergüenza y su fracaso, su dejarse ir.

Pero, por supuesto, no era eso en absoluto. Era una película, una actuación increíblemente convincente en una película. Duke estaba muy lejos de su final. Era un actor en la cima de su carrera, y el hecho

de que pudiera hacerme creer todo eso, cuando yo sabía que no era así, solo demostraba lo bueno que era. Por ese papel ganó el Óscar. Viola Davis abrió el sobre y dijo su nombre. Duke subió las escaleras de dos en dos y la abrazó, le susurró algo al oído que la hizo reír y luego se volvió hacia el público, sosteniendo la estatuilla dorada sobre la cabeza.

—¡Sebastian! —gritó.

Ahora lo recuerdo.

Nunca le dijimos a Emily que habíamos visto la película y nos atuvimos a nuestra respuesta original: según la clasificación, los menores de diecisiete años solo podían verla si iban acompañados de un adulto responsable. Así que cuando consiguió convencer a los Holzapfel para que los llevaran, a ella y a Benny, diciéndoles que tenía nuestro permiso, nos lo ocultó mucho tiempo. Todos cargamos solos con el dolor desgarrador de aquella actuación.

Corren tiempos difíciles en Michigan, como en todas partes. Los Ott han tenido la maravillosa idea de organizar una actividad en la que podemos hacer algo todos juntos que no sea recoger cerezas, pero podrían haber proyectado en su lugar *El rey de las palomitas.* Entiendo que *El hombre prometido* es mejor película, aunque también lo es *Taxi Driver,* también lo es *El cazador.* Y eso no significa que estemos en la disposición anímica apropiada para verlas.

La mujer que aparece en la proyección sobre la sábana ha vendido *crack* a Duke. Este ha perdido el trabajo, pero sigue teniendo a su familia. Es alcohólico, pero sigue teniendo a su familia y ellos lo quieren. Meterían la mano en el más profundo de los agujeros y tirarían con todas sus fuerzas para sacarlo, pero él no pide ayuda y, en cambio, acude a esa mujer. Y cuando está de vuelta en su coche nos damos cuenta de que las cosas están mucho peor de lo que habíamos entendido. Tiene una pipa y la enciende, y, cuando la llama se extingue, vemos cómo le afecta la droga, cómo se le va el color de la cara, cómo le gotean la nariz y los ojos, y luego la expresión de alivio que se apodera de él, una gratitud violenta, como si no estuviera seguro de que fuera capaz de alcanzar esa tranquilidad.

Quiero que alguien me cuente cómo se rodó la escena, cuántas personas había en el plató y cuántas de ellas se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Tuvieron que esperar hasta la hora dorada, cuando la luz era perfecta, porque solo podía haber una toma, la escena no podía rodarse dos veces. Me gustaría saber si Sebastian estaba allí, si bien no me parece posible que estuviera presente. Sebastian nunca habría permitido que aquello sucediera.

A pesar de todos los años transcurridos, tengo la sensación de que yo sí dejé que eso sucediera. No me negué a beber aunque sabía lo que la bebida le estaba haciendo a Duke. No tiré el tequila y lo sustituí por

agua. No saqué al tío Wallace del escenario. Ya sé que esta es una forma como otra cualquiera de creerse importante. Ninguna novia de verano cambió el curso de la vida de una estrella de cine. Pero, aun así, lamento no haberlo intentado.

El aire de la noche es tibio y de la hierba asciende el calor del día. Cuando no puedo seguir contemplando la cara de Duke ni un segundo más, miro hacia el campo oscuro, intentando encontrar a cuatro personas y una perra pequeña, aunque no diviso a cuatro personas y una perra porque son cinco: Joe está también allí. Por una vez, ha recogido a las cabras y ha salido del establo, tal como había previsto. Emily, Maisie, Nell, Benny y Joe, todos juntos, mientras Hazel deambula para olisquear la cena de los demás. Me quedo en la colina un buen rato y los miro a ellos en lugar de contemplar la película. Pienso en bajar para sumarme al grupo, pero recuerdo cómo acaba la historia y no quiero ver el final. No quiero volver luego a casa cruzando los perales mientras todos analizan los méritos de la actuación de Duke. Quiero estar dormida cuando vuelvan. Quiero que todos bajen la voz por miedo a despertarme.

15

Cuando me levanto al día siguiente, no hay nadie en casa, algo por completo insólito. Preparo muchos sándwiches, los llevo al granero y luego me dirijo al huerto, donde encuentro a mis hijas trabajando sin cesar. El trabajo siempre nos pisa los talones.

—Buenos días —dicen, sin apartar la vista de las manos.

Hablamos de cuántas hileras vamos a recoger hoy. Hablamos del tiempo. Emily dice que unos vecinos han anunciado que esta tarde tendrán pescado a la venta y decidimos que esa es la respuesta que damos hoy a la eterna pregunta de qué cenamos. Nadie dice nada de la película. Supongo que no le encuentran sentido a lo que vieron o quizá les pareció demasiado triste. Esta mañana temprano, Maisie ha ido a casa de los Ott porque les parece que Happy, su vieja perra labradora rubia, ha sufrido un derrame cerebral. Camina en círculos con la cabeza inclinada y un ojo cerrado, nos dice Maisie. Vomita y se cae.

—¡Oh, pobre Happy! —exclama Emily—. Anoche vino a vernos a la manta.

—No es un derrame cerebral —explica Maisie—. Al menos, creo que no lo es. Estoy bastante segura de que tiene una enfermedad vestibular típica de perro viejo.

—¿Está mareada? —pregunto.

Maisie asiente.

—He llamado a su veterinario y le recetará algo. Si no me equivoco, volverá a caminar bien; si no es así, tal vez sea un tumor cerebral.

—¡Le has salvado la vida a Happy! —grita Nell. Las chicas conocen a Happy desde que era una cachorra y no queremos que tenga un tumor cerebral.

Joe viene en el Gator para recoger la primera carga de cerezas y suelta un silbido al constatar nuestra productividad.

—Esta mañana hemos hablado poco —comenta Nell.

—Pues será la primera vez —dice Joe—. Pensaba que estaríais destripando la película.

Las tres chicas lo miran, sobresaltadas, y se me ocurre que deben de haber pasado media noche en vela haciendo justo eso.

—No os lo reprocho —añade Joe, respondiendo a lo que no se ha

dicho—, pero me arrepiento de haberla visto por segunda vez. —Me mira y pregunta—: ¿Nos pareció tan triste la primera?

—Sí —contesto, y luego me pregunto si anoche se dio cuenta de que yo pasaba por allí.

Lo ayudamos a poner la carga en la parte de atrás del Gator y resulta agradable dedicarse a otra cosa, aunque solo sea un minuto.

—¿Papá hizo bien el papel de director de escena en *Nuestro pueblo?* —pregunta Nell, observando cómo sube el Gator por la cresta de la colina.

—Estuvo magnífico —digo.

Maisie mueve la escalera y empieza a recoger las cerezas de la copa del árbol que está cosechando.

—Aunque se dedicara al teatro, no me parece que sea una persona teatral —comenta Maisie.

—Por eso era bueno. Vuestro padre era un alivio, nunca intentaba llamar la atención. Actuaba de la misma manera que dirigía: estaba allí para montar nuestras escenas y movernos de un lado a otro. Pero era muy firme, muy… —Me callo un momento—. ¿Cuál es la palabra que estoy buscando?

—Fiable —sugiere Nell.

Nunca una palabra ha sido tan acertada.

—Eso mismo: fiable.

—Pero tuvo que ser raro estar primero en el escenario con el actor al que llamabais tío Wallace y luego, dos noches más tarde, estar con papá. Debían de ser muy diferentes.

Nos acercamos al final de la historia de mi breve carrera como actriz y aún tengo que esforzarme en recordar cómo era actuar.

—Eran tan diferentes como la noche y el día, pero ambos eran adecuados para el papel. Me llevé muy bien con los dos, eso es básicamente lo que recuerdo. El público está lejos, pero la gente con la que actúas está muy cerca. Puedes olerlos. El tío Wallace olía a enjuague bucal y a colonia Royall Lyme. Y, luego, vuestro padre…

¿A qué olía Joe? No se parecía en nada al enjuague bucal y a la colonia.

—Papá huele así. —Nell cierra los ojos un minuto y olfatea la brisa.

—¿Así cómo? —pregunta Emily.

—Huele como el huerto de los cerezos —dice Maisie.

—Sí —afirmo. Entonces yo era demasiado joven para saberlo: olía como el huerto de los cerezos.

***

En lo que respecta a terminar pronto los ensayos, Cody no tenía rival. Quizá hacía bien en dejarnos marchar. Al fin y al cabo, el reparto

estaba formado por cuatro personas y la obra tenía un solo acto, y si todos bebían tequila y el director quería repetir una escena, la organización resultaba muy compleja. Los días que teníamos función con *Nuestro pueblo* —martes, jueves y sábado—, Cody debía poner especial cuidado en controlar la bebida. Más personas sabían lo que ocurría en *Locos de amor* y, aunque algunos actores consideraban que nuestros métodos eran valientes y todo un acierto, la dirección nos veía como la bomba de relojería que éramos. No podíamos fallar, lo que significaba que Duke no podía fallar. Bebía cantidades ingentes de agua y se tragaba las aspirinas directamente del frasco. Se zambullía en la botella de tequila, se zambullía en el brillante lago y emergía rompiendo la superficie con toda su fuerza vital.

Nunca sabíamos cuándo iba a venir Sebastian, aunque seguro que Pallas sí estaba al corriente. En verano todo el mundo quería jugar al tenis. El club náutico de Grosse Pointe estaba justo al lado del lago Saint Clair y una leve brisa soplaba sobre las pistas, lo justo para secar el sudor de la frente del jugador, pero nunca lo suficiente para alterar la trayectoria de la pelota. Durante los fines de semana, Sebastian tenía todas las horas reservadas con antelación, así que estos estaban descartados, si bien en cuanto tenía un par de días venía a vernos, o venía a ver a Pallas, para ser exactos. Creo que Duke contaba ya poco. Un martes vi a Sebastian sentado al fondo del teatro con Pallas; para estar allí tan temprano, tenía que haber salido en plena noche. Sebastian rodeaba los hombros de Pallas con un brazo y ella descansaba la cabeza sobre él. Nos miraban beber, pegarnos y gritarnos unos a otros. Los demás ya no me importaban, pero no me gustó nada que Sebastian estuviera allí. Sospechaba que ese día Cody había convocado el ensayo temprano porque ya no soportaba verme actuar, aunque tal vez tuviera algo que ver con Sebastian. Al igual que Pallas, Cody sentía debilidad por los hombres callados y guapos que no eran actores.

—¡San Sebastian! —gritó Duke al ver a su hermano—. ¡Tenis!

—Demasiado calor —contestó Pallas cómodamente apoyada en el hombro de su novio—. Quiero ir a nadar.

—Antes de ser tuyo, Sebastian era mío —protestó Duke—. Y, de todos modos, esta noche la tienes libre. Puedes nadar luego todo lo que quieras.

Una noche tocaba *Nuestro pueblo,* la otra tocaba *Cabaret.* Todos trabajábamos siempre, pero el lunes lo teníamos libre. Entonces me di cuenta de que Sebastian debía de haber venido la víspera y no nos lo habían dicho.

—De acuerdo. —Sebastian se inclinó para darle un beso a Pallas—. Solo un juego.

¿Cómo podía soportar tanto tenis? Hacía calor y yo también quería

nadar, pero, como a Pallas, no se me ocurría que podíamos ir sin ellos. Si nuestros novios jugaban al tenis, nos sentábamos al borde de la pista a verlos jugar. Cody nos acompañó el primer set; no obstante, Pallas y yo le hicimos tan poco caso que al final dijo que tenía trabajo pendiente y se marchó. Duke estaba recibiendo una paliza. Sebastian recuperaba las bolas con habilidad, pero Duke fallaba hasta los globos. Así debían de ser todos los días para Sebastian: golpear pelotas a ingenieros de automoción sin talento empeñados en ganar. Duke se detuvo bruscamente, con la raqueta hacia abajo y la cabeza inclinada hacia atrás. La pelota amarilla rebotó dos veces y se fue rodando.

—¿PD? —preguntó Sebastian, y todos pensamos que Duke iba a ponerse a gritar, pero en lugar de eso salió a toda prisa por la puerta y vomitó en la hierba que crecía junto al paseo.

Lo comprendí: el calor del sol y el rápido movimiento de la pelota hacían que todo se moviera. Fui con él: cada vez se me daba mejor acompañarlo en esas situaciones.

Resultaba que el baño y el partido de tenis por la tarde se vivían de forma diferente cuando se había pasado la mañana bebiendo tequila. Duke se dio cuenta entonces. Sebastian apareció con una botella de agua, Duke se enjuagó la boca y volvió a vomitar con las manos apoyadas en las rodillas, el pelo negro mojado y pegado a ambos lados de la cara. Sebastian esperó otro minuto antes de darle una toalla. Los profesionales del tenis llevaban bolsas como las de los médicos.

—Vamos a llevarte a la habitación —dijo Sebastian.

Duke movió la cabeza muy despacio para no alterar más su equilibrio.

—Voy a tumbarme un momento —dijo, refiriéndose al suelo.

Pensé que Sebastian se opondría, pero le dio unas palmaditas en la espalda a su hermano y luego lo acompañó a la pista, donde Duke se tumbó paralelo a la línea de saque.

—Seguid jugando —dijo Duke con voz tenue, haciendo un pequeño círculo en el aire con la mano—. No quiero estropearos la tarde a todos.

—Demasiado tarde —dijo Pallas.

—¿Quieres jugar un set? —le preguntó Sebastian.

Pallas negó con la cabeza, levantó la pierna y se señaló el pie.

—Tobillo —le recordó.

Pallas tenía una tendinitis en el tobillo izquierdo y, si no estaba bailando, intentaba descansar. Estaba sentada en la pista, cerca de la cabeza de Duke, pero no le prestaba atención.

Sebastian dio la vuelta a la raqueta para que yo la cogiera.

—Te toca.

No había bebido tanto, pero me hacía falta muy poco para emborracharme. A pesar de las predicciones de Duke, mi capacidad de

consumo de alcohol seguía siendo escasa.

—Vamos al lago —propuse.

Duke tenía el brazo encima de los ojos, con la blanca zona interior de la muñeca vuelta hacia el sol.

—No podéis moverme y no podéis dejarme aquí. Podrías sacar una lección de esto.

Ahora lamentaba haber hecho que Cody se marchara. Cody habría vendido a su madre a cambio de jugar un partido de tenis con Sebastian. Le pregunté a Duke cómo se encontraba.

—Potencialmente mejor. No mejor en este momento, pero puedo intuir que podría ir mejorando.

—Fantástico —dijo Pallas—. Ahora también eres adivino.

—Silencio —susurró Duke.

—Vamos. —Sebastian me dio una raqueta—. A menos que hayas estado bebiendo tú también.

—Un poco —reconocí.

Duke negó despacio con la cabeza.

—Finge.

Qué ganas tuve de darle una patada a mi amado, enfermo y tendido en el suelo. No muy fuerte y solo una. Accedí a jugar con Sebastian.

Aquel día me comporté como una mala novia, una mala actriz y una mala bebedora, pero quedó claro que no era mala tenista. La magia que el tequila había aportado a las actuaciones de Duke, Homer y Sal vino a mí en la pista de tenis. ¿Quién lo iba a decir? Empecé despacio y fui cada vez más fuerte. Sabía que Sebastian, como mucho, funcionaba al dos por ciento de su capacidad y no me importaba. Estaba confiada, suelta. Se lo di todo. Resté con fuerza en la esquina opuesta de la pista y le saqué un punto perfectamente legítimo. Pallas aulló y gritó mi nombre. Duke se puso de lado con cautela y abrió un ojo. Me recordé a mí misma en aquella piscina del set de rodaje, vestida con el bikini que aún tenía, cuando quisieron saber si era capaz de nadar.

—El bichillo va a por ti, hermano —gritó Duke, en la medida en que podía gritar.

Corrí, devolví las bolas sin preocuparme por mi aspecto. Una y otra vez encontraba la forma de pasar la pelota por encima de la red. El universo había conspirado para concederme un solo partido decente de tenis en mi vida y me lancé con entusiasmo. Me di cuenta de que la mirada de Sebastian había cambiado y me estaba tomando en serio; no como adversaria, pero sí como una persona situada al otro lado de la red, y esa atención me alentó. Me gritaba instrucciones, me animaba. Era un profesor maravilloso y estaba haciendo todo lo que podía para mejorar mi juego. Me lancé a por un saque fuera de mi alcance, salté y me derribó algo parecido a un disparo que no oí. Eso

fue justo lo que pensé: no pensé que me había caído, sino que me habían pegado un tiro. Me desplomé sobre la superficie caliente de la pista. Duke seguía allí, tendido a una docena de metros. Movió los dedos a modo de saludo. ¿Cómo había podido estar tumbado en la pista todo ese tiempo? El suelo estaba caliente como una bandeja de galletas recién salida del horno.

—Uno se acostumbra —dijo.

Sebastian se agachó a mi lado, con sus ojos oscuros llenos de preocupación. Durante todo el verano no me había fijado en lo guapo que era, pero al tener su cara tan cerca de la mía resultó inevitable.

—Eh —dijo, poniéndome la mano en el hombro con suavidad—. Quédate ahí un segundo, recupera el aliento.

—Estoy bien. —Parpadeé. Estaba bien, más sorprendida que herida —. No me he hecho daño en las rodillas.

—¿Está bien? —Duke se incorporó un momento sobre un codo y luego volvió a tumbarse.

—Aún no lo sé.

—A lo mejor finge —dijo Duke—. No le gusta que me presten demasiada atención.

Pallas estaba allí, me puso una mano en la cara, acercó la suya.

—¿Te has hecho mucho daño?

Todo se había detenido y todo el mundo me estaba mirando. Me sentía idiota. Me levanté para sentarme. Al principio perdí un poco el equilibrio, pero luego me senté sin dificultad. Sin embargo, seguía sin saber qué había sucedido, a qué se debía la explosión que había notado dentro de la pantorrilla, sin duda, procedente del exterior.

—¿Me ha disparado alguien? —pregunté.

Pallas se balanceó sobre los talones.

—Oh, joder.

—Oh, joder, ¿qué?

—Es el tendón de Aquiles —dijo Pallas a Sebastian.

Sebastian me apretó el hombro sin contradecir a Pallas.

***

—¿Te rompiste el tendón de Aquiles? —pregunta Maisie.

—¿Cómo es que no nos lo habías contado? —pregunta Emily.

Me inclino y me subo la pernera derecha para mostrarles la fina línea blanca que va desde el talón hasta la mitad de la pantorrilla.

—Creo que ahora operan mucho mejor y solo hacen una pequeña incisión.

Maisie se inclina y pasa la punta del dedo por la cicatriz.

—¿Cómo es que no la había visto nunca?

—Tengo esta cicatriz desde mucho antes de que nacierais.

—¿Cómo supieron Pallas y Sebastian lo que te había pasado? —pregunta Nell.

—Los bailarines y los tenistas saben de piernas. Si alguien se cae y dice que cree que le han pegado un tiro, lo más probable es que se haya roto el tendón de Aquiles.

—¿Rotura parcial o completa? —Maisie sigue maravillada por la pulcritud con la que recompusieron a su madre.

—Ruptura total. A lo grande.

—¿Podías andar? —pregunta Emily. ¿Por qué me importa tanto la forma en que me mira en este momento? Como si estuviera en la pista de tenis, acurrucada de costado, y ella estuviese allí, con la mano en mi hombro.

—No, no podía andar —dice Maisie, negando con la cabeza.

—Espera —pregunta Nell—. ¿Eso también les pasa a los perros?

—Ajá.

—Así que tuviste que volver al hospital —dice Emily—. ¿Estaba el tío Wallace todavía?

Negué con la cabeza, sonriendo.

—Elyse ya se lo había llevado a Chicago. Aunque habría sido divertido, ¿no? El tío Wallace y yo en una habitación doble.

—Y Pallas tuvo que hacer tu papel esa noche —deduce Nell.

Cielos de zafiro, nubes de diamante, hojas de esmeralda, cerezas de rubí. La magia con la que Nell comprende las cosas algunas veces me abruma. Sus hermanas se dan la vuelta y se quedan mirándola.

—Lo estás haciendo otra vez —dice Emily.

—¿Qué hago?

—Estás pensando en la actuación, en la sustituta, y no en tu propia madre tirada en el suelo con el tendón de Aquiles roto.

—Hiciste lo mismo con el tío Wallace —recuerda Maisie.

Nell reacciona con tranquilidad.

—Está en una pista de tenis. Sebastian está allí. No se ha partido la cara.

Emily se irrita con Nell, lo cual es digno de mención porque ninguno de nosotros se irrita nunca con Nell, la dulce, la pequeña, la bebé.

—Pero ¿por qué siempre te interesas por el suplente? ¿Por qué lo más importante en la vida es si el espectáculo continúa o no?

Nell está a mi lado. Me rodea la cintura con el brazo en señal de solidaridad.

—No lo entendéis —dice—. Es ahora cuando todo cambia. Es el comienzo del segundo acto. No puede andar. No podrá andar durante… —Se detiene para mirarme.

—Durante mucho tiempo —añado, aunque caminar puede definirse de distintas maneras—. Tardé unos seis meses en andar sin escayola ni

muletas.

—Así que Pallas no solo hará el papel de Emily, sino también el de May. Pallas terminará *Nuestro pueblo* y hará toda la temporada de *Locos de amor.* ¿Por qué no lo entendéis? —pregunta Nell.

—Lo entendemos —dice Maisie—. Pero nos preocupa más mamá que la obra.

De repente, Nell se echa a llorar y luego solloza, como si fuera una fuerte tormenta surgida de la nada. Da la espalda a Maisie y a Emily, avergonzada, y aplasta la cara contra mi pecho. No creo ni por un momento que llore por culpa de sus hermanas, aunque seguro que en parte llora por sí misma. Ha perdido estos meses a causa de la pandemia, atrapada en la granja sin saber cuánto tiempo más tendrá que quedarse. Está perdiendo el tiempo mientras es bella y joven en una profesión que solo se preocupa por la belleza y la juventud. No obstante, sé que, en realidad, llora por mí. Mientras sus hermanas la miran, atónitas, Nell, la Telépata, ha encajado todas las piezas. Sabe que estoy acabada.

***

Insistí en ponerme de pie, así que Sebastian se colocó a un lado y Pallas al otro, y juntos me levantaron como a una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas. Parecía que tuviera la pierna de goma, casi líquida.

—Tengo que descansar un momento —dije.

Sebastian negó con la cabeza.

—Tienes que ir al hospital.

—No necesita ir al hospital —dijo Duke, ahora con voz más clara—. Ha tropezado con sus piececitos, dale un momento y se pondrá bien.

Duke había vomitado y yo me había caído, pero todo se arreglaría en solo un minuto.

Un minuto, un minuto, un minuto. Pallas se agitaba bajo mi brazo.

—Vamos a dejarla en el suelo —dijo a Sebastian.

Así que volvieron a sentarme y Pallas se sentó a mi lado. Me observó con atención y no me soltó la mano.

—Ojalá tuviéramos más tiempo —dijo Pallas—. Pero tenemos prisa y no me andaré con rodeos: esta noche no actúas y tengo que ir a prepararme.

Emily. La había olvidado.

Duke se incorporó hasta quedarse sentado en el suelo.

—¿Qué?

—No puede andar. —Pallas miró a Duke como si, en efecto, me hubieran pegado un tiro, como si Duke me hubiera pegado un tiro—. No puede andar, lo he visto otras veces. —Pallas miró a Sebastian—.

¿Lo has visto alguna vez?

Sebastian asintió. Tenía el sol detrás de la cabeza y este le iluminaba el cabello negro.

Pallas me tocó el tobillo con un dedo tan suave que no lo sentí.

—Da igual que vayas al hospital ahora mismo o que esperes tres días, te digo la verdad. Irás al hospital y te coserán el tendón. Te guste o no, estoy casi segura de que así será.

Duke se puso de pie y caminó hacia nosotros, notablemente escorado hacia la izquierda. Esperaba que hiciera una broma, que dijera que Pallas estaba maquinando algo para quedarse con mi papel, pero en lugar de eso se inclinó hacia mí y me dio unas palmaditas en la cabeza. Le preguntó a su hermano si podía llevarme en coche al hospital. Duke y Pallas no podrían venir con nosotros, por supuesto. Tenían que asearse para estar en el escenario dentro de un par de horas; ellos dos: el periodista Webb y su hija, Emily.

Sebastian se inclinó y me cogió en brazos como si fuera una toalla o una bolsa de tenis, y de nuevo esperé que Duke hiciera una broma, pero no dijo nada. Quizá ya era el periodista Webb, tal vez estaba repasando mentalmente sus cuadernos o a lo mejor estaba preocupado por mí y no sabía qué decir. El aparcamiento donde Sebastian había dejado el coche no estaba cerca de las pistas de tenis, así que me llevó en brazos, pasando por el camino que bajaba hasta el lago y por el que nos habría llevado de vuelta al teatro. Me llevó hasta el alojamiento de la compañía. ¿Duke me habría llevado en brazos en otras circunstancias? No, Duke habría ido a buscar el coche. Esa era la diferencia: un hermano llevaba a la chica al coche y el otro llevaba el coche a la chica. Era una sensación rara ir en brazos, estar tan alta. Le pasé los brazos por el cuello y me agarré la muñeca, intentando de alguna manera aligerar la carga. Olía mi propio sudor. Pallas se fue para coger mis cosas y volvió con el camisón que no me había puesto en todo el verano, dos pares de bragas, calcetines, una camiseta y unos pantalones cortos limpios, cepillo de pelo, cepillo de dientes, todo metido en una bolsa de plástico.

—No te preocupes por nada, ¿vale? Todo va a salir bien —me dijo en cuanto estuve instalada en el asiento delantero del Plymouth.

Asentí, aunque no sabía si se refería a mi pierna o a la obra. Sabía que estaba ansiosa por irse, tenía muchas cosas que hacer, y, si estaba emocionada —y seguro que lo estaba, después de tanta espera—, no habría querido que yo me diera cuenta. Duke y Pallas, uno al lado del otro, nos despidieron mientras nos alejábamos, como si fueran mis compañeros enviándome a ver el mundo.

Bajé la ventanilla, con la mente en blanco. Comprendía lo que estaba pasando, pero no que me estuviera pasando a mí. Los cerezos de Tom Lake estaban desgreñados y no daban muchos frutos; eran

cerezos asilvestrados, restos de otra época. Nadie se molestaba en recoger la fruta, y mucho menos en podarlos.

—¿Qué sabes del tendón de Aquiles? —pregunté a Sebastian.

—¿Puedes flexionar el tobillo hacia delante y hacia atrás?

No podía.

Asintió con la cabeza como si no fuera necesario añadir nada más.

—Una vez, jugué dobles mixtos con una mujer que juró que yo le había dado un golpe con la raqueta en la parte posterior de la pantorrilla, aunque no estaba ni cerca de ella. Por lo que me han contado, se siente como si algo estallara dentro de la pierna.

—Eso es.

—Así que te coserán el tendón, al cabo de un tiempo volverás a andar y más tarde volverás a jugar al tenis. —Me miró—. Si es que alguna vez quieres volver a jugar al tenis. Te diré que hoy has jugado muy bien.

—Maldita sea —dije, cerrando los ojos.

—¿Qué?

—Olvidé desearle a Pallas buena suerte esta noche. Pero ya sabes que por aquí los profesionales del teatro no decimos «buena suerte», sino «rómpete una pierna».

—Querrás decir «rómpete el tendón de Aquiles» —dijo, y los dos nos echamos a reír porque ¿qué otra cosa podíamos hacer?

16

—Papá te habría llevado al hospital —dice Nell esa noche durante la cena. No quiere pasar por alto este nuevo giro de los acontecimientos.

—Desde luego que te habría llevado al hospital —dice Joe.

Está cansado. Agradece los huevos rellenos, las judías verdes y el pescado blanco. Desde que llegamos a la granja, todos los años se pregunta cómo vamos a conseguir coger a tiempo todas las cerezas de los árboles, y ahora parece que todos sus temores anteriores eran un mero ensayo para este año, en el que nos faltan docenas de trabajadores para la recolección, lo que significa que también nos faltarán manos para recoger las guindas dentro de unas pocas semanas.

—Quizá os cruzasteis en la carretera —dice Emily—. Papá procedente de Traverse City, mamá de camino al hospital. Es posible. Imagino que fuisteis todos hacia el norte por la 196.

—¡Te adelantamos! —exclamo entusiasmada al recordarlo—. Ya te lo conté.

—Desde luego que no. —Joe se mete medio huevo en la boca.

—Se lo dije a Sebastian. Le dije: «Mira, ahí va el director de escena de camino al “trabajo”».

Recuerdo las ganas que tenía de decirle a Sebastian que se diera la vuelta. Para entonces, la pierna me dolía poco. Sentada en el amplio asiento del Plymouth, era fácil creer que todo había sido una tontería por mi parte.

—¿Cómo ha podido sobrevivir la gente sin móviles? —pregunta Maisie.

—Sobrevivimos muy bien.

Joe asiente.

—Desde luego. Así nos relacionábamos.

—Dos coches pasando uno junto al otro a última hora de la tarde —digo.

—¿Fuiste a verla al hospital? —pregunta Nell.

—Solo estuve allí dos noches —contesto.

—Fui a verte —dice Joe.

—No, no fuiste. —Me vuelvo hacia Joe—. ¿Fuiste a verme?

—Después de la obra, de vuelta hacia aquí.

—No me acuerdo.

—No lo recuerdas porque estabas dormida. Acababas de salir de quirófano.

—¿Viniste después de la obra? Sería demasiado tarde para las visitas. ¿Te dejaron entrar?

—Les dije que era tu hermano y que sería una visita breve. La enfermera me dejó sentarme junto a tu cama.

Joe, que nunca decía mentiras, era capaz de mentir con toda tranquilidad cuando era necesario.

—¿Le dejaste una nota? —pregunta Maisie.

Joe niega con la cabeza.

—Si le hubiera dejado una nota, habría sabido que me senté junto a su cama, como un bicho raro, pensando en lo guapa que estaba cuando dormía.

Oh, Joe. Después de trabajar todo el día en la granja, condujo para hacer el papel de director de escena y luego fue al hospital para sentarse en una silla de vinilo y mirarme dormir. Y yo convencida de que no había ido…

—¿Sebastian no se quedó? —Emily está decepcionada. Necesita que Sebastian se portara mejor.

Sin embargo, Sebastian fue quien mejor se portó de todos ellos. Aparcó el coche y me llevó a urgencias mientras yo no dejaba de pensar en lo romántico que habría sido que Duke me hubiera llevado. Más romántico, aunque menos práctico, ya que Duke lo habría interpretado como una comedia de humor o un drama hospitalario, mientras que Sebastian le contó al médico lo que había pasado con tanta precisión que debieron de pensar que él también era médico.

—Se quedó hasta que me metieron en una habitación, pero entonces le dije que se marchara. Yo sabía que quería ver actuar a Pallas y sabía que ella querría que estuviera allí.

—¿Cómo estuvo Pallas? —pregunta Nell a su padre. No puede evitarlo.

—Pallas estuvo bien —contesta Joe con diplomacia.

—Estuvo estupenda —digo yo.

—¿Estabas asustada? —me pregunta Maisie.

—¿De Pallas?

Maisie pone los ojos en blanco.

—De estar en el hospital, de la cirugía.

No podemos imaginar ni una sola situación en la que una de nuestras chicas estuviera en un hospital sin nosotros. Encontraríamos la manera de llegar, y ellas lo saben. Pero yo era la chica que había dejado la universidad por Hollywood, que había vivido sola en un apartamento amueblado en Los Ángeles, que se había ofrecido a acostarse con la persona equivocada en su esfuerzo por conseguir un papel en una obra de teatro, que había llegado a Michigan con dos

maletas. Ni se me ocurrió llamar a mis padres y contarles lo que había pasado. Al fin y al cabo, ya era adulta y tenía un buen seguro a través del Sindicato de Actores.

—Me asusté más tarde, no entonces.

—¿Te asustaste de Pallas?

—Eso fue más adelante.

***

Por la mañana, me despertó un teléfono beige con disco giratorio que sonaba en la mesilla de noche. No sabía dónde estaba ni qué hacía allí ese teléfono. En mi habitación de Tom Lake no tenía teléfono. Cuando por fin se me ocurrió que la única forma de hacer que dejara de sonar era contestar, descolgué el auricular. Un hombre dijo:

—¿Lara?

—¿Ripley?

—Pues sí, aunque te sorprenda.

La habitación estaba llena de sol. Las persianas estaban levantadas y, por fortuna, la otra cama estaba vacía.

—Ripley, estoy en el hospital.

—¿Por qué crees que te llamo al hospital?

—¿Por qué me llamas?

—Uno de los encargados de Tom Lake me ha dicho que has tenido un accidente.

—¿Te conocen?

—No.

—Entonces, ¿por qué te han llamado?

—Lara, ¿estás drogada?

—Probablemente. Me estoy despertando.

—¿Despertando? Son las nueve.

Moví la cabeza para mirar la mesilla de noche. No había reloj.

—Creo que me operaron ayer. Sé comprensivo.

—Soy comprensivo. Por eso te llamo.

Tenía el tobillo enyesado y colocado sobre una pila de almohadas rígidas. Todo parecía de utilería, una escayola de película.

—Sigo sin entender por qué te han llamado.

—Me pusiste como persona de contacto.

¿En serio? El formulario no debía de ser muy claro porque, pensándolo bien, ¿por qué iba el tío Wallace a poner a su segunda esposa?

—Debí de pensar que se referían a un contacto profesional, por si me ofrecían un gran papel y necesitaban ponerse en contacto con alguien. —¿De veras había pensado eso?

—Bueno, estoy conmovido —dijo Ripley—. ¿Estás bien?

—Creo que sí.

¿Por qué era tan grande el yeso? Me había caído en una pista de tenis, eso había sido todo.

—Me he roto el tendón de Aquiles.

—Mala idea —me dijo, como si me hubieran ofrecido un papel en una película truculenta para adolescentes que acabaría por perjudicar mi carrera.

—Bueno, ojalá hubieras llamado ayer por la mañana y me hubieras advertido.

—No eres la persona más fácil de localizar por teléfono.

—¿Lo has intentado?

—No, pero iba a hacerlo: ha sido un caso de pura serendipia.

Pulsé el botón que había en la barandilla para incorporar la parte superior de la cama. Lo mantuve pulsado hasta alcanzar el ángulo que me pareció propio de Elyse Adler.

—Quiero oírte decir que mi rotura del tendón de Aquiles te va a resultar muy conveniente.

—Necesito que vuelvas a Los Ángeles.

Planeaba volver a Los Ángeles en otoño, cuando acabara la temporada de teatro de verano. Duke y yo íbamos a ir juntos, pero, al oír a Ripley, dejó de apetecerme. Miré por la ventana de mi habitación del hospital, más allá del aparcamiento, hacia una hilera de árboles. ¡Hasta los aparcamientos tenían árboles! Por primera vez me di cuenta de que no quería irme de Michigan.

—Tengo un contrato.

—En primer lugar, es un contrato con un teatro de verano. Eso es bastante fácil de resolver. En segundo lugar, no puedes andar, lo que significa que no les sirves para nada. Estarán encantados de quitarte de su nómina.

—Y en tercer lugar…

—En tercer lugar… —dijo Ripley, haciendo una pausa teatral—. Se estrena tu película.

—*¿Singularidad?*

—A menos que hayas hecho otra.

Había llegado a la conclusión de que aquella película era para blanquear dinero, deducir impuestos o algo así.

—Oh, Ripley, eso es genial. Me alegro por ti.

Habían tardado muchísimo.

—Alégrate por ti. El editor de la película se ha enamorado de ti. En el montaje te ha convertido en la estrella.

—No soy la estrella.

—Espera a verla. Es un buen trabajo, niña. Estás fantástica. Necesito que vengas para la promoción. La publicidad la harás sentada y, además, la lesión da tema de conversación. ¿Cómo te has hecho

daño?

—Jugando al tenis.

—Tenis en verano en Michigan: precioso.

Los dedos del pie sobresalían del yeso como una hilera de champiñones blancos. Podía moverlos, lo que me pareció una buena señal.

—Siempre es bueno ser pintoresco.

—¿Alguna vez te has preguntado cuándo iban a cambiar las cosas? —dijo Ripley—. Bueno, pues ya han cambiado.

No me había preguntado nunca cuándo iban a cambiar las cosas; me había preguntado cuándo iban a dejar de cambiar todo el rato.

—Ripley, estoy en el hospital. Estoy tomando Demerol. No voy a romper el contrato.

No sabía si estaba tomando Demerol, pero me parecía posible. No me cabía duda de que algo me habían dado.

—¿Me estás escuchando? No puedes andar y no tienes ningún compromiso en Michigan. Tienes un compromiso con esta película.

—La enfermera está aquí —dije, porque, si eran más de las nueve, seguro que en cualquier momento llegaría una enfermera.

—No me vengas con evasivas.

—No es eso, tengo que colgar.

—¿Tengo que ir a buscarte?

—Ripley, escúchame, voy a colgar ahora. Dime adiós —dije, pero no le di la oportunidad y colgué antes que él.

El anuncio de Ripley de que no iba a actuar con una pierna escayolada fue la primera imagen que tuve del futuro. La segunda la tuve cuando el médico hizo la ronda matutina. Me dijo que no podría soportar peso durante un mínimo de seis semanas. Había incorporado la cama para sentarme, pensando que era más educado.

—¿Qué significa eso exactamente?

Ojalá hubiera habido alguien conmigo para no tener que hacer yo todas las preguntas tontas.

—Significa que la escayola —se detuvo un momento y señaló la escayola con el bolígrafo— no puede tocar el suelo durante un mínimo de seis semanas. ¿Quieres una silla de ruedas?

Negué con un gesto de la cabeza.

—Bien. Haré que alguien de fisioterapia suba, te enseñe a usar las muletas y a hacer transferencias.

—¿Transferencias? ¿Qué clase de transferencias?

Hizo una pausa y volvió a mirar mi historial.

—Transferencia significa entrar y salir de un coche, pasar de una silla a otra, entrar y salir de la bañera. Cuando no se puede apoyar un pie, se hace de un modo distinto al normal.

Hasta que no se marchó no me di cuenta de que me había tomado

por una auténtica idiota.

En aquellos tiempos pensaba muy poco en Nuevo Hampshire, aunque echaba de menos a mi abuela. Le escribía postales y, de vez en cuando, ella me enviaba un vestido. A veces incluía galletas de melaza en el paquete, galletas firmes y sólidas que se prestaban bien al envío por correo. Un par de veces, cuando estaba en Los Ángeles, me había ofrecido a enviarle un billete de avión, pero mi abuela no era partidaria de los aviones, al menos para uso personal. Siempre decía que la habían hecho en Nuevo Hampshire y allí pensaba morir. Me habría gustado tenerla conmigo en el hospital y estoy segura de que ella habría ido hasta Michigan si le hubiera dicho que la necesitaba. Mis padres también habrían venido, o cualquiera de mis hermanos. Aunque no fuéramos una familia especialmente unida, eran personas decentes. Habrían cuidado de mí. El problema era que no podían adivinarlo y yo no tenía intención de llamar para preocuparlos. De hecho, no podía llamar e inquietarlos porque el teléfono solo servía para hacer llamadas locales e interhospitalarias. Podía telefonear al paciente de la habitación de al lado, pero no a mi madre, a la que no había llamado en todo el verano. Me encontraba bien. Me enseñaron a hacer transferencias, a ir al baño sola. Vino una chica con una bata rosa a rayas con un carrito de libros y encontré un ejemplar de *El puente de San Luis Rey,* de un tal Thornton Wilder. Qué cosas. Trata de un puente que se rompe y manda a la muerte a un grupo de desconocidos. No lo había leído.

Se me hinchó un poco la pierna y el médico quiso asegurarse de que no tendría que cambiar la escayola, así que me retuvieron una segunda noche. Pensé en todo el tiempo que había pasado sentada en mi apartamento de Los Ángeles sin nada que hacer, y que esos días me habían preparado para estar a solas con mis pensamientos. Se me daba bien, no todo el mundo es capaz. Cené lo que me trajeron en una bandeja, leí la breve novela y practiqué con las muletas andando hasta el puesto de enfermería y vuelta a la habitación. Miré por la ventana mientras el sol se ponía y me di cuenta de que Pallas estaría saliendo a escena en ese preciso momento. La señora Webb y la señora Gibbs estarían llamando a sus hijos a desayunar desde lados opuestos del escenario. Repasé toda la escena mentalmente. Me preguntaba si Pallas estaría nerviosa, pero luego la recordé bailando en aquella silla con su dos piezas rojo. No podía imaginarme a Pallas nerviosa por nada.

Como no podía llamar a mi abuela, llamé a Tom Lake y pregunté si podían enviar a alguien a recogerme a la mañana siguiente. Jeanne, la enfermera de la mañana, me lavó el pelo mientras yo estaba sentada en un taburete en la ducha, con el pie escayolado metido en una bolsa de plástico. Estaba peinada con una trenza y lista para salir cuando

llegó Sebastian.

¡Sebastian!

—¡Pensé que te habías ido! —exclamé, y se me llenaron los ojos de lágrimas al verlo. Si hubiera podido saltar de la cama y abrazarlo, lo habría hecho.

—He llamado al club y les he dicho que se ha roto la transmisión del coche —dijo Sebastian—. Tengo un gran problema.

—¿Por mi culpa? Podrías haber enviado a tu hermano.

—Digamos que el resto del equipo no estaba en condiciones de conducir, aunque tenían muchas ganas. Lo último que necesitamos es que PD enrolle mi coche alrededor de un árbol al intentar llevarte a casa desde el hospital.

—¿Y Pallas?

Se palpó el bolsillo delantero de los vaqueros.

—He cogido sus llaves.

Así que Pallas ya era May. A May había que quitarle las llaves porque se pasaba el día bebiendo con los hombres. Por mucho que lamentara perderme mi última semana como Emily, casi me compensaba saber que no tendría que ser May. Nunca más soportaría la decepción de Cody, mi pésima actuación o mi incapacidad para llenar el vestido rojo. Pallas llevaría ese vestido.

—¿Cómo van los ensayos?

Sebastian decía que le gustaban más los ensayos que el producto terminado.

—No me dejan entrar.

Estaba sentada en la cama, vestida con la ropa que Pallas había cogido de mi habitación a toda prisa: pantalones cortos caqui y la camiseta de Disney que no había vuelto a sentarme bien. Tenía el pie en alto. Me habían dicho que lo mantuviera elevado siempre que fuera posible.

—Aunque sí estabas presente cuando ensayaba yo.

Sebastian se encogió de hombros.

—El problema parece ser que mi hermano tiene que besar a mi novia. Dicen que los cohíbo.

Podía sentir claramente a Duke tumbado encima de mí en el escenario, sujetándome las manos contra el suelo. Duke como Eddie y yo como May. Duke como Eddie, Pallas como May. Me detuve allí.

—¿Te dejarán ver la obra?

—No pueden impedirme ver la obra —contestó—. Tengo entradas.

Jeanne atravesó la puerta con una silla de ruedas y se detuvo en seco. Se ruborizó al ver a Sebastian.

—Tú eres el actor —dijo.

Le había contado a Jeanne todo sobre Duke mientras me lavaba el pelo.

—Yo soy el hermano —dijo Sebastian.

—¿Es tu hermano? —me preguntó.

Nos echamos a reír.

—¿Qué te parece? —dije.

Jeanne me llevó al ascensor con las muletas, analgésicos, antibióticos y siete páginas mecanografiadas de instrucciones. En la calle me hizo hacer sola la transferencia de la silla de ruedas al coche para asegurarse de que lo hacía bien. Bajé la ventanilla para decirle adiós.

—Por cierto, te han subido de categoría —dijo Sebastian—. Te han trasladado a la casita.

—¿A la casita del tío Wallace?

—Él no va a volver y tú no puedes subir escaleras, así que todo encaja.

Tenía bañera y cocinita. Intenté no emocionarme, ya que todo era producto de un desastre.

—¿Duke me ha bajado la ropa?

Negó con la cabeza.

—Han enviado a un par de becarios; han tardado dos minutos.

Por muy ocupado que estuviera, Duke bien podría haber encontrado un par de minutos, sobre todo porque también tenía que llevarse su ropa. Vendría a verme porque la habitación era mejor, porque todavía habría vodka en el congelador. Ahora tenía la imagen en la cabeza de unos becarios sin sueldo rebuscando en el cajón de mi ropa interior.

—¡Espera, espera! —dije—. ¿Cómo le fue a Pallas en el papel de Emily?

—Conflicto de intereses —dijo Sebastian.

—¿Qué quieres decir?

—Significa que eras Emily y estuviste genial, y Pallas es mi novia.

—Sabes que no soy la única persona que ha interpretado el papel de Emily, ¿verdad?

—Eras la única persona que había visto interpretarla hasta anoche. Eres la medida de referencia.

—Sebastian —dije—, en serio, ¿cómo le fue?

Y entonces sonrió, una gran sonrisa, enseñando los dientes, como nunca le había visto. Tenía la palabra exacta, y esa era «espectacular».

Hecho real: yo solo había visto un montaje de *Nuestro pueblo* y fue cuando estaba en séptimo curso. La pusieron en el instituto y me pareció espectacular. Cada frase de la obra era nueva para mí. No tenía ni idea de que Emily moriría en el tercer acto. Lloré tanto cuando el director de escena la lleva a la cocina de su madre que tuve que taparme la cara con las manos mientras mi abuela buscaba unos clínex en el bolso. Con esto quiero decir que cuando actúas no ves la

obra; ves fragmentos, pero no sabes cómo se percibe el conjunto desde la distancia. Aparte de la Emily que vi en séptimo curso y de las Emilys que vi en las audiciones años más tarde en el gimnasio del instituto, no sabía cómo interpretaban el papel otras personas. Esa noche iba a ver a Pallas en *Nuestro pueblo.*

Sebastian aparcó en la calle y se acercó para darme las muletas. Avancé heroicamente con ellas la mitad del camino, sosteniendo aquella escayola tan grande como un jamón de Navidad hasta que no tuve más remedio que detenerme. Me temblaban los brazos.

—Vamos —dijo Sebastian, poniéndome una mano firme en la espalda—. Yo te llevaré.

Una cosa es que te saquen de una pista de tenis o te lleven al hospital y otra muy distinta que te desplacen en brazos de un lado para otro. Rompí a sudar mientras subía con la mirada la empinada cuesta del camino de entrada. Todo era culpa mía. Había bebido el tequila que sabía que no debía beber, había jugado un partido de tenis que no quería jugar. Tal vez todo aquello no pareciera gran cosa, pero me había costado muy caro.

Sebastian me levantó y dejó que las muletas cayeran al suelo con estruendo. Me sacudió para que me acomodara mejor en sus brazos y, una vez más, le abracé el cuello como una novia.

—Por suerte, mi hermano se ha enamorado de una mujer menuda.

Aquella fue la única alusión al amor que oí en toda mi relación con Duke.

Así fue como entramos en la soleada casita: Sebastian abrió la puerta empujando con el pie, me llevó directamente a la cama, me acostó y me levantó el pie con las almohadas que sobraban. Alguien había cortado un puñado de amapolas y las había puesto en un vaso en la mesilla de noche, y no pregunté quién lo había hecho por miedo a que las amapolas fueran también cosa de Sebastian.

—Voy a buscarte una silla de ruedas —dijo.

—No necesito silla de ruedas. —Lo que necesitaba era un ratito de sueño.

—Piensa en lo lejos que está el teatro. Ahora tengo que volver al trabajo, y Duke y Pallas no pueden venir a buscarte. Es la única manera de que veas la obra esta noche.

Sebastian fue a buscar las muletas y las dejó apoyadas a los pies de la cama. Puso las pastillas y el libro en la mesilla de noche. Me besó en la frente con amabilidad, como me habían besado mis hermanos cuando era niña. Iba a buscarme una silla de ruedas y se aseguraría de que alguien me llevara a ver la obra. Creo que me quedé dormida antes de que saliera por la puerta, y, cuando me desperté de nuevo, Duke me estaba besando y un asombroso sabor a tequila me llenaba la boca. Lo más probable era que hubiera venido derecho del lago a mi

cama, y me dejó empapada.

—Has estado mucho tiempo fuera —dijo, quitándose las alpargatas.

***

—¿Duke fue a verte antes de la obra? —pregunta Emily con el ceño fruncido por la preocupación. Joe se ha ido a cuidar de las cabras mientras las chicas y yo fregamos los platos. Cerezas, cocinar, cabras, platos, el pasado. Los días son interminables y las semanas vuelan.

—Sí. —Me inclino sobre la sartén para fregar los restos de pescado blanco—. Pasó por allí entre el ensayo y la actuación.

—No te cortes, Duke —dice Maisie, negando con la cabeza.

—Eran días de mucho ajetreo.

—No tanto —dice Nell.

Sonrío.

—No, tienes razón. No tanto.

—Tu novia está en la cama —dice Maisie.

—Y no puede seguir actuando en *Nuestro pueblo* —prosigue Nell.

—De hecho, nunca más vuelve a interpretar a Emily —añado, sumándome al relato en tercera persona.

Nell ya ha llegado a esa conclusión, pero veo que Emily y Maisie no se habían dado cuenta.

—¿Nunca? —pregunta Emily.

Niego con la cabeza.

—Es como el tío Wallace —dice Nell, y luego se muerde la lengua —. No quería decir eso. No se parece en nada al tío Wallace.

Emily deja el trapo de cocina.

—¿Nunca volviste a hacer de Emily o no hiciste ningún otro papel?

—Dejé de actuar después de eso.

—¿A los veinticuatro años?

—Veinticinco. Cumplí veinticinco en el hospital.

—No lo puedo soportar —dice Maisie.

—Redefine la crisis del cuarto de vida —dice Emily.

—¿La qué?

—Crisis del cuarto de vida —repite Nell—. Es cuando tu vida se desmorona a los veinticinco años, más o menos. La pandemia es nuestra crisis del cuarto de vida.

—Ah.

—Pero lo tuyo fue mucho peor —dice Nell.

—No volver a actuar en *Nuestro pueblo* no es peor que la pandemia —digo.

—¿De verdad fuiste a ver a Pallas en el papel de Emily? —pregunta Emily.

—Claro que sí. Todos mis amigos estaban en esa obra. Tenía que

estar allí por ellos. —No recuerdo si lo que digo es cierto, si habla la persona que era entonces o en la que me convertí después. Desde luego, se lo decíamos a las niñas cuando eran pequeñas: trabaja por el bien del colectivo, alienta al equipo, olvídate de ti misma.

—¿Fuiste en silla de ruedas?

Ahora nadie lava los platos, y doy una palmada, tal como hace su padre, para volver a ponerlas en marcha.

—Fui en silla de ruedas. Uno de los sustitutos de *Cabaret* vino a buscarme. Esto no es una novela de Dickens.

—¿Cómo estuvo Pallas? —pregunta Nell.

Eso es lo que quieren saber las tres: ¿cómo estuvo Pallas?

Les digo la verdad. Estuvo espectacular.

***

Conocía a Chan del lago. Era un chico agradable, un buen nadador, y tenía un buen contacto con un tipo que vendía hierba de primera calidad en Detroit. Me hizo sentir como si pasara por delante de la casita con una silla de ruedas vacía por si me apetecía acompañarlo porque, de todos modos, él también iba a ir al teatro. No hay mucha gente en el mundo capaz de hacer eso. Me llevó por el sendero mientras el cielo se teñía de rosa y las últimas luces del día brillaban en el lago.

—La gente dice que devolviste el saque y que estuviste magnífica —me dijo Chan mientras rodábamos alegremente—. Te costó la pierna, pero lo hiciste.

—No es verdad —contesté.

—No importa. Lo único que importa es lo que dice la gente. ¿Quieres unas cerezas? No queremos ser los primeros en llegar.

Quería cerezas.

Puso el freno para que no rodara hacia atrás, bajara la colina cubierta de hierba y cayera al lago.

—Encontré este árbol la semana pasada —dijo Chan—. Tiene cerezas dulces. No sé qué hace aquí, alguien debió de plantarlo y se marchó. ¿Te imaginas plantar aquí un arbolito para que nadie lo cuide? Buena suerte, arbolito. A lo mejor era una especie de *performance* artística.

Se acercó a un árbol, cogió unos puñados, volvió y me los puso en el regazo. Le di las gracias. No tenía ni idea de que los árboles eran cosas que había que cuidar.

—Estás muy guapa. —Dio un paso atrás para mirarme bajo la luz dorada—. Pero no demasiado, en la dosis justa, como si no le dieras importancia.

Ese era el aspecto que buscaba y que me había costado mucho

esfuerzo conseguir, teniendo en cuenta lo difícil que era vestirse con una escayola en el pie. La parte que no había sopesado era que los demás también lo sabrían; Chan lo había visto, pero eso no podía evitarlo. Comí cerezas todo el camino hasta el teatro.

Llegamos cuando el público, las gallinas imaginarias, buscaba su asiento. El telón estaba levantado y Joe leía un libro sentado en el escenario. Había unos cuantos escalones para bajar hasta la platea, así que Chan me aparcó detrás de la última fila y fue a buscarme un programa. Duke ya tendría el pelo engominado y recogido. Leería por enésima vez las notas de su maniático señor Webb y luego se iría a fumar un cigarrillo y a hacer el pino. Dos papelitos anunciaban el cambio en el reparto: el papel de director de escena lo interpretaba Joe Nelson y el de Emily Webb lo interpretaba Pallas Clarke. Los doblé y me los metí en el bolsillo. «Estoy lista, estoy lista, estoy lista», me dije, hasta que por fin redujeron la intensidad de las luces y dejó de tener importancia si estaba lista o no.

—«Esta obra se llama *Nuestro pueblo»* —empezó diciendo Joe en su papel de director de escena. Bien podría haber levantado una linterna porque nos dimos cuenta de que habríamos ido tras él. Escuchabas al tío Wallace porque era fascinante, pero escuchabas a Joe porque te decía lo que necesitabas saber. Pensé en nuestro primer día de ensayo (¡parecía que había sido años atrás!) y que entonces sucedió lo mismo. Sabíamos que era de fiar. Joe había visto toda la historia y nos la había contado. Ahora estaba allí como director de escena, haciendo lo mismo—. «Esta obra se llama *Nuestro pueblo.»*

Emily no aparece durante un rato y, cuando sale, dice tan solo una frase. Había visto a Pallas bailando en el coro del Kit Kat Klub, con la pierna levantada sobre el respaldo de la silla y luego sentándose con energía. La había visto en el lago, riendo, nadando con la cabeza por encima del agua. La había visto tumbada en una manta en la orilla del lago, debajo de un árbol y con la cabeza en el regazo de Sebastian. Pero no podía verla como Emily porque cuando pensaba en Emily seguía viéndome a mí. Si hubiera tenido un cuchillo, me habría cortado la escayola de la pierna allí mismo. Podría haberme arreglado sin ella. Después de aquella, solo quedaban tres funciones más, me las habría apañado.

De repente, todos los niños estaban allí: George y Rebecca Gibbs desayunando a la izquierda del escenario, en lo que representa su casa, Emily y Wally Webb desayunando a la derecha, en donde se supone que está la suya. Pallas era una cabeza más alta que yo, y era negra, pero Pallas era Emily. Me la creí desde el momento en que salió a escena, cuando se sentó a la mesa de su madre diciendo que era la chica más brillante del colegio para su edad. Sentía en mi propia boca cada frase que decía.

Ese verano en Tom Lake aprendí muchas cosas, y con gusto me habría ahorrado la mayoría de esas lecciones. La más dura no tuvo nada que ver con Duke, los planes de futuro o el amor: fue darme cuenta de que ya no era Emily. Aunque hubiera llegado a interpretar el papel en Broadway con Spalding Gray, habría llegado un momento en que yo habría estado acabada y otra persona se habría hecho cargo del papel. Muchas otras podrían hacerlo igual de bien, porque Pallas, por ejemplo, en su segunda noche era tan buena como yo después de años de práctica. Día tras día, Pallas me había observado y había tomado la decisión de hacer el papel a su manera. A veces pataleaba contra el suelo o encontraba momentos para reír que yo nunca había visto. Besó a su padre, que también era mi novio, y cuando él le respondió que nunca antes había recibido un beso de tan gran dama, lo dijo en serio. Pallas se había presentado a las pruebas de Tom Lake para cantar y bailar, pero también quería interpretar a Emily. Durante la temporada de verano, había legiones de personas que sabían cantar, bailar, actuar, tocar el ukelele y caminar con las manos. No era posible nadar en el lago sin rozarse con una de ellas. Pallas había ensayado y estudiado mucho. Con la excepción de Lee, los suplentes estaban a la altura de los actores a los que debían sustituir. La única decepción que sentía el público era cuando no aparecía alguien como el tío Wallace. Su nombre era el reclamo, pero no distinguían a una Lara de una Pallas. Así que cuando la primera Emily se había marchado, ¿por qué no le habían dado el papel a la suplente?

—Emily no es negra —oí que decía la mujer que yo tenía delante a su marido, en el primer intermedio.

Los programas crujían alrededor, un murmullo colectivo como el viento en las hojas. ¿Dónde estaba el papelito que se había caído de sus programas? ¿Qué ponía?

Pallas me había soportado horas y horas, día tras día, y, mientras miraba desde el fondo del teatro, había deseado decir esas frases.

Cuando actúas, no ves la obra y, además, te pierdes por completo la charla de los espectadores durante el intermedio. *Nuestro pueblo* tiene un intermedio después de cada uno de los dos primeros actos, y el segundo resultó parecido a un descanso en un mitin político o en una congregación religiosa. Los incrédulos se inclinaban hacia delante, escuchando. Al principio, el mensaje no tenía sentido, pero aquella Emily estaba erosionando su noción de lo que era correcto. El día de su boda no estaba representado en clave de erotismo, sino de miedo. No quería salir de su hogar familiar, cuidar de su futura casa, preparar la comida o soportar un parto, porque un parto la mataría. Quería ser la niña de su padre, la protagonista de la fiesta de cumpleaños. Crecer era algo terrible, un camino claro hacia el tercer acto. Emily nos mostraba todo eso, todos esos momentos de la vida que habíamos

perdido y que nunca volveríamos a tener.

El tercer acto terminó con los pocos que se habían aferrado a la idea de que Emily no podía ser negra. Terminó con todos nosotros. Cuando Emily volvió a la cocina de su madre, lloré como si no hubiera visto nunca la obra. Lloré porque Pallas era muy buena. Lloré porque yo nunca volvería a interpretar a Emily. Lloré porque me había gustado mucho aquel mundo.

17

En el norte de Michigan no nos detenemos por la nieve. Los colegios abren, los autobuses funcionan. Dejarse vencer por la nieve equivale a verse condenado a la incultura. Joe se levanta temprano para pasar el tractor con el accesorio quitanieves por el camino lleno de baches mientras yo limpio los escalones con la pala. Durante años, he sacado a las niñas de la cama de una en una y las he llevado corriendo a la cálida cocina para que empezaran a vestirse, capa tras capa, empezando con unos leotardos rojos debajo de unos calzones largos de color de rosa. ¿Qué importaba el color? Las llenaba de avena, les daba chocolate caliente, les ponía gorros, manoplas y botas, y luego las mandaba a la nieve. Si hubiera nevado esta mañana, también ahora estaríamos en el huerto cogiendo cerezas heladas de los árboles.

Pero esta mañana de julio llueve, grandes láminas blancas de agua azotan la casa por todos lados. Los relámpagos brillan como una luz estroboscópica, llenando la cocina con un único segundo de centelleo cegador antes de apagarse de nuevo. Esperamos el estruendo del trueno y contamos uno, dos, tres, hasta que llega. Podemos trabajar bajo la lluvia, pero todos los miembros de la familia somos lo bastante sensatos para no ponernos debajo de un árbol cuando caen rayos, lo que significa que el tiempo que más nos gusta, al menos durante una hora, es el que va acompañado de rayos y truenos.

—Mirad este —dice Nell.

Miro justo a tiempo para ver cómo un rayo zigzagueante parte el cielo por la mitad y las hojas arrancadas de los árboles salen disparadas hacia los lados.

—¿Tienes que ponerte justo delante de la ventana? —digo a mi hija pequeña.

Tiene las manos a la espalda y delinea una pequeña silueta.

—¿Crees que me caerá un rayo encima?

—No, pero seguro que los perales serían capaces de pillarte. ¿No me dijiste una vez que los perales se agitan con los rayos? ¿No entraban por la ventana?

Pasamos el año entero mirando por esa ventana: las flores finas como gasas, los pájaros, las cerezas y las manzanas, el otoño rojo brillante, la nevada, el barro resultante y luego otra vez las flores. El impresionismo francés no es nada comparado con nuestras vistas.

Abrimos esa ventana cuando ampliamos la cocina y construimos el salón. A los granjeros de Michigan les gustan las casas que pueden mantener calientes, así que durante meses debatimos la cuestión del calor frente a la belleza, y al final ganó la belleza. Los vecinos entran en esta habitación y hacen un gesto de negación con la cabeza ante tanta decadencia.

—Eres horrible —dice Nell, alejándose. Dirigiéndose a mí, dice—: ¿Tu tobillo te anuncia cuándo va a llover?

—¿Te refieres a mi tendón de Aquiles? No. No sirve para predecir el tiempo.

—¿Te duele alguna vez?

Niego con un gesto de la cabeza.

—Nunca. Diría que puedo pasar una década entera sin pensar en él.

Maisie está tumbada bocabajo delante del sofá con una mejilla pegada al suelo.

—Hazel —suplica—. Cariño.

Extiende el brazo en vano.

Nos informa de que la perra tiene ahora el tamaño de un melón, obstinada y temblorosa en el rincón más alejado, donde nadie puede llegar sin mover los muebles.

—¿Alguien me trae un trozo de queso? —pregunta Maisie sin levantar la vista.

Dejo la costura y voy a la nevera. Seguro que Joe y Emily están en el granero, clasificando, apilando, reparando. Estarán sentados en la oficina del granero, que está llena de arañas y de heno, haciendo pedidos y extendiendo cheques. Saben aprovechar una hora de rayos, y nosotras también, pero nosotras le damos un uso diferente. Yo estoy remendando ropa. Nell hará una empanada de espinacas para cenar. Maisie seguirá intentando rescatar a la perra de debajo del sofá.

—Así pues, ¿cuándo empezó Duke a acostarse con Pallas? —pregunta Nell, sacando los cuencos para mezclar los ingredientes.

Me río. Maisie se incorpora y se golpea la cabeza contra el borde de la mesita de café.

—¡Ay! —digo en su nombre—. ¿Te has hecho daño?

Se frota la cabeza con los dedos y luego comprueba si hay sangre.

—¿Habéis estado hablando sin nosotras?

—No. —Nell se acerca para mirar la cabeza de su hermana en el destello de otro relámpago—. Pero ya se ve adónde va a ir a parar todo esto.

—Te juro que no tengo ni idea de adónde va a ir a parar todo esto.

—A eso mismo —digo yo.

—No creía que a Pallas le gustara Duke.

—A veces eso lo hace aún más emocionante.

Nell asiente con tristeza y empiezo a pensar que cuando termine

esta historia, y ya casi ha acabado, tendré que pedir a cada una de mis hijas que me cuente su breve pasado.

—Bueno, no podemos seguir con la historia si Emily no está —dice Maisie—. Se lo hemos prometido.

—Pero tampoco podremos hablar cuando esté presente —objeta Nell—. No va a querer oír nada malo sobre Duke.

—¿Cómo lo sabías si mamá no te lo había dicho? —pregunta Maisie —. ¿Te lo ha contado papá?

Nell gime.

—Es un pensamiento horrible —digo.

—Sé que Duke se acuesta con Pallas porque así es la vida. —Nell se ha pintado los labios de rojo esta mañana, a saber por qué motivo—. Al tipo le gusta la estrella del espectáculo. Luego no le gusta porque es la estrella del espectáculo. Luego hay un nuevo espectáculo con una nueva estrella y se da cuenta de que la nueva es mejor.

—Que conste que, en ese momento, yo no sabía nada de lo que estaba pasando —digo. Me llevo a los labios la camisa que estoy remendando y muerdo el hilo.

—¿Y tú quieres ser actriz? —le pregunta Maisie a Nell.

—¿Y crees que es muy diferente en la Facultad de Veterinaria? —responde Nell.

Maisie se calla. Su lejano novio le ha dicho hace poco que quiere hacer una pausa en la relación, como si no estuviéramos ya viviendo en una pausa. Me lo ha contado Nell en secreto; Maisie no me ha dicho nada. Vuelve a tumbarse bocabajo.

—¿Hazel? —llama.

—Emily no entiende nada de cómo funciona el mundo —dice Nell —. Benny ha estado enamorado de ella desde que Emily tenía tres años.

—Fielmente enamorados —añade Maisie.

—Dice: «Tienes mucha suerte. Puedes salir con mucha gente. Tienes la oportunidad de salir y tener experiencias y yo solo tendré a Benny en toda mi vida».

Maisie estira más el brazo, con el queso en la palma.

—Que es como llamar a un marine que está en Afganistán para decirle que te encantaría ir a la guerra.

Nell hace un gesto de negación.

—Solo ha estado enamorada de Benny y de Duke.

—Así que tal vez la ayudaría saber que Duke fue infiel —dice Maisie.

—Tal vez no haga falta ni contarlo —digo—. A mí me da lo mismo. Duke estuvo con Pallas un tiempo. ¿Qué más hay que decir?

—Me da pena Sebastian —comenta Maisie.

—Me da pena Pallas —reflexiona Nell.

Sonrío al pensar que a ninguna de las dos les doy pena yo porque aquí estamos, juntas en esta casa bien aislada mientras la lluvia azota los árboles.

—¿Sucedió enseguida? —pregunta Maisie.

—No lo sé. ¿Qué sería «enseguida»?

Cuando vuelvo del hospital todavía estamos en la temporada de verano y quedan cuatro representaciones de *Nuestro pueblo*. *Locos de amor* se estrena cuatro noches después del final de *Nuestro pueblo*. Diría que en los primeros cinco minutos de *Locos de amor* me di cuenta de que ya se habían acostado y que planeaban volver a hacerlo en cuanto bajara el telón. Lo supe yo, lo supo Sebastian y lo supo todo el público. Cuando Pallas echó hacia atrás la botella de tequila, vi que se lo tragaba. Cuando Duke tiró a Pallas al suelo y la cubrió con su cuerpo, el público soltó una exclamación. Sebastian y yo también.

—Creo que cuando se estrenó *Locos de amor* las cosas habían cambiado ya —digo con diplomacia—. Pero no puedo estar segura porque no me lo dijeron.

—¿Qué quieres decir con que no te lo dijeron? —pregunta Nell.

—Quiero decir que una noche Duke estaba conmigo y la siguiente ya no estaba. No podía salir a buscarlo. Tener un yeso gigante en el tobillo complica la tarea de ir a cazar a tu novio. Por cierto, los tendones de Aquiles rotos ya no se escayolan, ¿lo sabíais? Te ponen una bota que te puedes quitar en el baño.

¿Fue antes de *Locos de amor*? ¿Ocurrió mientras yo estaba en el hospital? ¿También habría sucedido si el tobillo no se hubiera hinchado y me hubiera quedado una noche en lugar de dos? Dos noches era ya una noche más de lo que Duke podía pasar solo. Ahora ni siquiera te retienen una noche, es cirugía ambulatoria. Me daba por pensar en esas cosas: parecía mentira que, con un ligero cambio de circunstancias, el resultado hubiera podido ser otro. Pero luego me di cuenta de que, al final, habría sucedido lo mismo y dejé de darle vueltas.

—¿Y qué hiciste? —pregunta Nell.

Abandona la empanada de espinacas antes de empezarla y sale de la cocina para sentarse frente a mí en la gran silla verde. El pintalabios rojo hace que parezca francesa. Maisie se levanta y se tumba en el sofá. Cuando el siguiente trueno agita las tablas del suelo, Hazel sale corriendo y lloriquea para que la cojamos en brazos.

Miro a mis hijas, mujeres jóvenes y brillantes. Quiero que piensen que fui mejor de lo que fui y quiero decirles la verdad por si la verdad les sirve para algo. Esos dos deseos conviven con dificultad, pero nos encontramos en ese punto de la historia.

***

A los dieciséis años, me enganché a *Nuestro pueblo* y así seguí hasta el momento en que Pallas subió al escenario y pronunció las palabras que yo consideraba mías. Después de eso, todo se desvaneció. Ripley pensó que un buen terapeuta podría ayudarme, pero no llegué a intentarlo. Mi confianza se había roto y me había dejado cohibida, acobardada. No creo que tuviera solución. Necesitaba un plan, no para mi vida entera, sino para esos días, algo que justificara mi estancia en Tom Lake hasta que pudiera salir de allí andando.

Me dirigí en silla de ruedas al departamento de vestuario para hablar con Cat, que era la persona más ocupada que había conocido aquel verano. Hacía los trajes, los arreglaba, los remendaba, y todo ello con la mitad del personal necesario. Había cosido el vestido de percal que llevé en el primer y segundo acto, y el vestido de novia blanco para el segundo y tercer acto, y luego cosió otras tantas réplicas para Pallas por si me rompía el tendón de Aquiles en la pista de tenis. Una vez, cuando me estaba subiendo la cremallera del vestido, Cat me contó que se había pasado media noche cosiendo lentejuelas al vestuario del *Cabaret* porque, por fuerte que hiciera los nudos, los bailarines las arrancaban al bailar.

Había creído que Tom Lake era un lugar más evolucionado que el típico pueblecito de Michigan, pero cuanto más tiempo pasaba allí, más cuenta me daba de que funcionaba como el resto del mundo. Los directores y los coreógrafos eran hombres. Los hombres elegían las obras, elaboraban los programas y se encargaban de las luces. Las mujeres preparaban la comida, peinaban las pelucas y pegaban pestañas postizas en los párpados. Cat era la mujer de la aguja y el hilo.

Había tres escalones en la entrada a la gran sala llena de máquinas de coser y maniquíes de modista donde ella trabajaba, detrás del taller de escenografía. Intenté imaginar cómo levantarme de la silla de ruedas, sentarme en el suelo y subir las escaleras con la escayola más o menos en el aire. En ese momento pasó una chica con una camiseta de rayas, no tendría ni doce años, y me preguntó si necesitaba ayuda.

¿Por dónde empezar?

Cat y yo nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pero me ayudó muchísimo. Todavía le envío todos los años una felicitación de Navidad. Por su parte, ella afirmaba que su fantasía siempre había sido que alguien llamara a su puerta un buen día y se ofreciera para remendar. Yo sabía hacer remiendos: sabía confeccionar y cortar patrones, así como reproducir cosas sencillas sin patrones, aunque no podía hacer ninguna de esas cosas sin ponerme de pie. Remendar, sin embargo, era un trabajo para hacer sentada. Me preparó un costurero en el acto, puso en él unas hermosas tijeras como las que tenía mi abuela, metió unos trajes en un cesto de ropa, metió el costurero en el

cesto, luego me lo puso todo en el regazo y me llevó a la casita.

—¿Te han alojado en la casita? —preguntó, mirando a su alrededor, maravillada por lo bonita que era.

—Desde que pasó esto. —Señalé con la cabeza en dirección al pie —. Antes estaba aquí el tío Wallace, pero dicen que no va a volver.

—No lo creo.

Cat, por supuesto, había estado presente aquella noche. Se sentó en el pequeño sofá de cretona. No sabía cuántos años tenía, quizá la edad de mi madre, si bien en aquella época pensaba que todas las mujeres de más de treinta años tenían la edad de mi madre. Cat tenía unos tristes ojos verdes y un pelo que debió de ser rubio cuando era joven. No diré que era guapa, pero tenía un aire tierno y soñador.

—Estuve aquí alguna vez —dijo, poniéndose sobre las rodillas un cojín con unas violetas bordadas—. Hace mucho tiempo.

—¿Con el tío Wallace?

Lo había preguntado en broma, pero Cat asintió.

—Siempre se quedaba en la casita, no se alojaba en ningún otro sitio. El primer par de años que estuvo en Tom Lake me invitaba de vez en cuando, tal vez una o dos veces por semana. Siempre me decía que necesitaba que le cogiera el dobladillo de los pantalones. Me llamaba su amante del guardarropa, le encantaba la situación.

Sonreí porque quería que Cat pensara que era una mujer mundana. Lo que una persona podía considerar una forma de acoso molesto para otra bien podía ser una aventura de verano.

—Era un hombre encantador —dijo, como si ya estuviera muerto.

Yo recibía todos los días un revoltijo de fragmentos y retales y los convertía de nuevo en prendas de vestir. El trabajo me resultaba muy satisfactorio, de la misma manera que imagino que a Rumpelstiltskin le gustaba convertir la paja en oro. ¿Los actores destruían todo lo que tocaban? Cat traía una cesta por la mañana y por la tarde yo ya había terminado. A veces, cuando tenía un minuto libre, Cat traía un par de sándwiches y me contaba historias de Albert Long, historias agradables sobre él, divertidas o de las que hacían pensar, pero nunca me contaba las cosas que yo no quería saber. Me dijo que le habría gustado visitarlo en el hospital después de la hemorragia de esófago, pero que le dio miedo. Pasados los dos primeros años, él pareció olvidarla, no parecía recordar lo que había sido para él, ni siquiera cuando se arrodillaba para ajustarle el dobladillo de los pantalones. Le conté que en el hospital había coincidido con Elyse Adler y entonces se alegró de no haber ido. Elyse era la esposa a la que el tío Wallace había estado engañando en aquellos tiempos.

Por las mañanas, le pedía a Duke que descorriera todas las cortinas antes de irse. Me encantaba coser en la casita, la luz era muy buena. Podía sentarme en la cama con el pie en alto y mi montaña de

remiendos y mantener a raya el pánico durante horas, con la mente tranquila por la labor que tenía entre manos.

—¿Cuándo vas a llamar a Ripley? —preguntó Duke antes de irse a ensayar.

Se había afeitado en la ducha, como solía hacer. Le goteaba el pelo en el borde de la cama, donde estaba sentado, desnudo. A lo mejor sí estuve enamorada de él.

—Es imposible conseguir un teléfono por aquí.

—Tienen teléfonos por todas partes. Y Ripley no para de dejarte mensajes en la oficina.

Había cometido el error de contarle que Ripley me había llamado al hospital, y Duke había visto la película como la respuesta a todo: la pérdida de Emily, mi cojera.

—¿Por qué debería llamarle si nunca me escucha?

—Si dices tonterías, es normal que no te escuche.

—No sé qué va a pasar —dije.

—Así es la vida. Vas a estrenar una película, no es momento de quemar puentes.

Le toqué el brazo, la piel sedosa y tensa sobre el músculo. La redonda cicatriz roja donde había apagado el cigarrillo aún conservaba el último vestigio de una costra.

—¿Me harías un favor?

—¿Qué?

—¿Crees que podrías montar una especie de tabla de planchar encima de la cama?

—¿De qué estás hablando?

—Quiero planchar lo que zurzo, así se termina bien el trabajo. Pero no puedo planchar si no puedo ponerme de pie. Si tuviera una tabla de planchar encima de la cama, una pequeñita…

Pensaba en la tabla de planchar Veit con aspiración y soplado con la que soñábamos mi abuela y yo, pero no pedía nada de eso. Acababa de terminar de coser el cinto de un delantal de muselina que sabía que pertenecía a la señora Gibbs. Quería que quedara bonito.

Me apartó el pelo de la frente con la mano.

—Se te va la olla, bichito.

Miré a Duke, su exagerada belleza.

—Anda, vete —le dije cariñosamente.

Duke estaba feliz ahora que *Nuestro pueblo* estaba a punto de terminar, ahora que era Eddie casi a tiempo completo, ahora que después de nadar en el lago llevaba a Pallas a la habitación que una vez había sido mía. En aquel momento, yo no sabía eso último, pero comprendía que todo estaba cambiando. Duke iba en ascenso y yo estaba saliendo de escena. Ninguno de los dos habríamos sido capaces de expresarlo así, pero lo sabíamos.

Pallas vino a verme y me dio la impresión de que el suelo de la casita le abrasaba los pies. Por mucho que lo intentara, no podía estarse quieta más de un minuto. Llegó con una botella de Orangina de la cafetería y una bolsa de *pretzels:* pequeñas ofrendas para poner en el altar y expiar las culpas. No cabía duda de que estaba incómoda, y yo fui tan tonta como para pensar que se sentía mal por haberse quedado con mi papel, ¡con mis dos papeles! La envolvía una neblina de tequila.

—¿Cuándo vuelve Sebastian?

Le tendí la bolsa abierta de *pretzels,* pero la rechazó con un gesto. Pallas estaba delgada y seguía adelgazando. Yo lo sabía porque ya había metido las costuras del vestido rojo que llevaba en *Locos de amor.* En aquellos tiempos, Sebastian era mi héroe y me sentiría mucho más feliz cuando volviera. Si Sebastian estuviera allí, los equipos estarían igualados: dos actores y dos no actores.

Pallas inclinó la cabeza y se mordió el labio.

—Se ha tomado demasiados días y ha tenido problemas en el trabajo. Va a estar ocupado un tiempo recuperando las clases que se saltó. —Cambió el peso de un lado a otro, casi levantando los pies como para evitar que le ardieran—. Tengo que irme —dijo, con expresión radiante—. Tengo mucho texto que ensayar.

—¡Ensaya aquí! —Di una palmada en el espacio vacío a mi lado donde Duke dormía—. Puedes subirte a esta cama grande y blanda y repasar el texto.

Oh, Pallas, con lo buena actriz que era y, sin embargo, no fue capaz de fingir para hacerme creer que las cosas iban bien, que era mi amiga y que volvería. Se fue casi corriendo para alejarse de mí.

Visto ahora, mi incapacidad para entender lo que estaba sucediendo fue casi una bendición. Pero no tardé en darme cuenta de todo y entonces comprendí por fin lo que le había hecho a Veronica. En esta historia, Veronica tiene un papel pequeño, pero, aun así, la quería más que a todos los de Tom Lake juntos. Su recuerdo se quedó conmigo después de que el resto se desvaneciera, tal vez porque recordamos mucho mejor a las personas a las que herimos que a las que nos hieren.

Asistir a las tres representaciones restantes de *Nuestro pueblo* fue un ejercicio de resistencia. Vi a George y Emily subidos a unas escaleras, hablando de los deberes escolares, hablando de la luna. George y Emily tomando un refresco y hablando de su futuro. Allí estaban en la ceremonia de su boda y cuando Pallas le pedía a Duke que se la llevara. ¿No había dicho siempre que era su chica? Lo siguiente que ve el espectador es el tercer acto, y Emily está sentada en el cementerio con el resto de los muertos. A pesar de todas las veces que había representado la obra, creo que nunca había entendido por completo la

velocidad con que sucedía todo. Chan volvió muy amablemente a la casita y se ofreció a llevarme en silla de ruedas a las tres representaciones, aunque después de la primera noche le dije que no hacía falta que se quedara hasta el final; podía pedir a cualquier desconocido que empujara la silla de ruedas para volver por el recinto de Tom Lake en la noche negra y estrellada. Con el tiempo, ganaría confianza con la silla de ruedas, pero allí había muchas cuestas, y la idea de volcar en la oscuridad cuando estaba sola y romperme un hombro o una rodilla me acobardaba. A Duke le encantaba sentarme en los escalones del edificio de los dormitorios a altas horas de la noche, cuando llegaba a casa, sentarse en la silla de ruedas y hacerla girar en círculos frenéticos. Luego se tiraba cuesta abajo, cada vez más deprisa, hasta que levantaba las manos y gritaba, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. No podía soportarlo. No soportaba verlo, así que yo también cerraba los ojos.

La parte de esta historia en la que yo vivía en la casita y cosía para Cat, la parte en la que *Nuestro pueblo* aún estaba en escena, ensayaban *Locos de amor* y Duke aún venía a mi cama, no pudo durar mucho más de una semana, ocho o nueve días como mucho. Pero fueron días largos, días de verano. Para mí, bien podría haber sido una era geológica.

San Sebastian volvió para el estreno de *Locos de amor*. ¡Cómo lo había echado de menos! Ahora tengo claro que era el mejor de todos nosotros. A primera vista, uno pensaría que era Duke quien gobernaba la órbita mientras Sebastian, Pallas y yo éramos meros satélites. Pero, en realidad, Sebastian era el único necesario. Su interés por lo que decíamos nos hacía interesantes, disimulaba nuestros defectos. Yo echaba de menos los tiempos en que estábamos los cuatro juntos y todos los lugares que frecuentábamos: el lago, la pista de tenis, el coche. A menudo me acordaba de aquel día en la granja de los Nelson.

—¡Mira quién está aquí! —Sebastian me tendió los brazos cuando me acerqué a la puerta abierta para encontrarme con él.

Pero era él a quien había que mirar: la camisa Oxford blanca almidonada y planchada, la americana de verano azul marino. Sin duda eran la misma camisa y la misma americana que llevaba en el bar del Gross Pointe Yacht Club, pero aquella noche se había vestido para Pallas, para el estreno de la obra que protagonizaban su hermano y su chica.

Sebastian acercó la silla de ruedas y se arrodilló para colocar la escayola en el reposapiés.

—Ahora le va a resultar mucho más fácil —dijo, refiriéndose a Pallas—. Cuando una noche tenía que hacer *Nuestro pueblo,* la siguiente *Cabaret* y luego ensayaba *Locos de amor* todo el día, pensaba que nunca lo conseguiría.

¿Por qué no lo había visto de ese modo? No me había parado a pensar en toda la presión a la que estaba sometida Pallas por mi culpa ni en que su novio se veía obligado a quedarse en el trabajo por mi culpa. No es de extrañar que a Pallas le costara estar en mi habitación.

—Pallas es más dura que todos nosotros —dije, y me refería a Duke y a mí, no a Sebastian.

—Por eso me pidió que no viniera durante unos días —contestó.

—¿Te dijo que no vinieras?

—Lo entendí, no tenía tiempo. Si piensas en todo lo que hacía, no tenía ni un minuto libre. Y yo quería verla, te lo aseguro. Tenía muchas ganas de volver a verla en *Nuestro pueblo,* y, aunque hubiera tenido que ir y volver después de la función, lo habría hecho, pero ella dijo que era demasiado.

Sebastian iba con cuidado para evitar cualquier obstáculo o grieta en la acera mientras me llevaba al teatro en la silla de ruedas.

—Habría sido mucho.

—Joe lo ha hecho.

¡Joe Nelson! No me había despedido de él después de la última actuación. Olvidé que no iba a volver a verlo.

—Quizá podamos volver todos a la granja de los Nelson —dije, pensando que podría tener otra oportunidad.

Podríamos revivir aquel día. La comida con Maisie y Ken, las servilletas, Sebastian y Pallas cogidos de la mano cuando nos adentramos en el bosque, Duke corriendo por la playa, Duke tumbado en la densa hierba del cementerio para fumar. Me quedaría con todos aquellos recuerdos.

—Podemos ir a donde quieras siempre que la traigamos a tiempo para la obra.

Se refería a Pallas, no a Duke. No hacía tanto tiempo, Sebastian estaba pendiente de la agenda de Duke, no de la de Pallas.

—Podríamos ir a comer al Yacht Club —propuse—. Podríamos ir los tres en el coche de Pallas y reunirnos contigo.

A Duke le encantaba hablar del Yacht Club, le encantaba pronunciar la palabra yate, contar cómo Sebastian dominaba el mundo vestido de blanco.

Sebastian se detuvo en el punto desde donde se veía mejor el lago, el punto en el que se tomaba el desvío que llevaba al teatro, el sitio por el que pasábamos corriendo día tras día cuando bajábamos la pendiente cubierta de hierba, en medio del calor de la tarde, para tirarnos al agua.

—El club no es un buen sitio para ir —dijo.

Una garza rastrilló la superficie del lago mientras la observábamos, mojándose los pies y sin encontrar nada.

—¡Mira eso! —dije.

Nos entusiasmó el ave. Podría haberle preguntado qué había de malo en almorzar en el club náutico, pero ya lo sabía. Sebastian quería proteger a Pallas de todo, incluso del lugar donde él trabajaba.

A diferencia de Chan, que me había dejado aparcada detrás de la última fila, Sebastian me levantó en brazos y me llevó escaleras abajo. Para ser justos, nunca se me pasó por la cabeza que Chan pudiera ofrecerse a llevarme a cualquier sitio, y creo que a él tampoco se le ocurrió, pero fue reconfortante volver a estar en brazos de Sebastian.

—Sabes que no te llevaría en brazos si fueras una persona de tamaño normal —dijo Sebastian, y yo me reí, contenta por una vez de ser pequeña.

Era la gran noche, y habíamos llegado pronto para tener el privilegio de sentarnos en el centro de la segunda fila.

Se encendieron las luces y la sala empezó a llenarse. Le hablé a Sebastian de la costura y de las cosas que había encontrado en los bolsillos de la gente. Me preguntó dónde había aprendido a coser. Le hablé de mi abuela y le conté que había trabajado en su tienda desde tiempos inmemoriales. Luego él me habló de sus clases de la semana, de un chico de catorce años llamado Andy que tenía un revés muy bueno y era el mejor alumno que había tenido nunca. Los padres del chico se habían apuntado al Yacht Club solo para que pudiera tomar clases con Sebastian. La emoción en su voz cuando hablaba de este chico me conmovió. Más de una vez me dijo que Andy era el mejor de todos sus alumnos.

No creo que Sebastian y yo hubiéramos hablado mucho antes de que me llevara al hospital, pero ahora era distinto, nos considerábamos amigos. Durante los pocos minutos que quedaban, me sentí feliz por estar con él. Años más tarde, cuando pensaba en san Sebastian, recordaba siempre aquel momento en el teatro antes de que se levantara el telón, su camisa blanca y su americana azul marino, su sonrisa mientras se inclinaba para susurrar algo sobre la mujer que estaba en el pasillo, quejándose de que todos los asientos buenos estaban ocupados cuando faltaban cinco minutos para que empezara la obra.

Locos de amor tiene un solo acto. Sam Shepard, en su infinita sabiduría, sabía que, si ponía un intermedio, demasiada gente saldría corriendo hacia la puerta. No quiero decir que la obra sea mala. Por mucho que la odiara, sabía que no era mala, pero dejaba hechos polvo tanto a los actores como al público. Era difícil de ver aunque el espectador no fuera ninguna de las dos personas que, sentadas en el centro de la segunda fila, iban adquiriendo conciencia de que todo lo que amaban se había perdido. Cuando Eddie y May empezaron a besarse, Sebastian me puso una mano encima de la muñeca y ahí la dejó el resto de la representación, con la mirada al frente. Habíamos

perdido a Duke y a Pallas, y lo único que podíamos hacer era seguir sentados y esperar a que terminara el espectáculo.

Pero mientras esperábamos, los observábamos. Comprendimos que nunca había existido la posibilidad real de que Pallas se hubiera quedado con un entrenador de tenis de East Detroit ni la de que Duke se hubiera quedado con nadie. Nosotros éramos miembros del público y ellos eran dioses esbeltos, brillantes y aterradores; iluminaban la sala con el relámpago de su dolor ebrio y su amor excesivo. ¿Cómo podían llegar al final de la función sin irse a casa y arremeter, el uno contra el otro, contra la pared, el suelo o la cama? Seguro que algunos actores lo habían conseguido, los mismos que tomaban agua en lugar de tequila, pero Duke y Pallas eran solo niños. Niños con un talento prodigioso.

Cuando por fin terminó, el público se puso en pie de un salto para aplaudir; Sebastian se abrió paso por la fila de asientos y desapareció. Fue la última vez que lo vi. Me quedé sentada esperando con el vestido azul pálido que me había hecho mi abuela y mi enorme escayola. No había comprendido que Pallas y yo competíamos, aunque así era, y ella había ganado. Una mezcla de dolor, humillación y anhelo me golpeó el corazón con tal violencia que sentí sin la menor duda que se me desgarraba el músculo. Cuando me preguntaron si necesitaba ayuda, dije que no, que mi amigo volvería enseguida, pero al cabo de media hora, cuando todo el mundo se hubo marchado, tuve que reconocer que ni siquiera el bueno de san Sebastian iba a venir a buscarme. Vi que los respaldos de las butacas del teatro podían ser un medio estable de traslado. Me puse de pie y me agarré a uno, al siguiente y al siguiente, saltando hasta el pasillo, y luego fui subiendo las escaleras fila por fila, hasta llegar al sitio donde me esperaba la silla de ruedas. Utilicé la silla como andador, empujándola por la puerta hasta que salí, me senté y volví muy despacio a la casita en la oscuridad. Curiosamente, esto fue lo que me salvó: la seguridad de que podía volver sola.

18

La tormenta casi se ha desvanecido, los truenos retumban en un lugar tan lejano que ni siquiera Hazel está asustada. Ahora solo llueve, y ya no cae esa lluvia que te ahoga si miras hacia arriba. Maisie y Nell me contemplan, ebrias de decepción.

—Sebastian… —Maisie traga saliva—. ¿No volvió?

—Fue al camerino a buscarlos y creo que hubo algo así como una pelea.

—¿Quién te lo contó?

—Cat vino con la ropa rota al día siguiente.

—¿Tuviste que coserles la ropa? —El entusiasmo de Nell por el verano que su madre había dedicado al teatro exhala su último aliento.

Niego con la cabeza.

—Cat nunca me habría pedido que les cosiera la ropa, ella sí sabía lo que estaba pasando. Todo el mundo lo sabía. Dijo que había habido muchos gritos, empujones y acusaciones, que todo fue como una obra de Sam Shepard. Sebastian le pegó a su hermano en la cara.

¿También le había roto la camisa a Duke? Era muy posible.

—¿Y Pallas? —pregunta Maisie.

—Por lo visto, en los ensayos no había bebido tanto, aunque en la noche del estreno se le fue la mano. Cat tuvo que desvestirla.

—¿Así que dos hermanos se pelean por ella y se lo pierde?

—Pues quizá sí.

Cat dijo que Pallas estaba bocabajo en el sofá amarillo, en ropa interior, llorando a moco tendido. No dejó que Cat la ayudara a vestirse. Sebastian se marchó furioso, Duke se quedó en el suelo y el asistente de dirección se fue a buscar una bolsa de hielo para ponérsela a Duke en la mejilla. El asistente de dirección dijo que tendrían que ponerle unos puntos, así que llevó a Duke al hospital. Pallas estaba demasiado borracha para sentarse. Duke había predicado que, en relación con el consumo de alcohol, todo era una cuestión de práctica, pero tal vez Pallas no lo había entendido bien.

—Sé que no debería contártelo —dijo Cat—, pero me dio pena. Me habría gustado que el tenista la hubiera recogido y la hubiera metido en su coche. Después podría haberla perdonado. Esa chica no está a la altura de Duke.

Había querido preguntarle si creía que yo estaba a la altura de Duke, pero, fuera cual fuera la respuesta, no me habría servido de nada.

—¿Cuándo volviste a ver a Duke? —pregunta Maisie.

—No volví a verlo —contesto, negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Nell. Parece una francesita loca—. ¿Te dejó así, sin más?

—Pues sí, así fue.

Maisie se tapa los ojos con las manos.

—Qué hijo de puta. Quiero recuperar cada hora de mi infancia que pasé viendo *El rey de las palomitas.*

Me pongo de pie. *El rey de las palomitas.* Qué idea.

—Así concluye la historia del verano en que vuestra madre salió con una famosa estrella de cine. Explicádsela a vuestra hermana como mejor os parezca, no volveré a contarla.

—Pero entonces no era una estrella de cine famosa —me corrige Nell, esforzándose por controlar la voz—. Todavía no lo era. Solo era un actor gilipollas como tantos otros actores gilipollas.

Me encojo de hombros.

—Algunos de los actores eran majos. Tu padre era muy majo.

—Por eso se dedicó a cultivar cerezas.

Maisie sigue sentada, con la perra dormida en su regazo.

—Quiero matarlo.

—Bueno, no puedes, está muerto, y, de todas formas, pasó hace mucho tiempo.

La rabia se disipa junto con el amor, y lo único que nos queda es una historia. Peter Duke está muerto y yo les cuento la pequeña parte de la historia que viví con él.

—¿Y cómo saliste de allí? —pregunta Nell.

Me vuelvo hacia la ventana. Incluso la lluvia ha llegado a su fin. El sol lo inunda todo.

—Vamos, hay que volver al trabajo.

—Nos lo contarás, ¿verdad? —pregunta Nell—. ¿Me lo prometes?

Contesto que sí, que lo prometo, pero que no le va a gustar.

Maisie y Nell cogen los sombreros, el repelente de insectos y salen con las botas de lluvia a un mundo que chorrea agua. Yo me quedo para preparar la comida, que es lo que debería haber estado haciendo mientras hablaba. El pasado no tiene por qué ser tan absorbente que nos incapacite para hacer una ensaladilla de huevo. Si tuviera que contarlo por escrito, describiría el pasado como un desastre, pero independientemente de cómo acabó, todos vivimos muchos días buenos. En ese sentido, el pasado se parece mucho al presente, porque el presente —este desastre sin parangón— es la época más feliz de mi vida: Joe y yo estamos en esta granja con nuestras tres hijas crecidas,

que se fueron y luego volvieron, y trabajamos todos juntos para recoger las cerezas de los árboles. Si le preguntáramos a la chica que se fue de Tom Lake qué quería de la vida, jamás habría dicho que la granja Nelson en Traverse City, Michigan, pero al final resultó que era eso justo lo que quería.

Cuando termino los sándwiches y meto las bolsas de patatas fritas en la mochila, salgo a la huerta. Las lechugas, las tomateras y las zinnias se están recuperando de la paliza que han recibido. Las diminutas mariposas azules hacen su ronda. ¿Dónde se meten cuando llueve de esta manera? No es que no sea consciente del sufrimiento presente y futuro del mundo, es que sé que el sufrimiento existe junto con la hierba mojada y el cielo azul brillante recién lavado por la lluvia. La belleza y el sufrimiento son verdaderos en igual medida. Eso me lo enseñó *Nuestro pueblo.* Aprendí de memoria esas lecciones antes de comprender lo que significaban. Aunque dejé de representar a Emily hace muchos años, sigue conmigo. Todo el pueblo de Grover's Corners está dentro de mí.

Cuando dejo la comida en el granero y beso a mi marido, las chicas ya se han colgado el cubo al cuello como si fueran caballos preparados para arar el campo. Se han puesto manos a la obra.

—¡Te dejó! —grita Emily cuando me ve llegar.

—Ya lo sabe todo —explica Maisie desde la escalera.

Hazel ha encontrado una pelota de tenis sucia, a saber dónde, y me la trae. La tiro lo más lejos que he lanzado nunca una pelota de tenis y Hazel, la perra que no puede subir escaleras, sale corriendo junto a las hileras de árboles.

—Hemos optado por la versión abreviada —dice Nell.

—Deberías habérmelo contado hace años —protesta Emily.

No sé con exactitud qué le han explicado sus hermanas, pero está milagrosamente indignada en mi nombre, todo su ser tiembla de comprensión y de rabia.

—Te habrías puesto de parte de Duke —señala Maisie, pero lo dice a la ligera.

Emily se acerca y me abraza.

—¿Y qué hiciste? ¿Te quedaste?

Hazel vuelve con la pelota de tenis y, tras juguetear con un breve forcejeo y un gruñido, se la vuelvo a tirar. No es una perra joven, no lo repetirá muchas veces.

—No me quedé.

—¿Vas a hacer que lo adivinemos? —pregunta Maisie desde las alturas.

Empiezo a decir que no, que no vamos a jugar a las adivinanzas, cuando Nell levanta la mano como una colegiala.

—Apareció Ripley y se te llevó.

—¡No! —exclama Emily.

Miro a mi hija pequeña con incredulidad. Nell, la de los labios pintados, ha comprendido la historia.

—¿Cómo ibas a irte, si no? No puedes andar. No tienes coche y, aunque lo tuvieras, tienes una escayola en la pierna derecha, así que no puedes conducir. No se lo has contado a tu familia. Y has dicho que nunca más volviste a ver a Sebastian.

—Espera, ¿no volviste a ver a Sebastian? —Emily mira a Maisie—. Eso no me lo habías dicho.

Sebastian. Este es un punto incómodo sobre el que no he querido concretar; les he ocultado datos, y decido seguir con esa mentira. Ante este despiadado interrogatorio, me he reservado un solo día de intimidad.

—Habría pensado que Sebastian te sacaría de allí, pero no lo hizo. Cat no puede irse de Tom Lake en plena temporada. Elyse Adler no va a volver. No creo que Chan te saque, aunque apuesto a que estaba enamorado de ti —dice Nell.

—Abandona el teatro —propone Maisie a su hermana—: el FBI te necesita.

—Y Ripley quiere que vuelvas para hacer publicidad. Necesita que vayas a Los Ángeles, así que te va a buscar. Eres la estrella de la película.

—No soy la estrella de la película.

—La hemos visto cientos de veces. Eres la estrella. Ripley ha estado llamando y Duke ha estado recogiendo los mensajes en la oficina. —Se para a pensar un poco y aguardamos en silencio—. Dios mío, Duke lo llamó por teléfono, ¿verdad? Duke llamó a Ripley y le pidió que fuera a buscarte. Por eso Ripley fue a Michigan. Si no, habría enviado a esa chica, como se llame, a la tal Ashby, a recogerte y llevarte a Los Ángeles.

—¿Por qué no pudo ir Ashby? —pregunta Emily—. No tiene ningún sentido que Ripley se subiera a un avión.

Emily, a quien temíamos tanto, intenta atar cabos.

—No seas boba —dice Nell.

***

El día después del estreno de *Locos de amor* me quedé en la cama con el pie sobre unas almohadas, fumando cigarrillos, cosiendo lentejuelas y bebiendo el vodka frío y denso del alijo. Tenía tantos motivos para llorar que podría haber fragmentado el llanto en etapas sucesivas: de nueve a diez, llorar por la traición de Duke y de Pallas; de diez a once, llorar por que quería que Duke regresara; de once a doce, llanto dividido entre la pérdida de Sebastian y la pérdida de Pallas,

sentimientos muy diferentes pero entremezclados; de doce a una, la pérdida de Emily y el final de mi carrera como actriz; de una a dos, la frustración de no poder ir andando al baño; de dos a tres, el terror al no saber qué hacer con mi vida, concepto que no iba más allá del día siguiente y todos los demás días. Eso me llevaba de nuevo a la traición, que era lo que había desencadenado todo lo demás. Me dormía, pero por poco rato; no comía; me pinchaba en los dedos con la aguja una y otra vez en mis esfuerzos por coser y llorar simultáneamente, lo que me obligaba a ir dando saltos al lavabo para lavar de la tela las manchitas de mi propia sangre. Quién sabe cuánto habría aguantado en ese estado si no hubiera llegado Ripley, aunque yo diría que mucho tiempo. Cogí un clínex —los había por todas partes— y me soné.

—Por favor, vete —dije.

—Hola a ti también —dijo Ripley.

Se detuvo en la puerta de la casita, calibrando la magnitud del desastre.

—Lo digo en serio. No estoy en mi mejor momento. No puedo negociar.

—Vale, eso está bien porque no estoy aquí para negociar. ¿Tienes idea de lo lejos de todas partes que está este puto sitio? He cogido un avión a Detroit, el peor aeropuerto jamás construido. He tardado una hora andando desde la puerta donde hemos aterrizado hasta la otra donde he tomado un vuelo a un lugar llamado Traverse City en un avión diminuto. Odio esos aviones diminutos. Luego tu novio maníaco me ha recogido en el aeropuerto en un Honda al que le falta la tercera. Me ha dicho que tiene que cambiar directamente de segunda a cuarta y que no fuera yo a pensar que no sabía meter la tercera, sino que la tercera no funcionaba. Por cierto, alguien le ha pegado, seguro que lo sabes. No puede abrir el ojo derecho, el que estaba de mi lado en el coche. Tiene varios puntos en el rabillo del ojo. Un coche con solo tres marchas, un conductor con un solo ojo y una hora y media sin parar de hablar.

—¿Te ha dicho que era mi novio?

Me pasé el borde de la sábana por debajo de los ojos. No había tenido noticias de Duke más allá de lo que había oído contar a Cat.

—¿Eso es lo que tienes que preguntarme?

—Cuéntame qué te ha dicho.

Ripley negó con la cabeza, sin duda disgustado por lo lamentable de mi estado.

—Ha dicho que tenías que irte a California, eso es lo que me ha dicho.

—Es bueno que los dos estéis de acuerdo.

—En fin, te vas de aquí. No he venido de paseo. Tu novio dice que

estás destrozada por lo del pie y por haber perdido el papel en la obra. Dice que este lugar se ha terminado para ti, lo que he interpretado como que él ha terminado contigo y que le gustaría ver cómo te largas, pero eso no es asunto mío.

No me lo tomé bien y Ripley hizo todo lo posible por apartar la mirada.

—Y, de todas formas, ¿a quién demonios se le ocurrió que sería una buena idea poner un teatro en medio de la nada? —dijo, mirando por la ventana hacia el campo y las amapolas.

Me sorbí los mocos y enterré la cabeza en la almohada.

—Es bonito.

—Santa Bárbara es bonita. Pon un teatro de verano en Santa Bárbara y podrá ir la gente.

—Ripley, en serio. Siento que hayas venido hasta aquí, pero necesito que me dejes en paz.

Esto pareció herirlo, aunque no habría pensado que Ripley fuera capaz de sentirse herido. Quizá estaba cansado. Se sentó en el borde de la cama y repiqueteó ligeramente con los nudillos en la escayola.

—No escatiman en yeso por estos lares, ¿verdad?

—No es posible que tenga la menor importancia que haga entrevistas. Nadie me conoce.

Me froté la cara con la sábana. Ripley me dio unas palmaditas en el trozo de pierna que quedaba entre la escayola y la rodilla.

—Tienes que hacer las entrevistas. Es una buena película. Ya lo verás. Será buena para ti.

—Ya no quiero ser actriz.

—Eres una cría y no sabes lo que vas a ser, pero tienes que volver y terminar lo que empezaste.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

—No contestas a mis llamadas, y, además, tengo cierta conciencia de… no sé. —Se detuvo para observar el brillante montón de trajes que cubría la cama—. ¿Qué pasa con esa ropa?

—Coso para el departamento de vestuario.

Cogió el borde de un leotardo plateado y luego lo dejó caer.

—Tengo cierta responsabilidad contigo, tal como me explicó el loco de tu novio por teléfono. Como mínimo, tengo la responsabilidad de sacarte de aquí, y eso nos conviene a los dos.

Un poco de claridad se filtró en mi cerebro abotargado, un rayo de luz. Duke lo había preparado todo.

—Duke quiere que veas la obra. Por eso te ha hecho venir.

Ripley negó con la cabeza.

—Ni siquiera me ha hablado de la obra de teatro.

Una hora y media en el coche y ninguna mención a Sam Shepard. Duke sabía que, si conseguía que Ripley fuera a Tom Lake, yo lo

llevaría a ver *Locos de amor*. Aunque lo odiara, sabía que lo haría, porque sabía que yo era tan tonta como para hacerlo. Duke iba a ser una estrella de cine, pero para ser una estrella de cine tienes que encontrar a alguien que esté dispuesto a mirarte. Su brillantez no se veía fácilmente en un currículum, un retrato o una audición de tres minutos. Tenían que verlo en una obra, en esa obra en particular y en su totalidad. Era de lo mejor que había pasado por Michigan, y ahora lo fundamental era asegurarse de que lo sabía alguien que no fuera de Michigan.

Ripley asistió a *Locos de amor* sin mucho entusiasmo, pero ese era su trabajo. Me pidió que fuera con él, pero le dije que, si nos íbamos al día siguiente, tenía que hacer las maletas. Yo ya era como uno de esos cuervos listos capaces de usar un palo como herramienta. Me senté en la silla de ruedas y utilicé la muleta para hacer caer las cosas de la barra del armario. No había traído más objetos ni más importantes que los del tío Wallace: una modesta cantidad de ropa, un puñado de libros que ya había leído, un reloj. Dejé mis guiones en el congelador con el vodka que Duke y yo aún no nos habíamos bebido. Me bañé con cuidado, terminé de remendar la costura pendiente y le escribí una nota a Cat. Ripley hizo que su secretaria se ocupara de que nos recogiera un coche por la mañana tras asegurarme que no íbamos a volver a Traverse City en el Honda.

—Ni de coña —dije.

Metí los dos bañadores en un rincón de la maleta. Todo Tom Lake había terminado para mí. A pesar de mis quejas, comprendía que tenía la inmensa suerte de que alguien hubiera ido a sacarme de allí.

A la mañana siguiente, Ripley llevó mis maletas al coche mientras yo cojeaba detrás de él; dejé la silla de ruedas en la casita, ya que pertenecía al departamento de atrezo. Nos sentamos en el asiento trasero en silencio, ambos pensando en la misma persona por razones muy distintas. El conductor metió las muletas en el maletero con el equipaje. No podía creer que no me hubiera despedido de ninguno de ellos, ni siquiera de Duke. No me había despedido de Duke y él tampoco se había despedido de mí.

Adiós, teatro. Adiós, cerezos, cigarrillos y vodka. Adiós, lago.

—¿Hasta qué punto está loco ese tío? —preguntó Ripley cuando llevábamos casi una hora de viaje.

Había estado mirando por la ventanilla, probablemente pensando en que nunca volvería a ver Michigan.

—Está loco —dije.

—¿Pero una locura que merece la pena?

No me estaba preguntando por mi vida amorosa, pero era difícil no pensar en ella en esos términos.

—Ya lo viste.

—¿Cómo tiene la cara cuando no está destrozada?

Le dije que era muy guapo.

Volvió a quedarse callado otros quince kilómetros más o menos.

—No me gusta trabajar con locos —dijo.

—A nadie le gusta, pero, si prescindieras de ellos, te quedarías solo.

Ripley asintió.

—Deduzco que habéis terminado mal.

—Pues sí.

—Y que eso ha tenido algo que ver con la chica de la obra.

Como he dicho antes, el asunto era obvio.

—Ella también es buena —dijo distraídamente.

—Es muy buena y, además, baila.

No sé de qué intentaba convencerlo, pero me había pasado el largo verano maravillada por el talento de Pallas y de Duke. No tenía ni idea de cómo se suponía que debía poner fin a esa admiración en un instante.

—Puede que tenga un papel para él. —Ripley no me preguntó si me importaba.

Asentí con la cabeza, preguntándome si me aportaría algún placer en el futuro saber que había contribuido a algo que, de todos modos, iba a suceder. Fui una pieza en el inicio de la meteórica carrera de Peter Duke, una pequeña pieza.

—No me ha gustado que me haya hecho venir al puto Michigan para verlo.

—¿De qué otra forma ibas a verlo actuar?

—No lo sé. Supongo que podría haberse tomado la molestia de ir a Los Ángeles, como todo el mundo. Excepto tú. Tuve que ir a Nuevo Hampshire para encontrarte.

Todo había sido planeado para su máxima incomodidad.

Cuando llegamos al desvío hacia Traverse City, empecé a pensar que podría llamar a Joe Nelson desde el aeropuerto para despedirme. Le contaría a Joe cómo los había perdido —a Duke, a Sebastian y a Pallas— de un solo golpe.

—¿Qué pasa con Pallas? —pregunté a Ripley.

—¿Quién es Pallas?

—La chica.

Negó con la cabeza.

—No necesito una chica, ya tengo demasiadas.

Y Pallas desapareció arrastrada por la brisa mientras Duke venía con nosotros. Entendí las implicaciones de lo que me estaba diciendo y no dije ni una palabra más al respecto.

Ripley me alojó en la casa de la piscina. Por las tardes, me instalaba en una tumbona bajo una sombrilla, en traje de baño, y leía novelas. En la casa de Ripley había un sinfín de novelas. Decía que los agentes

se las enviaban en cajas, esperando que las convirtiera en películas.

—Si te encuentras con algo decente, escribe el tratamiento de un guion —dijo—. Así puedes ganarte el sustento.

—Ya me estoy ganando el sustento.

Ashby seguía contratada y seguía albergando la esperanza de ser actriz. Me llevó a que me pintaran las uñas, me depilaran las cejas y me hicieran unos sutiles reflejos alrededor de la cara. Había un estilista y un profesor de medios de comunicación que me enseñó cómo funcionaban las entrevistas en la televisión y en la prensa. Me habían preparado para entrar en el negocio y me iban a preparar para salir.

—No vas a salir de aquí —dijo Ripley.

—Esa es una frase de película de terror.

—Seguro que sí. Entonces, ¿qué vas a hacer con tu vida si no haces esto?

—«Esto» no existe. Ha desaparecido. No es broma. Solo estoy aquí para hacerte un favor porque tú me hiciste un favor. Cuando terminemos, tal vez regrese a Nuevo Hampshire y me dedique a la costura. Tal vez termine la universidad. Quería ser maestra antes de conocerte.

Puso los ojos en blanco.

—No me des más la lata con eso —dijo.

Durante el mes que estuve allí, Ripley y yo entablamos una extraña amistad. Nunca supe nada de su vida personal, aparte de que no parecía tener ninguna. Era amable conmigo, a pesar de mi mal humor. Nunca supe si era porque sentía lástima de mí, si me estaba agradecido por haberlo puesto en contacto con Duke o si creía que tenía que vigilarme hasta que se estrenara la película. Tal vez solo era un hombre decente. Había empezado a pensar en él como en mi tío, tal como lo había llamado Charlie en el Algonquin hacía ya siglos. Ripley salía, compraba ensaladas en algún restaurante de lujo y nos las comíamos juntos por la noche, bebiendo Chablis. Unas veces veíamos una película, pero otras no. Le gustaba el *honeymoon bridge* y yo sabía jugar.

—Eres la única actriz joven de Bel Air que juega al *honeymoon bridge* —decía mientras yo barajaba.

Siempre me apetecía fumar un cigarrillo después de cenar, pero no había tabaco en toda la casa. Todos los que trabajaban para Ripley habían recibido instrucciones de no comprármelos.

—Fumas como un niño de octavo —dijo—. No resulta atractivo.

Así dejé de fumar. No me importaba demasiado, ya que cuando fumaba echaba de menos a Duke. Ripley no me hablaba de Duke, pero yo sabía que había cosas en marcha. Había enviado a un director de casting a Tom Lake para que viera la obra y, a la semana siguiente,

después de una reunión, dejaron en la encimera de la cocina una pila de fotos y allí estaba la de Duke, otro chico guapo en una pila de chicos guapos. Me llevé la foto a la casa de la piscina y lloré mientras la miraba. No se me iba de la cabeza la idea de que a lo mejor iba a buscarme. Debía de saber dónde estaba yo y le pegaba mucho aparecer por allí y entrar en la casa de la piscina en plena noche, especialmente en una casa con piscina propiedad de Ripley.

«¿Dónde está mi chica? —diría—. ¿Dónde está la chica que cumple años?»

Ripley me decía que cerrara la puerta con llave, pero la dejé siempre abierta.

Mi agente me consiguió una cita con un gran médico californiano especialista en manos y pies. Este me quitó la escayola, me hizo una radiografía del tobillo, examinó la incisión y me informó, con gran asombro por su parte, de que todo parecía estar bien. Sustituyó el yeso por una férula ligera de fibra de vidrio y me dio un andador que me hizo sentir como si hubiera vuelto a nacer. Seguí usando las muletas para las entrevistas porque, como me explicó Ripley, las muletas eran sexis y juveniles y los andadores eran… andadores.

Al cabo de dos o tres días, Ripley organizó una proyección en el estudio y vimos *Singularidad* con algunos amigos suyos, gente del estudio y varios de los actores de la película, aunque no la famosa actriz, que estaba rodando en Quebec.

—No está en Quebec —dijo Ripley, sin molestarse en bajar la voz—. Lo que pasa es que acaba de enterarse de lo buena que eres.

Yo era buena, o la persona de la película que se parecía mucho a mí era buena. Aquella chica acababa de hacer el papel de Emily en la producción de *Nuestro pueblo* de la Universidad de Nuevo Hampshire. Había dejado la universidad cuatro semanas antes de terminar el penúltimo año y tenía intención de volver. Nunca había oído hablar de Duke, Sebastian o Pallas, ni sabía que existiera Tom Lake. Ver la película me hizo pensar que no sería tan difícil volver a ese lugar. Tres años no era tanto tiempo.

Hice las entrevistas con muletas y todo el mundo quedó encantado. Aparecí en *The Tonight Show* con un vestido rosa sin mangas, el pie bueno calzado con una zapatilla de ballet y unos brazos todo músculos y tendones. Crucé el escenario con un balanceo bonito y rítmico y me dejé caer en la silla junto a Johnny Carson. Él ya estaba viejo, cansado del trabajo, pero mis muletas y mi escayola lo despertaron.

—¡Anda, mírenla! —dijo.

Entonces sonreí y saludé. Lo había clavado antes de abrir la boca.

A la mañana siguiente, cuando llamé a mi abuela, se puso a llorar por teléfono.

—Todo el mundo me llama —dijo—. Como si yo hubiera hecho

algo.

Ayudé a la película, Ripley tenía razón en eso. Aunque no fuera un éxito de taquilla veraniego, funcionó mejor de lo que nadie pensaba, y mi tendón de Aquiles roto y yo nos llevamos el mérito. Todos los entrevistadores querían hablar de mi juego de tenis, me preguntaban si planeaba enfrentarme a Steffi Graf cuando me quitaran la escayola, y cada vez me reía como si no hubiera oído antes la broma. La publicidad fue la mayor actuación que hice en mi vida y no sirvió para disuadirme de la idea de que aquello había terminado. No quería que nadie me rizara o me alisara el pelo o me dijera que mirara hacia arriba mientras me aplicaba el delineador de ojos. No quería que nadie me tocara. Todas las cosas que te parecen razonables cuando intentas ser actriz te parecen insoportables cuando dejas de serlo. Jane Pauley dijo que yo era la hija de América, y yo dije que eso era bueno porque pensaba volver a casa.

Ripley en persona me llevó al aeropuerto en el MG. Se sentía nostálgico, no cogía nunca el MG. Aparcó el coche y me acompañó sin dejar de plantearme todo tipo de propuestas hasta la misma puerta de embarque.

—Estás cometiendo un grave error. —Fue lo último que me dijo.

No sabía si lo decía en serio o si se sentía solo. Sabía que le gustaba tenerme cerca, pero seguro que podría encontrar otras actrices para la casa de la piscina. Yo había terminado con todo aquello. Le di un beso y me alejé cojeando con las muletas hacia el sol poniente.

19

La brisa fresca agita los árboles y barre la lluvia prendida en las cerezas y las hojas. El huerto está reluciente y he terminado, ya les he contado todo el verano que pasé en Tom Lake más todo tipo de explicaciones adicionales. Les he dado a mis chicas la versión del director.

Nell se agita, inquieta, sobre la hierba húmeda.

—¿Y no piensas nunca que cometiste un error? —pregunta.

—Pero bueno, ¿a estas alturas todavía piensas que debería haber sido actriz?

—Ser actriz me parece una pesadilla —comenta Emily.

Las tres miramos a Maisie en busca del desempate.

—Yo me quedo con la ternera cagona —declara.

Así que he sumado a mi bando a dos de mis chicas. En cuanto a la tercera, Nell cree que, en realidad, todo el mundo anhela en secreto subirse a un escenario.

—Y, al final, ¿Ripley acabó dándole trabajo a Duke? —pregunta Nell.

—*¡Rampart!* —Emily siempre se asombra ante nuestra inmensa ignorancia, aunque en este caso yo sí sabía la respuesta—. Fue un programa de televisión de Ripley y ganó diez Emmy.

—¿Y Duke ganó alguno? —pregunta Maisie.

Emily niega con la cabeza.

—Dos nominaciones, nada más. En aquella época nadie entendía su manera de trabajar.

Recuerdo que vi la gala de entrega de premios con mi prima Sarah en Nuevo Hampshire, las dos sentadas en la cama de mi abuela porque el mejor televisor estaba en su dormitorio. La cámara giraba una y otra vez hacia Duke. Incluso en una sala llena de estrellas de la televisión, él llamaba la atención.

—¡Es él! —dije, señalando la pantalla—. Ese es el chico con el que estuve saliendo.

Lo enseñaron de perfil, riendo, vestido con un esmoquin, esbelto e inmaculado, con la corbata desanudada.

—Entonces, ¿quién es la chica con la que está? —preguntó mi prima, como si hubiéramos pillado a Duke en una infidelidad.

—Ya no salgo con él. No tengo ni idea de quién es.

Esa chica es una criatura de belleza espectacular, quería decir. Eso es lo que es.

—Lo que quisiera saber —dice Nell, con el cubo colgado del cuello y lleno de cerezas hasta la mitad— es qué pasó contigo.

Le cuesta asimilar la idea de que tuve todo lo que ella siempre ha querido tener y renuncié a ello.

Emily y Maisie miran a su hermana y luego me miran a mí.

—¿Cómo que qué pasó conmigo? Me casé con tu padre. Vinimos aquí. Os tuvimos a las tres.

—¿Pero cómo fue? Siempre había creído que papá y tú os enamorasteis en Tom Lake, dejaste a Duke por papá y luego los dos os marchasteis de allí. Pero resulta que te fuiste de Michigan sin siquiera despedirte de papá desde el aeropuerto. Cuando te fuiste a Los Ángeles, ¿papá se quedó aquí?

—Se quedó el resto del verano ayudando a Maisie y a Ken, luego se marchó a Chicago a dirigir una obra —digo, aunque no estoy segura de que fuera Chicago.

—¿Le escribiste? —pregunta Emily.

Niego con un gesto de la cabeza. No fui lo bastante inteligente para escribirle a Joe.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que te encontró? —pregunta Maisie.

Algo en la construcción de su pregunta me conmueve, como si Joe hubiera ido de puerta en puerta, buscándome durante mucho tiempo.

—Tres o cuatro años —digo.

El tiempo en Nuevo Hampshire era eterno, al igual que en Nueva York. No conté los días.

—Háblanos de lo que pasó cuando volviste a Nuevo Hampshire —dice Emily, alegre ante la idea de oír más capítulos—. Háblanos de Nueva York. Háblanos de cuando te reencontraste con papá.

—No, de verdad, he terminado.

Me están recordando cuando eran pequeñas y estaba yo sola con ellas en la casa, sepultada por la nieve, Joe estaba en el granero intentando reparar un tractor que no sabía cómo arreglar, y yo sentía que las niñas se me iban a comer cruda. Nell me estaba devorando literalmente, todavía mamaba, y las otras dos trepaban hasta mi regazo cada vez que me sentaba. Imaginaba que, un día, Joe volvería a casa y se encontraría a las tres haciendo una casita de juguete con mis huesos.

—Dijiste que esta no iba a ser la historia de un hombre famoso —me recuerda Nell—. Se suponía que era una historia sobre ti.

—Era una historia sobre mí, pero no puedo contaros cada minuto de mi vida, nos moriríamos de aburrimiento.

Maisie mira hacia la larga hilera de árboles, todos ellos cubiertos de cerezas.

—De todas maneras, nos vamos a morir de aburrimiento.

Antes que volver a aquellos tiempos, preferiría coger yo sola todas y cada una de las cerezas.

—Empieza por una frase —dice Nell, como si esto fuera una clase de improvisación—. Y sigue poco a poco. A ver adónde te lleva.

Pienso en ello. Aquellos años tan duros pueden, de hecho, condensarse en una sola frase, así que lo intento.

—Volví a Nuevo Hampshire y me quedé con mi abuela hasta que murió.

***

Yo era su favorita y ella era mi favorita. Mi abuela se casó con mi abuelo a los dieciocho años y tuvo a su primera hija, mi madre, a los diecinueve. Mi abuelo trabajaba en el ferrocarril, ella cosía y juntos ganaban lo suficiente para salir adelante. Tuvieron cinco hijos, el cuarto de los cuales era sonámbulo. Una noche, cuando tenía seis años, Brian se levantó de la cama, recorrió el pasillo, bajó las escaleras y salió por la puerta principal hacia la nieve. Incluso dormido, supo cerrar la puerta. A la mañana siguiente, cuando mi abuela fue a levantar a todo el mundo, Brian no estaba en la cama. Miró por toda la casa y luego salió sin ponerse siquiera el abrigo. Lo encontró al final del camino de entrada, junto al buzón, muerto de frío. Los cuatro hijos restantes crecieron bien. Con el tiempo, vinieron del hospital catorce nietos. Si queréis buscarnos, veréis que los Kenison estamos por todas partes. Mis padres se conocieron en el instituto y también se casaron jóvenes; entonces todo el mundo se casaba joven. Tuvieron a sus dos hijos enseguida: Heath, al que llamaban Hardy, y Jake. Esa era la familia. Eso era lo que querían. Pero cuando mi madre tenía treinta y cinco años llegué yo. Treinta y cinco ahora no es nada, diréis que era joven, pero estar embarazada cuando ya tenía dos hijos crecidos, uno de los cuales jugaba ya al fútbol en el equipo universitario, le daba vergüenza.

No diré nada en contra de mis padres o de mis hermanos. Eran buenos conmigo, pero desde que alcanza mi memoria, se dio por hecho que yo viviría en casa de mi abuela, situada a seis manzanas de distancia. Mi abuelo había muerto de enfisema y todos decían que mi abuela necesitaba compañía, en la medida en que una niña pequeña puede acompañar a alguien. Supongo que no vivía siempre con ella, pero estaba con ella casi siempre y jugaba con retales de tela y cintas enrolladas en bobinas mientras ella trabajaba. La tienda de arreglos de costura tenía también una pequeña selección de agujas y lanas porque no había en toda la población una tienda con materiales para hacer punto de media. Cuando me hice mayor, en una ocasión mi madre me

vio tejer un jersey durante el desayuno y dijo que lamentaba no haber prestado más atención a los intentos de su propia madre por enseñarle. Intenté cientos de veces enseñarle yo misma, pero mi madre era como un *border collie* y no era capaz de estarse quieta.

Sin embargo, mi abuela y yo éramos maestras absolutas de la inmovilidad. Me enseñó a jugar al *honeymoon bridge* y a ver películas mientras contaba los puntos en silencio. En aquella época no había audiolibros y me pedía que le leyera mientras ella cosía. Pasé de *La casa del bosque* a *Moby Dick,* que nunca habría terminado de no ser por sus insistentes peticiones para oír otro capítulo. Le leía todos los libros que tenía que leer en el colegio y todos los que elegía por placer. Probablemente, ahí está el origen de mi afición a actuar, ya que la recuerdo diciéndome que fuera un poco más interesante y, más tarde, que fuera un poco menos interesante. Cuando interpreté a mi primera Emily en el instituto, ella me ayudó a memorizar los diálogos y yo la ayudé a coser el vestuario. Cada una de nosotras tenía un ejemplar de la obra y la leíamos a la hora del desayuno, la comida y la cena.

—Es igual que tú —decía mi abuela—. La más lista de la clase.

Mi abuela también había sido la más lista de su clase, todo el mundo lo decía, pero se casó el sábado siguiente a su graduación y no le sirvió de mucho haberlo sido. Sus cinco hijos le dieron una vida plena, y, más tarde, los cuatro hijos restantes hicieron lo que pudieron para que su vida fuera plena. Era rápida calculando: tenía que serlo para hacer patrones y llevar un negocio. Guardaba en la mesilla de noche, ahí donde otra mujer habría tenido una Biblia, el diccionario encuadernado en cuero rojo que su marido le había regalado en su primer aniversario. Quería que yo fuera a la universidad y luego quiso que fuera a California para ser actriz. Quería que tuviera todo lo que yo siempre había creído desear.

—Miradla subirse a un escenario como si nada —decía a sus amigos.

Fui a la Universidad de Nuevo Hampshire y después cogí un avión a California y me registré sola en un hotel. La asombraba.

Ni una sola vez me hizo sentir mal por irme. No sé si me habría ido si hubiera pensado que se sentiría sola. Pero estaba alegre por todo, feliz por mí. Seguía teniendo mucha familia a su alrededor y conocía a todo el mundo en el pueblo, así que me fui. No me arrepiento. Ella nunca habría querido que me quedara por su bien. Quería que hiciera algo con mi vida, el tipo de cosas que ella no había podido hacer. Pero cuando pienso en los años que estuve fuera, concluyo que habría preferido pasarlos con ella.

Mi abuela cerró la tienda de arreglos de costura más o menos cuando me mudé a Los Ángeles. Le costaba ver incluso con luz intensa, y aquello resultó ser la primera etapa de una degeneración

macular. Ya no podía dar puntadas pequeñas, pero sí era capaz de hacer muchas otras cosas. Incluso cuando ya no tenía la tienda, la gente le llevaba ropa. Tenía siempre una cinta métrica amarilla colgada del cuello y cosió mientras pudo porque creía que ese era su papel en nuestro pueblo. Ninguno de mis hermanos se estableció en Nuevo Hampshire al salir de la universidad, y entonces mis padres se mudaron a Florida porque mi madre sufría terriblemente de artritis en invierno. Invitaron a mi abuela a irse con ellos, pero no quiso. Mi abuela tenía otros hijos que, a su vez, habían tenido hijos y, en algunos casos, esos hijos habían tenido hijos. Cuando volví, con el pie todavía encerrado en la bota de fibra de vidrio, tal y como había salido en la televisión, todo el mundo tenía claro que yo era la persona a la que mi abuela quería. ¿Por qué no quedarme? Tenía dinero y ningún plan. Volví a mi habitación, que ahora albergaba dos máquinas de coser, una máquina de hacer ojales, expositores con hilos y una remalladora que, después de mí, era su orgullo. Yo la ayudaba a coser. Me explicaba lo que había que hacer si no podía hacerlo ella misma. Por las tardes, le leía en voz alta. Le dije a Ripley que le pidiera a su secretaria que me enviara por correo los libros que no le interesaran, y me mandaba cajas enteras. La gente me paraba por la calle para decirme lo bien que lo había hecho en la película. Era fácil reparar en mí: las muletas, la férula. Pensaban que era famosa y se asombraban de que hubiera vuelto a casa. Las hojas se pusieron rojas. Me quitaron la férula. Estaba segura de que algo había ido fatal porque ahora sufría dolores insoportables y continuos. No podía apoyar el pie en el suelo, pero el médico me dijo que ya se me pasarían, y así fue. Empecé y terminé la fisioterapia. Mis jerséis salieron del baúl de cedro. Encontré mis botas. Me preguntaba por Duke, Pallas y Sebastian, segura de que los tres habían tomado caminos distintos. Más que nada, me preguntaba si alguna vez pensaban en mí. Intenté encontrar a Veronica, pero ya no estaba allí. Ni Veronica ni su madre ni sus hermanos. En aquellos tiempos, la gente se mudaba y ni siquiera la oficina de correos sabía dónde encontrarlos.

Mi abuela me propuso que volviera a abrir la tienda de arreglos, que tendría mucho trabajo. No me cabía la menor duda, pero no sabía si estaba preparada para dedicar mi vida a la costura en Nuevo Hampshire. Entonces, una noche, salió en las noticias un reportaje sobre el cáncer de mama en el que se hablaba de las mamografías y la detección precoz, y algunas mujeres contaban que se habían encontrado un bulto en el pecho. Estábamos preparando la cena. Siempre apagábamos la televisión cuando nos sentábamos a comer, pero podíamos verla mientras cocinábamos. Esa era la norma.

—Pues yo tengo eso —dijo mi abuela mirando el televisor.

—¿Una mamografía?

Negó con la cabeza sin mirarme.

—No, un bulto.

Había estado cortando un brócoli, dejé el cuchillo y me lavé las manos.

—¿Y qué hiciste?

—Nada.

—¿Y qué dijo el médico?

Entonces me miró.

—Me llevé un susto de muerte.

—¿Y qué pasó?

Mi cerebro insistía en oírlo todo en pasado: «Una vez tuve un bulto en el pecho». No podía entender que era algo que estaba sucediendo en el presente.

—Decidí esperar a que volvieras a casa —dijo—. Siempre se te da muy bien resolver las cosas.

—Llevo ya tres meses en casa.

Mi abuela se había encontrado el bulto un año antes y, cuando empezó a supurar, lo tapó con una gasa. Volví a mirarla y vi un relieve irregular bajo la ropa. El bulto era grande.

Cuando empezó la desesperada ronda de citas con los oncólogos, el pasado se desvaneció. Todas las cosas que había pensado antes de mí —soy actriz, no soy actriz, estuve enamorada, me traicionaron— se desintegraron en la nada. Le preparaba tazones con gachas de trigo que no se comía y que luego tiraba a la basura cuando se enfriaban. Me ocupaba de organizar las visitas de la gente que quería verla, sus dos hijos y sus dos hijas —una de ellas, mi madre—, mi padre, mis hermanos, todos mis primos, todos sus amigos. Me aseguraba de que nadie se quedara demasiado tiempo. Me sentaba junto a su cama y le leía. Le leí *Nuestro pueblo,* haciendo todos los papeles, y lloramos al final, cuando el director de escena dice eso de que el planeta se esfuerza por seguir adelante y habla de lo cansados que estamos todos. Entonces le hablé del tío Wallace, pero no le conté que había muerto, sino lo maravilloso que estaba interpretando el papel de director de escena. Me cogía de la mano y, más tarde, yo le cogía la suya. La llamaba Nell, que era su nombre, porque solo así respondía.

—¿Sabes quién está aquí? —me dijo Nell un día con los ojos cerrados.

Llevaba dormida toda la tarde y yo estaba sentada cosiendo dobladillos porque, increíblemente, la gente le traía cosas para coser, pensando que así tendría algo que hacer mientras se moría. Querían que terminara las cosas pendientes.

—¿Quién?

Entraba y salía mucha gente en la casa.

—Brian. Cada vez que me despierto lo veo sentado a los pies de la

cama.

—Eso está bien —contesté.

—No ha cambiado. Siempre me pregunté si crecería, pero no ha crecido.

Mi abuela miraba la nieve por la ventana, pero no sé si la veía. Tenía los ojos nublados.

—¿Quieres una pastilla?

Asintió levemente, le di un vaso de agua y la ayudé a incorporarse. Cuando volvió a dormirse, fui a la cocina y llamé a mi madre para preguntarle quién era Brian, y me contó la historia del hermano que había muerto en la nieve. Nunca había oído hablar de él.

—Era demasiado triste para contarlo —dijo mi madre.

Más tarde, cuando supe buscarlo, encontré a Brian en el cementerio, un Kenison más entre otros muchos. Enterramos a Nell a su lado. Después de su muerte, me quedé en Nuevo Hampshire una larga temporada. Había cosas que atender, por supuesto, y además no tenía adónde ir. La familia se llevó lo que quiso: una máquina de coser, una lata llena de botones, los muebles del comedor. Yo limpié el resto. Encontré los cinco ejemplares del *Monitor* en el fondo del baúl de las mantas, la reseña de la obra, mi foto haciendo de Emily en el instituto. Vinieron los primos y pintamos la casa habitación por habitación, arreglamos el suelo del cuarto de baño, pagamos a un obrero para que arreglara el tejado y a otro para que derribara el roble medio muerto que se había ido inclinando precariamente sobre el porche trasero a lo largo de los años. Hicimos todo lo que deberíamos haber hecho mientras ella vivía. Me llevaba bien con mi familia y muchos me invitaron a quedarme con ellos cuando la casa por fin se vendiera, pero cuando la vendimos todo se acabó. La única persona de Tom Lake con la que seguía en contacto era Cat, que conocía a un diseñador de Nueva York que buscaba una costurera. Cuando conseguí el trabajo, uno de mis tíos metió mis cosas en el coche y me acompañó.

De los años en Nueva York no hay nada que contar. Trabajé mucho. Tenía algunos amigos. A veces iba a los ensayos con el diseñador para tomar medidas a los actores con la cinta métrica amarilla colgada del cuello. Hacía trajes, renovaba otros, conseguía entradas para las obras si había asientos disponibles una hora antes del inicio. Cosí miles de cuentas. Pensé en estudiar por la noche o incluso en volver a la Universidad de Nuevo Hampshire. De vez en cuando, alguien en la cola de alguna tienda me miraba fijamente y me preguntaba si era la chica de *Singularidad.* Yo decía que no, pero que me lo preguntaban con frecuencia.

Un día estaba en un teatro hilvanando largos trozos de tul en la cintura de la falda de una joven porque el diseñador del vestuario

quería hacerse una idea de cómo quedaría por detrás si tuviera más volumen, y oí una voz.

—¿Emily?

Me quité los alfileres de la boca y los pinché en el acerico que llevaba en la muñeca. No podía ver nada porque la sala estaba a oscuras y las luces del escenario estaban encendidas. No sabía quién había por ahí ni con quién estaba hablando. La chica a la que estaba prendiendo alfileres bien podía llamarse Emily.

—Emily —volvió a decir la voz, pero esta vez sin tono interrogativo.

Entonces lo reconocí. Nunca me había alegrado tanto de oír el sonido de una voz pronunciando un nombre que no era el mío.

***

—¿Y esta vez te diste cuenta enseguida de que estabas enamorado de ella? —pregunta Maisie a su padre.

Joe ha venido en el Gator a recoger las cajas. Cuando se da cuenta de que ya no estamos hablando de Tom Lake, apaga el motor y se queda.

—Esta vez, sí —contesta Joe—. Al instante.

Asiento con la cabeza. En una ciudad donde había gente que pensaba que yo podía ser la chica de una película, me encontré con Joe Nelson, la única persona que realmente me conocía, la única persona a la que yo conocía. Salimos juntos del teatro aquella tarde riendo a carcajadas. Me dijo que lo habían contratado la semana anterior para intentar salvar una obra pésima. Le conté que nunca había sido mi intención trabajar en el teatro, estar con actores, pero necesitaba un trabajo y Cat me había enviado allí. Nos sentíamos como si estuviéramos retomando algo que había empezado mucho tiempo atrás. Pero no habíamos empezado nada, ¿verdad? Le dije que podría haber estado tomando medidas para cualquier otro espectáculo o colocando tul en las faldas de los vestidos de novia en un salón nupcial. Me contó que él debería haber regresado a Chicago, pero que entonces nunca me habría encontrado. ¿Y entonces qué? Yo habría tenido una vida diferente, una vida que nunca podré imaginar. Una vida sin Joe y la granja, sin Emily y Maisie y Nell.

—¿Volviste a Michigan después de eso? —pregunta Emily. Está sentada en la hierba, nos hemos sentado todos y nos da lo mismo que el suelo esté húmedo.

—No volvió de inmediato —dice Joe—. No se lo pedí. Me daba miedo ahuyentarla.

—El verano siguiente, cuando volvimos a Michigan para ver a Maisie y Ken, hicieron como si yo hubiera sido la novia de tu padre

todo el tiempo, como si lleváramos años juntos. Qué buena fue Maisie conmigo. Puso las servilletas que le había regalado.

—¿Os alojasteis en la casita? —pregunta Emily.

Miro a Joe.

—Sí, ¿verdad?

Dormimos en una cama de matrimonio llena de bultos de la que más tarde Benny y Emily se deshicieron. Teníamos las ventanas abiertas. El croar de las ranas nos despertaba en mitad de la noche y luego nos arrullaba para que nos volviéramos a dormir.

—¿Conseguiste al final poner en orden las cuentas de la granja? —pregunta Maisie.

—Todavía no lo he conseguido —contesta Joe.

—Tu padre les dio el dinero necesario para que se mantuvieran a flote. Les dio todo el dinero que tenía y, cuando no fue suficiente, dirigió un par de anuncios muy lucrativos de mantequilla de cacahuete.

—No les cuentes eso —protesta Joe.

—Dirigió anuncios icónicos de mantequilla de cacahuete para ganar dinero con el que pagar las facturas de Ken y Maisie.

Con el tiempo, aquella donación se tradujo en la compra de su participación en la granja, aunque esa nunca había sido su intención. Ken llevaba un registro de cada centavo y un día llamó a Joe para decirle que ya era dueño de toda la granja.

—¿Qué mantequilla de cacahuete? —pregunta Nell.

—Skippy —digo—. Hizo uno para la crujiente y otro para la suave.

Asienten en silencio, admirando su talento. Al contemplar tantos árboles engalanados con cerezas, es fácil comprender que todo podría haber ido por otro camino.

***

—¿Y si dejamos este mundillo? —preguntó Joe una mañana cuando estábamos sentados en una cafetería de la calle Treinta y Ocho Oeste, comiendo tortitas.

—Yo lo dejé hace mucho tiempo —contesté.

***

—Las facturas de la granja también eran mías —les cuenta Joe a las chicas—. Mi padre era dueño de la mitad de la finca aunque no trabajara en ella y, si heredas la tierra, heredas también las deudas. En 1995 ya éramos nosotros los propietarios, y ese fue un año desastroso para todo el mundo; la gente se tuvo que marchar y dejar las tierras. Todo el verano fue perfecto: las temperaturas fueron perfectas, cayó la

cantidad perfecta de lluvia, ni una sola plaga en ningún árbol de ninguna granja. La cosecha fue enorme, como nadie había visto en décadas, y el precio cayó en picado. Solo me alegraba el hecho de que Ken y Maisie vivían ya en Arizona.

—Si vuestro padre no hubiera tenido pagadas todas las facturas y no hubiera tenido ahorros, habríamos perdido la granja —añado, pero Joe me mira y me detengo. Me callo: perder la granja es un tema del que no se puede hablar.

Y no hablaremos tampoco de nuestro reencuentro en aquel teatro, de los años que pasamos saliendo, viviendo juntos hasta que decidimos casarnos, mudarnos a Michigan. Joe ha movido la palanca que hace que el tren pase de la vía del amor a la vía del brusco descenso de los precios de las cosechas. Se ha ocupado de que, cuando se vaya, pensemos en las cerezas y no en nuestro noviazgo, lo cual es justo, porque el noviazgo es solo nuestro, tenemos trabajo pendiente y ya hemos perdido medio día por culpa de la tormenta.

—Debería volver al trabajo. —Joe se levanta, algo rígido, con la parte trasera de los vaqueros húmeda y llena de barro.

Nos levantamos todas y empezamos a cargar las cajas en el Gator. Los vecinos no nos vieron como un par de teatreros de Nueva York que habían llegado para hacerse cargo de la granja, sino como a Joe Nelson, que estaba por ahí desde niño, y su mujer.

Y gracias a los esfuerzos de Joe, la granja de la que nos hicimos cargo iba mejor de lo esperado, y me refiero solo al estado financiero, ya que la casa principal, la casita, el granero, los remolques donde se alojaban los equipos de trabajadores de la temporada de verano, las vallas y los propios árboles se encontraban en diversos grados de deterioro. Ken y Maisie cogieron sus cosas y se marcharon a Arizona a vivir cerca de su hija. Tras la muerte de Ken, Maisie pasaba los veranos con nosotros y era de gran ayuda.

—Allí hace más sol del que una persona puede aguantar —decía mientras estábamos codo con codo en la cocina, con las niñas gateando y caminando a nuestro alrededor.

—Así que papá te salvó —dice Emily.

Sigo cogiendo cerezas y no pararé en lo que queda de día.

—Tal vez sí. A menos que fuera yo quien lo salvara a él.

—Es una buena historia de cualquiera de las dos maneras —dice Maisie—. Y pensar que, si no hubiera sido por Duke, quizá nunca os habríamos preguntado…

—Yo no preguntaba porque creía que ya la conocía —dice Nell—. Y estaba equivocada por completo.

—La verdad es que nunca he pensado en eso —dice Emily—. Es decir, pensaba en Duke, pero creo que nunca me había preguntado sobre papá y sobre ti.

—No éramos particularmente interesantes —digo.

Los matrimonios que van bien nunca son tan interesantes como las historias de amor que terminan mal.

—¿Alguna vez volvisteis a Tom Lake? —pregunta Nell.

—¿Que si alguna vez fuimos a ver una obra?

—A ver un espectáculo —dice— o, no sé, a dar un paseo para recordar los viejos tiempos.

No le digo que eso de «los viejos tiempos» es una forma de alimentar la nostalgia.

—Nunca. Ya sabes cómo es esto en verano.

—Supongo que Duke tampoco volvió —dice Maisie; nunca ha estado tan interesada en Duke como sus hermanas. No le cuesta dejar de hablar de él.

—Después de aquel verano, Duke era ya demasiado famoso para volver a Tom Lake —dice Emily.

En eso tiene razón.

—Así que nunca lo volviste a ver.

Emily ha hecho las paces con el tema y me planteo no añadir nada más; la paz es algo muy difícil de conseguir en este mundo. Pero queda algo, la parte de la historia que no le habría contado cuando era joven porque no se presentó la ocasión, la parte de la historia que no podría haberle contado cuando era adolescente porque la habría utilizado como prueba contra mí. Y me la he callado todos estos años, aunque es una anécdota que a Emily le habría gustado añadir a su lista de recuerdos efímeros.

—Una vez —digo.

***

Duke apareció por casa en octubre de 1997. Las fechas cercanas al final del siglo pasado me resultan fáciles de recordar, ya que tengo como referente la estación del año y de quién estaba embarazada; en este caso, de Nell, que nacería en cuestión de semanas. Eso significaba que Maisie tenía dos años y Emily cuatro. Me gustaba estar embarazada. Se me daba bien. Joe y yo habíamos decidido que dos era el número adecuado de hijos, pero al cabo de un tiempo quisimos más. Un bebé más, susurramos cuando la nieve empezaba a derretirse, uno más en el último momento, un antojo terrible que no podíamos permitirnos de ninguna manera, pero lo hicimos de todos modos. Volvimos a la cama.

En el norte de Michigan no hay una estación mejor que otra, todo es cuestión de gustos. Yo prefería el otoño porque disfrutaba con el aire fresco y el brillo de la luz en las hojas. En aquella época, la cocina aún era pequeña y tenía a las niñas conmigo mientras pelaba patatas

para la cena. Estaban haciendo tartas de mermelada, lo que significaba que estaban untándose mermelada en el pelo. Cuando oí que llamaban a la puerta, levanté a Maisie y la sostuve sobre la barriga. Emily, la mayor, nos siguió. Siempre había alguien llamando a la puerta: una vecina que necesitaba que cuidara de un bebé una hora, otra que me traía una tarta porque yo había cuidado de su hijo el día anterior, algún trabajador temporal que necesitaba tiritas, huevos, mantequilla o sal, o un desconocido que pasaba en coche y quería saber el precio de nuestras manzanas porque el puesto de fruta estaba cerrado.

El enorme todoterreno negro con los cristales tintados detenido delante de la casa hacía pensar en capos de la droga, agentes federales y estrellas de cine. Duke había llamado a la puerta y luego había dado un paso atrás para admirar el huerto de calabazas que Joe había plantado para las niñas. Llevaba gafas de sol redondas de carey. Si el tiempo había pasado para el resto de nosotros, había dejado en paz a Duke. Estaba exactamente igual o más guapo todavía: la piel blanca y rosada, el pelo algo rizado sobre el cuello de un chaquetón azul marino. Supongo que la serie de policías había terminado hacía ya mucho. Las circunstancias dictaban que debería haber sido yo la sorprendida, pero fue Duke. No tenía la menor idea de qué pintaba yo allí. Cuando abrí la puerta mosquitera y dije su nombre, miró hacia atrás, como si por error hubiera tomado un camino que lo llevaba al pasado, y luego volvió a mirarme, a mí y a mis hijas, no diría que con horror, porque no era horror exactamente, sino más bien con una profunda incomodidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó por fin.

—Vivo aquí.

Estaba claro que, fueran cuales fueran los motivos de su visita, yo no estaba entre ellos.

—¿Esta es la granja Nelson?

¿Estaba todavía más delgado? ¿Un poco más alto? Parecía como si todo él estuviera pulido.

—Duke, esto es muy raro —dije—. ¿Qué haces aquí?

Se quitó las gafas de sol y vi la pequeña cicatriz en el rabillo del ojo derecho, ahí donde su hermano le había pegado. Cerró los ojos y luego se los cubrió con la mano, como si esperara que cuando la retirara yo ya no estuviera. Llevaba un anillo de casado.

Pero yo seguí ahí.

Así que intentó reiniciar el momento, empezar de nuevo.

—¿Son tuyas? —preguntó.

Maisie me apretó la cara pegajosa contra el cuello. La alcé para volver a acomodarla sobre el bebé que llevaba dentro. Emily me rodeó el muslo con un brazo y con la otra mano saludó a Duke con un gesto

encantador. Los presenté y él se inclinó y repitió los nombres en voz alta. En aquella época seguía haciendo películas infantiles o tal vez estaba al final de esa época, no lo recordaba, pero tenía una sonrisa muy bonita para los niños, una sonrisa completamente distinta de la que me resultaba familiar, o a lo mejor era que le habían arreglado los dientes. Habían sustituido sus bonitos dientes torcidos.

Se incorporó.

—Aquí vivía una pareja llamada Nelson.

Asentí.

—Ken y Maisie. Se trasladaron a Arizona para vivir con su hija. Bueno, Ken murió hace unos años, pero Maisie vuelve cada verano.

—Los conocí hace mucho tiempo y ahora estaba… —Se detuvo para escudriñar de nuevo los campos, como si la palabra que se le escapaba estuviera ahí fuera—. Pasaba por aquí.

—Los conociste conmigo. —Maisie empezó a pesarme demasiado y la dejé en el suelo. Las niñas bajaron los escalones y empezaron a patear hojas—. ¿Te acuerdas? Vinimos tú y yo con Sebastian y Pallas y nos quedamos a comer.

Lo pensó un rato y entonces vi cómo se le encendía la luz. Fue como si el propio Duke acabara de entrar en su cuerpo.

—Quisiste parar y traerles algo —dijo—, y luego nadamos en un lago.

—Exacto.

—¿Y ahora vives tú aquí?

Asentí con la cabeza. Me preguntaba si ataría cabos, pero lo dudaba. No tenía ningún indicio.

—¿Puedo ver la casa por dentro?

—Claro. —Mantuve la puerta abierta y aparté la barriga para dejarlo pasar. Cuando pasó junto a mí esperaba algo, ¿un beso en la mejilla? Pero fue directo a la cocina.

—Está desordenada, estoy haciendo la cena —dije, pero luego me irrité conmigo misma porque aquello sonaba a disculpa. Qué coño haces aquí, Duke, debería haber dicho.

Me quedé en el umbral, vigilando a las chicas. Lo vi con la mano en una silla, observándolo todo.

—Está todo igual —lo oí decir, aunque tal vez estaba hablando solo —. Recuerdo esta mesa.

—Queremos hacer la cocina más grande.

Pareció volver en sí.

—No la toques, está perfecta. ¿Compraste la granja?

—Me casé con ella. —Ahora las niñas rodaban por el suelo y agitaban los brazos y las piernas. Estaban montando un espectáculo de hojas que requería público—. Me casé con el sobrino de Ken y Maisie.

—Oh —dijo. No advertí ningún matiz de decepción, alivio o

sorpresa.

—¿Has venido a ver a Maisie? —preguntó mi hija, a la que llamábamos pequeña Maisie los veranos en que estaba aquí la Maisie mayor, tras levantar su dorada cabeza.

—El día que pasé aquí fue memorable —dijo Duke—. Alguien me dijo hace años que siempre debía tener un sitio en la cabeza donde pudiera imaginarme feliz para refugiarme en él cuando no lo fuera. En fin, este es el sitio al que recurro.

—Yo también —dije.

—Es curioso, había olvidado que tú estabas con nosotros.

—Es comprensible —dije.

Negó con un gesto.

—No quería decir eso. Estoy cansado, eso es lo que pasa. He estado muy cansado en estos últimos tiempos y por ese motivo vengo mentalmente a este sitio con mucha frecuencia. Me preguntaba si podría encontrar la granja de nuevo. A decir verdad, incluso he pensado en comprarla solo para asegurarme de que nada cambia.

—Nada cambia —confirmé—. A menos que cuentes el transportador que pusimos en el granero para clasificar las cerezas.

Negó con la cabeza.

—Eso no lo cuento.

—No creo que mi marido quiera venderla nunca —dije.

Mi marido no vendería la finca aunque le ofrecieran a cambio todo el estado de California.

—¿Está tu marido por aquí?

Asentí con la cabeza. Habría podido imaginar que sería extraño volver a ver a Duke, pero no habría imaginado que fuera extraño de aquella manera. Cada frase que me venía a la cabeza empezaba con un «¿te acuerdas?», pero estaba claro que él no se acordaría.

—Voy a intentar encontrarlo. ¿Te importa si doy una vuelta?

Le brillaba el pelo como si fuera un anuncio de Pantene y se lo echó hacia atrás con la mano. Estaba segura de que el pelo de Duke antes no tenía aquel aspecto, pero a lo mejor entonces no usaba champú. Creo que entonces no era partidario.

Las niñas estaban sentadas en la hierba, echaban puñados de hojas al aire y luego dejaban que esas hojas se les pegaran con la mermelada. Se reían como hienas.

—No me importa en absoluto, pero ¿no puedes esperar un momento? Hace mucho que no te veo. Cuéntame.

—¿Qué quieres saber?

De repente parecía tan cansado como había dicho. Y, de repente, no se me ocurrió ninguna pregunta.

—¿Hay alguien en el coche? —pregunté.

Las ventanillas estaban tan oscuras que era imposible distinguirlo,

pero el motor estaba en marcha.
Duke asintió.
—¿Le invitamos a salir?
Duke negó con la cabeza.
Entonces recordé lo que sí quería saber, la persona por la que me había preguntado durante años.
—¿Cómo está Sebastian?
Sus ojos iban de un lugar a otro, pero entonces volvieron a mí y sonrió.
—Siempre pensé que estabas enamorada de Sebastian —dijo—. Al menos, al final.
—Por supuesto que estaba enamorada de Sebastian. Todo el mundo lo estaba.
Me habría gustado decir que Pallas también lo estaba, pero no podía pronunciar su nombre sin sonar punitiva o dolida, y no quería parecer nada de eso. Era la persona más afortunada del mundo.
—¿Sigue dando clases? ¿Sigue en East Detroit?
—Ya no se llama East Detroit —dijo Duke—. Ahora es Eastpointe.
—No sé por qué nunca me acuerdo.
—Sebastian trabaja conmigo. Dirige la productora. Se acabó la historia.
—Pero sigue jugando al tenis —afirmé. No era una pregunta. Por supuesto que jugaba.
Duke asintió.
—Jugamos los dos. Sebastian es constante. Todo cambia, excepto Sebastian.
Por un breve y horrible momento me pregunté si era Sebastian quien estaba en el coche, si Sebastian lo había llevado hasta allí, pero no era posible.
Se volvió y miró a mis hijas, tumbadas encima de un montón de hojas rojas y doradas.
—¿Alguna de vosotras sabe dónde está el cementerio? —preguntó.
Emily se levantó de un brinco como si fuera una marioneta.
—¡Yo sí!
—Ahí es donde quiero ir. ¿Puedes andar? —me preguntó, haciendo referencia a mi barriga.
—Perfectamente.
Duke bajó los escalones y se metió entre las hojas. Cuando se inclinó, Emily le tendió los brazos.
—Qué niña tan rica —dijo él, cogiéndola en brazos. Luego volvió a mirarme—. Debería tener una.
—Es lo más fácil del mundo —dije mientras Maisie trepaba a los míos.
No lo acompañé al cementerio, sino que lo llevé en dirección al

granero.

—Vamos a buscar a Joe —le dije.

—¿Quién es Joe? —preguntó Duke a Emily, con las cejas fruncidas y la voz llena de suspicacia.

—¡Papá! —exclamó ella, riéndose de la hilaridad de Duke.

Duke tenía cara de estar resolviendo un complicado problema matemático. Entonces encontró la respuesta.

—No me digas… ¿Joe Nelson?

—Joe Nelson —repetí.

—¿Te casaste con Joe Nelson?

—¿Con qué dueño de la granja Nelson creías que me había casado?

Maisie se metió el extremo de mi trenza en la boca y empezó a masticar.

—Es cierto. Su familia era dueña de la granja. Se me había olvidado ese detalle. Joe Nelson… —Movió la cabeza—. Ahora encaja todo. ¿Sigue dirigiendo teatro? Hace años que no oigo su nombre.

Negué con la cabeza. Joe y yo no le debíamos ninguna explicación.

—¿Vivís siempre aquí?

—Pues sí —dije, una decisión que a cada minuto que pasaba me parecía más acertada.

—¿Vienes a vivir con nosotros? —preguntó Emily.

Duke echó a andar de nuevo.

—No me han invitado.

—¡Te invito! —dijo Emily alegremente—. Puedes dormir en mi habitación. Tengo una habitación solo para mí.

—Tienes unas hijas simpatiquísimas.

Anduvo con la niña en la cadera en un galope exagerado como el que las niñas siempre me pedían.

Vi a Joe a lo lejos. Estaba delante del granero, limpiándose las manos en un enorme trapo sucio. Lo saludé con la mano. Nunca había querido a nadie tanto como a Joe Nelson en aquel momento.

—Mira quién ha venido de visita —grité.

—«Como bien sabe usted —dijo Duke a Emily, con los ojos a cinco centímetros de los suyos—, van a vender el huerto de los cerezos por culpa de sus deudas. La subasta está fijada para el veintidós de agosto, pero no se preocupe, querida, duerma en paz, hay una solución. Este es mi plan. Por favor, escúcheme.»

La cita de Chéjov no tenía gracia ahora que éramos los dueños del huerto de cerezos, pero Duke no podía saberlo. Joe vino hacia nosotros rápidamente, metiéndose el trapo en el bolsillo.

—¡Nelson! —gritó Duke con voz rebosante de alegría—. Querido amigo, me alegra saludarte.

Duke estrechó la mano de Joe mientras este le quitaba a Emily de los brazos.

Años más tarde, Joe me contó que cuando vio a Duke en medio del camino con Emily en brazos pensó que se le iba a parar el corazón.

20

Al ver a Emily sentada en la hierba con la cabeza apoyada en las rodillas, me pregunto si estará enferma. Maisie está a un lado; Nell, al otro.

—¿Debería habértelo contado cuando tenías catorce años? —pregunto—. ¿Debería haberte dicho que Duke no es tu padre, pero que una vez vino a la granja y pensó que eras la niña más guapa del mundo, te columpió y te recitó a Chéjov? No sé si habría sido mejor o peor, no tengo ni idea. Quizá hice justo lo contrario de lo que debía.

Era cierto que Emily lo había conocido y se había quedado prendada de él, y era cierto que él, al menos durante esos minutos, se quedó prendado de ella. Después de todo, Duke la había mirado directamente a los ojos. Aunque ella solo tuviera cuatro años, Duke dejó su huella en Emily.

Emily se levanta la camiseta y se limpia la cara.

—No te habría creído —dice por fin—. Te habría dicho que había venido a buscarme y tú te habrías negado a dejarme ir con él. Me habría vuelto loca.

—Imposible —dice Maisie, acariciándole la espalda en círculos.

—Me habría negado a dejarte ir. Aunque fueras suya, y no lo eras.

—A lo mejor te acuerdas de él —dice Nell.

Emily lo piensa y busca a Duke entre sus recuerdos.

—Es como ver una película —contesta—. Ahora que nos lo has contado, lo veo todo. De manera que recuerdo a Duke, pero también te recuerdo a ti y a Veronica sentadas ante un escritorio apuntando a la gente para las audiciones, y recuerdo a Ripley de pie junto a la piscina, y recuerdo a tu abuela. No es exactamente un recuerdo.

—Aun así —dice Nell con tono alentador—, ya es algo.

—No, no es nada. —Los preciosos ojos de Emily vuelven a llenarse de lágrimas—. Quisiera que volviera a ser la famosa estrella de cine que yo quería que fuera mi padre en la adolescencia. Me gustaría que estuviera esperando que pasara la pandemia en un yate en Capri.

—A todos nos habría gustado que así fuera —digo.

Maisie toma entre las manos la trenza de Emily.

—Pero entonces habríamos pasado el resto de nuestra vida pensando que Duke interpretaba a George en *Nuestro pueblo* y que mamá había dejado a Duke por papá. Nunca habría sabido que mamá

antes escribía su nombre con una «u», o que quiso ser veterinaria durante una semana cuando estudiaba en el instituto, o que se rompió el tendón de Aquiles. Nunca habría sabido que papá había hecho el papel de director de escena. No digo que fuera necesario que Duke se ahogara para que nos enteráramos de todo, pero no lamento saberlo. La verdad es que nunca he estado al cien por cien segura de quién era tu padre, y ahora lo estoy. Es decir, sabía que probablemente era papá, pero ¿no pensabas en el fondo que la paternidad iba a ser la gran revelación de esta historia?

Miro a Maisie, atónita.

—¿Hablas en serio?

Se encoge de hombros.

—Lo único que me dijo cuando yo era niña fue que Duke era su padre.

—Y a mí, pero nunca me lo creí —dice Nell—. ¿Nunca la has visto en el granero con papá? Es como si fueran la misma persona.

Joe empezó a llevarse a Emily con él al trabajo después de que naciera Nell, al menos durante unas horas por la mañana, permitiéndome el lujo de tener solo dos hijas menores de cinco años en lugar de tres. Le enseñó qué plantas verdes eran malas hierbas y cómo arrancarlas de raíz. Le hizo un pequeño dibujo del temido escarabajo, el curculio del ciruelo, para que lo llevara en el bolsillo y así estuviera alerta. Emily siempre ha sido la niña de Joe.

Emily se levanta y se agacha para tirar de sus hermanas y ponerlas en pie.

—¿Tenemos que saber algo más sobre el pasado? —pregunta. Nos está diciendo así que hay que volver al trabajo.

—Creo que eso es todo.

—Entonces dinos qué pasó cuando Duke murió —dice Emily.

Emily, Emily, para. Niego con la cabeza.

—Esa historia ya la sabéis. —Hablar de Duke como lo conocí cuando estaba vivo lo ha mantenido vivo esta última semana. Preferiría dejarlo así.

Durante unos diez minutos trabajamos sin hablar, lo que puede ser un nuevo récord familiar, pero Maisie estalla justo después de vaciar el cubo.

—Yo había ido a casa de los Mintie —cuenta Maisie—. Lauren Mintie me llamó en mitad de la noche porque Ramona se había puesto de parto, ladraba y gemía.

—¿No gime todo ser vivo en el parto? —pregunta Nell.

—Lauren dijo que tenía miedo de que algo saliera mal, los niños se despertaran por la mañana, la perra y los cachorros estuvieran muertos y se traumatizaran todos. Como si las perras no hubieran parido siempre sin ayuda humana. Pero los partos son una buena

experiencia, así que le dije que iría. Además, me dijo que Ramona estaba en la bañera de abajo y que dejaría la puerta abierta y las luces encendidas, pero que todos se quedarían arriba para que yo no tuviera que ver a nadie más que a la perra.

—Parto sin contacto —dice Emily.

—Ramona es una buena perra —comenta Nell.

Maisie asiente.

—Se portó muy bien. Tuvo siete cachorros, así que tardó mucho. Abrí la ventana y puse en marcha el ventilador. No podéis imaginar lo mal que huelen los cachorros.

—Todo lo que haces huele —dice Nell.

Maisie hace caso omiso.

—El tercero estaba atravesado, así que igual fue buena cosa que estuviera allí. Murió. Encontré una bolsita en la cocina y me lo llevé.

—No nos cuentes eso —protesta Emily.

Me gustaría saber si hay un cachorro guardado en alguno de los congeladores.

Maisie prosigue.

—Froté a los cachorros, intentando estimularlos para que mamaran, intentando que se agarraran. Cuando Ramona terminó, limpié la bañera y dejé las toallas sucias en el cuarto de la ropa, pero era ya muy tarde. Lauren había dejado toallas de sobra, así que preparé una cama limpia en la bañera y le llevé a Ramona agua y comida. Debían de ser las dos cuando salí de allí. Conduje a casa con las ventanillas bajadas porque estaba envuelta en la peste a cachorro. Pasé la colina en plena oscuridad y vi a Duchess plantada en mitad de la carretera, iluminada por los faros del coche. Llego a despistarme un momento y la mato.

Emily se da la vuelta.

—¿Qué?

—Duchess estaba en medio de la carretera.

—No me lo habías contado —digo.

—Ni siquiera pensé en ello entonces, ¿cómo iba a acordarme?

—Si estabas saliendo de casa de los Mintie, estaba muy lejos de su casa —dice Emily.

—¿Verdad? Y si se quedaba plantada en la carretera a oscuras, alguien iba a atropellarla. Así que me paré y la metí en el coche, se me echó encima y se puso a lamerme la sudadera, loca por la baba de cachorro. No es una perra pequeña. La llevé a casa de los Whiting y la dejé en el jardín. Toda la historia me puso muy nerviosa. Cuando me duché y miré el móvil, eran ya las tres. Fue entonces cuando vi lo de Duke. —Maisie me mira—. No sé por qué te desperté. Llevabas todo el día trabajando, debería haberte dejado dormir.

—Por supuesto que me despertaste.

Maisie niega con la cabeza.

—A la mañana siguiente seguiría estando muerto.

Aquella noche, cuando abrí los ojos, Maisie estaba sentada en mi lado de la cama, a oscuras, navegando con el móvil. Fue la luz del teléfono la que me despertó.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

Me pasó la mano por la pierna, por encima de la colcha de verano que me cubría, y adiviné que le pasaba algo. Joe dormía a mi lado. Le pregunté dónde estaban sus hermanas.

Negó con la cabeza.

—Están bien —dijo.

A continuación me contó que Duke había muerto, y, por un segundo, pensé que se refería a un perro, porque Maisie siempre salía en mitad de la noche a por un animal u otro. Hasta que lo entendí.

—¿Cómo? —susurré.

—Se ha ahogado. Estaba en un barco en Capri y se ha ahogado.

Se refería tanto al famoso actor como a un chico que yo había conocido cien años atrás y en el que no pensaba desde hacía mucho tiempo. Los dos habían muerto juntos. Recordé cómo me sacudía suavemente para despertarme a las cuatro de la mañana, me recorría el brazo con la mano entre la maraña de las sábanas. Despierta, despierta, me decía. Es hora de fumar.

—Mamá y yo bajamos a la cocina y leímos en el móvil lo que decían. No había noticias, pero Internet estaba lleno de fotos suyas. Debía de haber mil fotos, y le dije: «Un día de estos vas a tener que contarnos qué pasó».

—Me preocupaba que te enteraras —digo a Emily—. Hablamos de ir a la casita, pero no queríamos despertarte.

—Decidimos ir allí a primera hora de la mañana, pero para entonces ya habías mirado el móvil —dice Maisie con tono de disculpa, como si le pesara.

—¿Estabas preocupada por mí? —pregunta Emily—. Conocí a ese hombre durante veinte minutos, a lo sumo, cuando tenía cuatro años y, de algún modo, me las arreglé para convertir toda la historia en algo personal. —Emily se quita el cubo de cerezas del cuello y las vuelca en una lona vacía extendida en la hierba. Después de tantos años rogándole que se olvidara del tema, me cuesta creer que haya llegado el momento. Emily ya lo sabe todo y da el asunto por zanjado.

***

Y yo también lo doy por zanjado, aunque queda parte de la historia sin narrar: vi a Duke en otra ocasión, y de esa vez no les contaré nada a mis hijas. Su breve reaparición se produjo en el período posterior a

la muerte de mi abuela, pero antes del reencuentro con Joe. Fue muchos años antes de aquel día en que se presentó en nuestro porche en Michigan. Sucedió cuando yo vivía sola en Nueva York y cosía para un diseñador de vestuario. Duke me llamó a las siete de la mañana. No era una hora propia de él.

—Bichillo —dijo—, te llama tu pasado.

Eran los tiempos de *Rampart* y Duke ya era famoso. No tanto como lo sería más tarde, pero en cuanto salía en una pantalla era difícil no seguirlo con la vista. Yo no tenía televisor, pero en mi barrio había un bar de deportes con veinte pantallas y el camarero no tenía inconveniente en dejarme ver la pequeña que había junto a la máquina de hielo. Los jueves por la noche iba un poco antes de las nueve, aunque me hubiera prometido a mí misma que no pensaba ir. No importaba. El bar estaba lleno de gente que se había prometido no volver.

—Que alguien me explique qué pasa con ese tipo —decía el camarero negando con la cabeza. Pero no tenía que explicarle nada porque la mitad del tiempo estaba inclinado sobre mi cerveza, mirando el televisor.

Duke me dijo que estaba en un hospital a las afueras de Boston.

Si me hubiera dicho que estaba en una cafetería al final de la calle y si podía quedar con él para desayunar, quizá le habría colgado el teléfono. Pero cuando se pronuncia la palabra hospital, todo cambia.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? —repitió, y luego se quedó callado—. Es una larga historia, quizá toda una vida.

Deduje que no era el tipo de hospital que me había imaginado.

—Me preguntaba si podrías venir a verme. Hay dos horas de visita cada tarde antes de cenar. Tenemos que escribir una lista de personas a las que queremos ver. Es una tarea, aquí son muy dados a ponernos deberes, y me está costando encontrar una respuesta. He pensado en ti y en que siempre has sido una chica correcta y sensata. Te recuerdo cosiendo.

—¿Necesitas que te cosa algo?

—Las llamadas telefónicas son limitadas y breves en esta parte del bosque, así que no perdamos nuestros minutos dándole vueltas al pasado y sintiéndonos mal. Es más o menos una situación binaria, sí o no. Se me ha ocurrido pensar que estaría bien ver a alguien que me conociera de antes. El Reino Mítico de Antes. Tú me conocías, ¿verdad?

—¿Cómo me has encontrado?

—Por tu tío —dijo Duke.

Mi tío. Por supuesto. No tenía contacto con Ripley desde que me había ido de Nuevo Hampshire, pero él podía encontrar una aguja en

un pajar o podía pagar a alguien para que encontrara la aguja por él.

—¿Podrías decirme sí o no, por favor? Estoy un poco desesperado por terminar esta conversación antes de que cambie de opinión. Me han dicho que es importante que tenga visitas desde un punto de vista terapéutico.

—Vivo en Nueva York.

—Ya lo sé.

Y entonces le dije que sí, porque sí era la única palabra que tenía para Duke, la única palabra que conocía.

Los autobuses eran más baratos que los trenes, así que cogí un autobús de Port Authority a Boston, luego en Boston busqué un autobús a Belmont y en Belmont tomé un taxi. Era justo el tipo de cosas que habría horrorizado a mi abuela: lo había hecho todo yo sola. El hospital no era un hospital en absoluto, al menos según mi experiencia hospitalaria. Se parecía más a un encantador campus universitario de Nueva Inglaterra alquilado para rodar una película sobre la universidad. La señalización era enloquecedoramente discreta, pero me las arreglé para encontrar el edificio administrativo y le dije a la mujer de la recepción —que no era la recepción de un hospital, sino la de una universidad— que estaba allí para ver a Peter Duke. Era el tipo de lugar al que poetas y académicos acudían para desintoxicarse o tratar sus tendencias suicidas. Supongo que admitían a actores lo bastante amables para llenar un cupo, porque la mujer de la recepción parecía familiarizada con los famosos. El nombre de Peter Duke no le aceleró el pulso en absoluto, se limitó a abrir un expediente y a preguntar mi nombre.

—Lara Kenison.

Pero mientras seguía la lista con el dedo, adiviné que no iba a estar allí. Duke se habría olvidado o habría cambiado de opinión. Ya me había dicho que estaba a punto de arrepentirse. La mujer llegó al final y luego volvió a comprobarlo.

—Lo siento —dijo.

En el exterior hacía frío y la luz ya entraba oblicua por las ventanas emplomadas. El viaje en autobús había sido largo e irracional; ahora me tocaba hacer el mismo trayecto en dirección contraria y estaría demasiado oscuro para leer.

—¿No podría llamar y preguntarle si quiere verme?

Negó con la cabeza.

—Hay muchas reglas en relación con las visitas.

El bolso, cargado con un ejemplar de *Middlemarch,* me pesaba sobre el hombro. Me pregunté si podría volver andando a la parada del autobús y ahorrarme el taxi. Duke no me había llevado al hospital, no me había visitado ni me había llevado a casa. Lo había hecho todo su hermano porque Duke estaba muy ocupado con su importante trabajo,

estaba borracho y el hospital estaba a quince minutos.

—Emily Webb —dije.

—¿Cómo dice? —Había caído en gracia a la mujer, lo sabía. Ser pequeña ayuda algunas veces.

—Emily Webb, ese es mi nombre. Actuamos juntos en *Nuestro pueblo.*

Y como era un hospital psiquiátrico y un centro de tratamiento para nobles y literatos a las afueras de Boston, que no quedaba tan lejos de Nuevo Hampshire, no me dijo que en esta vida una persona solo tiene una oportunidad. Volvió a revisar la lista y marcó con el lápiz.

—Señorita Webb —dijo—. Tendré que mirar dentro de su bolso.

Me dio un plano y me dijo que llamaría para avisar de mi llegada.

Duke estaba alojado en una imponente mansión de ladrillo con amplias escaleras y puertas de roble. A pesar de la gravedad de la situación, no pude dejar de fijarme en que los arces que bordeaban el paseo tenían un color espectacular. Era muy propio de Duke tener una crisis en el día más hermoso del otoño en Massachusetts. Me había llamado dos años después de que hubiera dejado de esperar su llamada, pero corrían tiempos difíciles, lo estaba pasando mal y había ido a hacerle una visita.

Llamé al timbre de la puerta principal, que estaba cerrada, y cuando la voz del interfono me preguntó mi nombre, dije que era Emily Webb. La puerta hizo un clic y produjo un zumbido, y pasé al interior. Pero no era exactamente el interior, sino una pecera de tamaño humano, un corral acristalado lo bastante grande para una persona. Observé a algunos individuos desaliñados y de ojos tristes que se paseaban en calcetines fumando cigarrillos. Intenté abrir la puerta de cristal que tenía delante, pero estaba cerrada, y la de detrás también se había cerrado. Un par de residentes me saludaron con la mano. El espectáculo que yo ofrecía no era nuevo para ellos. Una mujer con un portapapeles cruzó la sala a paso ligero y, cuando repiqué en el cristal, levantó un dedo. «Un minuto», dijo, o pareció decir. No la oí bien. Esperé porque era lo único que podía hacer. Un hombre de barba oscura se inclinó para acercar su cara a la mía y abrió la boca. Le di la espalda al ver la lengua retorcerse contra el cristal.

Aquello nunca me iba a pasar a mí. Supongo que no es posible afirmarlo con rotundidad, pero me lo dije de todos modos. Este nunca seré yo. Eso me reconfortó.

Pasaron más de diez minutos antes de que un miembro del personal se acercara junto con un guardia de seguridad para dejarme salir. Me registraron el bolso por segunda vez y luego los bolsillos y los zapatos. Firmé en el registro de visitantes y me acompañaron a una gran sala llena de sofás desvencijados y mesitas. Era como una de esas hermosas

mansiones antiguas deterioradas por generaciones de clubs de estudiantes. Duke estaba sentado en el suelo en un círculo de hombres; había una botella de dos litros de *ginger-ale* dietético de frambuesa en el centro, rodeada de vasitos de papel. La última vez que había visto a Duke estaba en el teatro, saliendo de escena en *Locos de amor*. Llevaba espuelas. «No voy a tardar más que un segundo. Echaré un vistazo y volveré enseguida» eran sus últimas palabras en la obra. No quiero hacer un *spoiler,* pero la verdad es que no vuelve.

—¡Ha venido el bichillo!

Me saludó con la mano y luego dio unas palmadas en la alfombra a su lado para indicar que había un sitio libre.

—Alex nos estaba hablando de un centro de reinserción social en Illinois donde encontró a un amigo en Jesús.

Alex no levantó la vista, pero asintió. Yo permanecí inmóvil.

—Escuchamos las historias de los demás —dijo Duke.

—Claro —contesté.

No sabía cuánto tiempo llevaba Duke allí, pero tenía mejor aspecto que sus compañeros, lo que probablemente tenía más que ver con el hecho de que también había tenido mejor aspecto al entrar. Él era un famoso policía encubierto de la televisión y yo era costurera y, sin duda, la mayor tonta que Dios haya hecho jamás. Me pregunté si sería más fácil salir por la puerta pecera de lo que había sido entrar.

—Tenemos que terminar —anunció Duke como si estuvieran haciendo una operación quirúrgica con sus vasitos de papel.

—Tengo un libro.

Me fui a un sitio libre en un sofá situado en el otro extremo de la habitación.

—Va siempre con un libro encima —explicó Duke a sus amigos, y, cuando me volví para echarle una mirada, vi que los hombres del círculo observaban mi retirada con tristeza, dando chupadas a los cigarrillos mientras Alex reanudaba su historia de amor.

La sala estaba llena de humo y de gente acurrucada en los rincones, intentando intercambiar frases sin que nadie los oyera. Era el bar más triste del mundo, un lugar donde no se servía alcohol y todos esperaban la cuenta para volver a casa. Dos mujeres con carpetas portapapeles hacían la ronda, preguntaban y tomaban nota. Había revistas apiladas por todas partes y cogí una porque en aquellas circunstancias no era posible entrar en comunión con George Eliot. El pie de foto de la famosa modelo de la portada decía que buscaba la sinceridad. Bajo la única lámpara de pie de la sala, hojeé las páginas que ya habían sido hojeadas cientos de veces hasta quedar convertidas en fino terciopelo: un artículo sobre una antigua estrella infantil que pasaba por momentos difíciles; otro sobre un sabueso que acogió a una ardilla huérfana con su propia camada de cachorros; una foto de

Peter Duke en el muelle de Santa Mónica, comiendo un helado de la mano de una mujer llamada Chelsea, identificada como su esposa. Los únicos cotilleos que sabía de Duke los había leído en la caja del supermercado. No compraba esas revistas porque no me convenía, pero cierta cantidad de información entraba en mi conciencia por pura proximidad. De algún modo, milagrosamente, Chelsea no había llegado a entrar. Cerré la revista, cerré los ojos.

—Podrías haber sido más amable.

Duke se dejó caer a mi lado y me cogió la mano.

—Podría haber sido… —empecé y luego cerré la boca, de repente abrumada por la certeza de que iba a llorar.

Se inclinó hacia mí y me besó sin llegar a rozarme la boca. Que conste que la última persona que me había besado con intenciones románticas había sido aquel mismo hombre. A pesar de las ofertas diarias que recibía mientras caminaba por Times Square, me había quedado sola.

—Me alegro de que hayas venido —susurró.

Yo no podía decir que me alegrara. Él pareció entenderlo.

—¿Quieres fumar?

Negué con la cabeza. Le pregunté cómo iba su matrimonio.

Jugueteó con las medias que me cubrían las rodillas.

—Ese matrimonio ya no existe. Los abogados se han encargado de ello, o se están encargando. —Inclinó la cabeza—. «¿Dónde está mi chica? —dijo en voz baja—. ¿Dónde está la chica que cumple años?»

Pensé que no podría sobrevivir a todo aquello.

Tiró de mí para levantarme del sofá.

—Vamos, voy a enseñarte esto. El tour completo de diez centavos.

Me rodeó el hombro con un brazo, apretándome contra su pecho como para protegerme. Volvimos a la recepción. En la pecera había ahora un hombre que parecía el triste padre de alguien y, cuando lo miré a los ojos, apartó la mirada. Duke se detuvo ante una sala vacía con un círculo de sillas plegables amarillas y una enorme pizarra.

—Aquí es donde tenemos las reuniones. Muchas, muchas, muchas reuniones. Y esa es la despensa donde se guardan las cosas de picar. —Señaló un amplio armario—. Son muy generosos con los tentempiés, pero no se nos permite que los cojamos por nuestra cuenta, tenemos que pedirlos para que cada cosa pueda ser debidamente inventariada y registrada. Quiero una bolsa de Cheez-It, por favor.

Me guio por el vestíbulo hasta la puerta abierta de una habitación grande y oscura donde había siete camas individuales dispuestas de forma desordenada.

—Aquí duermen los enanitos. Yo soy el enanito feliz, pero solo si me comparo con los otros seis. No se nos permite entrar en el dormitorio hasta la hora de dormir. No podemos poner los pies ahí.

Dormir de día es malo para la depresión. ¿Lo sabías? Tampoco se puede cerrar la puerta porque no hay puerta.

Se oyó un aullido procedente de la sala de la que acabábamos de salir y me alegré de no estar allí para ver de quién se trataba.

—Ese es el baño. —Señaló una puerta blanca—. Allí tampoco hay pestillo, pero la gente es respetuosa y siempre llama primero. Tenlo presente.

Volvió a pasearme en un lento círculo alrededor de la recepción.

—¿Tienes que quedarte aquí? —pregunté, cuando lo que quería decir era: ¿Tengo que quedarme?

Duke asintió con energía.

—Sí, sí. Si no me quedo, pierdo mi trabajo, pierdo el contrato. No pueden hacerme un seguro, lo que significa que la película no puede empezar, lo que significa que no puedo estar en la película. Voy a ser astronauta. ¿Te lo dije? Voy a llevar un gran traje blanco con una burbuja de cristal en la cabeza, flotando en la oscuridad. Cada día que pasa es como una investigación para eso. La gente empieza a tomarte en serio cuando ya has sido astronauta. ¿Lo has notado? Es un rito de iniciación. Significa que realmente tienes algo.

—Nunca lo había pensado.

—Bueno, pues tienes que pensarlo. Tienes que volver. Hoy en día hay un montón de buenos papeles para las mujeres en el espacio, pero vas a tener que salir de casa.

—Para mí se acabó —dije, aunque imagino que no captó el alcance de esas palabras.

Negó con la cabeza.

—He visto *Singularidad.*

—¿De verdad? —No me lo había imaginado.

—Eres muy guapa, bichillo, y con eso no me refiero solo a que seas mona, que lo eres. Tienes una belleza real que se ve en la pantalla. Guau, hipnotizas. Hipnotizas.

Ahora me apretaba más, se aferraba a mí como a una balsa. Yo lo sostenía.

—Vamos a volver a sentarnos en el sofá —dijo en la misma voz baja que empleaban todos los presentes en la sala cuando no estaban gritando—. Dentro de dos minutos te levantarás e irás al baño y yo me quedaré donde estoy. Nos controlan cada quince minutos. Ya casi es la hora. Después de que tomen nota, iré y nos encontraremos allí.

Lo miré horrorizada, pero él hizo caso omiso. Estaba claro que el horror era una emoción que ya no impresionaba en aquel lugar.

Me apretó suavemente el brazo.

—Hazlo por mí —dijo con una voz llena de necesidad.

Luego regresó a la sala. Supongo que yo podría haber vuelto a la puerta de cristal y golpearla con los puños hasta que alguien acudiera

para dejarme salir, pero, en vez de eso, fui al baño y me quité las medias. Pensé en el día en que me dijo que me iba a enseñar el lago, y entonces me metí en el lago y nadé, cada vez más lejos, hasta que ya no pude oír a nadie.

Me puse de espaldas al lavabo, al espejo. No había dispensador de condones en el baño. Apostaría a que nunca los hay en estos sitios. Para este acontecimiento confié en el método anticonceptivo preferido por todas las mujeres en tales circunstancias: la suerte. Tal vez funcione la mitad de las veces.

Duke entró al baño un minuto después y me sentó en el lavabo. Él estaba de cara al espejo. No podía dejar de pensar en eso: se estaba mirando a sí mismo.

—No es exactamente una noche de chicas —dijo cuando terminó.

Me dio un beso en la coronilla y se apresuró a volver para pasar el siguiente control del cuarto de hora. Me arreglé lo mejor que pude y busqué a una mujer con un portapapeles para que me dejara salir del edificio.

La luz había cambiado mientras yo estaba dentro e intenté centrarme, me esforcé en recordar los horarios de los autobuses. Seguía pensando en Duke y lo imaginaba tratando de hacer una lista de a quién podría llamar para que fuera a Nueva Inglaterra en una fría noche de otoño y se lo follara en el baño sin llave de un pabellón cerrado. ¿Pallas? Qué idea más absurda. ¿Chelsea? No la conocía, pero ¿por qué iba a ir si ya había abogados de por medio? Tantas actrices, maquilladoras y diseñadoras de vestuario entre las que elegir, tantas admiradoras, y, aun así, yo era la única persona con la que podía contar de modo incondicional.

Me temblaban las manos y pensé que era por el frío, así que busqué las manoplas en el bolso. Una espectacular luz naranja se reflejaba en las ventanas del edificio que tenía enfrente y hacía que los cristales parecieran láminas de cobre batido. Un hombre vestido con un mono rastrillaba las hojas mientras otro las metía en bolsas y las colocaba en la parte trasera de un John Deere Gator. Me entraron ganas de abrir todas las bolsas y esparcir el contenido. ¿No sabían que las hojas eran lo más bonito de todo aquello? Me quedé allí de pie, aspirando el aire cortante y esperando a que se me pasara esa sensación para ser capaz de caminar junto a ellos sin decirles nada. Había otro hombre sentado en un banco del parque, al otro lado del césped, y se quedó observándome mientras yo miraba a los jardineros. Quizá tenía privilegios especiales. Luego se levantó y recuerdo que pensé que era muy alto.

—¿Lara? —dijo.

Tenía dos opciones: podía salir corriendo o podía caminar directamente hacia él, directa a sus brazos. Lo abracé y me eché a

llorar.

Sebastian estaba en la lista de visitas, pero yo había llegado primero y los pacientes solo podían tener una visita a la vez. La noche era fría y despejada, pero él llevaba un abrigo cálido. El tráfico había sido malo desde Boston, donde pasaba todo el mes, así que decidió sentarse y esperar a ver quién salía. Sebastian visitaba a su hermano a diario.

—¿Quieres entrar? —le pregunté.

Estábamos sentados en su coche de alquiler, en el aparcamiento.

—Puedo esperar mientras le haces una visita —dije, pero no era cierto, no podía esperar. Aunque podía irme mientras Sebastian estaba dentro, y tal vez eso fuera lo mejor. Había dejado de llorar y me esforzaba por mantener la compostura.

Sebastian negó con la cabeza.

—Tengo hambre. ¿Tienes hambre?

Me moría de hambre. Condujo un buen trecho desde el pueblo en el que estaba el hospital hasta el pueblecito de más allá, como si nos estuviéramos quitando todo de encima. Cuando entramos en el restaurante, un anciano con camisa blanca de manga corta y corbata negra sonrió al vernos. Cogió dos menús de un estante y nos guio por la sala iluminada tenuemente.

—Tengo un buen reservado al fondo —dijo—. Todos los jóvenes enamorados quieren el reservado del fondo.

Sebastian me había puesto una mano en el hombro y la quitó. Nos reímos como locos, pero nos alegramos de estar en un reservado, de disfrutar de aquella intimidad y, sobre todo, de estar juntos en un restaurante italiano de una ciudad cuyo nombre desconocía.

—Por la bebida. —Levantó la copa de vino. El viejo había sido rápido y lo había traído sin que se lo pidiéramos.

—Por la bebida —dije, y acerqué mi vaso al suyo. Estaba deseando beber.

—Hay algo peculiar en ese sitio: me da la impresión de que absorbo las ganas de alcohol de todo el mundo y me las llevo conmigo.

Me bebí la mitad de la copa de un trago y dejé que el calor me invadiera. Nunca había pasado tanto frío, ni siquiera en Nuevo Hampshire. Sebastian volvió a llenarme la copa.

—Tengo tantas cosas que preguntarte que no sé ni por dónde empezar —dije, haciendo un gesto de negación con la cabeza.

—Veamos entonces hasta dónde puedo llegar sin que me preguntes nada: no volví a Tom Lake. No volví a ver a Pallas, no he vuelto a saber nada de ella. No sé cuánto duraron Duke y Pallas. Sé que, cuando Duke fue a Hollywood con un billete que pagó tu amigo Ripley, ella no fue. En cuanto *Rampart* se estrenó, Duke empezó a meterse en líos. Salía con policías de verdad por la noche y se hacía

amigo de los tipos del asiento de atrás, los delincuentes. Duke quería que fuera a verlo, pero yo estaba dando clases y seguía… —Se detuvo —. Es muy difícil ponerle una palabra. Duke es mi hermano y lo quiero. Crees que lo que te ha hecho daño te va a doler para siempre, pero no es así. —Miró el menú porque no podía mirarme más. Tuve la sensación de que Sebastian era un amigo de verdad.

—Berenjenas a la parmesana —dije.

Asintió con la cabeza.

—Están buenas.

—¿Cómo lo sabes?

—Este es mi sitio. Siempre que vamos a una ciudad nueva encuentro un sitio propio.

El restaurante tenía paneles de madera hasta media altura, fotografías en blanco y negro de Frank Sinatra, Robert De Niro y Jimmy Durante. Su sitio.

—¿Echas de menos la enseñanza?

No respondió a la pregunta. Entre los dos ardía una velita dentro de un globo de cristal rojo.

—¿Sabes en qué pienso todo el tiempo?

Negué con la cabeza.

—No importa.

—Sí que importa.

Cogió una caja de cerillas y la golpeó contra la mesa.

—Llevaba ya una hora conduciendo de vuelta a casa cuando me acordé de que te habías quedado allí sentada, esperando que te llevara en brazos por las escaleras.

—Me las apañé.

Asintió con la cabeza.

—Tú fuiste la más lista.

Oh, Sebastian, si tú supieras, aunque él había estado desde el principio. Quizá sí lo sabía. Abrí las manos.

—Mira adónde me ha llevado —dije.

Sebastian y yo habíamos tenido la oportunidad de empeorar las cosas y nadie nos habría culpado, excepto Duke, y Duke nunca lo habría sabido. La llama de la velita permaneció entre nosotros el resto de la noche, pero por el afecto que sentíamos el uno por el otro, dejamos que se consumiera. Me llevó de vuelta a Nueva York, cuatro horas en coche que sirvieron para enderezar mi vida. Le hablé de la muerte de mi abuela y de mi estancia en Nuevo Hampshire, de cómo me quedé demasiado tiempo y del vergonzoso dominio que llegué a tener de la máquina de bordar iniciales. Le conté que ya no era actriz. Me contó que ya no jugaba al tenis profesionalmente, pero que todavía le gustaba jugar. Y le gustaba California. Dijo que Ripley se había portado bien con él. Le estaba consiguiendo trabajo en

proyectos que no tenían nada que ver con Duke.

—Intenta que me quede.

—Por supuesto.

—Estuvo enamorado de ti.

—¿Duke?

Sebastian me echó un vistazo, apartando la vista de la I-95 solo un segundo.

—Lo siento, no. Ripley.

Me reí.

—Lo digo en serio. Tal vez no debería haberte contado nada. Una vez me dijo que estaba esperando a que crecieras para que no resultara tan raro.

Pero todo me parecía raro, todo menos Sebastian y yo en el coche, las luces de Connecticut pasando a nuestro lado. Optamos por no hacer más difícil lo difícil, lo que hizo las cosas un poco más fáciles cuando, seis semanas después, conté los días y me di cuenta de que se me había acabado la suerte. Todavía me quedaba suficiente en la cuenta de ahorros de los tiempos en que ganaba dinero de verdad. No tuve que llamar a nadie. No tuve que pedir permiso ni ayuda a nadie. Una enfermera se puso a mi lado y me cogió de la mano, y he de decir que solo sentí agradecimiento. Siempre iba a haber una parte de la historia que no le contaría a Joe ni a las chicas. Lo que hice fue asunto mío. Arranqué la página del calendario y la tiré.

21

Siempre hay cuatro o cinco días en los que la recogida de las últimas cerezas dulces coincide con el comienzo de la recolección de las ácidas, cuando todo es un lío tremendo. La cuadrilla de trabajadores con la que hemos mantenido las distancias este verano, la cuadrilla que ha mantenido las distancias con nosotros, se acerca cuando sacamos la máquina para sacudir los cerezos. Juntos desenrollamos las lonas bajo el árbol y colocamos la máquina. Diez violentos segundos después, todas las cerezas están en el suelo. A continuación, las lonas se enrollan y las cerezas se vierten en una larga cinta transportadora móvil para que toda la operación pueda avanzar —desenrollar, sacudir, enrollar— árbol tras árbol, hectárea tras hectárea. Cuando la cinta transportadora se llena, las cerezas avanzan hacia un depósito gigantesco lleno de agua. Subimos a la parte superior y utilizamos las raquetas de tenis viejas para quitar las ramas y las hojas que han caído. Hay tanto ruido que no se puede hablar, no hay un momento de descanso para recordar el pasado o examinar lo que sentimos en relación con cualquier cosa. Hay trabajo y solo trabajo, y, con mucha ayuda, conseguimos terminarlo.

Al final de la primera semana de agosto, cuando todas las variedades de cerezas se han recolectado y enviado a la planta procesadora, pasamos el día en el lago —Joe y yo, Emily y Benny, Maisie, Nell y Hazel— nadando un poco, pero, sobre todo, durmiendo en las toallas porque estamos derrotados y al día siguiente empezará la poda. Quedan seis semanas para tenerlo todo listo antes de la temporada de manzanas y tenemos pendiente un año de mantenimiento de la granja. Hay una boda en la que pensar.

Un día, cuando estamos ocupados ya con el mantenimiento de la granja, Maisie deja el trabajo a última hora de la tarde para volver a casa a una reunión telefónica con su tutor. Diez minutos después regresa acompañada de un hombre alto y canoso.

—¡Mamá! —grita, y me vuelvo hacia ella.

Han pasado seis semanas desde que Duke se ahogó en el mar Tirreno, cuatro semanas desde que terminé de contarles a las niñas la historia de cuando lo conocí. No hay visitas en el huerto, nadie más que la gente que trabaja con nosotros, pero, al acercarme, reconozco al visitante.

—¡Sebastian! —anuncia Maisie, y saluda con la mano, emocionada, como si estuviera a punto de ponerse a dar saltos de alegría. Me doy cuenta de que Sebastian quiere parecer retraído, pero no lo es, está contento, y voy directa a sus brazos.

Me sujeta la cabeza con las manos y me mira. Los dos somos mucho mayores y estamos vivos.

—No sabía si te encontraría aquí —dice.

—Estoy siempre aquí —contesto.

Él sonríe.

—Acabo de conocer a Maisie.

—Estaba en la mecedora del porche —dice Maisie—. Allí sentado. Y lo he reconocido al instante.

—Ha abierto la puerta y me ha dicho: «¿Eres Sebastian Duke?».

Miro detrás de mí. Emily y Nell se mantienen a cierta distancia, como si fueran niñas tímidas. Le presento a mis hijas.

—¡Emily! —dice—. Mi hermano decía: «Algún día viviré en un huerto de Michigan y tendré una hija que se llamará Emily».

—Bueno, no es para tanto —dice Emily con las mejillas coloradas.

—¿Sabías que tu madre fue la mejor Emily de todos los tiempos? Tu padre estuvo muy bien en el papel de director de escena, pero tu madre era única.

—Juzga solo a partir de dos Emilys —digo a las chicas, pero debo reconocer que le estoy agradecida.

Sebastian niega con la cabeza.

—No sabes cuántas actrices he visto en toda mi vida.

—Debería haber seguido haciendo teatro —dice Nell—. Se lo decimos siempre.

—Me parece que tu madre acertó en su decisión —dice Sebastian.

—Que una de vosotras vaya a buscar a vuestro padre; decidle quién ha venido —digo.

Milagrosamente, se van todas porque en cierto sentido son ya mujeres adultas y comprenden la situación.

Duke tenía sesenta años cuando murió, lo que hace que Sebastian tenga sesenta y uno, lo que hace que yo tenga cincuenta y siete.

—Te miro —dice— y lo veo todo: a ti y a Duke en el escenario, al tío Wallace. Sigues siendo esa chica.

Niego con un gesto.

—Siento mucho lo que sucedió. He pensado en ti todos los días desde que nos enteramos, pero no tenía ni idea de cómo encontrarte —digo. Lo cual es cierto, pero tampoco se me ha ocurrido intentarlo. Nos conocimos hace tanto tiempo.

—A Duke le encantaba todo esto —dice Sebastian, mirando por encima de los árboles—. Siempre hablaba del día en que vinimos todos a comer con los tíos de Joe. Este sitio no ha cambiado.

—Podría contarte todos los cambios que hemos hecho, pero tienes razón; en esencia, es la misma granja.

—¿Sabías que intentó comprarla? Le encontré muchas otras fincas a lo largo de los años, pero siempre decía que no, quería esta.

Resulta muy raro imaginar a Duke recogiendo cerezas en la granja de los Nelson.

—Apareció un día con un gran coche negro. Las niñas eran pequeñas entonces; de hecho, Nell ni siquiera había nacido.

Sebastian asiente, y comprendo que conoce todas las historias de su hermano. Ve a Joe y a las niñas saliendo del granero y saluda con la mano, luego emprendemos el camino hacia mi familia. Generaciones de Nelson han talado árboles, cepillado tablas, arrancado raíces y enormes rocas, y han plantado en el huerto. Han cuidado de las cerezas y las manzanas, los melocotones y las peras, y jamás han estado dispuestos a vender este sitio a nadie. Duke llamó a lo largo de varios años para hacer diversas ofertas y, después de tantas negativas educadas, les propuso un compromiso: ¿le venderían un lugar en el cementerio? Un trocito de terreno bajo el roble. Al fin y al cabo, quería que lo incineraran. ¿Cuánto espacio necesitaría? Tal vez solo una pequeña lápida con su nombre, o ni siquiera eso. La intimidad lo atraía, junto con el recuerdo y las vistas. Duke les dijo a Maisie y Ken que, si no podía vivir aquí, al menos le gustaría tener derecho a residir aquí después de su muerte. «¿Y por qué piensas en eso?», le preguntó la Maisie mayor. Era muy joven todavía. Pero a Maisie le gustaba su programa de televisión y, aunque sabía que no era real, no paraban de pegarle tiros y de tirarlo de coches a toda velocidad. Una cosa así tenía que cansar a un hombre después de un tiempo, hacerle pensar en su propia muerte. El precio que les ofreció por un rincón del cementerio fue más de lo que Ken y Maisie habían ganado en los últimos cinco años juntos. El dinero los sacó de apuros. Duke los rescató, y nosotros nunca lo supimos. El abogado llegó a la casa con un cheque y un acuerdo de confidencialidad. Les dijo que a Duke le gustaría venir a sentarse de vez en cuando, si no les importaba, y por supuesto que no les importaba. Estarían encantados de que los visitara, se quedara a cenar, durmiera en la habitación de invitados. Era bienvenido. Eso le contó Duke a Sebastian. Los Nelson apreciaban a Duke. Pero después de que comprara un trozo del cementerio, no volvieron a saber de él y nunca fue de visita, excepto una vez.

Estamos todos sentados comiendo cuando Sebastian lo cuenta. He sacado los platos buenos, las servilletas buenas.

—Nunca supe cómo habían conseguido el dinero para salir del paso —dice Joe.

—¿Así que va a ser enterrado en nuestro cementerio? —Emily intenta encajar el dato, pero no es fácil.

Sebastian asiente.

—Se sentía cómodo en muy pocos sitios.

Ken y Maisie están aquí ahora, sus cenizas reposan juntas bajo una sola losa. Los echo de menos. Echo de menos, sobre todo, los veranos en los que Maisie venía cuando las niñas eran pequeñas, las ocasiones en que llenábamos una bolsa de sándwiches y caminábamos hasta el cementerio para sentarnos y contemplar las nubes. A veces íbamos a pasar la noche en sacos de dormir y nos despertábamos para ver las estrellas. Trato de imaginarme a Duke allí arriba con Maisie y Ken, y luego trato de pensar en si eso tiene alguna importancia. No importa y, además, no tiene nada que ver conmigo. Para Duke lo importante era la granja y cómo se imaginaba lo que sería vivir aquí basándose solo en ese único día. Todos habríamos querido quedarnos, yo y Pallas y Sebastian y Duke y Joe. La diferencia era que Joe era un Nelson y trabajaba para asegurarse de que siempre hubiera algún Nelson, un Nelson u otro, en esta tierra. La diferencia es que yo tuve la sensatez de casarme con él.

—¿Duke no tuvo hijos? —pregunta Nell a Sebastian—. Me parece que las estrellas de cine siempre tienen hijos con todas sus mujeres.

Sebastian niega con la cabeza.

—Se veía a sí mismo como un lastre.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Joe.

—Simplemente, creía que sería mejor no tener descendencia.

Emily está sentada junto a Sebastian en la mesa.

—Cada cual tiene sus motivos —reflexiona.

Entonces Sebastian le pasa el brazo por el hombro como si la conociera de toda la vida.

—Eso es lo que he pensado siempre.

***

—¿Alguna vez estuviste enamorada de él? —me pregunta Joe esa noche cuando estamos en la cama.

Hemos alojado a Sebastian en la habitación de Emily, en un dormitorio con dos camas con el techo abuhardillado y lleno de adhesivos de planetas y estrellas. Sebastian había planeado quedarse en un hotel de la ciudad, había reservado una habitación, pero las chicas lo han agotado con su insistencia. Le han dicho que, ahora, él era de nuestra propiedad.

—¿Enamorada de Duke?

Joe resopla y niega con la cabeza.

—Ya sé que estuviste enamorada de Duke.

—Lo estuve y luego no lo estuve en absoluto.

—Lo que no responde a mi pregunta.

—¿Que si estuve enamorada de Sebastian?

—El mejor hermano.

El mejor hermano, sin duda, pero yo era joven y pasaron años antes de que pudiera ver los méritos de la bondad.

—No —digo—. No lo estaba. Estaba enamorada de ti.

—Entonces no estabas enamorada de mí —dice, pero me atrae hacia él y pongo la cabeza en su pecho, apoyo la cabeza en la vieja camiseta azul que lleva en la cama.

—Pero si miro hacia atrás, así lo recuerdo ahora. Ahora pienso que siempre estuve enamorada de ti.

Cuando Joe se duerme, me quedo despierta pensando en Capri, en el mar y en el barco, en Duke y en la luna sobre el agua. Es un lugar que nunca he visto y, sin embargo, lo evoco con toda claridad, la luz, la oscuridad y el mar en calma, y recuerdo que Duke salta desde la proa con los pies por delante, recto como un cuchillo, y cientos y miles de burbujas diminutas le atraviesan la piel, el pelo alborotado. Se deja llevar por la profundidad antes de empezar a patalear hacia la superficie, y luego se aleja nadando, del barco, de mí y de Sebastian. Pienso en lo difícil que debió de ser para él no darse la vuelta, pero siguió nadando todo lo que pudo. Lo dejé marchar. No es que fuera mío, pero lo dejé marchar.

Emily carga con una pala y Benny, ese genio, lleva una taladradora para hacer agujeros en el suelo. Hazel los sigue. Sebastian lleva los restos de su hermano. Elige una zona bajo el roble rojo y juntos preparamos un sitio. Las margaritas han aguantado todo el verano y han terminado por formar una maraña salvaje sobre todas las tumbas. Sebastian mete la urna en el hoyo y rellena de tierra el agujero con las manos. Joe cita el fragmento que habla de que la tierra se esfuerza y que cada dieciséis horas todos necesitamos tumbarnos y descansar. Después nos sentamos todos. Nell se pone a mi lado, se tumba y apoya la cabeza en mi regazo. Nos quedamos en el cementerio un buen rato, pensando en Duke, y luego empezamos a hablar de otras cosas, sobre todo de la boda. Emily y Benny prometen elegir un día, tal vez el primero del mes porque así lo recordarán siempre.

—Lo recordaréis de todos modos —dice Joe, y es verdad, al menos en lo que a él respecta.

Nunca lo olvida. Nos casamos en la casa que más tarde se convirtió en nuestro hogar. Ken y Maisie eran unitarios y dijeron que su ministro podía venir al día siguiente después de comer y que se pondrían delante, con nosotros, y ambos dijimos que eso estaría bien, y así por fin decidimos casarnos. Joe, la mayor suerte de mi vida, estas tres hijas, esta granja, lo veo todo y lo abarco como puedo, con la mano en la cabeza de Nell. Pienso en el tío Wallace cogiéndome de la mano, y luego en Duke otra vez, con su larga melena engominada y

sujeta con pasadores, esperando a que salga del escenario para que podamos quitarnos la ropa y nadar en la oscuridad. Como el tío Wallace, Duke tuvo tres esposas, y como el tío Wallace, murió solo. Con toda su gloria, se queda con nosotros y con el amplio cielo azul, las altas nubes blancas, las rectas hileras de árboles que se extienden hacia los oscuros bosques y, más allá, al otro lado, el lago. Desde aquí podemos verlo todo. Diría que nunca ha existido un día tan hermoso, pero eso lo digo siempre. Me doy cuenta de cuánta razón tenía Duke: necesitaba muy poco espacio. Aquí arriba hay sitio para todos nosotros, para mí y para Joe y nuestras hijas, para sus parejas y sus hijos, porque esto es lo que pasa con la juventud: cambia de opinión. A pesar de todo, todavía puede haber niños viviendo en esta granja, y algún día los enterrarán aquí con nosotros. Sebastian también puede venir. Tengo que acordarme de decírselo más tarde. Joe se lo dirá. ¿Dónde podría estar en este mundo si no es con su hermano, aquí, con nosotros?

Título original: *Tom Lake*

Edición en formato digital: 2024

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-57-5

Table of Contents